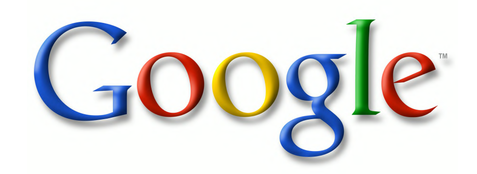


¡REVOLUCIÓN!

ANSELMO BLANLOT HOLLEY

¡REVOLUCIÓN!

NOVELA HISTORICA AMERICANA



BUENOS AIRES

IMP. DE OBRAS, DE J. A. BERRA, BOLÍVAR 465

1894

A la memoria bendita de

Don Manuel Arístides Zañartu,

organizador del Partido Liberal-Democrático y defensor abnegado de las libertades públicas durante el Réjimen del Terror (1892);

y de

Doña María Prieto de Zañartu,

modelo de sencillez y caridad;

Muertos ambos en el cumplimiento de su noble misión

LA RAZÓN DE ESTE LIBRO

En forma de romance doy á luz la historia de la revolución chilena de 1891. Tomo los puntos culminantes del acontecimiento histórico y encuadro en él la creación de mi fantasía. Pero, debo advertir que el romance mismo es fiel trasunto de hechos idénticos ó parecidos de que, en gran parte, he sido testigo personal. Como lo insinúo en alguno de sus capítulos, los personajes representan, más que tipos sociales, fuerzas que han actuado con caracteres permanentes ó transitorios en el desarrollo de los sucesos.

Dos razones he tenido en vista al escribirlo y publicarlo.

Popularizar la historia de la revolución, para que propios y extraños conozcan la verdad y sepan de qué lado estuvo la justicia; y combatir la Oligar-

quía que, más desmedrada después del Crimen que antes de él, pretende imponerse á la inmensa mayoría del país.

El pueblo no lée la historia seca y documentada. Por eso he tratado de herir su imajinación con el cuadro vivo de sus propios dolores y martirios.

He diseñado, sin odios, las siluetas de los individuos prominentes de los partidos oligárquicos, por que sólo así se conseguirá su eliminación de la vida pública.

La obra de la Oligarquía chilena fué la revolución de 1891.

La síntesis de la revolución, es:

En el orden social, discordias y rencores que no se borrarán con el transcurso de una generación; en el orden político, el entronizamiento de los círculos personales y la ruina de los partidos de ideas; en el orden administrativo, la corrupción en el manejo de los caudales nacionales y la anarquía en los servicios públicos; en el orden económico, la pérdida de más de cién millones de pesos y el menoscabo del crédito del Estado; en el orden internacional, torpezas como la del Baltimore, pequeñeces como la venta de la Esmeralda; en el orden constitucional, la sustitución del réjimen representativo popular por un parlamentarismo falsificado y absurdo. Y, por sobre todo esto, la sangre de diez mil chilenos, sacrificados en lucha fratricida!

La obra de la Oligarquía después de la revolución, ha sido:

El enjuiciamiento de los empleados de todas jerarquías y clasificaciones, que sirvieron al Gobierno constituído; el saqueo de más de dos mil hogares; la destitución en masa de los poderes Ejecutivo, Lejislativo y Judicial; la disolución, con nota infamante de *traidor á la Patria*, del Ejército histórico de Chile; la persecución de los vencidos; la prostitución de la Justicia; la matanza de la Artillería; la destrucción de las imprentas; los *estados de sitio*, como réjimen ordinario de gobierno; el atentado contra el erario nacional, conocido con el nombre de *conversión metálica;* las *coaliciones* inmorales, con escarnio de las ideas y en beneficio de los individuos!

Pues bien! Esa Oligarquía, sin raíces en la opinión, sin talento, sin virtudes, sin patriotismo, quiere perpetuarse en la Moneda y mantener la usurpación tradicional de los derechos populares!

No pudiendo ser todos sus caudillos, á la vez y de por vida, Presidentes, ya que no Soberanos, han ideado un parlamentarismo *sui generis*, en que el Jefe del Poder Ejecutivo, atado al carro del Congreso, vive de su capricho y á su merced. Ni el derecho de *disolución*, base fundamental del sistema, existe. Están de acuerdo historiadores y publicistas en atribuir á la moralidad, templanza y virtudes de la

aristocracia inglesa, la razón fundamental de buen Gobierno y la seriedad de las instituciones parlamentarias. Hoy, nadie atribuye á la bondad del réjimen, en sí mismo, su estabilidad.

¿Cómo entonces se pretende implantarlo entre nosotros?

Descompóngase la Oligarquía en sus dos elementos,—Clero y Banqueros con ínfulas aristocráticas,—y hágase el cómputo.

Ninguno de los dos, ni juntos, han podido, en elecciones hechas *bajo estado de sitio*, obtener mayoría congresista.

Luego, el predominio de la Oligarquía constituye una usurpación.

Es deber de los verdaderos demócratas dar á conocer á los usurpadores. Lo es, referir su historia. Hé ahí el propósito que me impulsó á escribir este libro.

Antes de terminar, quiero hacer una declaración.

Si los crímenes que denuncio, si los horrores que relato, afectaran á la mayoría de la nación chilena, ó á una fracción importante de ella, ó siquiera á un grupo respetable, el patriotismo que se anida en mi alma, y del cual hartas pruebas llevo dadas, sellaría mis labios.

Más aún.

Si después de las elecciones de 4 de marzo de este año, hubiera la Oligarquía acatado el voto del

pueblo, renunciando para siempre á sus esperanzas de opresora dominación, yo habría dejado á la posteridad la tarea de juzgarla.

Si no temiera, en fin, que el contajio cunda y se inficionen los elementos sanos, disimulándose la carcoma con alianzas y pactos indecorosos, habría aguardado la justicia del tiempo, que á veces tarda, pero siempre llega.

ANSELMO BLANLOT HOLLEY.

Buenos Aires, Noviembre 10 de 1894.



PRIMERA PARTE

¡REVOLUCIÓN!

CAPÍTULO I

La censura

Quien hubiera visto el aspecto singularmente agitado y tumultuoso que el centro de la apacible ciudad de Santiago presentaba el día 2 de Junio de 1890, habría comprendido que un acontecimiento grave se producía en aquellos momentos.

La afluencia extraordinaria de ciudadanos, aglomerándose desde poco después de medio día en los alrededores del Congreso, ocupaba las calles de la Compañía y Catedral, desde la plaza Independencia hasta Morandé, la plazuela Andrés Bello, frente á la Biblioteca nacional y al palacio de los Tribunales de Justicia, y el espacio que media entre el jardín que hay al costado de la Cámara de Diputados y la vereda de la calle de la Bandera. Pero donde la concurrencia superaba, era sin duda en la calle de Morandé. La muchedumbre llenaba de Norte á Sur cerca de tres cuadras é invadía la gradería de piedra del Senado y el vestíbulo que le sirve de acceso.

De vez en cuando el gentío se arremolinaba y abría sus compactas filas para dar paso á algún personaje político que se encaminaba al Senado. Ruidosas y encontradas manifestaciones se hacían oir, y aquel mar humano amenazaba ahogar en su tempestuoso seno al osado transeunte. En más de una ocasión el peligro llegó á ser inminente. Descamisados furiosos, en cuyas ásperas manos se veían gruesos garrotes y en cuyas cinturas se divisaban los cachas mal cubiertas de los puñales, alertas á las disimuladas señales de algunos individuos que parecían servirles de jefes, habían repetidas veces pugnado por despedazar á varios de los congresales. Pero en el mismo instante se movía algún grupo de ginetes colocados de trecho en trecho, y que á juzgar por sus jestos ceñudos y ademanes resueltos, toleraban con mal contenido enojo aquel prolongado desorden. Entonces la turba se desencadenaba en improperios contra los oficiales y soldados, principalmente contra los que vestían el uniforme de la Guardia Municipal. Aquellas injurias no lograban alterar la consigna de tolerancia que los destacamentos armados habían recibido, pero se notaba en el aire fiero de los soldados y en las suplicantes miradas que, de cuando en cuando, dirijían á sus jefes, que de buena gana habrían hecho duro y merecido escarmiento. Los manifestantes sabían de antemano que no se les reprimiría más que al llegar á vías de hecho y, al amparo de esta conocida impunidad, avanzaban hasta las mismas cabalgaduras, y allí, á

boca de jarro, dirijían á los jinetes provocaciones insolentes.

Notábase, como ya lo hemos dicho, en medio de aquel desorden infernal, la presencia de algunos individuos cuyos signos de intelijencia eran interpretados y obedecidos relijiosamente.

Poco antes de las dos de la tarde la muchedumbre se alborotó más aún. Voces de ¡mueran los Ministros! ¡abajo el Gobierno! y otras, que la decencia nos impide reproducir, atronaban el aire. Un pequeño grupo, en que se destacaban los miembros del Gabinete i algunos representantes del pueblo, avanzaban hacia el recinto del Senado. Reiteraron los cabecillas sus misteriosas órdenes y la compacta concurrencia prorrumpió en gritos y denuestos sediciosos. Algunos garrotes asomaron por sobre las cabezas y muchos de aquellos energúmenos llevaron la mano al pomo del puñal. Entre tanto los Ministros y su diminuta comitiva seguían lenta, pero tranquilamente su camino. Hubo un momento en que pudo creerse que los amotinados iban á agredir: un alarido salvaje, conjunto de millares de voces destempladas y rabiosas, se escuchó; la muchedumbre se apretó en torno de los jinetes como para impedirles maniobrar, mientras un grupo, menos turbulento y haraposo pero más disciplinado y contenido, se dirigía resueltamente hacia los Ministros. Una palabra dicha en voz baja, un simple jesto bastaban para que el grupo hallara franco paso. Ya no distaba más que una veintena de metros del sitio en que la comiti-

va oficial se había detenido, por un empuje irresistible de aquel torrente humano, cuando se dejó oir el disparo de un revólver. La extemporánea detonación hizo lanzar un ahullido de rabia á un jigantón que marchaba á la cabeza del grupo asaltante.

—¿Quién ha hecho fuego? gritó con amenazante voz.

Sus compañeros se miraron unos á otros, como queriendo manifestar la estrañeza que les causaba el imprevisto suceso. Pero la voz de alarma había sido dada. Sacudieron los jinetes la brida de sus caballos, los animaron con la espuela y con la voz y los lanzaron en todas direcciones al grito de ¡carguen! que de jefe á oficiales se repitió con nerviosa rapidez.

Aquello fué un ¡sálvese quién pueda!

Los bochincheros huían, hostigados por los jinetes y sus cabalgaduras que, á planazos y empellones, despejaban el espacio de la calle.

La masa de jente refluyó, como desbordado mar, hacia las calles adyacentes.

Al cabo de pocos minutos formaron los soldados en las bocacalles de la Compañía y Catedral y la de Morandé quedó limpia de manifestantes. Solo el vestíbulo y gradería del Senado aparecían repletos. Por entre los allí refujiados atravesaron los Ministros y sus acompañantes, logrando al fin, no sin trabajo, penetrar al interior del edificio....

Expliquemos ahora á qué se debió el oportuno disparo, merced al cual se evitó la perpetración de un crimen.

Preocupados de dar una idea general del aspecto de la reunión, no nos hemos detenido á narrar los detalles ni á señalar algunos de los personajes que habrán de figurar en nuestra historia.

Mientras diferentes sujetos, repartidos entre la multitud, señalaban á ésta la actitud que debía tomar; mientras circulaban palabras de orden y ademanes convenidos, un individuo, en apariencia indiferente y ajeno á lo que ocurría, no cesaba de observar y espiar los menores detalles de aquel drama popular. Con el mayor aplomo, con estoica impasibilidad, se dejaba codear y arrastrar, siguiendo los impulsos y vaivenes de la viviente marejada. A nadie se le hubiera ocurrido que campeara allí por su sola cuenta, ni menos, que tratara de contrarestar, sólo, los propósitos de los amotinados.

De vez en cuando pasaban por su rostro intelijente y pálido llamaradas de indignación, que por un enérjico esfuerzo de voluntad conseguía disipar, ó bien plegaba sus labios una sonrisa de ironía ó de desprecio, que se apagaba en un suspiro ó en un contenido movimiento de ira.

Miraba á intervalos á un joven capitán que, al mando de un piquete de caballería, seguía atentamente cada uno de sus ademanes. Aquel lenguaje mudo, inapercibido para los concurrentes, habría si-

do de una reveladora elocuencia para el que lo hubiera seguido desde el principio.

Se empeñaba sobre todo, nuestro joven, en no perder la pista del jigantón á que nos hemos referido en uno de los períodos anteriores. Con el oído atento, con la vista en apariencia distraída pero en realidad observadora, cojía al vuelo cada una de sus palabras, sorprendía cada una de sus indicaciones. De este modo había escuchado, entre otros, el siguiente expresivo diálogo:

—¿Están reunidas las secciones?

—En este momento diviso á los Hermanos. Las demás se encuentran aquí desde la una.

—Entonces, atención. Cada jefe debe cumplir con su consigna. Nada más que gritar hasta el instante que avance mi grupo; estrechar á los jinetes y abrirnos paso hasta los Ministros.

—¿Dónde nos veremos esta noche?

—En el local de la calle Arturo Prat; solo deben concurrir los directores.

Ni una sola de estas frases se había escapado á nuestro héroe. Una singular mirada dirijida al capitán, dió á comprender á éste que el joven seguía la huella de algo importante.

Ya no podía caber la menor duda acerca de los planes de aquella horda de fanáticos.

¿Cómo frustrar sus intentos?

¿Cómo impedir el crimen que se trataba de consumar?

Inútil habría sido comunicar al oficial de caballe-

ría la conversación que acababa de sorprender, aún en el caso improbable de poder llegar hasta él, pues sabía que existía orden formal de no disolver las turbas mientras no emprendieran ellas la agresión.

Nublóse la frente del incógnito observador como si concretara toda su inteligencia á vencer un tropiezo grave.

—¿Qué hacer? se preguntaba desesperado. La comitiva debe llegar de un momento á otro y la fuerza no despeja á los revoltosos. ¿Cómo impedir que caiga en el lazo que se le tiende?

De pronto se iluminó su rostro con el reflejo de una idea salvadora. Era el punto en que el grupo capitaneado por el hombre de atléticas formas se abría paso, casi sin obstáculos, á través de los conjurados.

El clamoreo era ensordecedor. El desorden inmenso. El peligro inminente.

Sacó el joven, rápida y disimuladamente, su revólver por sobre las cabezas de los vecinos y disparó. Aprovechándose luego de la confusión que se produjo, pudo escurrirse y desaparecer.

Aquel disparo fué, como ya dijimos, la prevención del riesgo para unos, el toque de dispersión para otros. El comandante de los piquetes, desembarazado de la orden de espera que había recibido, pudo entonces cargar sobre los insolentes provocadores.

Saben lo demás nuestros lectores.

Abriéronse al cabo las puertas que dan entrada á las tribunas y galerías del claustro senatorial.

Los guardianes fueron arrollados por la masa de curiosos. En un instante se vieron literalmente llenas las sillas y los bancos, y doble número, de pié, se apiñaba, hasta ocupar los más apartados rincones de aquel local, habitualmente apacible y solitario.

Sordos rumores y continuados cuchicheos contribuían á dar mayor animación al preludio del ansiado espectáculo.

Pasados algunos minutos se levantó el *portier* del lado derecho y empezaron á entrar los miembros de la sesuda corporación.

Los asistentes dieron rienda suelta á sus incontenibles arrebatos de partidarismo.

Los empleados fueron impotentes para hacerlos guardar respeto y compostura.

Al fin, un hombre de andar pesado y aire indolente, subió las gradas que conducen á la mesa directiva. Puesto de pié delante del sillón presidencial tomó con la diestra una campanilla y la agitó, diciendo:

—En el nombre de Dios se abre la sesión.

Aquellas breves palabras, repetidas día á día entre el bostezo de los taquígrafos y redactores, fórmula tradicional en nuestras asambleas legislativas, causaron un efecto májico. Un silencio absoluto se produjo, algo como si se hubiera suspendido el aliento de aquellos centenares de espectado-

res y hubieran quedado convertidos en figuras de piedra.

El secretario empezó á leer el acta.

Ese documento, sin interés, reminiscencia de una época de paz, fué oído con ejemplar compostura. La misma entonación, habitualmente monótona del secretario, tenía vibraciones de emoción extraordinaria. Fenómeno singular, que la ansiedad de la espera y el huracán de las pasiones producen en el alma. Especie de suspensión de la vida física, en que el espíritu concentra todas sus facultades para darles libertad y espansión en el momento sicológico. No de otro modo los antiguos combatientes medían con la vista, contenida la fogosa respiración, la presencia marcial del adversario.

Permítasenos una breve explicación antes de proseguir. Escribimos sobre sucesos contemporáneos y aunque sale de la órbita de una novela consignar, desprovistos de las galas de la imaginación, los hechos políticos ó sociales que le sirven de fundamento, no podemos prescindir en absoluto de aquellos más culminantes, sin los cuales el interés histórico ó filosófico se perderían por completo. Vémonos, pues, obligados á reseñar la memorable sesión de 2 de junio de 1890.

Concluída la lectura del acta, el jefe del gabinete pidió la palabra, que le fué negada, en atención á que antes de penetrar al recinto, la había solicitado el senador por Valparaíso, don Eulogio Altamirano.

El desaire inferido al Ministerio era manifiesto. Recién compaginado dos días antes, ni había ejecutado actos de que tuviera que responder, ni tenía historia que comentarse. Debía oirse su programa, práctica y hasta derecho parlamentario y de cortesía, cuyo desconocimiento importaba una ofensa grosera y gratuita, inferida, no solo al personal del gabinete, sino al mismo Presidente de la República.

Todas las miradas variaron de la persona del Ministro á la del senador Altamirano.

Era éste uno de los favoritos del público turbulento y novelero. Conocido por sus escandalosos actos de intervención electoral durante la administración Errázuriz y por sus relevantes condiciones de intrigante político, tenía sin duda las dotes necesarias para atraer al vulgo y á los espíritus superficiales. Descarado hasta la audacia en el fingimiento y la mentira, había caído en tales inconsecuencias y veleidades, que llegó hasta arrojar sombras sobre la memoria del hombre superior que lo sacara de la oscuridad y la miseria, para confesar sus propios errores y debilidades. Llamábalo por esto el pueblo, Magdalena.

Jamás el rubor había cubierto sus morenas mejillas; nunca su frente se había bajado ante el justo reproche del adversario. Nadie como él conocía los ocultos resortes de la comedia: la vida entera era para él una ficción. Sin pasiones, sin sentimientos, sin conciencia: tenía el alma árida como el

desierto. Su falta de convicciones lo habilitaba para sostener con el mismo brío y decisión el pro y el contra. Pequeño Maquiavelo, vivía en la atmósfera malsana de enredos de círculos y camarillas. Donde toda alma grande se siente oprimida y ahogada, aquella alma estrecha se espaciaba y era feliz.

En las épocas de decadencia, tipos así aparecen revestidos de oropeles y fascinan á las multitudes.

Dotado de una palabra fácil y una voz armoniosa, adorador de la forma, sabía dar á sus discursos brillo y entonación oratorias. El oído se sentía halagado con aquella fluidez, á veces musical; pero al día siguiente, cuando el lector apreciaba lo que había oído, cuando faltaba el cómico, con su acento de sirena, su ademán insinuante y su tono de fingida convicción, no quedaba más que la frase hueca y pomposa, ramillete de flores en que, con frecuencia, se ocultaba la vívora emponzoñada, pronta á herir las reputaciones más envidiables y puras.

Tal era el hombre que se levantaba á combatir de frente al Ministerio.

No era, pues, estraño que despertara profundo interés en los concurrentes.

La sala estaba atestada; los diputados de todos los partidos, así opositores como ministeriales, ocupaban los sillones vacantes.

Comenzó el orador por hacer historia acomodaticia de los antecedentes que habían precedido á la formación del gabinete en ejercicio y, después

de arrojar encubiertas invectivas al Jefe del Poder Ejecutivo, terminó con estas palabras.

—«El senado por las consideraciones expuestas, censura á los señores Ministros, como responsables de la presente lamentable situación política.»

Aquel reto audaz lanzado al Gobierno, fuè recibido con las más entusiastas ovaciones. Los grupos de conjurados que vimos dispersarse en opuestos sentidos durante el motín y que, en gran parte, consiguieron asilarse en el vestíbulo del Senado, habían logrado penetrar en él y eran los más desenfrenados en sus manifestaciones. Exitados por algunos representantes del pueblo desde el recinto mismo de la sala, llegaron hasta amenazar con revólveres y puñales á los miembros del gabinete censurado y sus parciales. Esta odiosa complicidad del hombre culto con el fanático ignorante, debía producir más tarde deplorables resultados. Y como no queremos, ni aún al amparo de las ficciones permitidas al novelista, incurrir en la tacha de exajerados ó inexactos, debemos dejar constancia de un hecho escandaloso y público. El diputado que con más descaro promovía aquellos desbordes, era un hombre alto y corpulento, de rostro largo y huesudo, cuya edad tocaba los dinteles de la vejez. Vástago degenerado del altivo patricio Infante, á cuya memoria está vinculada la libertad de los esclavos en Chile, representaba allí á los demagogos de una sociedad convulsionada y decadente.

Tan infernal era el ruido, y de tal modo extra-

vagantes y groseras las manifestaciones, que el Presidente hubo de suspender la sesión mientras se despejaba las galerías.

Los amotinados se estacionaron nuevamente en la parte exterior del edificio.

Restablecido el orden el acto continuó.

Tomó la palabra el Ministro del Interior y después de dejar constancia de la descortesía de que fueran objeto, censurándoseles antes de oírseles, entró á exponer la síntesis de sus propósitos ó futuros trabajos.

—«Estimo conveniente, dijo, dar á conocer la política que se propone observar el Ministerio, y al hacerlo, seré tan explícito como las circunstancias lo requieren.

«Se aproxima la época en que habrá de elejirse al futuro Presidente de la República. Deberes ineludibles nos ordenan respetar á todos los partidos y guardar una prescindencia absoluta en la designacion del candidato y elección del Jefe del Estado. Estos actos deben ser la obra exclusiva de los partidos.

«Los hombres que anhelan llegar al poder supremo deberán buscar su prestigio en el honrado servicio de la República, la fuerza en las adhesiones del país y jamás vincular fuerza y prestigio en la autoridad pública.

«Por embarazoso que sea hablar de sí mismo, he de decir, ya que mi modesta persona ha figurado en la opinión y en el juicio de los partidos

políticos, que el camino de la elección presidencial está abierto para todos menos para el que habla, aún cuando llegare el caso inverosímil de que fuere designado por el voto unánime de mis conciudadanos»

Después de analizar los diferentes proyectos á que el gabinete dedicaría atención preferente, agregó:

—«Bien comprendemos que en estos puestos y en las actuales circunstancias debemos, en obedecimiento á la política y á los sentimientos del Jefe del Estado, que son conformes con nuestras convicciones políticas y sentimientos personales, gobernar á Chile sin odios ni pasiones. Nos debemos á la patria, y como hombres de bien y como funcionarios públicos, habremos en todo evento y en todo instante de probar que servimos á la nación por honor y por patriotismo»

El tono templado y digno de este programa; la renuncia solemne de toda pretensión personal del Jefe del Ministerio á la presidencia de la República, cuando por tal propósito se combatía al Ejecutivo, eran sin duda razones bastantes para producir un avenimiento inmediato. Pero la promesa de dejar libre campo á todas las legítimas ambiciones, promesa de cuyo cumplimiento no era dable dudar desde que estaba confirmada por sacrificio de fundadas y justas espectativas del mismo que la otorgaba, era inaceptable para caudillos de grupo, cuyas pretensiones desmedidas no podían tener más



esperanza de éxito que en el apoyo decidido de la autoridad.

La condenación del Ministerio estaba, pues, de antemano decretada. Esperábase no más que la opinión de los conservadores, representantes del partido católico, cuyas tendencias reaccionarias y absolutistas son las mismas en todos los países y bajo todas las formas de gobierno. Lógicamente, debían votar la censura, puesto que ella significaba un golpe de muerte asestado á los principios liberales y democráticos, encarnados en el gobierno y muy principalmente en la persona de Balmaceda, adalid entusiasta y convencido de las reformas político-religiosas sobre creación del estado civil de los individuos y secularización de los cementerios. El público, sin embargo, dudaba. Conformes con la táctica jesuítica de aprovechar las ocasiones sin escrúpulos ni remordimientos, no habían hasta entonces hecho otra cosa que fomentar las discordias en el partido liberal, siguiendo el aforismo de Luis XI: «Dividir para reinar». Conseguido este fin, insinuaron solapadamente á Balmaceda sus deseos de compaginar, en consorcio con los liberales de gobierno, una situación cuyo desenlace podía ser funesto,

Como siempre, aquellas insinuaciones vinieron por torcidos vericuetos y encrucijadas desconocidas, á objeto de evitarse responsabilidades y compromisos. Sirvió á sus planes el carácter altivo y digno del Presidente, que jamás habría descendido hasta levantar la cortina y mostrar á la luz del día,

en rendidas actitudes á los prosélitos de Santo Domingo y San Ignacio. El gobierno desechó toda proposición basada en transacciones indecorosas. Su probidad iba á ser su sentencia de muerte.

Figuraba como *leader* del conservatismo en el Senado, don Manuel José Irarrázabal, tipo que constituía un anacronismo por su empecinamiento sectario y un conjunto híbrido por sus ideas estrambóticas.

Descendiente de los marqueses de la Pica, conservaba en sus hábitos y carácter el orgullo rancio de otra época, convertido en exageraciones de suficiencia y de tiesura. Prestaban asidero á estas ridículas exhuberancias de vanidad cuantiosos bienes, heredados, sin los cuales Irarrázabal no habría pasado de ser un maniático estravagante é inofensivo. Prendado de sí mismo, y creyendo de buena fé en su ilustración y sus talentos, abrumaba á sus aduladores con sus eternas divagaciones y majaderías. Dióse en sus mocedades á viajar, y, convencido de su importancia, en lugar de ver, oir y callar, como lo han hecho, muchos que, tal vez con mayor inteligencia y tantos doblones, han estado en éste y otros continentes, llegó á creerse un sabio, pero un sabio excepcional, de aquéllos que en vez de estudiar sobre las mariposas, los conejos ó los perros, y hasta sobre cadáveres humanos, se dan el placer de idear ensayos sobre constituciones y sistemas de gobierno. Y como vino una época en que el orden moral estaba tan trastornado

en Chile como el orden intelectual del extraviado marqués, pudo implantar sus teorías. ¡Así quedó la patria con tan famosos experimentos!

No era la menor de sus debilidades la de creerse orador parlamentario, aunque careciese de condiciones siquiera medianas para alcanzar tal rol. Su voz, ora estridente, ora nasal, siempre enfática, irritaba, porque tenía todas las asperezas de las pasiones violentas y ninguna de las inflexiones de los sentimientos suaves. Su frase era incorrecta. A veces el sentido se perdía en la confusión de ideas diversas; otras, quedaba incompleto por falta de verbo ó incoherencias de lenguaje.

Daba al discurso tono declamatorio: ya, gritaba como un poseído; ya, ensordecía el acento como para causar efecto sensacional. Repetía la misma cosa una y otra vez; y como no había lucidez ni variedad en la forma, ni aún claridad en el pensamiento, hacía el efecto de martillazos de sonidos en el cerebro. El mismo, en ocasiones, se aturdía con el ruido y el moviviento; porque, olvidaba decirlo, mientras hablaba no cesaba un punto de accionar, jesticular y moverse. Aquella naturaleza debia sufrir horriblemente con el azaroso trabajo de adquirir celebridad.

Su rostro, de líneas salientes y duras, tenía los signos demostrativos del ser egoista, tenaz y soberbio. Su frente era ancha pero deprimida en su nacimiento; su cabello extendido en dos líneas paralelas á ambos lados de la cabeza, dejaba al des-

cubierto el cráneo; su nariz tosca y arqueada, formaba una curva que le daba aspecto de ave de rapiña, no de águila, pues el rostro todo, sin ser vulgar, tenía un no sé qué del tinte apagado y sombrío del sectario y del fanático.

Tal era el personage encargado de representar al partido ultramontano.

Como lo dijimos, antes de reseñar sus líneas prominentes, su papel debía ser doble hasta el último instante. Por eso en lugar de pronunciar el fallo inapelable, cuando los espectadores aguardaban el golpe de gracia, revolvióse el orador en su asiento y, alargando el cuello, dirijióse al Ministro del Interior en éstos términos:

—Antes de manifestar la opinión de mis correlijionarios, desearía que el señor Ministro dijese categóricamente si el Gobierno se halla ó no dispuesto á prestar su aprobación al proyecto de comuna autònoma, presentado por el que habla.

Era el tal proyecto una abigarrada parodia del sistema comunal existente en Suiza y, como todas las creaciones de Irarrázabal, absolutamente impracticable. El Gobierno había ya declarado que aceptaba la reforma municipal siempre que no estuviera en pugna con los preceptos constitucionales y fuera adecuada á las costumbres y modo de ser político y social del pueblo chileno.

El Ministro del Interior reiteró esas declaraciones.

Hubo un momento de silencio.

Era tal la incertidumbre que reinaba en el ánimo de cuantos se hallaban en aquella asamblea respecto de la decisión final de los conservadores, que al oir aquel breve diálogo, comprendieron que la balanza se inclinaría del lado de la mayor conveniencia. Nunca un partido había puesto tan sin rubor á precio los sufragios de sus más conspicuos directores. Háse dicho después que aquella interrogación previa no habría hecho variar la determinación de los conservadores; sin fijarse en que, aún en tal caso, jugaban un rol indigno, pues tendían un lazo para engañar públicamente al adversario. Sabido es, por lo demás, que semejantes artificios no repugnan á los hijos de Loyola.

Concentróse un instante el descendiente de los marqueses de la Pica y luego empezó una larguísima diatriba contra los hombres del Gobierno y sus partidarios; pero como sería demasiado prolijo seguir al orador en sus escabrosas disertaciones, diremos solamente que llegó á insinuar como solución salvadora de todo conflicto entre Ejecutivo y Congreso la supresión del primero de estos poderes. En tal caso serían los Ministros los administradores del Estado y durarían mientras contaran con la adquiescencia de la legislatura.

Ultimamente hemos visto al diputado socialista Dejeant, proponer, con motivo de la elección del sucesor del malogrado Presidente Carnot, la supresión de la presidencia de la república. La proposición, Dejeant fué recibida, en un país rejido por

un Gobierno netamente parlamentario con rechiflas y gritos de protextas, y la del *leader* católico chileno entre los aplausos y vítores de sus correligionarios y aliados. Los extremos se tocan.

Tuvo en seguida lugar el simulacro de votación.

El Ministerio fué censurado porque sí: tal era en último término la razón verdadera de aquel acto.

La noticia cundió con eléctrica rapidez. De boca en boca fué trasmitida del interior del edificio á los curiosos del vestíbulo, y de éstos, con gritos destemplados y alaridos de triunfo, á los agitadores que se arremolinaban tras de la barrera infranqueable de infantes y ginetes.

El desorden crecía por momentos. La sesión había concluído junto con aquel voto revolucionario.

A poco apareció uno de los miembros de la corporación de los ancianos. La chusma aplaudió frenéticamente; aquel hombre risueño, de aspecto marcial, hermoso, que departía con algunos de sus colegas con aire frívolo y lijero, era Vicente Balmaceda, el Felipe Igualdad de la revolución chilena.

No faltó, sin embargo, entre aquel jentío, ébrio por la pasión, una voz imparcial que le gritara:

—¡Maldito seas, Caín!

En un segundo grupo aparecieron los héroes de aquella memorable y tristísima jornada: Eulogio

Altamirano, Manuel José Izarrázabal, Melchor Concha y Toro. Rodeábanlos con cariñosa solicitud algunos miembros de la Cámara, como disputándose el honor de presentarlos á la plebe impaciente y alborotada.

Una nueva y más formidable explosión se hizo sentir. Era la embriaguez producida por el fanatismo junto con los aplausos tributados á la nobleza y comprados á precio de oro al populacho.

Venían en seguida, Agustín Edwards, José Besa, Eleodoro Gormaz y los diputados Eduardo Matte y José Antonio Gandarillas, que constituían el gremio de los banqueros, menos el último, que solo alcanzaba al honor de defenderlos en el foro como abogado y ofrendarles dócilmente su palabra y su voto como representante del pueblo.

Desfilaron, en fin, Clemente Fabres, especie de inquisidor, que no pudiendo quemar los cuerpos de los herejes, se contentaba con fulminar sus rayos desde su cátedra de profesor de derecho civil ó desde su sillón de senador; Manuel Recabárren, Vicente Reyes, Aníbal Zañartu, que debían sentir en el fondo de la conciencia aquel borrón echado, en hora de olvido de sí mismos, en sus reputaciones hasta entonces limpias. Pero estos personajes eran secundarios en esos momentos. Ellos debían comprenderlo así; y por eso con apresurado y fugitivo paso trataban de huir de aquellas ruidosas manifestaciones.

Una parte considerable de la reunión seguía en

pos de los ídolos del día, lanzando vivas y hurras atronadores. La ansiedad de los que esperaban contenidos por la tropa, se tradujo en huracán de empuje irresistible. El muro de soldados fué roto en varios puntos y la multitud se desbordó, agregándose unos á los grupos que se alejaban con los vencedores, yendo otros á recibir á los Ministros y sus amigos.

Aparecieron éstos: dignos, resueltos y serenos. Toda la amargura llenaba el alma; los rostros estaban pálidos, con la palidez de la indignación y del patriotismo herido, no con la indecisa y temblorosa palidez del miedo.

Enrique Sanfuentes y Julio Bañados Espinosa iban delante, en pos, José Miguel Valdés Carrera y general José Velázquez, y en último término, Juan Mackenna y Pedro Nolasco Gandarillas. Un cortéjo de amigos fieles los seguía, compartiendo con ellos las angustias de aquella hora de tribulación y de prueba, dispuestos á afrontar el peligro del momento y las eventualidades de la lucha y de la suerte.

La altiva presencia de ese puñado de patriotas, hizo vacilar aún á los más audaces y desenfrenados. Al movimiento de agresión material que se notó al encontrarse frente á frente, sucedió otro de retroceso y la muchedumbre abrió libre paso.

Los gritos é improperios no cesaban. Allí, á boca de jarro, confundido el aliento puro de los unos con el hálito vinoso y hediondo de los otros, se oían

frases que Zola habría tenido el rubor de emitir en sus cuadros y escenas naturalistas.

—¡Muera el tuerto cobarde! gritaba uno casi al oído del general Velázquez.

—¡Abajo el ladrón! ahullaba otro, luchando por agredir á Pedro Nolasco Gandarillas.

—¡Lynchemos al siútico! vociferaba un tercero, señalando con mugrienta mano á José Miguel Valdés Carrera.

—¡Calle el imbécil! exclamaba un tonto de capirote, viendo á Julio Bañados hablar con su compañero.

Y la comitiva iba arrastrando tras de sí á los rezagados que, con acento ronco y fatigoso, no dejaban de formar coro á las injurias proferidas por los capitaneadores de la turba.

Así recorrió tres y media cuadras, hasta llegar al palacio de la Moneda. Todavía allí lanzaron sus postreros gritos y maldiciones, para ir después en desiguales partidas, á esconderse en las tabernas y garitos, de donde salen en días de duelo y de exterminio, atraídos por el cebo de la paga ó por la voz del fraile que los embrutece y fanatiza.

CAPÍTULO II

Mario

Las primeras sombras de la noche caían sobre la capital, y apenas uno que otro transeunte cruzaba de cuando en cuando la poco antes bulliciosa plazuela. A través de las ferradas ventanas del macizo palacio de Gobierno, se vislumbraban las luces interiores, mientras que en una y otra vereda de la calle se paseaban los centinelas del piquete de honor y de la guardia del cuartel.

Solo un bulto se divisaba afirmado en la reja que circuye la estatua de Portales. A juzgar por su inmovilidad creeríasele dormido ó en acecho. Sobre la lanza de uno de los barrotes de la verja colgaba su sombrero; y el solitario personaje, descubierta la cabeza, parecía desafiar el aire frío de la noche.

El rumor de unos pasos lo sacó al fin de su aparente letargo. En una de sus vueltas habíalo percibido el centinela del cuartel, y extrañado de la

actitud de aquel hombre, dió la consabida voz de alarma.

—¡Cabo de guardia!

Un instante después salió del interior un militar envuelto en un grueso capote y con una vara en la mano. Acercóse al centinela y preguntó:

—¿Qué se ofrece?

—Hace mucho diviso un bulto cerca de la reja de la estatua. ¿Lo ve? Ahora levanta la cabeza y mira á la Moneda.

En efecto el desconocido acababa de hacer el ademán indicado.

Aproximósele presuroso el cabo, y mientras llevaba la diestra á la empuñadura del sable, preguntó:

—¿Quién vive?

—Chile, respondió una voz dulce y tranquila.

—Hola! Yo conozco á ese hombre, dijo entredientes el cabo, avanzando hasta dos pasos de su interlocutor.

—Ya lo creo, cabo Peña. Vaya si me conoce, exclamó el joven, alzando la frente y tomando su sombrero.

—¡El señor Mario! Vd. aquí! Por qué no ha entrado á ver á mi capitán? Exponerse á que uno le confunda con un opositor ó con un pillo! Y luego, si le hubiera dado de planazos ¡adiós jineta! Mi capitán no me lo habría perdonado nunca.

—Pero yo sí, mi querido Peña; tranquilícese,

que al fin y al cabo nada de malo ha sucedido. He esperado, para no perturbar á mi hermano en sus quehaceres, que harto pesados serán en estos tiempos azarosos y revueltos.

—A Dios gracias ya está libre, y hace un momento se preparaba á salir con mi teniente Martínez.

—Pues entonces, avísele Vd. que lo espero. No olvide, agregó cuando el cabo volvía ya las espaldas, decirle que deseo hablarle á solas.

Aprovechemos el tiempo que el cabo Peña ocupa en cumplir su encargo, para volver á presentar á nuestros lectores al joven que ya vimos, confundido entre la turba, disparar un revólver durante el tumulto, y que ahora aguarda al capitán Enrique Vedia, de cazadores á caballo, su hermano, según él mismo se anticipó á manifestarnos.

Antes de ocuparnos de su persona diremos unas cuantas palabras sobre su familia. Componíase ésta de seis personas: don Antonio Vedia, antiguo empleado de la sección de cuentas del Ministerio de Hacienda, bueno, sencillo y honrado; su mujer, doña Juana Díaz, señora excelente, pero un tanto exajerada en sus devociones relijiosas; y cuatro hijos: Mario y Enrique, abogado el primero y militar el segundo, con quienes principian nuestros lectores á entrar en relación; y dos niñas, Lía, de dieziseis años y Raquel, solo de doce.

Hecho este paréntesis volvamos á Mario. Era éste en su familia la estrella de primera magnitud. Con modestia y dulzura inalterables se había impues-

to al amor preferente de los suyos. Esperanza lisonjera desde su niñez, habíase convertido en encantadora realidad cuando recién entraba en los albores de la juventud. Abogado, apenas cumplió la edad reglamentaria para obtener su título, tuvo la fortuna de asaltar desde el primer instante la cumbre ambicionada. Para Mario no existió jamàs la oscuridad desesperante que envuelve á las medianías. Si como alumno fué considerado el primero entre sus profesores y sus camaradas, al pisar los dinteles del foro fué aclamado por sus iguales y mirado con distinción por los abogados envejecidos en el trabajo. Hacía apenas un mes que recibiera su diploma de letrado cuando recayó en él el nombramiento de abogado de turno en lo criminal. Casi todos los principiantes se estrenan de igual manera. Verdad es que los infelices así defendidos no encuentran con frecuencia el patrocinio asiduo, inteligente y misericordioso que Mario les consagró.

Hubo entre aquellos desgraciados uno que le inspiró interés particular. Acusado de complicidad en un horrible asesinato cometido en la calle de Duarte, fué reducido á prisión y abandonado en un calabozo sucio y oscuro. Durante largos meses permaneció así, luchando en vano con la impotencia para probar su inculpabilidad y con la horrorosa inquietud de ir al patíbulo, víctima de la incuria y la injusticia de los hombres. Mario oyó con atención sus quejas; recibió sus confidencias espontáneas; pre-

guntó á su vez con tino y sagacidad. La vida entera de aquel sér le fué tan intimamente conocida como la suya propia. Estudió luego los autos y anotó con proligidad y paciencia admirables los errores, omisiones, inconveniencias y descuidos en que se incurriera en la formación del sumario. Noches enteras dedicò á esa labor ímproba. Nunca un médico fué más solícito en la atención del enfermo; ninguna madre veló con más esmero á la cabecera del hijo doliente. Comprendía cuál era su noble misión y se hallaba dispuesto á cumplirla.

Médico y sacerdote, á la vez, debía velar por la existencia de un desgraciado cuya suerte estaba en sus manos y consolar su acongojado espíritu en aquellas horas de indecible tribulación.

¡Qué gloria si lograba probar su inocencia!

Era más que la vida, eran la vida y el honor las prendas que defendía de las garras del verdugo.

Concluído el prolijo examen, lleno el escritorio de apuntes y comentarios, electrizada la mente por mil ideas luminosas, redactó Mario su primer elocuente escrito. En él estaba consignado todo. Bastaba leerlo para transformar por completo la faz del proceso. Las indicaciones eran claras y precisas, el tono templado y respetuoso, las citas oportunas. Leyólo por última vez y lo llevó personalmente al reo. La escena fué conmovedora: al terminar, el reo y su defensor confundieron sus lágrimas.

Mario se hallaba ajitado y nervioso; el procesado tranquilo y sonriente.

Arrojada una gota de rocío en el alma del infeliz, fué la solicitud presentada al secretario de la causa.

—Vuelva Vd. mañana, dijo el funcionario.

Al día siguiente llegó Mario á la oficina cuando aún estaba cerrada. Por fin, juez y secretario bajaron de un carruaje.

Entró tras ellos. Un rato después devoraba la anhelada providencia. Solo habían tres palabras escritas: «No ha lugar.» Y en seguida la firma del Juez.

El golpe fué tan violento y aquella naturaleza estaba tan quebrantada por la emoción y la fatiga, que apenas tuvo tiempo de llegar hasta un coche y dar la dirección de su casa.

Sería difícil pintar la alarma y desesperación de aquella honrada familia. La luz, el orgullo del hogar, Mario, el hijo adorado, el hermano predilecto, iba tal vez á morir!

Vino el médico y su diagnóstico fué tranquilizador. Después de recetar, prescribió como único régimen, reposo absoluto durante algunos días.

¡Reposo! ¿Y qué sería del infeliz en el interregno? Consiguióse calmarlo, llamando á uno de sus colegas, que le prometió desempeñarlo durante su enfermedad y pedir á la Corte que nombrara otro abogado de turno en su reemplazo.

Así pasaron muchos días. Para reparar del todo sus fuerzas tuvo que salír al campo, de modo que

había transcurrido mes y medio cuando tornó á reanudar sus tareas profesionales.

La primera diligencia fué ir á visitar al pobre encarcelado. ¡Debía estar tan triste! Necesitaría tanto de sus servicios!

Introducido al interior de la cárcel, no pudo, sin embargo, penetrar inmediatamente á la celda del reo; en aquel momento el secretario le leía una notificación. Le pareció notar en el rostro del carcelero una impresión de lástima.

¿Qué ocurría? ¿Qué resolución fatal había recaído en el juicio?

Pero, nó; eran vanos sus temores, pues debiendo haberse apelado de la providencia en que se negaba la reapertura del sumario, la causa estaría aún en apelación.

Al fin el funcionario apareció con un expediente en la mano. Saludó á Mario al pasar, y éste se apresuró á entrar.

La primera siniestra visión que descubrieron sus ojos, fué una gruesa barra de grillos en los pies del desdichado. Hallábase acurrucado en un rincón, pálido, deshecho, con las mejillas hundidas y surcadas por silenciosas lágrimas, las manos cruzadas sobre las rodillas; más abandonado, más pobre, más abatido, que cuando por vez primera llegara Mario hasta él, como el ángel de la caridad y la esperanza.

El abogado se aproximó y le tendió la mano. El reo lo miró con tristeza, y al cabo de un ins-

tante exclamó con voz entrecortada por el llanto:

—Si hubiera estado Vd. aquí, el juez no me habría condenado á muerte.

—¡A muerte!

—Sí. Hace poco vino el secretario á notificarme la sentencia.

—¿Entonces la Corte confirmó la resolución del juez, negándose á revisar el sumario?

—No, señor; si nadie ha apelado.

—Ah!

Esta exclamación ahogada fué la única silenciosa manifestación del joven. Comprendió lo ocurrido: la defensa había sido abandonada.

La lucha interna duró poco; era necesario recuperar el terreno perdido. Pero ¿Cómo? Aquel no era el sitio más adecuado para meditar con calma, así es que, dominando la pena que lo afligía, díjole al preso:

—Un accidente desgraciado me obligó á guardar cama. Por eso he estado sin venir. La resolución del juez tiene felizmente enmienda, y desde este momento voy á tomar de nuevo el juicio á mí cargo. Tranquilícese, tenga confianza en mí, y espere en Dios.

—Ah! señor, si Vd. me defiende, exclamó el sentenciado con voz trémula, creeré en mi salvación; si me abandona seré fusilado.

Estas palabras salidas del alma, dichas en un instante supremo; esa confianza sublime; la serenidad que como por encanto iba cubriendo la fiso-

nomía del condenado, fueron otros tantos aguijones que estimularon el espíritu ardoroso y bueno de Mario.

—Sí, agregó—más bien hablando consigo mismo que dirigiéndose al preso,—yo descubriré la verdad; yo apelaré ante los majistrados superiores; haré ver lo que significa la vida de un inocente arrancada á nombre de la ley; hablaré al alma de los hombres y á la conciencia de los jueces; probaré la torpeza de los procedimientos seguidos, y el sumario se reabrirá para reparación del desgraciado y para honra y majestad de la ley.

A medida que Mario hablaba iba el reo doblando penosamente sus piernas aherrojadas, de modo que al terminar lo vió ante sí con los ojos anegados en lágrimas, las manos juntas y las rodillas en tierra. Su cuerpo vacilante se afirmaba junto al húmedo muro del calabozo.

El joven miró al preso, se inclinó hacia él y lo colocó dulcemente sobre la cama. En seguida señaló al cielo, como para significarle que tuviera fé y salió. Una vez afuera ahogó entre sus manos la explosión de sollozos que jemían en su garganta.

Desde aquel día no descansó en su caritativo empeño. Era menester despertar interés en favor de su patrocinado. Con este fin inició una serie de publicaciones, entre los cuales llamaron justamente la atención pública el escrito de «téngase presente» desechado en primera instancia y la solicitud de «expresión de agravios» elevada á la

Suprema Corte. En esta última pieza había reproducido las teorías y argumentaciones en que tantas esperanzas fundara y cuyo rechazo lo pusiera casi á las puertas de la muerte. Hacía, en seguida, un ardiente llamamiento al corazón y á la inteligencia de los magistrados, pintando la situación del infeliz, cuyo honor y cuya vida pendían de la imparcialidad, del tino, de la misericordia de los jueces. ¡Cómo! Se desdeñaría investigar prolijamente los antecedentes, desvanecer las sombras que oscurecían el proceso, cuando de esa luz iba á destacarse pura y esplendorosa la verdad? ¿Por escrúpulos de procedimiento se entregaría al reo, desamparado y sin defensa, al más sangriento de los suplicios? ¿Acaso ignoraba el Tribunal que el patrocinio obligado de los abogados de turno era deficiente y casi nulo?

En el presente caso, se había dejado transcurrir el término sin apelar de la resolución del juez en que negaba la reapertura del proceso. Y todo porque él, víctima de un ataque repentino, no había podido continuar el sagrado deber que la ley y su conciencia le imponían. ¿Cómo conciliar la igualdad preceptuada por la Constitución, si el rico tenía á su alcance la sanción amplia de sus derechos y el menesteroso contaba apenas con la limosna de una defensa trunca y mezquina?

Aquel interesante escrito, fué comentado y aplaudido. Jurisconsultos distinguidos felicitaron á su autor, y la cuestión legal fué debatida con interés.

Hubo pocos contradictores; la mayoría se pronunció enérgicamente en pro de la revisación del sumario.

Con tales precedentes no fué estraño que los estrados de la Suprema Corte estuvieran llenos de abogados y curiosos el día de la vista de la causa. La relación del proceso causó honda impresión en el ánimo de los circunstantes.

Los mismos jueces se hallaban visiblemente emocionados. Concluída la lectura fué concedida la palabra al abogado defensor.

Sería vano nuestro afán si quisiéramos transcribir lo que dijo Mario. Todo sería pálido ante la realidad. Aquel alegato, escrito habría sido espléndido, hablado fué sublime.

La audiencia terminó en medio de un silencio sepulcral. Recién afuera, después de llenar los pulmones con el aire refrescante y libre, pudieron los espectadores dar espansión á sus sentimientos. Mario, fué felicitado, abrazado, aclamado.... Su triunfo había sido tan grande, se había elevado tanto sobre el nivel de los demás, que nadie podía sentir las ásperas emulaciones de la envidia. Aquel joven modesto, casi desconocido una hora antes, acababa de exhibirse en la cima culminante de la inteligencia. Y lo más extraordinario era ver su actitud humilde y reservada; solo brillaron sus ojos, grandes y melancólicos, cuando el secretario le comunicó la resolución favorable del Tribunal.

Desprendióse de los brazos que lo estrechaban,

bajó con prisa las escalas de piedras del vetusto palacio, y casi de carrera tomó el camino de la cárcel. Quería gozar de su gloria allí, al lado del inocente á quien acababa de salvar.

Lo demás fué fácil. Vuelto el proceso al estado de sumario, enmendados los errores cometidos, llenadas las omisiones, apareció la verdad, como Mario la representaba á los jueces, como la veía desde el fondo de su alma: pura y esplendorosa.

El preso recobró su libertad. Solo, sin familia, se consagró por entero al servicio de su bienhechor. Juan Rodríguez, fué desde entonces el perro fiel de Mario.

Tal era la historia breve y luminosa de nuestro héroe.

Cualquiera habría aprovechado aquellas horas de entusiasmo y de prestigio; él, se encerró con sus papeles y sus libros. A las instancias de sus amigos y compañeros, en quienes ejercía ascendiente irresistible, para que entrase con ellos á la vida política y social, respondía:

—Aún no ha llegado el tiempo.

Mario prolongaba su existencia sosegada en el seno de la familia, convencido de que una vez que abrazara una causa la habría de sustentar hasta el fin, con la ofrenda de su paz, de sus intereses y de su vida.

Espíritu serio, miraba con pena los alardes de sacrificios de los supuestos servidores del pueblo, con desprecio sus protestas de amor á la libertad y

al progreso. El no comprendía las investiduras políticas como símbolo de honores y vanidades. La naturaleza había hecho de él un apóstol: su figura, sus hábitos, sus aficiones, sus ideales, y hasta los seres á quienes rendía culto preferente, demostraban sus tendencias generosas y altruistas. Era alto, de constitución flexible y delicada, de aspecto triste. Su rostro era hermoso y atrayente; ojos de un azul oscuro, como el cielo de Chile, grandes y soñadores; frente despejada; nariz fina y recta; boca chica, sombreada en su labio superior por un bigote de adolescente; dientes blancos y pequeños. Su cabeza estaba coronada por largos y sedosos cabellos, ondeados y casi negros, que caían en rizadas guedejas hasta el cuello.

Contaba cuando lo presentamos á nuestros lectores veintisiete años.

Amante de la instrucción, había devorado las obras completas de los enciclopedistas y filósofos del siglo XVIII; estudiado la historia de la humanidad en los escritos de los más grandes pensadores; meditado con el libro en la mano sobre la suerte de los pueblos y los destinos impenetrables del hombre. Había tenido días de exepticismo y de duda, pero al fin de la lucha salió con el corazón lleno de amor y la mente preñada de ideas. Cristiano verdadero, odiaba la mentira y la hipocresía, y más de una vez se había encendido en santa indignación al ver á los falsos discípulos del Maestro pro-

fanar sus verdades con prácticas de un culto idólatra y fanático.

—Jesús, decía, era pobre, sencillo y humilde; amaba la justicia y perdonaba las ofensas ¿cómo pueden ser ministros suyos los que hacen ostentación de lujo, doblez y soberbia; los que santifican la ficción; los que predican odio inextinguible á sus enemigos?

Hablaba poco; no discutía jamás.

Amaba con pasión á sus padres; con ternura infinita á sus hermanos; amaba, como Cristo, al prójimo. La misericordia que le inspiraban los desgraciados lo conducía á extremos de sensibilidad. Y de este mismo nobilísimo sentimiento nacía una repugnancia invencible á los poderosos; á los que especulan con el sudor del pueblo para atesorar riquezas, ó con su sangre para adquirir mentidas glorias y laureles.

Comprendía la política como la relijión: sin dobleces, sin ambiciones personales, sin transfugios. Muchas veces se había entusiasmado con los ideales y los programas; pero nunca había desplegado sus labios para endiosar ó empequeñecer á los hombres.

Solo en una ocasión, delante de un retrato de Francisco Bilbao, se le oyó decir:

—¿Por qué no naciste más tarde?

Aquel día de congojas para el patriotismo, Mario estuvo sombrío, sin pronunciar una palabra salió de su casa y, contra su costumbre, lejos de huir del

bullicio y los espectáculos fué á confundirse entre la muchedumbre.

Lo demás lo saben ya nuestros lectores.

CAPÍTULO III

Confidencias

El capitán acudió presuroso al llamado de Mario. Algo grave debía ocurrir para que fuese en aquellos momentos á distraerlo de sus afanes de cuartel. Acercósele con esa solicitud cariñosa y deferente del hermano menor, que ama y respeta al primogénito. Inquietud no disimulada se pintaba en su semblante juvenil.

—¿Hay alguna novedad en la familia? le preguntó.

—No, Enrique, tranquilízate.

—Pero entonces ¿qué sucede? qué tienes? te pasa algo serio? estás enfermo?

—Vamos, no seas niño. Tengo que hablarte á solas y por eso he venido.

¿Estás ya libre de tus ocupaciones?

—¡Libre! y quién lo está ahora? Si supieras como

se ha recargado el servicio: guardia, retenes, comisiones especiales, acuartelamientos. ....Si esto dura, reventamos! Y todo porque se les antoja á unos cuantos bullangueros alborotar y meter ruido. A buen seguro que si yo estuviera allí, en vez de estar aquí; (y señalaba alternativamente la casa de gobierno y el cuartel) si en lugar de ser el capitán Enrique Vedia, condenado á obedecer á cualquier ......¡punto en boca!......fuera Excelencia y diera òrdenes, todo andaría mejor.

—Cálmate, hombre! apenas cobras serenidad cuando te olvidas de todo; hasta de aquel precepto de la Ordenanza, que te he oído repetir de memoria, sobre la obediencia á los superiores y las murmuraciones por recargo de servicio ó exigüidad de pré.

—Tú, también! Como si no fueran bastantes las amonestaciones del Mayor, las del Comandante y hasta las del Coronel! Si esto dura, cuelgo la casaca y me meto de fraile!

Mario se sonrió al oir aquella salida. La presencia del joven casi lo había distraído de sus cavilaciones. Aquel muchacho, bueno y noble, despreocupado y sencillo, amante y lijero, tenía el májico poder de desarrugar su frente reflexiva.

Aunque no era más que dos años menor, lo miraba casi como á hijo. Enrique sentía á su vez una afección profunda por su hermano. En ocasiones, cuando sorprendía en él una mirada de reproche ó recibía una palabra de queja, solía decirle, como para

disimular el rubor que esa mirada ó esa queja le inspiraban:

—¿Acaso crées que todos somos perfectos como tú?

Y luego agregaba para acabar de vencer la impresión penosa hecha en su ánimo:

—Bismarck, dice que la vida es seria; para tí la vida es triste; déjame creer, por mi parte, que es alegre. Ya ves que no todos los pensadores estamos de acuerdo sobre asunto tan capital.

Y con ésta ú otra salida semejante, disipaba la nubecilla.

—Pero en fin, dijo Mario, aún no me has dicho si puedes acompañarme; aunque el cabo Peña aseguró.....

—Hola! con que el cabo Peña se permite comentar lo que oye y revelar lo que hace su capitán? Ya verá como......

—Pero, hombre, si sigues con tus interrupciones y tu charla sempiterna, me voy sin decirte á qué he venido.

—Pues bien, callo, á condición de que me saques de una duda.

—Díla.

—¿Qué hacías tú confundido con esos demonios que nos taladraban los oídos y la paciencia con sus denuestos y gritos?

—A descifrarte ese misterio he venido.

—¿Sí? Y también, agregó Enrique bajando la voz, á decirme por qué hiciste aquel disparo de revólver?

—También.

—Entonces, te escucho con devoción.

—¡Por fin!......Pero no es este el sitio más á propósito para hacer revelaciones. Vas á seguirme en silencio hasta la Alameda. A esta hora y con este frío debe estar desierta.

—¿No sería mejor irnos á casa ó á un restaurant?

—Nó! obedéceme por esta vez.

—En tus manos, señor, encomiendo mi cuerpo, murmuró el aturdido capitán, levantando el cuello de su capote y siguiendo los pasos de Mario.

Atravesaron la plazuela, continuando por la calle de Teatinos hasta desembocar en la Alameda. Aquel paraje, abierto y oscuro, estaba completamente solitario.

Cruzaron nuestros jóvenes el espacio de la calle y una vez en el centro de la avenida, encamináronse en dirección al poniente. Así anduvieron sin pronunciar palabra hasta la estatua de Buenos Aires; Mario un tanto adelante y con el ademán desenvuelto del que sabe adonde va, Enrique, con el aire confiado del que se deja llevar sin resistencia. Llegados á la altura del monumento detuvieron el paso.

—Creo que podemos ya hablar libremente.

El tono serio del joven hizo mella en el ánimo de Enrique. Contentóse con hacer una inclinación afirmativa con la cabeza.

—Hasta ahora, principió Mario,—emprendiendo de nuevo su marcha hacia la estación de los ferro-

carriles,—los vínculos que tan estrechamente nos han unido, han tenido por principal, si no por único centro nuestros corazones. En tí, he hallado el atractivo de las prendas más nobles y envidiables: juventud, gracia, espontaneidad, alegría. La invencible tristeza que domina mi carácter, la apatía de mi naturaleza, se han desvanecido al calor de mi afecto por tí, como las brumas de la mañana ante los rayos del sol.

Tú no has dejado de ser para mí el niño rubio y juguetón, que llena con su encanto los primeros recuerdos de mi vida. Más de una vez he temido, al verte cambiado en hombre, que llegaran la virilidad y enerjía de tu ser á enturbiar la ternura delicada de nuestras relaciones. Pero hoy, á impulsos de una idea más severa pero más grande, en obedecimiento al más sagrado de los deberes, busco en tí al hombre. Que la comunidad de nuestros afectos se confunda con la comunidad de nuestros pensamientos; he ahí lo que deseo, tal es lo que anhelo.

Hermano y amigo; depositario de mis confidencias más íntimas, de mis ideales más queridos, y al mismo tiempo partícipe efusivo de mi amor fraternal.

La voz de Mario era insinuante i solemne.

Estimulado por aquellas palabras sintió Enrique el afán desesperante y febril del que desea corresponder á las más lisonjeras esperanzas y teme caer vencido por inexperiencia ó lijereza. Ah! ¿por qué

no veía Mario su alma, como él la sentía vibrar en las profundidades de la conciencia? Por qué no adivinaba las espansiones internas de su ser, que lo ahogaban, sin acertar á manifestarlas?

Dominóse al fin y con acento trémulo por la emoción, exclamó.

—Gracias, hermano. Yo me elevaré hasta tí para comprenderte; seré siempre el niño para amarte. Guardaré en mi pecho tus intimidades, bajo la fé de mi honor de militar y de chileno, como guardo en mi alma las más puras impresiones de mi cariño.

Mario le contemplaba con orgullo. Cuando concluyó, lo atrajo á sí y rozó su frente con sus labics.

Después de esa tierna escena, que no era más que el preludio de las confidencias de Mario, estuvieron los hermanos un rato sin hablar.

—Ahora, prosiguió éste,—dando tono lijero á su voz—como para borrar las emociones sufridas,—voy á entrar al capítulo que tanto ha despertado tu curiosidad: por qué me hallaba entre aquella turbulenta poblada y, luego, por qué hice el disparo que fué causa de su dispersión.

La primera parte de mis pequeños misterios, es lo que me hizo abordar el preámbulo que abre de hoy y para siempre entre los dos una éra de mutua confianza y solidaridad.

Hasta el presente he vivido entregado por completo á mis ocupaciones favoritas y á los deleites de la vida de familia. ¿Recuerdas mi respuesta á los

compañeros que me incitaban á entrar al campo de la política?

—Sin duda, contestó el capitán. A las observaciones de ellos y á las mías, que no han sido pocas, decías tú: aún no ha llegado el tiempo. Y, perdóname que añada que no has tenido razón para proceder como lo has hecho. Sin ir más lejos, antenoche se habló de tí en el *Círculo* y varios de mis camaradas criticaban tus hábitos de anacoreta. Y como no temo que el pecado de la soberbia haga su presa en tí, te contarè que el coronel Carvallo refirió que el Presidente Balmaceda había hablado con encomio de tu talento y....

—Vamos ¿volvemos á las andadas?

—Como me preguntabas si....

—Pero has agregado una serie de cosas ajenas á mi pregunta. Decías, y esto es lo único de que se trata, que yo he rehusado trabajar en política por creer que aún no había llegado el momento oportuno.

—En lo cual....

—Sí, sí, ya lo sé, en lo cual he cometido un error tan grande que me constituye reo de lesapatria. Pues bien, ahora creo que ha llegado el día tan deseado por tí y mis amigos.

—¡Cómo! qué me dices! Con que al fin te decides? Con que puedo ya esperar verte conducido en palmas y oirte arrebatar al auditorio con tu elocuencia?

—Cállate, por Dios!

—Pero si es inaudito! Qué me calle! cuando voi á

gritar por todas partes que al fin Mario Vedia se lanza al mar de la política! cuando....!

—Por favor, Enrique, escucha. Si después de oirme, aplaudes mi resolución, en horabuena. Yo mismo te acompañaré, aún á riesgo de sentar plaza de loco rematado; pero ántes, modera tus ímpetus i no olvides que he apelado á tí para comunicarte pensamientos serios y no cosas frívolas.

—Tienes razón, hermano, tienes razón. Te prometo cumplir cuarenta i ocho horas de arresto por mi intemperancia.

—Hombre, no; basta con que guardes una de silencio.

—Prometido.

—Entonces, continúo. Mi resistencia á tus instancias tenía un fundamento que te voy á revelar; pero antes pongamos en claro el punto capital de la cuestión: ¿qué se entiende por polítíca?—Para muchos, los más, tal palabra vale tanto como decir: disponer de bastante influencia para medrar y ayudar á los propios; gozar del acatamiento de los bobos que se desviven por contemplar las ceremonias y pompas oficiales; admirar á unos, servir á otros y escalar la cumbre del poder. Todo esto, Enrique, por más que aparezca deslumbrador, mirado con calma es frívolo. Puede seducir al que busca los esplendores de la forma, los cristales engañosos de la apariencia; pero, dime: ¿qué restan de esos oropeles? ¿qué hay de imperecedero en esos juegos de la humana vanidad? ¿qué atractivos encuentra el

que ama á sus semejantes, el que anhela servir á su patria, el qne se respeta á sí mismo, en esos caprichos de la moda, odiosas fantasías llamadas á encender orgullo en unos y á despertar envidia en otros?

Y, sin embargo, examino la política en su aspecto más brillante. Nadie se ha sentido jamás humillado de desempeñar un papel en esa fiesta. ¡Qué digo! cuán pocos pueden, al término de su vida pública, presentarse ataviados con ese aparatoso ropaje, sin manchas que los envilezcan y hagan odiosos! ¡Qué pequeña se ve la grandeza de los semi-dioses de la política á través de la linterna de la verdad y el buen sentido!

Pero hay que descender hasta el fondo, y escudriñar los enigmas de ese escenario tan lleno de luz y de colores.

Fórmase el pacto entre los electores y el pretendiente (hablo en la hipótesis de que el derecho de sufrajio se ejercite realmente) con un programa y muchos vítores, rosario de lugares comunes el primero, premio anticipado de promesas que se olvidan el segundo. Llega el día de la lucha. El futuro representante ó sus ajentes corrompen las conciencias de los ciudadanos, comprándoles un girón de soberanía á vil precio. Por supuesto que nadie enrostra la contradicción entre aquel manejo y las hermosas declaraciones del difunto programa.

El candidato triunfa. Desde ese instante se rompe todo vínculo entre las partes contratantes.

El elejido paga con desprecio los esfuerzos, en ocasiones venales, á veces abnegados y espontáneos de los hijos del pueblo. Estos miran con rabia los desdenes de la celebridad naciente. ¿Qué lazo queda entre ellos?

El del odio.

Pero hay que sembrar para la cosecha venidera, es decir, hay que pagar algunas deudas, que cumplir algunos compromisos. El representante se convierte entonces en peticionario. Y de aquí nace un segundo pacto. Este es menos inmoral, porque en ambos contratantes existe la misma perfidia. El Ministro vende los destinos; el legislador los compra. El precio es el mismo: un voto. La única diferencia consiste en que el ciudadano enajena lo que le pertenece, lo que es suyo, su conciencia,—por más que la venta sea depresiva de su dignidad,—mientras que el legislador trafica con su conciencia y la voluntad ajena, traiciona su mandato y burla la confianza de muchos. ¡No faltan infelíces que aún tienen fé!

Podría detenerme aquí. ¿No es cierto que el cuadro es repugnante? ¿Hay necesidad todavía de una exhibición al desnudo? Observa, Enrique, que no he dicho una palabra de esos mercaderes que, en vez de pedir empleos para acallar las voces famélicas de sus ajentes, piden oro y comercian villanamente con los más valiosos intereses nacionales; piensa un momento en esos especuladores que juegan con el hambre y la miseria de las clases

proletarias, dictando leyes de privilejio para instituciones de que son accionistas, abogados ó deudores; mira, en fin esa falanje de cortesanos que en el seno augusto de la Representación Nacional, envilecen su mandato, inclinándose reverentes ante los señores de la banca y del ájio!

¿Es esa la política que te fascina? ¿Son esos los modelos á quienes debiera imitar?—Tu silencio, protesta enérgica y honrada de un alma sacudida por el acento amargo y duro de la verdad, me hace de sobra comprender que rechazas con indignación tales inmundicias y á tales hombres.

Guardó silencio Mario durante algunos instantes y luego continuó:

—Pero la política tiene otro aspecto menos sombrío. Supongamos, lo que felizmente ocurre algunas veces, que hay perfecta buena fé en el ciudadano que se propone servir á su patria. Desde luego, se vé combatido con rudeza por cuantos siguen la corriente ó están vinculados á ella. Si tiene resolución firme de no hacer transacciones con su conciencia, debe principiar por exhibir á los ojos del pueblo el cuadro que acabo de manifestarte. Los aludidos, que son muchos, recojerán el guante y tratarán de anonadar al adversario con toda clase de armas. La injuria y la calumnia clavarán en él sus ponzoñosos dientes y ni el sagrado del hogar quedará á cubierto de sus mordeduras.

¡Y qué desigual es el combate!

De una parte: sinceridad, ideas que muchos creen

utópicas, promesas que causan risa, solicitaciones gratuitas; de la otra: engaño, palabras seductoras, empleos en perspectiva, dinero en acción.

Pensemos, sin embargo, por el honor de nuestros conciudadanos, què vence el adalid de la buena causa, como venció David conducido por la mano invisible de Dios al jigante Goliat. ¿Han cesado por esto los peligros?—Al contrario. Desde ese momento el vencedor tiene un enemigo más poderoso aún; enemigo oculto y perseverante, que sigue sus huellas más que la sombra al cuerpo, porque lo hostiga así en la luz como en la oscuridad, en la lobreguez de la noche como en medio de los resplandores del día. Satanás, sentado en la cumbre del monte Tabor, muestra á sus plantas todas las delicias de una vida abundante, risueña y fácil, mientras en torno de sí encuentra solo aridez, pobreza y sacrificios.

Excelsior! El héroe quiere llegar hasta el fin.

Desechadas las ofertas y solicitaciones, declarado irreducible el advenedizo que llega á turbar la algazara del festín, empieza una guerra incesante en su contra. La sociedad lo hiere con el aguijón del ridículo, después de haberse embotado en el escudo de una honra inmaculada las dentelladas del odio y de la envidia. Los señores de la liga,—banqueros, políticos sin conciencia, intrigantes,—lo fustigan sin tregua ni misericordia. Si es pobre, se vé privado de trabajo y el hambre abre sus fauces por devorarlo; si rico, debe resguardar su haber de las acechanzas

de sus rivales. Muchas veces el pueblo mismo, por cuya redención sufre y batalla, extraviado por sus opresores, le escupe al rostro la negra baba de la ingratitud.

Si todavía persiste, si ama el bien sin recompensas y las ideas por convicción; si está dispuesto á sacrificar afecciones, comodidades, esperanzas, sosiego, á trueque de conservar incólumes los principios que viven en su mente, entonces alcanzará el destino de los seres privilejiados: miseria, persecuciones y, en último término, el martirio.

Todo esto es horrible y, no obstante, es pálido ante la realidad.

Pero del fondo tenebroso de ese abismo surje una luz, como del espacio infinito del cielo destella el astro vespertino sus esplendores. Esa luz, fué la que circundó la frente ensangrentada del Mártir de los Mártires cuando apuraba su cáliz de agonía; la que vislumbraba Colón cuando volvía cargado de cadenas desde las playas del nuevo mundo; la que vela como en un santuario en el alma, y que unos llaman gloria y otros virtud!......

Vivir más allá del envoltorio material, en sus obras, en sus trabajos, en sus sacrificios; trasmitir á través de los tiempos la memoria de un nombre bendecido; ser algo en la historia indefinida de la Humanidad: he ahí la recompensa.

Volvió Mario á detenerse. Aquella profusión de ideas, que por primera vez tomaban expresión en sus

labios, salían desordenadamente, pero llenas de fuego y de vigor.

—Así entendida, la política deja de ser la cuestión fútil y nimia que afronta cualquiera con ánimo ligero. Mis convicciones son esas; por eso he meditado mucho antes de empeñarme en la lucha. He necesitado estudiar y estudiarme; formar mis creencias y examinar las condiciones de mi espíritu. Proceder de otra manera es exponerse á dejar girones de la honradez en la prueba, ó á huir ante los rudos ataques del adversario. Debo hablarte sin reservas: si los azares de la situación no fueran tales, que fatalmente han de verse envueltos en la tempestad que se prepara, apasionados, indiferentes, ambiciosos ó resignados, tal vez habría adoptado el camino de la abstención. Pero si eso cuadra más á la apatía de mi naturaleza, no se aviene á mis sentimientos de hombre y de chileno.

Por honor, por deber, debo prestar mi concurso entero á la buena causa.

Pasemos ahora, si te parece, de las ideas abstractas á nuestros partidos y muy someramente á nuestros hombres.

Tenemos en lucha dos principios, ó más bien dos corrientes antagónicas. Impulsan y dirigen una, hombres de todos los bandos políticos: conservadores, liberales, radicales y nacionales. No hay entre ellos una sola aspiración común; ningún vínculo los liga en su origen, ningún propósito los enlaza para el porvenir. Al calor de esta unión transitoria

se ha obstruído la administración pública, divorciado los elementos políticos afines, esterilizado la labor parlamentaria, despertado las más absurdas ambiciones, violado la Constitución, quebrantado el respeto que se deben recíprocamente los poderes fundamentales, ajado la dignidad de los más altos funcionarios y desquiciado el orden moral de la sociedad.

Al frente del partido contrario, en representación de sus fueros agredidos, se halla el Presidente de la República.

Bien sabes, Enrique, que jamás he emitido un solo concepto, menos un juicio, sobre ninguno de los hombres que actúan en política. Considero, aún al estadista más patriota y abnegado, un peligro, en esta tierra en que todo se personaliza. Pero ese peligro es imaginario, tratándose de D. José Manuel Balmaceda.

¡Cómo se destaca su figura por sobre las cabezas de sus émulos! ¡Cómo resplandecen en él las virtudes del hombre y las eminentes cualidades del magistrado! Recuerda la historia de su exaltación al poder y verás reproducida la pintura que hace poco te hiciera del ciudadano que no transige con sus principios. La oligarquía santiaguina agotó los dardos de la envidia, la injuria y la calumnia para combatir su candidatura. Elevado á la presidencia, no ha mirado jamás á sus colaboradores para hacer el bien, ni vengado más que con el olvido y el perdón las ofensas recibidas, ni siquiera negado á sus

más encarnizados enemigos *honores y distinciones*. Su obra es colosal. Sin gravar al país con empréstitos y contribuciones, ha construído puentes, caminos, ferrocarriles, escuelas, cárceles; ha difundido y mejorado la instrucción pública; ha mantenido en alto el crédito nacional; ha dictado leyes de descentralización administrativa, con desmedro de su propia autoridad, y de incompatibilidades parlamentarias, aplaudidas hasta por sus mismos adversarios; ha abierto, en fin, campo á todas las aspiraciones legítimas, dejando por primera vez en Chile al pueblo elegir libremente sus representantes.

Su programa, y el del numeroso partido que lo apoya, es definido y progresista. No hay términos medios ni ambigüedades; la idea es una. Nuestra bandera es la misma que tantos lauros ha conseguido en sus batallas por la libertad. La lleva en sus manos, el defensor de las leyes sobre constitución del estado civil de los ciudadanos y cementerios laicos. Vamos á la conquista de nuevos derechos, á confirmar la soberanía del pueblo, conculcada hasta ahora por un puñado de usurpadores, que se han reservado por tradición la facultad de gobernarlo y oprimirlo.

La elección no puede ser dudosa. La justicia y la paz, la felicidad y el buen nombre de la patria, están vinculados á la defensa del Ejecutivo.

Preveo días de consternación y de duelo; los enemigos jurados del Gobierno irán hasta el fin en su empeño y no hay medios vedados de que no estén

dispuestos á echar mano para domeñar la voluntad del Presidente.

Si éste resiste, como es su deber, arrojarán al país al abismo sin fond› de la revolución!

—¡Qué dices! ¿Entonces crees tú que ese hato de demagogos osaría ponerse frente al ejército? Ay de ellos si tal ocurriera!

—Comprendo, hermano, tu exhaltación; pero escucha un momento. Aún no he terminado mis confidencias.

¿Tú supones que los enemigos se presentarían á combatir en pobladas, que asaltarían cuarteles, que derribarían las férreas puertas de la Moneda y expondrían la vida en la contienda? No. Así proceden los partidos que tienen raíces en la opinión, que sustentan grandiosos ideales y cuentan con gefes y caudillos capaces de consagrar con su sangre sus principios.

La oligarquía santiaguina seguirá otra senda. En vez de luchar de día, maquinará de noche; en lugar de exponer las vidas de sus adeptos, derramará el dinero de sus bancos; no tendrá héroes y mártires que defiendan sus privilegios, pero hallará traidores y cobardes que vendan su dignidad y su espada.

—Nunca, Mario, nunca! No conoces al ejército si crees que abriga en su seno hombres tan viles y menguados.

—Déjame seguir, después me harás las observaciones que te parezca.

Tú ignoras los poderosos auxiliares con que cuen-

ta la oposición. No es solo el oro el único medio de que puede valerse para adquirir adeptos y mantener complicidades secretas en nuestras filas. Posee influencias irresistibles: las del confesonario, en primer término. Allí, en el secreto y el misterio, el sacerdote arranca con maña á la esposa y á la hija, á la prometida y á la hermana, revelaciones imprudentes. ¡Y cuántas veces al amparo de repugnantes intimidades las confianzas inocentes se ¡cambian en delaciones! Duéleme descorrer el velo que oculta los vicios de esa sociedad dorada; pero me obliga á ello un deber imprescindible: resguardarte de acechanzas y preparar tu espíritu á los embates de una contienda criminal y patricida.

Considera después los efectos de esa propaganda ncesante, hecha con la autoridad no discutida de representantes de Dios, en el ánimo de una población credula y fanática. Porque esos hombres de apariencia humilde, sujetan en sus manos los eslabones extremos de la gran cadena social, ejerciendo su imperio entre los pequeños por el prestigio de lo sobrenatural y abatiendo la altivez de los grandes con el conocimiento de sus debilidades y la persecusión de los mismos fines. El clero, es la piedra angular sobre que descansa la oligarquía, y ésta, la base de sustentación del clero. Suprime uno de éstos términos y la sociedad se modifica.

Adquiera el pueblo el conocimiento de sus derechos, bórrense con el estudio las nubes que oscurecen su mente, y entonces, ni el sacerdote encon-

trará incautos á quienes subyugar y embrutecer ni el oligarca esclavos que sustenten su feudo. Entre tanto, esos extremos habrán de tocarse, y, día llegará, si la tormenta se desencadena, en que veremos al fanático revelarse contra sus libertadores y llevar la hoz de la destrucción y la tea del incendio á sus hogares, mientras la flor de la oligarquía, vestida de rojo y ebria de sangre, celebra su triunfo sobre humeantes ruinas y cadáveres.

No creas Enrique, que mis temores sean exagerados, ni que solo se funden en los sucesos ostensibles de la política, nó. Una casualidad púsome sobre la pista de un gran crimen, que si por suerte pudo conjurarse hoy, llegará tal vez á realizarse mañana. Venía yo por la calle de Santo Domingo poco antesde las dos de la tarde. Preocupado con los sucesos del día, íbame acercando á los Tribunales, en donde se reunen partidarios de los dos bandos á comentar y discurrir sobre la situación. Al enfrentar al templo de... noté un grupo de individuos que conversaba en voz baja dentro del espacio rejado que da acceso al claustro. Pero lo que más llamó mi atención fué ver salir del interior uno en pos de otro á varios individuos que iban á engrosar el primitivo grupo. Algo interesante debía sin duda preocuparlos porque, á pesar de haberme detenido á observarlos, ninguno de ellos me notó.

Aquella escena duró pocos momentos. Los hombres fueron separándose en pequeñas partidas hasta que abandonó la última el sagrado recinto.

Iba en ésta un gigantón que, á juzgar por el aire de superioridad con que hablaba y accionaba, parecía el jefe de toda la cuadrilla.

Movido por el interés de saber lo que aquello significaba, apuré el paso hasta colocarme en actitud indiferente á poca distancia. Oí entonces algunas expresiones singulares. La palabra, *Ministros*, varias veces repetida; las voces, *ataque*, *muerte*; los ademanes; el cuidado que aparentaban en no llamar la atención; las cataduras siniestras de aquellos hombres, desvanecieron hasta la última duda. Comprendí que trataban de realizar una empresa infame.

A todo esto el grupo se había confundido, pero sin desagregarse, entre el jentío inmenso que llenaba las calles adyacentes al Congreso.

Como sólo hacía poco rato que había formado convicción del propósito de aquellos individuos y la hora de llegada de los Ministros se acercaba, comprendí que no tenía tiempo de darles aviso. Además ¿darían crédito al riesgo que les amenazaba? ¿Tomarían precauciones? ¿No mirarían tal anuncio como creación de un celo exajerado?

Por otra parte ¿no era inaudito que tal cosa ocurriese en Chile, cuando el asesinato político había sido excecrado y maldecido por todos los partidos en la persona de Florín, el bárbaro ultimador de Portales?

Deseché, pues, la idea de comunicar un aviso tal vez tardío, probablemente ineficaz. Púseme sobre

la huella del jigante, á quien supuse, como lo comprobé luego, el jefe de la partida. Para desviar toda sospecha hablaba en alta voz contra el Gobierno y aplaudía sus inmundos dicterios.

A poco, descubrí entre la muchedumbre algunos individuos en connivencia con el grupo que debía obrar. Este se movía como un solo hombre en dirección al Senado por la calle de la Compañía, hasta desembocar en la de Morandé, en donde se estacionó. Ahí fué donde te divisé y pude hacerte señales de inteligencia.

—Que yo entendí solo á medias.

—Era lo bastante para mi objeto. Buscaba hacerme visible de ti para hallar amparo en caso de apuro.

Sigo mi narración.

De los jestos y sonrisas pasaron los conjurados á las palabras, reticentes al principio pero más y más explícitas á fuerza de reiterarlas. Entre los dispersos y los agrupados se entablaban diálogos, breves pero claros. Yo iba reuniendo uno á uno aquellos cabos sueltos, hasta recomponer toda una historia misteriosa y siniestra.

El plan de los conjurados era, como lo habrás comprendido, asesinar á los Ministros antes de llegar al vestíbulo del Senado. El piquete de caballería, contenido por la orden de no moverse hasta no ser agredido, habría advertido el crimen cuando las víctimas fuesen cadáveres. Ni sus lamentos habrían llegado á oídos de los jinetes,

apagados por el ruido ensordecedor de la multitud.

—Ay! de ellos, si hubiesen tocado uno solo de sus cabellos.

—Te equivocas, Vds. habrían hecho carnicería cruel y estéril; los verdaderos culpables habrían sido los primeros en huir, mientras que los curiosos pagarían con su sangre aquel crimen.

Lo demás tu lo sabes. Lo que ignoras aún es que aquellos hombres no representan más que un átomo de la vasta conspiración de que forman parte. Las legiones de que hace poco te hablaba, están ya prontas; las congregaciones religiosas con sus pastores á la cabeza, saldrán de sus guaridas á la voz de rebato de sus campanas. La propaganda corruptora se ha iniciado hace ya tiempo: prensa, confesonario, púlpito: voces estridentes y voces ténues, que despiertan las pasiones y acallan los impulsos de la conciencia. El oro corre á raudales...... En estos momentos vivimos sobre un volcán.

No extrañarás, después de lo que te he dicho, las precauciones que he tomado para conferenciar contigo.

—Tienes razón, hermano. Estoy bajo el peso de una impresión terrible. Y ahora ¿qué piensas hacer? Cuenta conmigo para todo.

—Hay que comenzar por hacer mayores esclarecimientos. Me he puesto ya en campaña y á estas horas debo tener indicaciones preciosas.

—¿Entonces habías sorprendido algo antes de las ocurrencias de hoy?

—No, Enrique. Cuando me hallaba entre la multitud, escuché una voz que me decía al oído:

«No tenga cuidado; yo le resguardo las espaldas.»

Volví la cabeza y encontré junto á mí á Juan. Le señalé al capitán de la partida de malhechores y le indiqué que le siguiera la pista. Tu sabes como se esmera en cumplir mis órdenes. Si ha procedido conforme con mis instrucciones al llegar á casa sabré algo interesante,

—¿No crees que convendría denunciar al Gobierno lo que ocurre?

—Aún no es tiempo. Mañana combinaremos nuestro plan. Por tu parte, desconfía de todos y de todo, y no olvides que desde este momento consagramos nuestra vida á la defensa de la Patria.

—¡Todo por ella! Mario.

—¡Todo por ella! Enrique.

CAPÍTULO IV

Los trabajadores nocturnos

Acompáñennos ahora nuestros lectores á recorrer los sitios en que se tramaban, en complicidad con las sombras de la noche, las medidas tendentes á producir la gran catástrofe política y social de 1891.

El principal y más brillante centro de conspiración, aquel en que se reunía lo más selecto de la oligarquía, era el «Club de la Unión». Fundado con propósitos puramente sociales había ido poco á poco desgastándose moralmente, hasta convertirse en garito, respetado por la policía, y en foco de difamación y de intrigas políticas. En él sentaban sus reales los más estirados figurones de aquel período de decadencia, combinando,—al calor de las copas, entre el bullicio de cristales que se chocan, bajo la deslumbradora claridad de centenares de luces ó en los silenciosos retretes de juego,—las sorpresas aleves, los ataques personales, con que debía herirse á los ciudadanos y funcionarios afectos á la causa sustentada por el Gobierno.

No siendo ya posible concurrir decorosamente á aquel lugar, habíanse retirado los socios disidentes, aguardando tiempos más serenos para reanudar sus hábitos de sociabilidad. El campo quedó así libre de incómodos espectadores.

El día en que iniciamos nuestra historia fué más que de ordinario numerosa y entusiasta la concurrencia. Jamás los libertadores de un pueblo demostraron tales espasmos de alegría y embriagueces delirantes, como aquellos hombres al celebrar la ruina de las instituciones nacionales. Nadie parecía meditar la gravedad de la situación, como si, aún en el caso de que la idea que sustentaban fuese buena, no hubiera la Patria de sufrir los rudos embates de una transformación inesperada y violenta.

Después de treinta años de progreso y de paz, íbase á abrir una época de retroceso y de sangre; y, sin embargo, los autores de aquel cataclismo se aturdían entre las espansiones tumultuosas del festín.

La espaciosa sala de billares era estrecha para contener á los asistentes, muchos de los cuales no eran miembros de aquella institución, mientras grupos compactos discurrían por los patios y habitaciones, libando repetidas copas en honor de los protagonistas de la fiesta; sí, de la fiesta, que eso y no más eran las variadas escenas de ese día, principiadas en el recinto del Senado de la República,—profanado por Catilinas dejenerados,—y concluídas en

una orjía en los rejios salones de un club político.

Por primera vez quizás se mezclaban en aquella suntuosa mansión de la molicie, banqueros y políticos, jefes de turbas y garroteros; pero en esa reunión no germinaba un sentimiento elevado: ni el señor restregaba su traje de gala con los harapos del menesteroso, sin repugnancia; ni el plebeyo sentía con tal contacto menos amarga en su seno la dura punzada de la envidia. En aquellos espíritus no había echado raíces la fraternidad cristiana.

A intervalos se dejaban oir voces que reclamaban atención. El peculiar sonido de ¡silencio! se transmitía de labio á labio. Entonces aparecía encaramado sobre un billar el orador encargado de dirijir la palabra á la asamblea.

Saldríamos de nuestro propósito si consignáramos aquí esas arengas, empapadas en hiel, destinadas á fanatizar á los imbéciles y á los ignorantes, vacías de sentido, pero llenas de ardor y colorido. Decíase en ellas que el Presidente de la República pretendía hacer tabla rasa de las facultades del Congreso, gobernando sin su anuencia, como lo demostraba el hecho de nombrar un ministerio sin sujetarse á su *soberana* autoridad. Las expresiones *representantes del pueblo, soberanía nacional. fueros del Congreso* y otras por el estilo, formaban el caballo de batalla de los oradores. Entendíase, ó aparentábase entender tales denominaciones, como la encarnación de un poder omnipotente y supremo. Todo el poder público estaba concentrado en él. El derecho

constitucional del Presidente de *nombrar y remover á su voluntad* á los *Ministros del Despacho*, era una ficción; su autoridad como Jefe de la República, tan ponderada por todos los publicistas, un mito; todo derecho, toda disposición, todo mandato, no emanados del Congreso, fantasmas, ilusiones, mentiras.

Del seno de la nada, á impulsos de una oligarquía avasalladora, representativa de tradiciones de usurpación y privilejio, surjía de repente una especie de *Convención*, con los instintos sanguinarios, con las pasiones desenfrenadas; sin la abnegación, sin el patriotismo, sin las luces de la Convención francesa. Parodia brutal y torpe, que debía arrojar al país á la anarquía y al caos.

Eran los más incansables pregoneros de las virtudes de aquella creación monstruosa, dos hombres, ante los cuales el historiador habrá de detenerse, como se detiene el viajero ante un abismo. Nos perdonarán nuestros lectores si nos permitimos diseñar sus siluetas. Sin la exhibición de los protagonistas del acontecimiento histórico la trama de nuestro romance sería incolora y sin interés.

Cundió por la sala un extremecimiento eléctrico al resonar la palabra metálica de Isidoro Errázuriz.

Si alguna vez la naturaleza ha sido pródiga para dotar á un hombre, preciso es reconocerlo con franqueza, fué al engendrar á Errázuriz; como también, si ha correspondido alguien con ingratitud á esa distinción ciega de la naturaleza, arrojando al lodo



la esquisita selección de su sér, ese alguien es Errázuriz.

De talla mediana, pero enérjica, altiva, bien proporcionada, tenía la presencia dominadora del que se siente seguro de sí mismo. De pié sobre la tribuna imponía al auditorio, concentrando, con magnético poder, interés irresistible sobre su persona. Era imposible oírle con indiferencia; había que aplaudir ó protestar, según que conformará sus ideas á las convicciones del oyente, ó que fulminara con el rayo abrazador de su palabra golpes de muerte al adversario.

Su fisonomía, de rasgos prominentes, tenía una expresión fascinadora.

Más que orador parlamentario era orador popular, porque nuestras asambleas lejislativas eran estrechas para sus ímpetus soberanos. Errázuriz habría hallado sitio espectable entre los fogosos adalides de 89; su palabra habría tronado entre las tempestades de la Convención, con más fuego, con entonación más vigorosa, con más alta inspiración que en nuestras discusiones, jeneralmente apacibles y frías.

Era su voz, como dijimos al principio, metálica y sonora; pero llena, potente, ardorosa. No perdía al emitirla con fuerza sus vibraciones armónicas, como no se apagaba la virilidad de su entonación cuando descendía. Su discurso era fácil y correcto. En una frase, en una palabra, solía á veces acertar con la síntesis de toda la cuestión.

Quisiéremos detenernos aquí. No faltará quien nos inculpe de descender hasta los ataques personales; pero es deber nuestro decir ante todo la verdad. La figura de Errázuriz quedaría incompleta si dejáramos sin diseñar sus cualidades morales. Su conducta sería un contrasentido si solo lo contempláramos bajo su faz luminosa.

Versátil y lijero, vivía despreocupado de la sociedad y de sí mismo. Arrojaba con indiferencia al cieno su reputación presente y su fama postrimera.

Para él, la vida entera estaba consignada en una palabra: gozar. Sensual por temperamento y por relajación, extremaba los placeres, sin tocar jamás las heces del desencanto y del hastío. Como consecuencia de la ominosa esclavitud en que su disipación y desórdenes lo tenían sumerjido, hacía de su pluma y su palabra un tráfico indigno. Los gobiernos y las oposiciones disputábanse su concurso.

Así, se le vió combatir al ilustre magistrado Federico Errázurriz, su primo y correlijionario, para ir en seguida á ofrendarle su voz y su voto; quemó sus naves en favor de la candidatura de Benjamín Vicuña Mackenna, lo que no impidió que sirviera más tarde la política de su rival, el Presidente Pinto; aplaudió con entusiasmo la exaltación de Balmaceda al poder, y arrojó después lodo sobre la túnica inmaculada del gran ciudadano y sobre el cadáver sagrado del mártir.

Su vida fué un escándalo continuado.... Echemos un manto sobre ella.

Resonaban aún en la sala los aplausos arrancados por el elocuente tribuno cuando el concurso reclamó silencio.

Julio Zegers, empezó á hablar.

Si nos hubiéramos propuesto buscar un contraste que ofrecer á nuestros lectores, no lo habríamos de seguro hallado tan notable como el que existía entre aquellos dos hombres, unidos en un propósito común.

Era Zegers, fino, pulido, almibarado, pequeño. Figura de *dandy*, habría podido pasar por hermoso, si no conviniera mejor el calificativo de *bonito*. Todo en él era cuidado: su rostro, su barba, su cabello, sus manos, su traje. No habría servido de modelo á un pintor ó escultor clásico, pero su copia sería un primor en el gabinete secreto de una marquesa *demi-monde*.

Respiraba su persona cierto aire de dulzura empalagosa, como si después de hecho hubiera la naturaleza dado al Adonis un baño de miel. Su palabra era suave, su jesto insinuante, su ademán correcto. Se hacía oír y se oía.

Solo había en él un detalle chocante: su cabeza nevada no cuadraba con la vivacidad juvenil de su persona. Aquellas canas parecían sufrir una profanación constante.

Razonablemente, Zegers, debía agradar, y, sin embargo, era repulsivo. Se veía desde la primera ojeada que faltaban en él franqueza, convicciones, abnegación. En su presencia se experimentaba

algo semejante á la impresión que nos causa la serpiente cuando silba.

Hablaba con pausa, como midiendo el efecto de cada palabra, con la inflexión suplicatoria del que busca á toda costa la aprobación del auditorio. Movía su cabeza con cierta rítmica flexibilidad, como el cuerpo cuando andaba. Vemos de nuevo en estas leves indicaciones aparecer la serpiente.

Juzgado por las apariencias, Zegers, era insignificante; profundizado, era insondable. Nada más intencionado que la ofensa proferida por sus labios, siempre sonrientes; nada más agresivo que su burla; nada más negro que su envidia; nada más intenso que su odio. Era de aquellos hombres que, como lo ha dicho un original escritor arjentino, no necesitan de antecesores para fundar estirpe: el mal tiene representaciones gráficas....

Antes del advenimiento de este personaje al escenario público, eran desconocidos en Chile los peculados. Excepción hecha de las pequeñas granjerías de Errázuriz, ningún político había sido jamás inculpado seriamente de especular con las influencias oficiales. La honradez administrativa era proverbial. Chile era citado como ejemplo entre las naciones extranjeras.

Pero llegó un día la fiebre del oro. Un extranjero afortunado surgió de improviso. Tiznado aún con el carbón de la locomotora de que fuera fogonero en Iquique, se le vió aparecer con un séquito brillante, especie de corte, de la cual era dispensa-

dor de mercedes y absoluto señor. El mundo lo proclamó, *Rey del Salitre*.

Para afianzar y extender su jigante empresa buscó cooperadores entre los políticos más influyentes de Chile. El trabajo honrado no necesita de estímulos corruptores; solo los monopolios y privilejios se afianzan así. Encontró en Zegers un ajente activo y eficaz. Mediante sus cábalas halló cómplices en todas partes: en el Consejo de Estado, en los Ministerios, en el Congreso. Y como el Jefe de la Nación se mostrara airado ante sus pérfidas insinuaciones, se alejó de la Moneda con el alma henchida de rabia y de encono.

Fué desde entonces la conciencia manchada de la coalición revolucionaria. ¡Solo midiendo el alcance de su obra maldita puede comprenderse la profundidad de sus miras, la magnitud de su venganza, los titánicos esfuerzos de ese demoledor de la sociedad!

Añádase á estos perfiles una sola línea negra y la figura es perfecta: ¡Zegers, era ingrato! Ingrato con el hombre que lo sacó de la nada, don Manuel Montt; ingrato con el partido que lo levantó en sus brazos, y que él anarquizó, diseminó y entregó á las furias ultramontanas; ingrato con su propio destino, que se empeñó en hacer de él un grande hombre y no pudo engendrar más que un demonio.

Reiteradas aclamaciones se hicieron oir cuando terminó su discurso.

Aquel carnaval se prolongó hasta las primeras luces del alba....

Sigamos nuestra nocturna peregrinación. Entremos con nuestros lectores á otro centro social, convertido en choclón político: el «Club de Septiembre».

De índole distinta al de «La Unión», estaba principalmente destinado á iniciar á los jóvenes en su debut social.

Notábanse marcadas tendencias monttvaristas en el personal de sus directores; y aunque la política no era el fin reglamentario de la asociación, hacían propaganda disimulada y mañosa en pro de los hombres de aquel partido; no decimos de las ideas, porque bajo la bandera monttvarista cabían todas: liberales, conservadoras, radicales y hasta socialistas. Sin duda por esta circunstancia los afiliados no chocaban jamás: había entre ellos libertad de creencias.

Hábiles en la seducción, *macucos*, según el decir de uno de sus más conspicuos miembros, arrastraban á los jóvenes, comprometiéndolos paulatinamente en actos públicos, proporcionándoles empleos ó trabajo, halagando sus puntillas de vanidad. El monttvarismo ha sido el partido que mejor ha aprovechado del poder, así para hacerlo servir en beneficio de los suyos, como para conquistar prosélitos. En su rol de cooperador del liberalismo no hizo otra cosa que absorber y dominar, fiado en la incuria de sus aliados.

Era, pues, natural que el Club estuviera concu-

rrido en la noche de aquel día memorable. Una circunstancia había acrecentado sobre manera sus frecuentadores. Habíase fundado pocos meses antes una sociedad que tenía por objeto el estudio de las cuestiones económicas y sociales y el cultivo de la literatura. Llámabase, «Club del Progreso».

Según sus estatutos, los problemas de actualidad debían ser tratados en abstracto, desligándolos de todo comercio de hombres y partidos, sin propósitos de propaganda sectaria, como tópicos de interés general y permanente.

La ambición de algunos de sus fundadores la hizo salir de este camino. Primero en reserva, más tarde en público, se pusieron en tela de discusión los actos y procedimientos administrativos y lejislativos. Todos los males de la situación se hacían pesar sobre el Gobierno, y partiendo de esta base, se proponían medidas y desarrollaban teorías que, al decir de sus autores, eran verdaderas panaceas.

El Presidente Balmaceda, que jamás desoía las advertencias hechas con intención sana, creyendo que aquel centro se inspiraba en sentimientos de patriotismo, amante de la juventud intelijente y trabajadora, llamó á colaborar en su vasta obra de reforma y progreso á uno de sus miembros; aquél que la opinión unánime de sus compañeros designaba como el más puro, ilustrado y patriota. Confióle el Ministerio de Hacienda.

Pocos días más tarde caía el representante de la

juventud catoniana, don Juan de Dios Vial Guzmán, envuelto en una acusación escandalosa.

El prestijio moral del Club se derrumbó. Eliminado su concurso de las tareas de Gobierno se desbordó el mar de ambiciones despechadas, de esperanzas muertas. Entonces, la corriente emigratoria llevó á sus jefes y á muchos jóvenes fanatizados por ellos, á cobijarse bajo el ala protectora del monttvarismo. El «Club de Septiembre» absorbió de este modo al «Club del Progreso».

Dos hombres tenían allí preponderancia cierta sobre los demás: Agustín Edwards y Pedro Montt.

Nunca tal vez se ha visto patentizado con más claridad el peligro de las fortunas colosales en países nuevos que en el caso de Edwards en Chile. Puede asegurarse, sin temor de incurrir en error, que sin la influencia de ese millonario la revolución de 1891 no habría acaecido.

Poseía el tal, según voz pública, más de treinta millones de pesos, y aunque en esa suma se comprendiera el caudal de toda su familia, su concentración era la misma porque Edwards tenía su dirección y manejo.

Por lo demás, aquel hombre no era más que una cifra: ni talento, ni ciencia, ni prendas morales resaltantes. En vez de alma, pudo escribirse un guarismo. Los monttvaristas comprendieron la importancia de tenerlo por suyo. La cuestión fué fácil. Al arribo de Edwards de un viaje á Europa recibió la consagración de los prohombres del Decenio.

Tal era el bolsillo.

Volvamos ahora á la cabeza.

Hijo de uno de los Presidentes más discutidos de Chile, era Pedro Montt. no solo el primojénito de una familia, sinó también el primogénito de un partido. En agrupaciones personales la herencia forma el patrimonio de los afiliados.

Metódico, ambicioso, dilijente, dedicó su vida entera á la restauración de un círculo político que espiró ahogado en sangre. Escaló el puesto de jefe paso á paso, sin despertar emulaciones ni meter ruído; y asi, solapadamente, pretendió operar la resurrección del partido que fundara su padre.

Era vulgar en Chile oir hablar de los disfraces con que los monttvaristas se revestían para surjir; con la partida de bautismo en la mano ninguno osaba presentarse ante el pueblo.

Bien sabía Pedro Montt que su estirpe debía morir con él. Por eso, en vez de formular programas, se preocupaba de hacer brecha para entrar al gobierno.

Conseguido ese fin, se valió de la astucia que perdió á Troya, introduciendo á sus amigos en el vientre del partido liberal.

Por lo demás, sus cualidades resaltantes, enumeradas al comenzar este boceto, lo habilitaban para el rol de caudillo. En el Gobierno, era buen administrador; en el Congreso, polemista hábil; en la política, intrigante diestro. Disimulaba las injurias

sin perdonarlas; vengaba las ofensas sin comprometerse.

Su oratoria era opaca; hablaba rápidamente, como recitando una lección aprendida de memoria; argumentaba como jurista, con poco vuelo y sin lucimiento, Jamás se apasionaba por las ideas. Miraba á los hombres como instrumentos: los sacrificaba en aras de su conveniencia sin pena ni escrúpulos.

Han dicho sus adversarios «que tenía el alma tan negra como la cara». Es un error. Pedro Montt no era un malvado; simplemente un egoísta y un escéptico.

No tenía más que una pasión: mandar; no amaba más que á un sér: á sí mismo; no abrigaba más que una creencia: la del èxito.

Hubo un punto en su vida que decidió para siempre de su suerte, y, en parte, del destino de su Patria. Una palabra suya pudo juntar en un haz todos los elementos liberales. Sus amigos lo instaban á pronunciarla; pero sus instintos de pirata lo arrastraron: prefirió acaudillar un grupo de merodeadores á cimentar la estabilidad de un gran partido histórico. Como consecuencia de este acto se produjo la desagregación de los elementos liberales y, por consiguiente, el descrédito de las ideas que encarnaban. El bando reaccionario adquirió nuevos bríos y mayores fuerzas, consumándose al fin la caída de las agrupaciones de principios y el advenimiento de los círculos personales.

Al lado de Edwards y Montt, se destacaban otros

hombres de menos importancia; pero cuya acción, unida y perseverante, debía servir con eficacia al logro de sus propósitos. Como solo presentamos de paso las fuerzas impulsoras y dominantes no nos detendremos en las medianías. Tampoco haremos una descripción de aquella reunión, porque sería reiterar lo que dijimos respecto de la del «Club de la Union». Solo apuntaremos un incidente.

Pasaba por la calle del Estado, el capitán Stephan, conocido partidario del Gobierno, en quien las ofertas y tentativas de corrupción se habían estrellado. Varios jóvenes, que se hallaban en el balcón de la esquina, lo percibieron y se desataron en injurias en su contra.

Detuvo Stephan el paso y, dudando de si aludían á él, levantó la cabeza y preguntó:

—¿A mí se dirigen?

—Si,—le contestaron —á tí, miserable, sayón infame, canalla!

—Bajen Vds.,—respondió tranquilamente el capitán,—y les aseguro que ni uno, ni todos juntos se atreven á vejarme.

—Pása, ó te mato,—gritóle uno de los provocadores.

—Dispara,—contestó Stephan con ademán altivo.

El joven hizo fuego. Tras esa detonación siguieron otras. Los demás balcones se llenaron de clubistas y, animándose mútuamente, descargaban sus revolvers sobre el militar.

—Mátenme,—repetía Stephan,—que así acreditarán su valor.

Y continuaba inmóvil en su sitio.

Algunos curiosos que se juntaron al ruido de los disparos, gritaban al capitán que se pusiera á cubierto de los criminales. Bastábale desviarse unos cuantos metros de la esquina ó colocarse bajo los balcones para resguardarse, pero no lo hizo.

—No,—decía,—esos cobardes no me harán huir: no me muevo de aquí.

Al fin llegaron unos policiales. Púsose Stephan á su frente y atravesó la calle que lo separaba del Club.

Los disparon cesaron. Un gran tumulto se notó en el interior. Abrióse luego la puerta y apareció un grupo de diputados y senadores; expusieron que los jóvenes habían sido provocados por un transeunte y creyendo que era Stephan, se habían defendido. Además, todos los presentes gozaban de inmunidades parlamentarias.

El capitán les contestó con entereza y dignidad:

—Está bien, no reclamo. La explicación me satisface, porque no puedo suponer que los representantes del pueblo mientan.

Y la policía se retiró.

Hemos recordado este hecho para que se vea hasta qué punto se llevaba la tolerancia con los perturbadores del orden.

Vuelta la calma, la fiesta continuó con más animación aún.

A poca distancia del «Club de Septiembre» tenía

lugar otra manifestación. El partido católico poseía en la calle de Agustinas una hermosa construcción, hecha ex-profeso para centro de reuniones políticas, sociales y religiosas. Vastos salones para billares. palitroques y otros juegos; salas de lectura y conferencias; teatro, cantina, retretes de conversación; cuanto es menester para dar atractivo á establecimientos de ese género, se había reunido allí.

Celebrábanse de continuo sesiones literarias, conciertos y otros variados espectáculos, en los que, bajo el ligero matiz del entretenimiento, se hacía propaganda incesante y fecunda en pro de las ideas ultramontanas.

Los jóvenes encontraban en el «Círculo Católico» solaz y descanso. Como el veneno de la influencia sectaria se infiltraba con todas las apariencias de la moral recreativa, los padres de familia, aún aquellos que profesaban ideas liberales, no tenían inconveniente en permitir y aún alentar á sus hijos á frecuentarlo, creyendo así ponerlos á cubierto de peligrosas seducciones. La misma carencia de pasatiempos honestos, debido á la incuria de los liberales, servía para dar auje y realce á aquel club sectario. ¡Y cuántos de esos padres han recibido tremendo castigo, viendo á sus hijos formar entre sus más encarnizados perseguidores, figurar entre los saqueadores de sus propios hogares, renegar de sus nombres y de los impulsos de la sangre, en obedecimiento á preceptos de una religión de odios y venganzas!

En aquel centro se juntaban después de las horas de clases y afanes del día, diputados y estudiantes, clérigos y bolsistas, mercachifles de levita y de sotana, á comentar los sucesos y á identificarse en el interés y en la creencia. Para todos estaba abierto el palacio encantado de la calle de Agustinas. Solo era menester sumisión absoluta á los mandatos de los superiores: obsecación en el principio político, fanatismo en el dogma religioso.

Imperaban allí, Carlos y Joaquín Walker Martínez, Abdón Cifuentes, Clemente Fabres, Manuel José Irarrázabal, el fraile carlista Hilario Fernández y muchos otros.

De cuando en cuando, y como para dar mayor realce á las ceremonias, concurría á presidir las solemnidades públicas el Metropolitano de la Iglesia. Sin embargo, en la época en que acaecieron los hechos de nuestra historia, la primera autoridad eclesiástica, mantenía relaciones de pura cortesía con sus hijos espirituales. En previsión de un conflicto con el Gobierno, cuyo desenlace no era aún fácil suponer, habíase combinado esa táctica. De ese modo los acontecimientos vendrían siempre á favorecer las conveniencias de la secta político-religiosa: si triunfaba la mayoría parlamentaria: ¡*hosanna* á los batalladores que derribaron al Tirano! si vencía el Presidente: ¡Bienaventurados los mansos que cumplieron con el precepto de Cristo, de dar al César lo que es del César!

Pálido era el cuadro que presentaban los clubes

de «La Unión» y de «Septiembre» en comparación al aire de alegría y de jolgorio que rebosaba en el «Círculo Católico». En verdad, los triunfadores estaban allí. Los recios sacudones dados al gobierno y á la sociedad, que echaron más tarde por tierra á una y otra, no debían servir más que las miras y pensamientos de los enemigos de la democracia y la libertad. No seríamos sinceros si afirmáramos que las agrupaciones disidentes del liberalismo, midieron el alcance del movimiento revolucionario fomentado entonces, ni menos aún que aprobaran después, en el fuero de la conciencia, lejos de la inspección ocular de sus antiguos aliados, sin el estímulo de la vanidad y el amor propio, los frutos de aquel espantoso desquiciamiento.

El único partido que procedió con lógica fué el conservador. Será también el único que perseverará en reclamar la siniestra gloria de la revolución. Harán eco á sus reclamos los círculos personales, á cuya cabeza formará hasta su extinción el monttvarismo, y los espíritus que se alimentan al calor de sus pasiones y rencores. Para los demás, cualquiera que sea su denominación, el 7 de enero de 1891 será la roca Tarpeya, desde cuya sombría cúspide se echó á rodar á la República.

El héroe de los conservadores, en el «Círculo» como en la Cámara, era Carlos Walker Martínez.

Ningún hombre público ha vivido tal vez más tiempo en permanente exhibición. Tenía todas las cualidades bulliciosas y las condiciones físicas del populachero.

Era alto, varonil, esforzado, fanfarrón y provocativo. La chusma se sentía fascinada por aquella superioridad brutal.

Andaba, accionaba, jesticulaba, con aire de desafío, *braveando*.

Era más insolente que valeroso; más bullanguero que hombre de acción; más parlanchin que orador.

Tenía una voz áspera, ronca, emitida con tal violencia, que fatigaba la respiración del oyente.

Habituado á la vida pública, le eran familiares las tempestades de las asambleas.

Las provocaba, porque eran su fuerte la injuria grosera y burda, y porque sabía que no se corre peligro en los duelos de palabras.

Solía tener momentos felices, pero generalmente era su discurso vago, declamatorio, incoherente.

Jamás abordaba á fondo cuestiones concretas, porque le faltaba estudio, meditación y convicciones. Trataba los asuntos según su procedencia: si venían del adversario, hablaba de éste, de sus tendencias, de sus ideas, de sus fines,de todo, menos de la cuestión; si del amigo, declamaba sobre su honradez, su patriotismo, su dignidad, su consecuencia; sobre cualquier tópico que no fuera el de que se trataba.

De este modo, habíase formado una oratoria es-

pecial: vacía, hueca, pomposa, llena de lugares comunes. El que ha leído uno solo de los discursos de Walker, los conoce todos.

Hemos dicho que tenía momentos felices: cuando hería la honra agena, cuando se levantaba su voz sobre el tumulto para escupir la hiel de su alma.

Su política estaba encarnada en una frase: anonadar al adversario.

No es posible hallar más perseverancia en el mal; más crueldad, más rencor; menos escrúpulos en los medios; más ausencia de remordimientos en la conciencia.

No se limitaba á inutilizar al enemigo; no se saciaba con su muerte; no trataban sus instintos feroces las angustias de su agonía; ni siquiera quedaba satisfecho después de profanar su cadáver, porque todavía su rabia inextinguible llegaba hasta manchar su memoria, hundir á los suyos y llevar triunfante su desencadenada saña hasta su última conocida generación.

Uno de sus biógrafos lo ha llamado: *escupo del diablo.*

Habíase formado, por perversidad y por hábito, un concepto equívoco de los principios sociales y políticos. Cierto es que sus juicios variaban por completo, según estuviera en la oposición ó en el gobierno.

Nadie ha abusado más de la libertad que él, en todas sus esferas de actividad: en la prensa, en las urnas, en el meeting, en el parlamento, y, sin em-

bargo, nadie se ha quejado más de la opresión de los gobiernos.

Llega al poder, y, perdónesenos esta anticipación de los sucesos, su primer acto fué el saqueo de cerca de mil hogares, tal vez en homenage á la libertad de opiniones políticas. Sanciona, como jefe de su partido, el incendio y destrucción de las imprentas de los vencidos en la revolución; la expulsión del único diputado independiente llevado al Congreso en las elecciones de 1892; las prisiones, flajelaciones y persecuciones de los caídos, todo ello sin duda en acatamiento á las libertades de prensa y de elecciones y en respeto á las garantías individuales!

Si Walker hubiera entronizado su partido en el gobierno, Nerón y Calígula, habrían dejado de asombrar al mundo.

Era su primo y su íntimo, Joaquín Walker Martínez, una parodia desteñida de Carlos.

En la época á que aludimos aún no había dado rienda suelta á sus instintos: le faltaba el campo de acción.

Clemente Fabres y Abdón Cifuentes, eran dos tipos de índole parecida: fanáticos, intolerantes, habladores, se habían formado al dulce amparo de la curia, fortaleciendo sus convicciones con los gordos estímulos de los sindicatos de los conventos y monasterios.

Más bullicioso, Fabres, más creyente; más inteli-jente, más hipócrita, más malo, Cifuentes.

El hábito formó en el primero la conciencia de los deberes religiosos, y, aunque intolerante y áspero, había en él sinceridad digna de respeto. Cifuentes, nó; obró toda su vida por interés: era avaro.

Ninguno de ellos habría titubeado en resucitar el tribunal de la Inquisición: Fabres, por aversión á los herejes; Cifuentes, por negocio.

Uno y otro ejercían el profesorado. Desempeñaban sus cátedras en los establecimientos oficiales y en la Universidad Católica.

Fueron los dos propagandistas más constantes de las ideas político-religiosas del partido conservador.

Un sin número de jóvenes pululaban esa noche por las habitaciones del Círculo. De trecho en trecho, destacabanse figuras oscuras y siniestras, como imprimiendo carácter á la reunión.

Sus túnicas negras, les daban aspecto tétrico, en medio de aquella brillante fantasmagoría de luces y colores.

Parecían desempeñar un rol pasivo. Oían con atención las observaciones de los neófitos, aprobando con señales de asentimiento las partes culminantes del discurso, ó manifestando con una palabra ó una frase su discrepancia.

Los jóvenes entonces quedaban pendientes de sus juicios y, sin discutirlos, con ciega credulidad, como si las rectificaciones provinieran de la propia conciencia, variaban su manera de sentir.

El hábito, la educación, les había hecho renunciar sin pena, más todavía, rechazar con miedo, las inspiraciones de su propio pensamiento. Cuando el hombre de Dios hablaba, la sabiduría divína se posaba en sus labios.

Se dirá que la religión católica no autoriza tales aberraciones; que ninguno de sus dogmas prescribe la infalibilidad de sus pastores. Es cierto; pero nosotros anotamos como un vicio de la educación, como una práctica impuesta por el fanatismo, esa obediencia servil, que hace del hombre libre un esclavo, del ser inteligente un idiota.

Penetremos más al interior.

En una de las piezas del fondo, cerrada á profanos y novicios, tenía lugar una sesión interesante. Las puertas estaban herméticamente cerradas. A través de los espesos muros apenas se distinguía el concierto vocinglero de los devotos correlijionarios.

Una luz de gas iluminaba solo el radio central de la habitación, dejando en la penumbra sus contornos.

Bajo la luz se hallaba colocada una mesa en forma de herradura, y á su rededor elegantes sillones de cuero realzado. Sobre su cubierta habían diarios dispersos y recado de escribir.

Un no sé qué de lúgubre se esparcía en aquella atmósfera indecisa y tibia.

Sentados en semi-círculo se hallaban varios señores. Hablaban en voz baja, como si, á pesar de la

seguridad del sitio, temieran que sus palabras saliesen al exterior.

Nuestros lectores conocen ya á cinco de ellos: Manuel José Irarrázabal, Carlos y Joaquín Walker Martínez y Abdón Cifuentes.

Era el sesto un clérigo: alto, de figura espiga-da y hasta gallarda, de fisonomía intelijente y triste. Un tinte de severidad y de dureza, marcado de un modo característico en dos arrugas paralelas entre las cejas, quitaba á esa fisonomía su natural hermosura.

No es nuestro ánimo trazar su retrato. Llamado á desempeñar un rol importante en nuestro romance, dejaremos que los sucesos se encarguen de darlo á conocer.

Los personajes puramente históricos, á cuya memoria está vinculado el drama de la revolución de 1891, han debido ser estereotipados en nuestra obra, ya que ellos solo figuran por su acción en el acontecimiento.

Los actores de nuestra novela representan, más que á determinados individuos, los diferentes caracteres sociales que actuaron en aquella época de luchas y trastornos. Deben pues fluctuar en el ajitado medio en que vivieron.

Hecha esta advertencia volvamos á nuestra narración.

—Insisto, decía Irarrázabal, en creer que nuestra actitud ha sido la más conveniente á nuestro partido. Jamás conseguiríamos del actual gobierno las ventajas que obtendremos de un cambio radical.

—Nadie puede negar lo que Vd. sostiene,—contestó Carlos Walker,—lo que Joaquín y yo hemos observado es que, empujando á nuestros antiguos adversarios, hoy nuestros aliados, á la revuelta, podemos sucumbir en medio del trastorno.

—Muerte por muerte,—interrumpió el clérigo con vibrante voz,—prefiero la del gladiador y no la del desprecio y el olvido. Vds. no consideran á qué extremos hemos llegado. Nuestros hermanos carecen de aquella influencia y aquel prestijio que nos hacían antes invulnerables y sagrados. Vamos perdiendo día á día terreno. Comparen Vds. la diferencia entre aquella época en que los cadáveres de los herejes se podrían insepultos á las puertas mismas de nuestros templos, para escarmiento de los vivos, y ésta, en que, mediante los bríos de ese renegado maldito de Balmaceda, nuestros propios cementerios han tenido que abrir sus huesas para recibir despojos de impíos y condenados!

¿Qué nos queda de nuestro esplendor y poderío? La sociedad nos abandona: el padre esquiva sus hijos de nuestra dirección; el esposo priva á la esposa que frecuente el santo sacramento de la penitencia; los jóvenes se asocian y discuten, deslumbrados por la seducción engañosa del libre pensamiento; la prensa nos exhibe como mercaderes; el Estado sostiene establecimientos de educación en que se enseña la ciencia moderna, la que niega la autoridad de los libros divinos, la verdad de la revelación, la efectividad de los milagros!

Comparen, y digan si aún podemos esperar. Todo se pierde en la noche del pasado: la majestad de la iglesia, la santidad de sus dogmas, la respetabilidad de sus sacerdotes, la piedad de sus hijos! Los templos están desiertos: ya no brillan sus altares en nocturnas fiestas, ni embelesa á los creyentes la música grave del órgano, ni arroba á las vírgenes el grato aroma del incienso. En cambio, los teatros están llenos, se pervienten las almas con espectáculos inmorales, se prostituye el gusto con músicas cancaneras y livianas, y se adora el arte en vez de adorarse á Dios.

Pero ¿á qué discutir? Hemos dado un paso decisivo, y tarde es ya para volver atrás.

Vanos son los temores que se abrigan de que nuestra empresa aborte. Tenemos sobrados elementos, con la ayuda de Dios y de los liberales disidentes, para vencer en la contienda.

Aquella profanación no fué siquiera advertida.

—La discusión no tiene ya oportunidad, interrumpió Cifuentes.

—Está bien, contestó Carlos Walker. Arbitremos nuestros medios de ataque.

—Lo primero es vijilar á los aliados, dijo el clérigo. Es un error grave dejarlos de mano un solo momento.

—No hay cuidado,—contestó sonriéndcse Joaquín Walker,—tenemos un centinela avanzado.

—¿Quién?

—Julio Zegers. Tiene tanto interés como nosotros en llegar hasta el fin.

—De todos modos, deben ir algunos á los clubs de «La Unión« y «Septiembre» esta noche.

—Está bien, irán.

—La prensa deja que desear, siguió el clérigo. Hay que apretar la mano. La herida hecha á la familia duele mucho. No olviden que Balmaceda idolatra á su madre.

—No lo olvidaremos.

—El espionaje en la Moneda es deficiente, indicó Cifuentes. Las noches que no concurre Lopetegui carecemos de datos seguros.

—Pronto tendré un ajente inmejorable, respondió el clérigo. Entre tanto, contamos con el comandante Campos.

—¿Qué Campos?

—El edecán, teniente coronel, Belisario Campos. Reserva absoluta sobre su nombre; muy pocos saben que está con nosotros.

—Pero ¡cómo! es imposible! si no hace un mes que Ladislao Errázuriz y otros lo apalearon en la Alameda, en pleno día, dejándolo casi muerto.

—Precisamente, agregó el clérigo, así se verá libre de percances. Y además ¿quién sospechará de él con tal antecedente? (1)

—Se trata de producir un evantamiento en los

(1) Nos hemos permitido este anacronismo: el hecho ocurrió más de dos meses después.

cuarteles. Ha venido con ese fin de Valparaíso, Enrique Valdés Vergara.

—¡Ilusión! exclamó el fraile. Ninguno de los nuestros debe comprometerse en conspiraciones. El ejército, en cuerpo, será fiel; hay que minarlo en detalle. Por lo demás, ya Vds. conocen mi opinión: un levantamiento en tierra es imposible.

—Pero entonces ¿qué objeto tienen los alistamientos en las congregaciones, que con tanta anticipación se vienen preparando?

Quedóse el fraile un momento silencioso. Todos tenían las miradas fijas en él.

—¿Cuál ha sido,—dijo pausadamente,— la táctica aconsejada por mí y aceptada por Vds. para producir el debilitamiento del gobierno y la ruina del partido liberal? La más sencilla y la más lójica: dividirlos. Dividirlos en círculos, despertando las ambiciones de sus caudillos; dividirlos en el seno mismo de estos círculos con el incentivo del interés personal; dividirlos en sus relaciones privadas, para debilitar sus influencias sociales; dividirlos en sus mismas familias, á fin de relajar toda autoridad que no esté subordinada á nuestra cristiana dirección.

Vds. palpan ahora los resultados. Nuestro poder, subterráneo y desconocido, no es por eso menos omnipotente.

Pero, no lo olviden, más que de nosotros, depende su estabilidad de la anarquía de los adversarios. Unanse y nos aniquilan.

Merced á esta táctica la revolución se desencadenará y la victoria será nuestra.

Pero, aún diseminadas y en desorden, las agrupaciones liberales que sobrenaden en el diluvio, serán más numerosas que la nuestra.

Los caídos que no sucumban, pueden levantarse; las rivalidades pueden desaparecer.

Es preciso aprovechar la coyuntura y descargar un golpe definitivo sobre el enemigo.

El momento oportuno será aquel en que el éxito corone nuestros esfuerzos. Mientras los aliados se entregan á las espansiones embriagadoras del festin, saldrán nuestras obedientes congregaciones, y consumarán la ruina de los incrédulos.

Voe victis!

El duelo es á muerte!....

El rostro pálido del clérigo se iluminó con un relámpago fugitivo; sus cejas se unieron por un impulso de siniestra ferocidad, y sus manos se afirmaron con fuerza sobre la mesa.

Parecía en aquel momento el jenio del mal, lanzando sus rayos sobre los destinos de un pueblo.

Un murmullo, mas que de adquiescencia, de admiración, se hizo oir; los conjurados se inclinaron sumisos ante los designios diabólicos del fraile, mientras éste, volvía á revestirse de la taciturna melancolía que era el tono peculiar de su persona.

—Y ahora,—exclamó interrumpiendo el silencio en que sus oyentes habían quedado sumerjidos,—cada cual á cumplir su consigna. Solo volveré á reu-

nirme con Vds. cuando sea indispensable. Mi presencia puede comprometernos inútilmente.

Levantáronse todos.

—Hasta luego, hermanos.

—Su bendición, padre,—exclamó Cifuentes, hincando una rodilla sobre el mullido asiento.

Imitáronle todos.

Levantó el clérigo el brazo, extendió la diestra, y haciendo una cruz en el aire dijo:

—Yo los bendigo en el nombre de Dios, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén, contestaron en coro.

Envolvióse en seguida el clérigo en su larga capa, medio ocultando la cara entre sus pliegues, y precedido de Irarrázabal, llegó hasta la calle, sin que fuera notado por la bulliciosa concurrencia.

Allí lo aguardaba un carruaje.

—Calle de Arturo Prat, indicó al abrir la portezuela.

—¿A la capilla de los Hermanos?

—Sí.

Fustigó el cochero los caballos y salieron estos á trote largo por la calle de Ahumada.

Como nuestra presencia no tiene ya objeto en el Círculo, sigamos los pasos del Ministro de Dios.

Existían en la época de nuestra narración diferentes cofradías en la capital, conocidas con la denominación común de Hermandades. Cada una estaba instituída bajo la advocación de un santo patrono y rejida por el cura ó frailes encargados de su culto particular.

Como sería prolijo y engorroso presentarlas á nuestros lectores, nos limitaremos á consignar el nombre de la más célebre por sus elementos de lucha y por las depredaciones que ejecutó después del triunfo de la revolución. Hemos nombrado á los «Hermanos de San José.»

Según datos que hemos podido recojer, el número de sus afiliados alcanzaba á más de tres mil y á cerca de dos el de las otras.

En solemnes ocasiones se presentaban reunidas en público. Uno de los centros más concurridos era la «Capilla de los Hermanos», á cuyo sitio dirijia sus pasos nuestro misterioso sacerdote.

La mayor parte de los afiliados eran obreros, sujetos por vínculos profanos y relijiosos á sus pastores.

Empleábanse los màs variados artificios para atraerlos. La pesca de hombres obedecía á un doble fin. Propagar,—no diremos la religión, porque ello sería inexacto,—las prácticas del culto católico, con exhibiciones y espectáculos pomposos: procesiones, panegíricos de santos, misas solemnes, adoraciones, y llevar á las urnas en épocas electorales regimientos de ciudadanos devotos.

Aprovechábase para la conquista de los hijos de San José el momento sicológico: una limosna dada oportunamente; consuelos prodigados en horas de congoja. Una familia iba á ser arrojada á la calle por no poder pagar el alquiler de la humilde habitación. El padre espiritual de «Los Hermanos»

prestaba ayuda. No se crea que la deuda le fuese condonada, nó; se le proporcionaba trabajo, si era esa la causa del atraso, ó se le esperaba, si el apuro se remediaba así.

De todos modos el beneficiado perdía desde entonces su independencia, pero tan sin apercibirse de ello, que miraba un bienhechor en su amo. El buen cura lo visitaba, prodigaba consuelos á la esposa, se prestaba á servir de padrino al recién nacido, daba estampas á los grandecitos. ¡Quién no se conmueve con tan piadosa asiduidad! El obrero se dejaba poner el escapulario de la Hermandad; lo demás sería proceder como un ingrato. Y además ¡qué fiestas tan hermosas las de la capilla! El congregante no tendría ya que empinarse por entre las compactas filas de curiosos para ver al palio y contemplar los acólitos revestidos con sus rojas sotanas cubiertas de encajes blancos, y ver al señor cura de estola y sobrepelliz de brocado, bordadas de oro y plata! Nó; él actuaría en la ceremonia con su hermoso escapulario colgado al cuello con cintas azules, emblema del azul del cielo; llevaría en sus manos el blanco cirio adornado con artísticas flores de colores; vería á su mujer y á las comadres del barrio contemplándolo con admiración, y á sus hijitos, levantados en alto, señalarlo con las manitos, gritando alborozados:

—Papá, ahí está papá!

Otras veces el mismo resultado se obtenía partiendo de una situación diversa. El hogar está de

luto. El afán de consuelo incita á las almas á buscarlo en lo sobrenatural, cuando de nada sirven las humanas fuerzas. Y mientras más inculto es el espíritu, menos resignación encuentra en sí mismo ó en las reflexiones de sus semejantes. ¡Si el pobre no tiene ni palabras con que expresar su dolor! ¡Y cómo ahoga el sentimiento cuando no sale de lo íntimo!

Llega entonces el cura. Es el enviado de Dios, que le trae nuevas del hijito perdido! Está en la gloria, rodeado de ánjeles, rogando por sus padres! El desgraciado se entrega en manos del sacerdote. La Hermandad cuenta poco después con otro afiliado.

De este modo, la labor paciente sigue su curso indefinido. A un pastor, sucede otro pastor, á un hermano sucede otro hermano, porque el interés es permanente.

Todos los años tenía lugar una gran procesión, llamada del «Santo Sepulcro».

Los hermanos de todas las congregaciones formaban en dos largas hileras, llevando en el centro varias andas, con escenas representativas del sacrificio de Jesús.

La circunstancia de celebrarse aquella manifestación en *viernes santo,* dábale más solemnidad. Concurrían á ella las más encumbradas dignidades eclesiásticas y los más copetudos señores del partido católico.

Su significado propio era ostentar las fuerzas

electorales: una especie de revista hecha en tono de desafío ante la faz de las autoridades civiles.

El público sensato veía entonces con pena el fanatismo de los Hermanos.

El transeunte que no se quitaba el sombrero era insultado, vejado y hasta agredido. Los grotescos santos de palo, vestidos con deslumbradores trajes, eran objeto de verdadera idolatría. No de otro modo los naturales americanos, esplotados por los conquistadores españoles, recibían alamares y cuentecillas de vidrio en cambio de fragmentos de metales preciosos.

Actos de esta naturaleza, que constituyen una profanación del sentimiento religioso, en vez de ser reprimidos por la ley ó contenidos por el gobierno, encerrándolos en el espacio de los templos, eran estimulados, poniendo al servicio de los congregantes, para mayor realce y esplendor de la fiesta, las fuerzas del Ejército, que hacían guardia de honor en torno de las reverenciadas imágenes.

Reuníanse los cófrades tres veces por semana bajo pretexto de rezar el rosario, pero en realidad para predicárseles odio inextinguible contra los gobiernos *impíos*, en cuyo término se comprendían todos los que gobernaban con independencia de la curía romana. Aquellas proclamas incendiarias, lanzadas con el prestigio y la autoridad de los Ministros del Señor, henchian sus almas de deseos de venganza y exterminio.

Todos las domingos había comunión. Llenábase el templo de penitentes que iban á recibir de ma nos del santo cura la hostia consagrada.

¡Cómo el fanatismo trasformaba á aquellos infelices! Hoscos, ceñudos, crueles, para con los pretendidos perseguidores de la Iglesia, se convertían en tímidos corderos al oir la campanilla sonar entre las manos del pastor.

La noche, cuyas peripecias estamos refiriendo, después de la distribución religiosa, quedáronse rezagados algunos hermanos.

Quitóse el cura los ornamentos de que se había revestido; apagáronse las luces del templo y se cerraron sus anchas puertas. (1)

El atrio quedó á oscuras. La reja que dá á la calle fué también cerrada y solo una vacilante lucecilla, puesta en el nicho en que se ostentaba una imajen, daba á comprender que alguien velaba aún en el piadoso recinto.

Al cabo de un rato se oyó una voz, que decía:

—Pasen ustedes, hermanos.

Unos cuantos bultos, perdidos en la sombra del elevado muro que forma el costado sur de la iglesia, se pusieron en movimiento, siguieron recatándose hacia el fondo del patio, con la seguridad de quie-

(1) El sacerdote aludido, no es el titular de la capilla de los Hermanos.

nas conocen el camino, y se perdieron en el interior del edificio que servía de mansión al hombre de Dios.

—Siéntense ustedes,—díjoles el cura señalándoles unas cuantas sillas puestas en los contornos de una pieza casi desnuda.

Los hombres obedecieron.

—Esperaba hoy,—continuó el santo varón,—haber tenido noticias importantes ¿qué ha ocurrido?

—Una desgracia, padre:—contestó uno de ellos. (El gefe de la cuadrilla que trató de asesinar á los Ministros ese día y que ya conocen nuestros lectores).

—Figúrese,—continuó,—que cuando estaba todo pronto, cuando los herejes se hallaban á pocos pasos y los hermanos rodeaban á los granaderos y policiales, impidiéndoles maniobrar, sonó á mi espalda un disparo. Le aseguro que sentí el calor de la llamarada cerca de la cara. Volví la cabeza y grité:

—¿Quién ha disparado?

Pero no tuve tiempo de averiguar más, porque los soldados nos atropellaron y dispersaron en todas direcciones.

—Vds. han sido espiados. Alguno ha hablado algo y el plan ha sido descubierto.

—¡Cómo, padre! ¿desconfía Vd. de nosotros?

—Dios me libre; por eso atribuyo á ligereza ó descuido y no á traición el fracaso. Olviden lo ocurrido y esperen mis órdenes.

—Está bien, señor.

Los cófrades se pusieron de rodillas á los pies del cura, y éste los bendijo.

Grandes y pequeños se humillaban lo mismo ante los titulados discípulos de Cristo.

Abrió, en seguida, el cura la puerta que daba acceso á un pasadizo de comunicación con otra pieza vecina y desapareció. Sigámosle nosotros.

Era este aposento tàn lujoso y confortable, como pobre y mezquino el otro. El buen sacerdote daba pruebas de su austeridad y rijidez, presentándose humilde y miserable ante los desvalidos. Por indiscreciones del sacristán, sabíase que dormía sobre el duro suelo y que su cuerpo estaba cubierto de cilicios.

Colocóse el cura, frente á un escritorio y empezó á revisar unos papeles. Veíanse en ellos muchos guarismos colocados unos debajo de otros.

Parecía que se había egecutado una serie de operaciones; cada una de ellas tenía un rubro significativo.

Después de un ligero examen tomó varios cuadernos, rayados de una manera particular. En una ancha columna se hallaban anotados en orden sucesivo una serie de nombres; en la misma línea los domicilios correspondientes y en el espacio final de la página las *observaciones*.

El más voluminoso de aquellos cuadernos correspondía á la «Hermandad de San José».

Los otros tenían nombres diversos: «Hijos de San Ignacio», «Adoradores del Sagrado Corazón», «Co-

fradía de Santo Domingo», «Congregación de la Merced», «Tercera de San Francisco», etc., etc. Sobre el escritorio se hallaba, pues, el registro general de los afiliados al partido católico, con todos los datos necesarios para el conocimiento cabal de cada uno de ellos, hasta con las distinciones de su devoción particular.

Tomó el sacerdote una pluma y revisó de nuevo las adiciones; anotó en seguida la cifra de los inútiles, inválidos, ancianos y niños, y dedujo la diferencia. El guarismo obtenido fué de cuatro mil setecientos setenta y seis.

Abrió después una caja de fierro con cerradura de secreto, recojió todos aquellos papeles y los encerró con llave, dejando sobre el bufete solo el que contenía el resumen que acababa de hacer. Volvió después á sentarse, estiró las piernas, y afirmando los codos en los brazos del sillón, se llevó con satisfacción las manos á la cara. Así estuvo un rato, luego cerró los ojos y se quedó entregado á sus beatíficas meditaciones.

No habría pasado media hora cuando el sacristán abrió la puerta. Alzó el clérigo los párpados y preguntó:

—¿Qué hay?

—Es el padre Luis que acaba de llegar.

—En el acto que entre.

Levantóse el clérigo y con deferente solicitud le salió al encuentro.

El padre Luis apareció en el umbral del aposento.

—Echa llave á la reja y no abras á nadie.

—Está bien, señor.

Salió el sacristán, cerró tras de sí la puerta y fué á cumplir la orden que acababa de recibir.

Los Ministros del Señor quedaron solos.

Sentáronse uno frente al otro.

Era el padre Luis, nuestro conocido del Círculo Católico.

—Veamos lo que se ha hecho durante el día y lo que ocurre en estos momentos—dijo.

—Ya Vd. sabrá que nuestro plan de hoy se frustró.

—Me lo temía. Advertí en vano á los reverendos padres que la presencia de los hermanos de San José en el convento podía despertar sospechas ó dar marjen á que fuesen espiados; pero ellos insistieron con el fin de poner de acuerdo á los cabecillas de los grupos.

En fin, el mal ya no tiene remedio. En adelante no expondremos nuestras combinaciones por condescencias. ¿Y esos hombres son seguros?

—Descuide, padre, serán mudos como tumbas. Esta noche dieron cuenta de su cometido y les ordené que observaran la mayor discreción.

—Está bien. ¿Ha hecho el resumen de nuestra jente?

—Aquí lo tengo.

Tomó el padre Luis el papel que hemos visto escribir al cura y leyó.

Hermanos de San José.......	2.662
Hijos de San Ignacio...........	478

Adoradores del Sagrado Corazón	456
Cofradía de Santo Domingo....	400
Congregación de la Merced....	300
Varios, de las distintas parroquias	375
Total....	4.676

—Están ahí anotados todos; así los inscriptos en las diferentes hermandades, cofradías, como los devotos libres, y con los cuales se puede contar en un caso dado.

—De modo que la clasificación se ha hecho conforme á las inclinaciones de los fieles.

—Exactamente.

—Hay que rebajar del total los inútiles, enfermos, tímidos, etc.

—No son muchos. En todo caso quite Vd., trescientos setenta y seis; queda en números redondos: cuatro mil trescientos.

—Perfectamente. Presumo que esta noche habrán tenido lugar las reuniones convenidas.

—Sí, padre. Funcionan cinco choclones: uno en la calle de Salas, otro en la de Santo Domingo, el tercero en la de San Pablo, el cuarto en el barrio del Matadero y el quinto cerca de la Estación. Según los datos traídos por los emisarios han concurrido muchos. No todos son afiliados, pero como se les dá de beber en abundancia, han entrado todos los vagos, rateros y viciosos de los arrabales.

—Bravo! La mitad de la sociedad es nuestra, mientras el resto duerme descuidada. Hay que mantener estas asociaciones nocturnas á toda costa. Es indispensable que los acontecimientos no nos sorprendan; si cuando la revolución estalle nuestra obra de zapa no está realizada, será casi imposible darle cima después. Que la organización quede definitivamente hecha y lo demás poco importa.

—Hoy ha circulado la noticia de que el conflicto entre el Congreso y el Presidente, se solucionaba pacíficamente. En tal caso nuestros esfuerzos habrían sido estériles.

—Descuide, cura. Para satisfacer á los liberales disidentes, se necesitarían cuatro puestos de Presidentes de la República, á lo menos, y como Balmaceda, aunque quisiera, no podría ofrecer más que uno, no llegará jamás á compajinar la situación. Además, Vd. no cuenta para nada á los nuestros, que no se quedarán á mitad de camino y que nada pueden alcanzar de soluciones tranquilas.

Por último, cura, si aún los civiles transigen, quedamos nosotros, y no tiene el gobierno bastantes canongías y mitras con que satisfacer las ambiciones de los que quieren prebendas y dignidades, ni como saciar las aspiraciones de los que queremos la primacía de la Iglesia sobre el Estado.

—Pues, entonces, adelante!

—Adelante! respondió el padre.

—Hora es ya, agregó, levantándose, de cumplir con otros deberes.

—¿Cuándo nos veremos?

—Yo le haré avisar. Entretanto, no olvide mis recomendaciones.

Y los santos varones se despidieron.

CAPÍTTLO V

Luchas íntimas

Graves preocupaciones ocupaban los espíritus de los diferentes miembros de la familia Vedia, cuando se inicia la acción de nuestra historia.

Los acontecimientos políticos, desligados en apariencia de la vida íntima, caminan en realidad paralelamente.

Las afecciones se estrechan ó enfrían, las pasiones se encienden ó apagan, según sean las vinculaciones públicas que ligan á los individuos.

Para don Antonio Vedia, hombre de orden y de tendencias liberales y democráticas, la estabilidad de las instituciones, significaba no solo el bien de

Chile, sinó también su felicidad y la de los suyos. Amante de la paz, por temperamento y por convicciones, desconfiaba de las bellas teorías con que los ajitadores populares y caudillos políticos, tratan de fascinar á los incautos. Sus modestas ambiciones de ciudadano y de hombre estaban cumplidas. Empleado desde su juventud en las oficinas de contabilidad, podía dar testimonio de la honradez intachable con que los diferentes gobiernos liberales, desde Don Joaquín Pérez hasta don José Manuel Balmaceda, habían administrado los caudales de la nación.

Habituado al manejo de los números, miraba en aquella corrección la mejor garantía de paz y de progreso para la patria. No sufría, como otros, las exaltaciones de ideas atrevidas y nuevas, porque tenía miedo de los ensayos y porque, no ambicionando nada para sí, solo se exponía á perder su posición tranquila y mediana.

No se crea por esto que su naturaleza fuese refractaria á los sentimientos más delicados, nó. Era sensible y apasionado en sus afectos íntimos; entusiasta en su amor patrio.

Cuando se recibió en Santiago la noticia del combate de Iquique y del heroísmo de Prat y sus compañeros, sobrecojiólo tal rapto de patriótica emoción que rompió en sollozos, sin atinar á leer el suplemento que tenía en sus manos. Durante todo el día estuvo nervioso, y al siguiente, sin comunicar á nadie su pensamiento, fuese á la Moneda á

solicitar del Presidente Pinto la retención de su empleo para sentar plaza de voluntario entre los que se alistaban á marchar al Perú.

Inútiles fueron las observaciones que le hiciera el Magistrado; Vedia insistió. Concedida que le fué su petición, escribió á su mujer una carta de despedida y en la tarde de ese mismo día partió á Valparaíso y de ahí á Antofagasta.

Al cabo de tres años volvió á la cabeza de uno de los más bizarros rejimientos. Se abría para él una carrera brillante; pero sus instintos pacíficos renacieron.

Rehusó continuar en el ejército y volvió á su oficina, al mismo empleo oscuro que ocupaba antes de sus proezas de guerrero.

Desde entonces la rutina lo dominó. Lo que causa la desesperación de otros, era para él una delicia. Jamás soñó con alcanzar una suerte mejor. Feliz en su hogar, contento con su trabajo, ni esperaba más, ni se habría resignado con menos. Es cierto que esta vida monótona y prosaica, había creado en él un pequeño fondo de egoismo; de ese egoismo que hace al hombre un tanto indolente y pasivo, no de aquél que aguijonea á sacrificar á otros en bien propio.

Natural era que así sucediese. Había conquistado su bienestar como la hormiga amontona sus provisiones de invierno. No había tenido que luchar con azarcsos quebrantos para labrar su pequeña fortuna, pero ella era el fruto de una acu-

mulación paciente y laboriosa. La herencia de sus padres, una casita en la calle del Ejército Libertador, afueras de poblado no hace muchos años; se había ido modificando, ensanchando, hermoseando, con el ahorro de cada día.

El tiempo había hecho por sí solo lo demás; su valor llegaba al décuplo, del que tuviera cuando la recibió, al comenzar nuestra relación.

Cada cosa simbolizaba algo inmaterial en su recuerdo y en su afección. La huerta, había sido labrada por sus propias manos; el jardín, había sido formado por su mujer.

¡Cuántas veces á la sombra del kiosco, bajo su espesa enramada de yedra, había pasado en gratas intimidades de familia, durante las ardientes horas de estío! Cuántas otras se recreara, mirando los dorados peces de la fuente, oreado el rostro por el fresco rocío del surtidor! La higuera de frondosa copa sirvió de rústico comedor á sus ancianos padres, cuya bendita memoria parecía renacer allí. El peral, de robustos gajos, tenía tantos años de vida como Lía de existencia. En aquel soto de madreselva se escondía Mario, cuando, niño travieso y juguetón, corría perseguido por el menudo y vacilante paso de su hermano. ¡Cómo se mezclaban en el santuario de su corazón de padre y de hijo aquellas escenas infantiles! Aquel fué el teatro de su niñez, aquel debía ser el último escenario de su vida. No quería grandezas; pero sí conservar lo suyo, lo que fué de sus padres, lo que constituía el patrimonio de

sus hijos; su haber, su lote de riqueza en este mundo, formaba parte integrante de su propio ser. Pero en aquel apego, egoista si se quiere, no había un destello de mezquindad ó avaricia. Amaba lo material, como la envoltura visible de sus amores, de sus ilusiones, de sus esperanzas, de sus memorias.

Por eso lo había revestido con cuidadoso esmero. Si en el exterior todo era pintoresco, adecuado, riente; todo en las habitaciones era cómodo, elegante y propio. Desde el salón de labradas columnas, cuyas paredes ostentaban cuadros y espejos, comprados á costa de afanosa economía, hasta el blanco dormitorio de Lía, reluciente de encajes y limpieza; desde el vasto comedor, adornado con tallados muebles de valiosas maderas, hasta la biblioteca de Mario, rodeada de estantería de nogal macizo; todo era en aquella morada agradable y seductor.

Su casa, era la debilidad de Vedia. Allí había concentrado con embeleso, sus gustos de artista, sus desvelos de padre, sus recuerdos de niño,

Fuera de ese sitio, no siendo en su oficina y en horas de labor, se hallaba separado de su centro. Por lo demás, su fortuna consistía en su sueldo y en muy pobres descuentos guardados en la Caja de Ahorros de empleados públicos.

Hemos insistido sobre estos detalles, porque sin ellos la fisonomía de Vedia no se percibiría distintamente.

No es, pues, extraño que los sucesos políticos lo tuviesen inquieto y triste. La mayoría del Senado,

cuyo voto bastaba para remover á los empleados superiores y jefes de oficina, era hostil al gobierno. Los ministerios se cambiaban según los caprichos y exijencias de los círculos parlamentarios, habiendo tenido el Presidente que ceder en más de una ocasión á esos caprichos y exijencias, en su patriótico anhelo de armonizar los poderes fundamentales del Estado. ¡Quién sabe si uno de esos Ministerios de coalición, iba á despojarlo del puesto que sirviera desde los albores de la juventud!

Sus temores tenían. fundamento. Uno de sus compañeros, conocido por sus opiniones violentas en contra del Presidente, lo sondeó con maña, cuidando de insinuarle el peligro que corría de ser destituído, si, como era de esperarse, la coalición se imponía.

Vedia contestó con indignación:

—Si fuese menester confirmar mis ideas democráticas y mi adhesión al gobierno con la pérdida del puesto que desempeño, no vacilaría un momento.

—Vd. no piensa en que el arrepentimiento tardío de nada serviría,—le replicó el opositor.

—Arrepentirme! de qué? de haber preferido mí dignidad á mi sueldo? de haber sido leal conmigo mismo y con mi partido? Vamos, compañero, llevo la mitad de mi destino cumplido, cumpliré lo que me queda con la misma entereza. Ya una vez tuve que elejir entre el deber y las comodidades; opté por el primero, y, créame Vd. hasta hoy no me he

arrepentido de mi conducta. ¡Y eso que entonces se trataba de jugar la vida!

—Pero era en defensa de la patria....

—¿Y acaso defender sus instituciones no es defenderla á ella?

La altivez, ó más bien, la resolución del hombre honrado se mostraban en esas palabras.

Y habría procedido así, sin alardes, ni aspavientos. Pero aquella resignación, aquel desprendimiento, homenaje rendido á sus deberes, le causarían honda pena. No era solo la subsistencia segura y apacible lo que se arriesgaba á perder; eran sus costumbres desarraigadas violentamente, la usurpación injustificada de su cargo, la visión de un otro reemplazándolo en el sillón de su escritorio, allí, donde, en horas de descanso, había fraguado las perspectivas lisonjeras de su hogar; era el vejamen inferido al veterano, á quien se releva de la guardia, en castigo de delitos que no ha cometido!

Su tristeza, reflejada en su semblante, no fué, sin embargo, notada por su familia.

Satisfecho de sí mismo, creyó que la máscara de alegría de que se había revestido, no había sido penetrada. En realidad, cada uno de los miembros de esa familia, hasta entonces feliz, encubría en su pecho el secreto de dolorosas inquietudes.

Levantemos nosotros con discreta mano el tupido cendal de esas reservas.

Unas pocas palabras bastarán para ponernos al corriente de lo sucedido á los hermanos Vedia

después de la nocturna conversación que ya conocen nuestros lectores.

Tarde ya de la noche llegó Juan; Mario lo aguardaba impaciente. Supo entonces que había seguido sus indicaciones punto por punto. Disuelta la poblada que rodeaba la manzana del Congreso, el grupo que hemos visto maniobrar bajo la dirección del corpulento cabecilla, se disolvió, después de haber cambiado algunas expresiones en voz baja. El jefe, en unión de dos de sus compañeros, fueron de los más porfiados en sus manifestaciones. Después de llegar hasta la plazuela de la Moneda, lanzando mueras al Ministerio y al Gobierno, se pusieron en marcha hacia la calle de San Diego. Poco antes de llegar al Camino de Cintura hicieron alto frente á un cafetín de miserable apariencia, y, como conocedores del campo, se embocaron resueltamente por un oscuro y húmedo pasadizo. Juan entró tras ellos. Puesto en acecho en un sitio poco visible del mismo cuarto, pudo oir casi toda la conversación que sostuvieron. Aunque se hacían referencias á hechos desconocidos para él, la poca discreción de los interlocutores y la confianza producida por frecuentes libaciones, lo pusieron al cabo de la infame empresa. Después de comer volvieron nuevamente á ponerse en marcha, pero en opuesto sentido, llegando á la Capilla de los Hermanos al principiar la distribución religiosa. Pudo Juan ver que, después de terminado el acto publico, se rezagaron de los demás concurrentes, finjiendo en

actitud devota y recojida no haber concluído aún sus oraciones. Distraído, al parecer, con sus pensamientos salió el último del templo, y solo cuando el sacristán, se le acercó, diciéndole:

—Que voy á cerrar, hermano.

Se dirijió entonces á la puerta, pero en lugar de seguir el camino de los demás fieles, se puso de espaldas al muro de la iglesia que da al sur, tratàndo de hacerse invisible á los demás. La estratagema le salió bien. Al cabo de poco rato oyó unos pasos y el rumor de unas voces que se aproximaban. Eran sus hombres. A dos metros de él se detuvieron. Dos ó tres minutos después oyó una voz que los llamaba.

Dejó que pasaran, pero no bien lo dejaron atrás siguió tras ellos. De este modo pudo escuchar, pegado el oído á la puerta del tugurio, la conversación que allí tuvo lugar. Cuando comprendió que los Hermanos iban á salir se echó á un lado y se quedó inmóvil, conteniendo la respiración. El mismo raudal de luz que se proyectó al abrir la puerta dejó en más aparente oscuridad los espacios laterales. Apenas pasaron, con rapidez y audacia increíbles, asomó el rostro por la puerta entreabierta y alcanzó á distinguir la espalda del sacerdote que en aquel instante entraba al pasadizo interior.

El encargo quedaba cumplido.

Seguir de nuevo á aquellos hombres no le habría

sido ya posible, ni habría tenido objeto después de lo que acababa de oir.

Pensó entonces en abandonar el escondite.

Pero las dificultades eran grandes.

El sacristán, que los acompañó hasta la reja que separa el atrio de la calle, se entró un instante á un pabellón situado á la izquierda; pero cuando Juan se disponía á abandonar su puesto volvió á salir con un farol en la mano. ¡Cuál sería su espanto cuando lo vió dirijirse rectamente á él! El terreno que rodea la iglesia se iluminó. Solo tenía dos medios de escapar: ó lanzarse sobre el sacristan, atropellarlo y correr á la reja que da á la calle, salvándola rápidamente, ó seguir al cura dentro del edificio. Lo primero era exponerse casi con seguridad á ser tomado como ladrón y cojido por la policía. Para mayor tormento recordó en aquel punto que un policial se paseaba jeneralmente y aún se sentaba en el dintel de la gradería que dá á la calle. El otro plan era más atrevido, si se quiere, pero á lo menos presentaba posibilidad de éxito. Encerrado allí, si no era descubierto por los moradores antes de que se durmieran, podría abrir cautelosamente y aprovechar un descuido del agente del orden para saltar la reja.

En todo caso, el segundo medio se le impuso por lo inminente del peligro. Verdad es que, descubierto dentro de la casa, ya no eran indicios sinó pruebas las que se manifestaban de su culpabilidad. Estas reflexiones solo duraron un segundo.

La imagen de la cárcel pasó por su mente como un relámpago. La misma circunstancia de haber sido procesado, aunque absuelto, era un antecedente que podía perjudicarlo.

Juan se encomendó á Dios y se precipitó en la pieza abierta. Pero no se detuvo un momento allí. Frente á él se hallaba el largo pasadizo por donde el sacerdote entró; estaba envuelto en tinieblas. Buscó allí un refujio y se colocó tras de la puerta, pegado á la pared. Las hojas abrían felizmente hacia dentro.

En pos de él llegó el sacristán.

Cerró la puerta de la pieza, apagó la luz de la lámpara y, farol en mano, se encaminó á su vez al pasadizo. Si cerraba la puerta que comunicaba á éste con el cuarto, Juan estaba perdido. Fue aquel un instante de aquellos que blanquean la cabeza de un hombre. Notó luego cierta vacilación en los pasos del sacristán; creyó que iba á volver cuando acababa de pasar. ¡Qué angustia! Cerró los ojos y comprimió los violentos latidos de su corazón. Poco después sintió que abrían otra puerta, la que comunicaba con el escritorio del cura; percibió un lijero rumor de voces y luego....nada.

Así transcurrió tal vez una hora, tiempo bastante para que Juan, arrastrado más allá de su intento en una aventura tan singular como peligrosa, se repusiera por completo.

Al término del lóbrego sitio en que se hallaba aprisionado, se filtraba la luz de la pieza donde el

bueno del cura hacía sus cuentas sobre el número de sus hijos espirituales. Dada la distancia que mediaba entre uno y otro cuarto, el de entrada y el del interior, era no solo posible sino fácil escurrir el bulto sin despertar la atención. Todo consistía en tener serenidad y valor. Iba ya Juan á ponerse en camino, tentando las paredes, cuando percibió claramente las voces del cura y el sacristán. Escuchó con ansiedad y pudo entender distintamente lo que se hablaba. En seguida, oyó una voz desconocida mezclarse á las otras. Era aquel el momento en que el padre Luis llegaba.

Comprendio Juan que la casa tenía otra entrada en el extremo opuesto, y que, cerrada la del cuarto por donde él se viera obligado á penetrar, el servicio se hacía solo por allá. Debía considerarse casi salvado; tenía la noche entera para huir.

Algo, sin embargo, lo retenía.

Las expresiones que llegaran hasta su escondite despertaron su curiosidad. Quitóse los zapatos, los echó en las faltriqueras de su gabán y con paso de gato, tenue y sijiloso, avanzó hasta el fin del pasadizo. Se impuso, de este modo, tan bien como nuestros lectores, de la entrevista de los dos sacerdotes.

Después de separarse éstos, sintió el ruído de unas pisadas que se alejaban del escritorio; la luz de la lámpara, vista por él á través de las rendijas de la puerta, se apagó; el sueño pareció tender sus alas sobre aquella mansión de paz, y ese algo melancó-

lico, que se esparce de las tumbas y los templos, se derramó sobre ella.

Esperó Juan todavía más de media hora. Seguro ya de sí mismo y de no ser descubierto, se calzó, encendió un fósforo, llegó hasta la puerta de salida, la abrió y se dirijió con lijero paso á la reja.

Tendió su mirada hacia la calle y como no divisara un solo bulto sospechoso, salvó de un salto la valla que lo retenía prisionero.

Mario escuchó aquella dramática relación sin perder un ápice. De ella se desprendía que la conspiración era mucho más seria que lo que él se había imajinado.

Tomó entonces el propósito de seguir la opinión de Enrique, comunicando al Gobierno lo que había descubierto. Solicitó una audiencia de uno de los Ministros, con el cual tenía relaciones y le dijo cuanto ocurría. Desgraciadamente, si para él la narración de Juan era sin duda auténtica, no sucedió lo mismo respecto del hombre público. Le repugnó formar un proceso con el fundamento de una denuncia casi anónima. El nombre de Mario, que lo habría amparado del ridículo con que los delincuentes tratarían de desvirtuarlo, no podía tampoco aparecer con el decoro debido. Además, el Ministro no le dió el alcance que tenía. ¿Cómo imajinar que hubiese en Chile, no diremos criminales, locos capaces de intentar la subversión del orden público? Y si tal cosa llegara á ocurrir ¡cuán duro y merecido sería el escarmiento!

Las advertencias de Mario no sirvieron más que para despertar en el político vivas simpatías por su joven correlijionario. Así se lo dió á comprender, instándolo á concurrir á las tertulias que diferentes individuos prominentes del partido tenían en sus casas y ofreciéndose á presentarlo.

—Gracias, señor, contestó el joven con desaliento. Mi opinión carece del prestigio necesario para influir en su ánimo y convencerlo de la solemnidad de la situación.

—No crea Vd., le interrumpió el Ministro, que yo desdeñe sus advertencias. Me serviré de ellas, pero sin publicarlas.

Aquella salida era una escapada de buen tono.

—En todo caso, agregó sonriéndose, si Vd. insiste en suponer que sus influencias son débiles para servir como lo desea nuestra causa, acépteme el ofrecimiento que le hago.

Con su talento y sus virtudes se va lejos. Oh! no proteste Vd., tendré placer en acercarlo á los compañeros, como tengo satisfacción en contarlo en el número de mis amigos.

Mario accedió. Sólo así llegaría á servir de algo á la consecusión de sus ideas.

En realidad, si aquella audiencia colmó sus aspiraciones personales, le hizo ver que la revelación de su descubrimiento había caído en el vacío. Conocida la modestia del joven se comprende que estuviera triste y desazonado.

Daba pábulo también á sus inquietudes una con-

versación que tuvo con Enrique, en la cual éste le comunicó los síntomas de indisciplina y murmuraciones en contra del Presidente que había notado y oído entre algunos de sus camaradas.

Eran señales precursoras de la venidera tempestad.

Una nube negra parecía oscurecer el cielo de Chile, proyectando sus sombras sobre ese hogar sencillo y feliz. La discordia, coronada de sierpes venenosas, asomaba su cabeza.

Hemos dicho, al hacer la síntesis de las cualidades dominantes de la señora Díaz, que su credulidad y fervor eran exagerados.

Educada, como casi todas las mujeres chilenas, en la práctica constante de lo que se ha dado en llamar deberes relijiosos, habíase creado en su alma un sentimiento superior á los demás.

No había surjido como obra espontánea de su naturaleza, pero, en el fuero de su conciencia, reinaba con soberano imperio.

La esclavitud de su pensamiento, no dependía de los dogmas del catolicismo, sino de las exterioridades del culto. Su ignorancia respecto de los primeros, la escudaba. Las nociones que se le inculcaran desde la cuna sobre relijión, eran sustancialmente las mismas que aprendiera después. Cuanto se relacionaba con el misterioso problema de la humana existencia le causaba espanto. Jamás se habría

atrevido á discurrir con libertad sobre semejantes tópicos. Su inteligencia se había desarrollado con la lectura, el comercio social y el légamo fecundante de la experiencia en todos sentidos, menos en el orden religioso. Si posible fuera retrogradar cuando nada se ha avanzado, diríamos que á tal respecto su mente se había sombreado con la edad.

Los supersticiosos terrores, que no pudieron empañar la angelical dulzura de la niña, acrecentándose con el hábito, llegaron casi á transformar el alma de la mujer. Sentia á veces remordimientos punzadores, basados en pueriles escrúpulos; espantosas imágenes del infierno cruzaban por su cerebro como llamaradas abrazadoras; creíase poseída del demonio, abandonada de Dios, arrebatada para siempre por el huracán deshecho de un destino maldito. Su ascetismo se hacía entonces más riguroso: poníase desnuda en oración, hasta que yerta y desvanecida, rodaba por tierra; se golpeaba el pecho con sus rígidas manos hasta que los brazos se doblaban al peso de la fatiga. El llanto acudía al fin y desahogaba algo aquel pobre cuerpo, tan rudamente combatido por el fanatismo.

Una tristeza infinita se apoderaba entonces de ella; á los espasmos nerviosos sucedían los suspiros interminables; á la desesperación la melancolía.

Cuando abandonaba el oratorio, estaba pálida, desencajada, vacilante. Las caricias de sus hijos no parecían entibiar aquel ser helado. Quería sobrepo-

nerse, pero en vano: su sonrisa era antes una mueca de dolor que una inflexiòn de alegría; sus ojos, cristal por donde se trasparentaban sus ideas, parecían reflejar imájenes invisibles, lontananzas remotas. Su andar, sus movimientos,—sin flexibilidad ni armonía,—eran más bien los de una sonámbula que los de una persona que está despiertà.

Estas crisis pasaban á los ojos de la familia como exaltaciones del sistema nervioso; y, aunque la causa real de la enfermedad fuera sabida por don Antonio y sospechada por sus hijos, jamás se hacía comentario alguno sobre ella. Esmerábanse todos en atenderla con asiduidad y cariño, cuidando no dejarla sola y provocando su alegría y buen humor con imágenes y conversaciones lisongeras.

Se la llevaba al jardín, mostrábanle los progresos de las plantas, las flores que bordaban los cuadros y perfumaban el ambiente, la vistosa pajarera llena de canoras avecillas......

La desdichada señora volvía poco á poco en su acuerdo. La vista del mundo exterior, disipaba los fantasmas que la noche y la superstición habían fraguado en su espíritu; el aire puro, el cielo azul, desenredando la madeja de sus cavilaciones, le hacían ver á Dios, paternal, misericordioso, en vez de cruel y vengativo.

Las lágrimas acudían de nuevo á sus pupilas; pero frescas, como el rocío que la mañana deposita en el cáliz de la rosa.

Escondía entonces su cabeza desvanecida en el

seno de Lía, que espiaba aquel instante para borrar con sus besos los últimos vestigios de su dolorosa agitación. La pobre correspondía aquellas caricias con la mimosa ternura de un niño.

Quería hacerse perdonar á todo trance los sobresaltos que había causado.

—Niña mía, decía á su hija, estrechándola con amorosa solicitud, ¡cuán demudada estás! ¡Cuán culpable soy en no vencerme!

—Vaya mamá, no me aflija Vd. ¡Qué mayor satisfacción que velar á su lado cuando está enferma! Pero, gracias á Dios, ya se siente bien ¿no es verdad?

—Sí, Lía. ¿Y tu papá? ¿Y Mario? ¿Ha venido Enrique? ¿Y Raquelita? ¡Ay de mí! cómo los abandono con la abstracción egoísta de mis pensamientos!

La llegada de la niña, venía á poner término á estas espansiones. Simpática y juguetona, ponía todo el seductor encanto de la belleza y el candor.

Incapaz de comprender la causa y profundidad del mal que minaba á su madre, juzgaba por las apariencias, y, según ellas, se aflijía ó consolaba. Su hermana impedía que se le acercara en los momentos de crisis. Una vez pasada se rompía el entredicho y llegaba la niña con la alegría del pájaro que se escapa de su jaula. Las últimas visiones de tristeza se evaporaban con el suave aroma de la inocencia.

—Ay! mamacita, si Vd. supiera cómo es de regañona Lía cuando Vd. no está, de fijo no volvía á enfermarse! Y el empeño en que no he de verla,

como si mis besos ocasionaran su mal! Ya ves, hermana, agregaba al ver iluminarse el rostro de doña Juana con dulcísima sonrisa, ya ves que soy mejor enfermera que tú. Mamá ríe desde que me vé; tú la entristeces con tu seriedad.

—Nó, mi vida, contestaba la señora, soy yo la sola causante de tus penas; tu hermanita es un ánjel.

Lía gozaba con esas sencillas y tiernas conversaciones. La paz y el contento volvían de nuevo á cobijarse en el hogar.

El restablecimiento de doña Juana, se celebraba, sin hacerse alusiones que mortificaran su susceptibilidad.

Cada cual aportaba su continjente al regocijo común. La interrumpida charla de Enrique y Raquelita, reanudábase más graciosa y bullidora; Lía, ocupábase otra vez en el arreglo de la casa con su apacible y acostumbrada suavidad, entonando entre dientes aires y melodías que iba después á repetir en el piano; á la caída de la tarde llegaba don Antonio, trayendo cariñosos presentes, en los que veía doña Juana amoroso reproche por la inquietud que había causado y delicados plácemes por su restablecimiento; el silencioso Mario parecía despojarse de sus atavíos de tristeza y contemplaba á su madre con risueña boca y húmedas miradas.

Abríase el salón de recibo á las relaciones más queridas, y se echaba polvo de oro, de luz y de olvido, á la pasada congoja, como se arroja un puñado

de tierra sobre una tumba. Por desgracia, el mal solo se conjuraba transitoriamente.

La causa quedaba en pié, viva, amenazadora, terrible. Para arrancar de cuajo aquel defecto moral, mil veces más funesto que una lesión física, habría sido preciso torturar un espíritu querido, desvanecer quimeras vestidas con el ropaje de la verdad, y asimiladas al sér con el prestijio y los respetos de la relijión. La curación radical era casi imposible. Se empleó por eso un sistema de lenidades y contemplaciones, que, si bien dejaba subsistente la dolencia hacía menos frecuentes y rudas sus manifestaciones. Propiamente, esos paliativos equivalían á los calmantes que se emplean cuando el organismo no puede reaccionar y el médico tiene que limitarse á vencer el dolor ya que no la enfermedad. Pero, en uno como en otro caso, con semejante procedimiento, córrese el peligro de abandonar el objetivo,—la curación del mal,—difiriéndolo por debilidad ó abandonándolo por timidez.

Se dejaba á doña Juana buscar sus consuelos donde los encontrara, sin fijarse en que, por inclinación de hábito y por razón de su mal, iría á beber en la misma fuente envenenada que lo orijinara. Es indudable que si los terrores que ajitaban su alma habían sido inculcados con las prédicas y enseñanzas de los sedicentes Ministros del Señor, tenían ellos el ascendiente bastante para minorarlos ó suprimirlos. Provenía de aquí, que sin buscar la explicación del

fenómeno, creyese la familia de doña Juana que el mejor lenitivo á sus pesares se encontraba en la frecuentación de los actos relijiosos.

Mario, que era el único que comprendía el estado de su madre, pretendió desbaratar razonablemente su fanatismo, pero la señora se negó á oirle, diciendo que quería mantenerse en su relijión y *creer con la fe del carbonero*; que no tenía la ilustración suficiente para discutir con su hijo, pero que estaba en la convicción de la verdad de sus creencias.

Terminó con estas palabras:

—Mario, no insistas en combatir mi fé, que es la fé de mis padres, la fé de tus mayores. Sé que eres bueno, sé que no te manchan las sombras del pecado, pero tiemblo por tu salvación. Tanto ruego á Dios por tí, que vendrá el día que tornes á la relijión en que naciste.

Mientras llega ese día, que será el más feliz de mi vida, déjame seguir adorando á mi Dios, que murió en la cruz por redimir al jénero humano.

La voz de doña Juana era trémula y suplicante. El amor de hijo venció á la razón del hombre.

Púsose de rodillas á sus plantas y besó suspirando la frente de su madre.

A partir de ese día, la consagración de la devota á sus pretendidos *deberes relijiosos* no tuvo contrapeso. Hubo una especie de tácito convenio entre sus deudos: Mario, por amor y respeto, los demás por comunidad de ideas y eficacia visible del medio

curativo, la dejaron á su entero albedrío practicar sus ritos y devociones.

Para evitar desagrados, jamás se conversaba sobre relijión, ni sobre temas que pudieran relacionársele. La política misma había sido desterrada, pues dada la intransijencia del partido conservador y su adherencia íntima con el clero y la iglesia, toda cuestión política tenía visos de relijiosa. Solo así pudo conservarse armonía perfecta entre aquellos seres, tan íntimamente ligados por la sangre y el afecto. El fanatismo, que dominaba á uno de ellos, constituía la única causa de alarma y de temores, vivos aunque latentes, para el porvenir.

Así trascurrió algun tiempo.

Bajo la dirección de un clérigo hábil é ilustrado, la señora Díaz había conseguido, á lo menos aparentemente, una curación tan completa como maravillosa. Ella misma llegó en ocasiones, á burlarse de las supersticiones que habían oprimido su espíritu.

—De ahí, decía, el peligro que se corre en confiarse á un sacerdote de mente estrecha. En vez de piedad infunde miedo. Y no puede ser de otra manera; cada cual otorga lo que tiene, comunica lo que siente. ¡Qué diferente es el padre Luis! ¡Cómo en vez de fomentar las apariciones que ofuscan y las visiones que aterrorizan, llena la imajinación de celestiales esperanzas!

¡Qué hombre tan admirable! Virtud, ciencia, modestia, todo lo reune......

Después de incensar al *verdadero apóstol*, como lo llamaba la señora, pintaba el estado de su alma, llena de júbilo.

—Razón tenías, Mario, pobre hijo mío, cuando me acusabas de supersticiosa. Pero ahora, ya ves que otra soy. Ah! si te rindieras al fin á mis deseos, tengo la evidencia de que el padre Luis te convertiría....

Sonreíase el hijo, la madre tomaba el sitio usurpado por la fánatica, y las imágenes de palo pintado se alejaban en su memoria....

Don Antonio y sus hijos se adormían confiados en aquella mejoría extraordinaria. Sòlo Mario dudaba.

En realidad la esclavitud había cambiado de forma, pero subsistía.

Bajo la torpe dirección de un fraile sincero pero inepto, la pobre víctima se había encontrado sumergida en un mar de desesperación: acosada por los escrúpulos, perseguida por representaciones del infierno, próxima á hundirse en el abismo de la demencia.

Guiada por el astuto padre Luis, sin perder un átomo de su credulidad, se había serenado, recobrado la vida, libertado del aquelarre de demonios que la acosaba sin cesar.

La señora Juana miraba en el fraile, un ser débil, miserable, supersticioso, hasta ignorante, que la había victimado, victimándose. El verdugo no había sido él, sino el fanatismo.

El padre Luis, por el contrario, era su libertador.

Enérgico, seguro de sí mismo, sabio sin pretensiones, afable sin afectación, hermoso de cuerpo y de espíritu, impecable, era á sus ojos el justo que tiene á su cargo la misión de salvar almas y la cumple con valor, con fé, con grandeza.

El fanatismo que imperaba en doña Juana fué expulsado por él, como el exhorcizador expulsa el diablo del cuerpo del poseído.

El ascendiente del padre fué decisivo, único, soberano. De este modo, la señora Juana cambió de amo. En vez de estar atada á las sujestiones de su propio extravío, se convirtió en instrumento dócil y obediente de su director espiritual.

Este vasallaje á que infinidad de ignorantes viven sometidos, llegó á ser considerado como un beneficio por los deudos de la señora Díaz. Habíase, mediante él, conseguido la milagrosa transformación de la sencilla creyente. Sin el acaecimiento de sucesos extraordinarios, nada habría aparecido á la superficie que revelara bajo la fría ceniza las activas y bullentes lavas del volcán.

Tan duradera y radical se creyó la extirpación de la dolencia, que, descuidadamente á veces, por obra de prueba otras, se departía sobre los hechos políticos y sociales con entera libertad. Ella misma aprobaba ó combatía las opiniones agenas con criterio seguro, sin ásperas intransigencias ni vanos escrúpulos.

Pasaron algunos meses.

El partido católico, después de vacilaciones y cu-

bileteos, que en otra parte hemos recordado, decidió combatir con todas sus armas y en todos los terrenos al gobierno impío de don José Manuel Balmaceda. Las legiones de curas, clérigos y frailes, abandonando todo recato, se lanzaron á la brecha, proclamando guerra á muerte y sin cuartel. A la conclusión de cada fiesta religiosa, subía al púlpito el orador encargado de la instrucción religiosa de los fieles, y á nombre de Dios, como enseñanza de amor, de caridad y concordia, se predicaba odio inextinguible á los liberales, á los gobernantes, á las instituciones nacionales. Ay! de los padres que dejaban á sus hijos mancharse con el contacto impuro de los modernos demagogos! Ay! de las esposas que abandonaban la senda de la religión por no indisponerse con sus maridos! El anatema del cielo caería inexorable sobre la frente de los impíos y sus cómplices. El deber de los buenos católicos era resistir, si posible no era en lucha abierta y á la luzdel sol, en acecho y á la sombra. Todos debían mantenerse alertas contra las tentativas del demonio. Y para fortalecer el ánimo, decaído por el escepticismo del siglo, debía frecuentarse el sacramento de la penitencia. El sacerdote era el guía y el sostén en las vacilaciones y en los peligros.

Como se comprende, en el fárrago conocido de la propaganda sectaria, por más rodeos que se dieran, iba envuelto un solo propósito: acercar á los creyentes al confesonario. Lo que no es dable enunciar en voz alta y en público, puede sugerirse en el

secreto *inviolable* de la confesión. De este modo, cada cual sirve de algo, según el grado de credulidad y de fervor.

No fué doña Juana de las últimas en sentirse alarmada con el giro que iban tomando los sucesos.

Recordando, sin embargo, los amargos trances por que había pasado, decidió no alterar sus nuevos hábitos, sin perjuicio de confiar á su mentor las dudas que la asaltaban. A pesar de esta determinación, no se sintió satisfecha. Largas horas de la noche estuvo en vela. Sus oraciones se enhebraban estérilmente unas en pos de otras, pues su imaginación estaba ausente; el terrible pasado, con sus colores sombríos, se le representaba sin cesar.

Cuando llegaron las luces del alba se calmó un tanto y pudo entonces conciliar el sueño.

Se levantó preocupada y cavilosa. Coincidió ese día con el mismo en que don Antonio tuvo la conversación que hemos referido en el comienzo de este capítulo. Su ensimismamiento no le dejó notar la preocupación que dominaba á su marido.

Lía, que por su edad y su sexo, debía sentirse libre de las inquietudes producidas por la política, se hallaba también, y sin saberlo, ligada á sus vaivenes. En el desarrollo de nuestro romance veremos las causas ocultas y fatales de esa influencia.

La familia Vedia, por extrañas combinaciones de la suerte, tenía pues su destino enlazado al destino del país.

Los tremendos sacudimientos que desquiciaran al gobierno y á la sociedad, debían repercutir en su seno, produciendo estallidos de pasión y de dolor, dignos de meditación y de estudio.

En las modernas democracias, las disenciones políticas producen necesariamente ese resultado. Los intereses que se ventilan son comunes; las fuerzas que concurren á la libre controversia, universales; el desenlace debe afectar en consecuencia á todos. No son los negocios de un príncipe ó los pretendidos derechos de una dinastía; son los ideales de las comunidades políticas los que agrupan á los ciudadanos y despiertan sus pasiones.

La ambición personal, las mezquindades de bandería, no despojan á estos movimientos, á lo menos por completo, de su carácter y matiz populares.

De aquí proviene que la sociedad en masa se ajita y convulsiona, como movida por impulsos interiores.

Los hechos, aparentemente aislados, tienen hondas raíces, cuyas secretas vinculaciones asombran al producirse el cataclismo final.

No vaya, pues, á suponerse que la historia que presentamos es exótica ó singular.

En el mismo acontecimiento histórico en que se halla encuadrada, se realizaron muchas otras de idéntico alcance y naturaleza. Si no temiéramos haber sido excedidos por la magnitud de la empresa, diríamos que ella encierra la pintura fiel de la época de la revolución, bajo el punto de vista de la so-

ciabilidad política, á la vez que la relación de un cuadro íntimo, tomado al azar, de entre los infinitos que presenciamos en nuestra vida errante y perseguida.

CAPÍTULO IV

Los dos primos

No era Lía un tipo peregrino en la culta metrópoli chilena, aunque la adornasen cualidades que la colocaban en el rango de las más favorecidas por la naturaleza.

Fruto seleccionado de las mejores dotes de sus padres, unía á la esquisita sensibilidad de doña Juana la serenidad juiciosa de don Antonio. Su imaginación vivaz y soñadora, estaba contenida por la eccion superior de su inteligencia. Existía en ella ese equilibrio tan difícil de encontrar en personas que poseen condiciones intelectuales múltiples y vigorosas.

Su figura era más bien distinguida y atrayente que escultural y bella. Como ideal artístico, era un poco

delgada y sus facciones impresionaban más agradablemente en conjunto que en detalle. La coquetería, jenuina á los dieciseis abriles, había emprendido el vuelo- como ahuyentada por temprana seriedad.

Obligada desde muy niña á ocuparse de las atenciones de su casa, por razón de la salud quebrantada de su madre, comprendió sus deberes á la edad en que otras se entregan á infantiles devaneos. Provino de aquí, aparte de su espontáneo y prematuro desarrollo, la sorprendente precocidad que la distinguía. Las relaciones de colegio, que habrían podido modificar con sus frivolidades el carácter entero de Lía, casi no existieron para ella. Su niñez fué solitaria. Mario, que adoraba á su hermana, se convirtió en su maestro. En el natural deseo de dar expansión á sus conocimientos y á sus ideas, retraído por carácter del contacto íntimo de sus compañeros, dedicó á su hermanita sus horas de solaz. Cada una de sus lecciones, valía más para la niña que un día entero de mortificante clausura en el colegio.

Escapó así á los resabios de la rutina, aprendiendo de boca de su hermano, con la elocuencia y animación de la enseñanza oral, las lecciones que sus amiguitas estudiaban de memoria, sin darse cuenta de su utilidad y significado.

Cuando tomó en sus manos un libro, experimentó asombro y satisfacción: aquellas páginas, mudas antes para ella, hablaban un lenguaje silencioso pero claro.

En la escuela, aprendió á leer; bajo la inteligente dirección de Mario aprendió á pensar.

Lía llegó á ser ilustrada. De grado en grado, de etapa en etapa, fué asimilándose las lecciones que recibía. De las nociones elementales pasó á los estudios superiores, y á medida que avanzaba, mayores atractivos encontraba y más sed de saber acosaba á su espíritu.

Vióse así libre de la dura obligación de conocer cierta materia, á la hora de reglamento, hostigada por la mirada torva del maestro, bajo la degradante amenaza del castigo. Su aprendizaje fué variado, paulatino, voluntario. Las dificultades se vencían con el auxilio cariñoso del hermano...

Solo una nube se diseñó en el horizonte. Fué en el período agudo de las supersticiones de doña Juana.

Pasaba un día la señora frente al escritorio de Mario, que era la pieza elegida por los hermanos para sus lecturas y disertaciones, cuando llegó hasta ella la palabra, *Dios*, pronunciada por Lía. Detuvo el paso y se puso á escuchar.

—Entonces, hermano, decía la joven, los seis días en que, según el Génesis, fué creado el mundo, deben entenderse como otras tantas épocas?

—Es indudable. Así lo declaran autoridades eminentes de la misma Iglesia. De otro modo no hay acuerdo posible entre la revelación y la ciencia.

—Ahora me explico, repuso Lía, algunas contradicciones que me preocupaban. La ciencia, que vie-

ne de Dios, como que es la sabiduría suprema, debe ser una; varíen sus leyes y la confusión se produce, Dios no puede atentar contra su propia obra...

La fanática señora no resistió ¡Era inaudito! Su hija negaba la omnipotencia divina. Quiso reprimir la cólera que le embargaba los sentidos y entrar al cuarto en que se hallaban sus hijos, pero un temblor convulsivo le sobrevino y no pudo moverse. Exhaló una especie de rujido ahogado y cayó desvanecida.

Grandes esfuerzos costó reponerla y, más aún, convencerla de la inocencia de Lía. Difícil tarea, pues cerraba los oídos á toda explicación racional. El tiempo, que todo lo apaga y borra, venció al fin la tenaz resistencia de doña Juana á que continuaran las interrumpidas lecciones. El cambio de confesor, cuyos efectos hemos estampado, obró eficazmente en ese sentido.

Desde entonces, ni el menor contratiempo interrumpió la obra provechosa de los hermanos.

Pasó el período, llamado *de los estudios* para el sexo débil, pero como aquella enseñanza no se acomodó á reglamentos en su forma ni en su fondo, como no se practicó con el propósito de llenar fórmulas sociales, siguió su curso por el acuerdo tácito de maestro y discípula. No hubo más variante, motivada por el progresivo desenvolvimiento de las facultades mentales de Lía, que la sustitución paulatina de las explicaciones orales por la lectura.

El beneficio de aquel aprendizaje no tardó en ma-

nifestarse. Lía tomó por su cuenta la educación de Raquelita. Difícil nos sería pintar la alegría de la jentil niña cuando se le comunicó tal determinación.

—¿Me enseñarás todo lo que Mario te ha enseñado á ti? preguntaba á Lía.

—Todo; pero á condición de que seas estudiosa y formal.

—¿Y me mostrarás las mariposas, los *juanitos* verdes y dorados, las arañas, los moscardones, todos los insectos que tiene Mario en sus estantes?

—Es claro; te contaré sus costumbres y la vida de cada uno de ellos.

—¿Entonces tú sabes la historia de esos bichitos? Pues yo creía que solo figuraban en cuentos como aquel de «La Hormiguita y Ratón Pérez».

Lía sonreía de la inocencia de Raquel. El sentimiento de curiosidad que aguijonea sin cesar á los niños, era el venero inagotable que explotaría con sagacidad y paciencia.

La ociosidad, orijen de todos los vicios, no encontró asidero en la vida de la joven. Para llenar los deberes que voluntariamente se había impuesto, y que la libraban del aburrimiento y el hastío, necesitaba contraerse asiduamente á sus tareas de discípula y maestra. Este doble ejercicio á que sometía sus facultades, sirvió de complemento á la solidez y fijeza de los conocimientos adquiridos. Si algo se había escapado á su memoria ó á su comprensión, salía á la superficie arrancado por la boquita curiosa y preguntona de Raquel.

Logró además, mediante el sistema de la enseñanza y el aprendizaje simultáneos, convencerse de la insuficiencia de sus conocimientos, escapando por esta causa á las pretensiones ridículas de las jóvenes barnizadas en las aulas con el oropel de la literatura y el chapurreo de los idiomas.

—¡Vaya un saber! decía con irónica sonrisa, quedando en suspenso ante una interrogación inusitada de su hermana.

—¡Te pillé! gritaba Raquel, palmoteando.

—Es cierto. Vamos á resolver entre las dos la dificultad.

Consultaba libros ó discurría, partiendo de la base de las lecciones adquiridas, y en último término, ocurría á Mario. Este resolvía la duda ó á su vez, la estudiaba para descifrarla.

Aquel tropiezo servía de tema para una lección de moral.

—Ya ves, hermanita, exclamaba Lía, lo nimio de nuestra sabiduría. Después de cinco años de estudio constante, guiada por el más anheloso de los maestros, me veo vacilante y confusa ante la observación más sencilla.

No tengo la vanidad de creer que he aprendido mucho, pero he estudiado algo y nada sé. A medida que se avanza en el camino de la ciencia, más dudas y vacíos se ocurren al espíritu. El ignorante, que de nada se da cuenta, que ve las cosas con la inconsciencia del espejo que reproduce los objetos, no se inquieta ni se afana por conocer su

origen y destino. Para él no existe la relación de *causa* á *efecto* que te he explicado en otra clase. Jamás pregunta *¿por qué?* como lo haces tú á cada momento. Si en lugar de descender subimos al nivel de los sabios, veremos que ellos viven en una permanente interrogación. Después de cada problema resuelto, viene una nueva dificultad, después de un *¿por qué?* otro *¿por qué?* sin llegar nunca al fin. El término es indefinido; el hombre progresará siempre, pero no tocará el término, porque ese término es Dios.

Estudiar, es dar un paso hacia él, probarle nuestro amor con la tendencia permanente de nuestra voluntad y nuestra inteligencia. Descuidar la educación de nuestra alma, es desdeñar la hechura más perfecta de la creación conocida.

—¿Entonces, hermana, el estudio es una *oración* dirijida á Dios?

—La mejor de todas. Dime, Raquelita ¿qué vale más para nuestros padres, según tu parecer: que obedezcas sus mandatos, que no mientas, que seas juiciosa y atenta en las clases, ó que repitas á cada momento: yo quiero mucho á mis padres, mucho, mucho...?

—Es claro que lo primero.

—¿Por qué, entonces, Dios, no ha de juzgar lo mismo?

—Ya te comprendo, Lía. El trabajo y el estudio son, á los ojos de Dios, como las buenas obras á

los de nuestros padres; las oraciones y plegarias como los besos y caricias.

Aquella salida hizo sonreir á la maestra.

—Eres una niñita encantadora, le dijo, atrayéndola á sí.

Nos hemos detenido en la descripción de estas escenas íntimas. Ellas nos presentan de relieve la vida intelectual, y moral de nuestra heroina.

La austeridad consiguiente á una existencia tan pareja y seria, habría tal vez arrebatado á Lía esos arranques sentimentales que constituyen la parte ideal en una mujer. La monotonía, con la abrumadora tenacidad de la gota de agua que horada la roca, va alejando de la imaginación los ensueños y las ilusiones. Más delicada la naturaleza femenina que la del hombre, no resiste el frío de lo positivo como alimento invariable y único del espíritu, sin adquirir rasgos promiscuos que la despojan de su vestidura poética y romántica. Lía, habría concluído tal vez por ahogar sus espontaneidades juveniles bajo la rijida apariencia de la pedagoga, en quien parecen neutralizarse y confundirse los destellos característicos del sexo.

El amor corrijió la prosa de su vida. Con la bienhechora influencia de este sentimiento, en vez de severidad adquirió dulzura, en lugar de ser hosca y taciturna fué suave y complaciente. Propiamente no se operó una transformación, porque las dos fuerzas, marcharon paralelamente. Y si una de las

dos primó en su influencia sobre la otra, fué sin duda la proveniente del amor.

Cuando Lía inició sus estudios, guiada por Mario, su corazón sentía ya los efluvios indecisos del primer cariño, sentimiento embrionario, confuso aùn, pero que jerminaría al calor de dulces ilusiones, como la semilla con las tibias emanaciones de la primavera.

¿Cuándo nació aquel afecto? Pregunta era ésta que la misma Lía habría vacilado en contestar. Como la tradición se pierde en la noche de los tiempos, así se confundía en su memoria el primer latido amoroso de su corazón. Fueron sus padres los inocentes fomentadores de aquel sentimiento prematuro. La historia es breve.

Alberto Díaz, hijo del único hermano de doña Juana, quedó huérfano y solo á la edad de doce años.

Su padre pagó su tributo de ciudadano, formando en las filas del ejército en la campaña contra el Perú y Bolivia, y sucumbiendo gloriosamente en el formidable asalto del Morro Solar, el 13 de Enero de 1881. Su madre había muerto algunos años antes. Si en vida de su progenitor, pasaba Alberto largas temporadas en casa de sus tíos, después de su fallecimiento, ó más bien, desde que se enroló en el ejército expedicionario, fué á ocupar un sitio al lado de sus únicos deudos.

Disipada la impresión de tristeza que dejara en su ánimo su solitario hogar; olvidado el dolor, de-

masiado efímero á su edad, que le causara la pérdida de su padre; se entregó sin reservas á las solicitaciones cariñosas de sus primos.

El niño blanco y rubio, vestido de negro, hizo su entrada al dormitorio de Mario y Enrique, de la mano de Lía. En los primeros momentos se manifestó quieto y reservado.—Los abrazos, las lágrimas de doña Juana, más que la conciencia de su situación, lo tenían aturdido. —Pero aquel retraimiento fué pasajero. Sus primos lo rodearon y sentaron en medio de ellos.

Advertidos por su madre de que en adelante viviría allí, sabedores de la infausta noticia de la muerte de su padre, esperaban su llegada como un grato acontecimiento.

Sobre la mesa había extendido Mario todos sus entretenimientos favoritos: vistas fotográficas y geográficas, cajas de pintura, estuche de compases, colección de sellos. Enrique le mostraba sus trompos, bolitas, pelotas de goma, y run-run.

El niño contemplaba con avidez tantas maravillas. Al fin, seducido por las demostraciones de sus primos, fué abandonando su mutismo.

Cuando se les previno que era llegada la hora de ir al comedor, charlaba como una cotorra y reía como un loco.......

El huerfanito quedó adoptado como hijo.

Para no hacerle pesar la dolorosa verdad de su posición en el mundo, se le atendía con más dul-

zura que á su primos, y éstos, se habituaron á quererlo como hermano.

La pequeña Lía, sobre todo, lo prefería en sus juegos y travesuras.

Si en ocasiones se impacientaba con los caprichos y genialidades de Enrique, jamás se agotó su paciencia ante las bromas y ligerezas de su primo.

Las demostraciones de la niña se prestaban á notas cómicas que escitaban el buen humor de sus padres. En ausencia de Alberto cuidaba Lía de sus juguetes y sus libros. No dejaba que nadie pusiera mano en ellos, arrogándose el derecho de hacerlo con el aplomo de su graciosa autoridad.

Daba placer contemplar aquel pimpollito de cinco años, de dorados cabellos y coralinas mejillas, golpear el suelo con impaciencia, defendiendo la propiedad del primito ó sus fueros de soberana.

Don Antonio y su mujer se divertían aparentando contrariar á Lía.

—¿Qué tienes tú que ver con esos objetos? ¿acaso son tuyos?

—No; pero son de Alberto.—Pobrecito! si se los rompen va á llorar, y yo no quiero que llore.

—Pero si él dijo, que no quería que tu los cuidases,—observaba don Antonio.

—¿Es cierto? preguntaba la niña, vacilando.

—Ciertísimo.

—Tómalos entonces, contestaba, entregándoselos á Enrique y temblándole la barba de emoción. Ya no lo querré más.

El enojo terminaba en llanto.

Y para consolarla tenían los padres que desmentir cuanto le habían asegurado. La incredulidad terminaba, cuando se le reconocía su derecho para velar por los grandes intereses de Alberto. Otras veces bautizaba sus muñecas y muñecos con diversos nombres, cuidando de poner el de Alberto al más hermoso y el suyo á la más bonita. Sentábalos en sus sillas y sofáes de miniatura y los hacía sostener injeniosas conversaciones. Un día se acercó con mimo á su padre y con su retórica inocente le pidió un cura. Don Antonio se echó á reir.

—¡Vaya un encargo! le contestó.

¿Crees tú que quiera acudir á tu llamado el de San Lázaro, que es el más vecino?

—Pero si yo no le pido un cura de verdad.

—Pues entonces, no te entiendo.

—Ayer ví en la vidriera de la casa Prá un cura así,—y con ambas manitos señalaba el tamaño de la figura que se le había quedado gravada en la imaginación.

—Ah! ya es más sencillo. Tu me pides un cura de cera ó de palo.

—Si, papacito, vestido con sotana y con sombrero grande, grande....

—¿Y para qué necesitas un cura?

Lía se puso como grana.

—Es un secreto, papacito. Vamos, dámelo sin preguntarme más.

El padre se sonrió con la complaciente satisfac-

ción del sér feliz, y besó á su hijita. Luego acercando su boca al oído de la niña le dijo:

—Esta tarde de vuelta de la oficina, te traeré al curita.

—Gracias, papacito mío, exclamó Lía, saltando de gusto.

En efecto, poco antes de comer se apareció don Antonio con un paquete en la mano.

—¿Qué traes ahí? le preguntó su muger.

—Chit! contestó, poniéndose un dedo sobre los labios

¿Dónde está Lía?

—Hombre de Dios, vaya que te están haciendo mella los años! Los niños van á concluir por trastornarte el juicio.

El niño-grande, porque un padre condescendiente no es otra cosa, se echó á buscar á la autora del encargo con la seriedad del confidente de un secreto de Estado.

Sentada Lía sobre la alfombra de su dormitorio exhibía ante los ojos alegres y risueños de Raquelita, el sinnúmero de dijes y chucherías distribuidos en orden por el suelo.

El amuebladito estaba casi lleno de muñecas, no muy flexiblemente sentadas. Un lindo mono vestido con traje de pintados colores, ocupaba el sillón de preferencia.

—Vamos, quieta, que las señoritas y el caballero van á conversar,—decía Lía á Raquel, conteniendo á duras penas sus invasiones.

—¿Cómo está Vd. señor? exclamaba afilando su vocecita y moviendo una de las muñecas para significar quien era la interlocutora.

—Muy bien señoaita, contestaba el arrogante mono del sillón.

—¿Y Vd. cómo se llama? preguntaba otra.

—Me llamo Alberto.

—Es mi primo, decía la que representaba á Lía.

—¡Qué lindo es tu primo! ¿Lo quieres mucho?

—¡Qué pregunta! si me voy á casar con él.

—¿Me convidarás á la fiesta?

—¿Y á mí?

—¡*A mi tamén*? repetía Raquelita, haciendo coro á las supuestas interrogaciones.

—A todos,– contestaba la muñeca.

—¿Y cuándo te casas?

—Cuando Alberto quiera.

—Pues nos casaremos,—concluía con arrogancia el mono,—cuando venga el cura.

Don Antonio que escuchaba hacía rato aquella donosa charla, golpeó ligeramente el bastidor de la puerta, ocultando fuera el cuerpo.

Lía y Raquelita volvieron sus cabecitas. El llamado se repitió.

—¿Quién es?—preguntó Lía.

Entonces ¡oh prodigio! sobre el umbral de la puerta apareció una figurita negra, con largas vestiduras y sombrero de anchas alas, á la vez que una voz no muy en armonía con el cuerpecito del sagrado personaje, contestaba.

—Soy el cura, que viene á bendecir el matrimonio de la señorita Lía con el caballerito Alberto.

Aquella aparición produjo un efecto indecible. Raquelita rompió á llorar, ocultando la cara entre los brazos de Lía, mientras ésta, vuelta en sí del primer momento de estupor, corrió al encuentro del dichoso cura.

No decimos de su padre, porque solo tenía ojos para ver y admirar la figurita.

—*Teno meo,*—gritaba la chiquitina.

—Vamos, no seas tonta. Mira qué bonito es el señor cura!

Quitóse las manos de la carita.

A través de sus lágrimas apareció su mirada tímida y curiosa.

Repuestas de su sorpresa volvieron á su interrumpido entretenimiento. La presencia de don Antonio no fué notada, pues el padrazo dejó correr la farsa, permaneciendo siempre oculto.

—Aquí está el señor Cura.

—Entonces nos casamos ahora mismo,—arguyó el mono.

—Sí, sí, que se casen,—dijeron las muñecas.

—*Que che cachen,* repitió Raquelita.

Afirmó Lía al pretendido Alberto en el sillón, poniéndolo de pié, colocó su homónima apuntalada con otra silla y sosteniendo al curita frente á la pareja, esclamó:

—Silencio! que voy á casar á los primos.

—¿Quiere Vd., casarse con su prima Lía?

--Si quiero.

—¿Quiere Vd. casarse con su primo Alberto?

—Sí, señor Cura.

—Pues entonces yo los caso.

A cada interlocutor lo hacía hablar con distinta voz. Al llegar á este punto, exclamó don Antonio desde su sitio.

—Ah! picarona, que bien lo has hecho; ¡no convidar á sus padres al matrimonio!

Corrió Lía á su encuentro y lo envolvió en una lluvia de besos.

La escena del matrimonio referida por don Antonio en el comedor, hizo ruborizarse al muchacho y reir á sus primos.

Desde entonces las bromas sobre el futuro casamiento no escasearon. Lía miraba á su primo con semblante candoroso y éste sentía arder sus mejillas.

Pasaron los años. Ella tuvo diez, él quince. De regreso de Valparaíso, á donde fuera Alberto con su tío á recibir los restos de su padre, se notó algún cambio en sus relaciones.

Lía esquivaba hablar de sus juegos de niña. Y si Enrique aludía á ellos, la impresión visible era distinta: Alberto clavaba sus miradas en su prima, ella bajaba los ojos avergonzada.

Este segundo período de un idilio que existiera hasta entonces en estado de inconsciencia, fué más interesante aunque menos expansivo.

Todo concurría á unir á esos dos seres: el contac-

to de una vida íntima; la pureza de sus almas; los estímulos de los sencillos padres que bromeaban con sus infantiles recuerdos; la orfandad de Alberto que lo llevara á ese hogar de salvación cuando no abría aún sus ojos á la luz de la experiencia; la reclusión en que viviera Lía; el contraste mismo de sus caracteres.

El secreto afán que vivía en sus corazones, no asomaba aún á sus labios, demasiado cándidos para expresar lo que sentían.

Ningúna contrariedad, avivando la llama de aquel purísimo sentimiento, los incitaba á descubrirlo. Amábanse en silencio; por impresiones, por ensueños indescifrables. Ninguno de ellos habría acertado á explicar lo que experimentaba.

La presencia del muchacho causaba en Lía una especie de embarazo y sobresalto que la mantenían en suspenso durante un momento. Luego, al oir su risa fresca y graciosa, se reponía y un bienestar indecible llegaba hasta su corazón.

Alberto, correspondía el afecto de su prima. con toda la expansión, con toda la espontaneidad, con toda la alegría de su naturaleza, lijera, franca y sana.

Era más propio de la edad infantil de la graciosa pareja el sentimiento de Alberto; pero la diferencia nacía de sus caracteres. Tal vez el niño se daba mejor cuenta de sus impresiones; aunque éstas fueran más intensas en Lía. Había en ella más delicadeza, más seriedad, más imaginación. Esta superiori-

dad, que habría sido tal vez una valla puesta entre ambos en otras circunstancias, estaba atenuada por la diferencia de edades. ¿Llegaría á dividirlos en el porvenir? ¡Quién sabe!

El deber, la virtud, el equilibrio de sus facultades, la constancia natural de los afectos en una persona juiciosa como Lía, la hacían incapaz de veleidades y lijerezas.

Además, Alberto poseía cualidades distinguidas: era amable, sincero, discreto. Los rasgos de frivolidad que lo hacían desmerecer un tanto ¿no se corrijen con la experiencia y con el tiempo?

Sin más alteración que la producida naturalmente por el transcurso de los años, vivió aquella pasión, adquiriendo poco á poco los contornos definidos de las impresiones conscientes, intensas y duraderas.

Cuando la pubertad llegó, el amor produjo en ellos los extremecimientos inexplicables de la transformación material. Lía, sobre todo, sufrió más rudamente en ese período crítico de la mujer. Una ajitación desconocida la dominaba: á veces lloraba sin saber por qué, otras reía como una locuela.

Ya, creía estar bajo la amenaza de una desgracia irreparable; ya, imaginaba escenas de seductoras apariencias; ora, pensaba en la lobreguez de la muerte, en lo efímero de nuestra existencia, en la inconstancia de nuestras voliciones; ora, se sentía deslumbrada por la belleza de la vida, por ideas de inmortalidad y de gloria.

Pero si el vigor excepcional de su intelijencia, daba pábulo á esas fantasías y desarreglos de su organismo, su esmerada cultura y la feliz ponderación de sus cualidades, la resguardaban y defendían. Al término de esa lucha invisible estaba delgada y empalidecida, pero conservaba pleno dominio sobre sí misma.

Al tornarse de niña en mujer, se operó también un cambio favorable para su belleza física. La larva, convertida en mariposa, despliega al aire de la vida sus matices de oro y tornasol.

Alberto, madurado también por la edad y el estudio, pudo apreciar, aunque sin darse cuenta exacta de ello, las modificaciones que experimentaba su prima. Libre de inquietudes, entregado sin esfuerzo á los estímulos de su naturaleza, veía abrirse la mañana de su vida llena de encantos y de esperanzas. Era tan feliz, creía tan firmemente haber detenido la rueda de la fortuna en el zenit de su dicha, que el primer tropiezo, la más leve amargura, encontrándolo desprovisto de experiencia y de fuerzas para sufrir, lo habría anonadado. Gozaba con el cuerpo y con el alma. Tenía el egoismo de su ventura: para él la luz, el aire, las brisas de las montañas, el húmedo ambiente de los ríos... Para él, las tiernas miradas de Lía, las inocentes memorias del pasado, las ilusiones radiosas del porvenir. ....

La primera, la única confidencia, tuvo lugar con

motivo de un suceso grato, pero que acibaró la suprema felicidad de los amantes primos.

Cursaba Alberto el último año de sus estudios legales. Era entre sus compañeros el más popular y querido. Pendiente de sus estudios, con el corazón henchido de amor y la mente preñada de ilusiones, reflejaba en su persona la atracción simpática del ente feliz. Su inalterable buen humor era el encanto de sus amigos; sus chistes oportunos, sus pequeñas orijinalidades, el tema apetecible de las horas de solaz. Despreocupado de las grandes cuestiones sociales ó políticas, no encontraba resistencias en ningún círculo ni despertaba las pasiones de los díscolos. Las tempestades que azotaban las aulas universitarias lo hallaban indiferente y frío.

Jamás tomaba parte en las discusiones sobre asuntos públicos, habiendo declarado muy formalmente que quería prescindir de opiniones políticas en sus relaciones privadas.

Consiguió con este procedimiento invariable, la amistad de todos.

Cada bando luchaba por atraerlo á sus centros de reunión, como si su alegría despejara la atmósfera no siempre tranquila de sus manifestaciones. El suavizaba la intolerancia, correjía los juicios temerarios, quitaba á la sátira su mordacidad, y trocaba en charla amena la batahola de sus ruidosas discusiones.

Era una especie de mensajero de paz, cuyo conta-

gio curaba de odios y rencores, impropios de almas juveniles. Su influencia se ejercía casi inconscientemente; la lozanía de su naturaleza esparcía aura de bienestar y de gozo, como las flores derraman al viento sus aromas.

Vióse por estas razones, como único ejemplar, el fenómeno extraño de ese muchacho cosmopolita en el ajitado centro de tantas controversias y discensiones. Los jóvenes del Círculo Católico lo arrastraban á sus fiestas, de las cuales aprovechaba el invitado en su faz social, sin aceptar compromisos de un orden distinto. Los radicales, á su turno, tendían la red y tampoco Alberto desdeñaba asistir á sus conferencias. Habríase al fin abandonado la empresa, declarándolo demasiado frívolo para detenerse en asuntos serios, si no desmintiera tal aserto su conducta de estudiante. Y luego, la bienhechora simpatía que destellaba su persona; el sentimiento amoroso que ardía en su pecho, comunicándole un tinte de soñador apacible y dulce, lo hacían siempre interesante y atrayente.

Cultivaba el comercio de todos, aunque sin intimarse con nadie, no por cálculo ó retraimiento instintivo, sinó porque su temperamento era más expansivo que profundo.

¿Contribuiría la temprana afección que alimentaba en secreto á desviarlo de las confidencias que surjen al calor de la amistad? Tal vez; pero lo cierto era que ninguno de sus camaradas podía vanagloriarse de ser el primero en su estimación, ni rece-

lar con fundamento ser el último. Ninguno estaba tampoco más instruido sobre sus pequeños misterios de joven. ¿Sabía algunos de ellos siquiera, que existían?

Los más entusiastas, venciendo su resistencia, lo habían presentado en sus hogares; y bien pudo el invitado mostrarse ufano de la acojida que se le dispensara. Pero, lejos de sentirse halagado ó seducido, cumplía sus deberes sociales con premura para tornar pronto á su modesto centro.

Insinuamos, antes de esbozar los rasgos principales del joven, que su declaración amorosa marcó la época de la primera congoja que Lía y él, experimentaran.

El suceso había ocurrido en el mes de septiembre de 1890.

Notóse de pronto, en medio del regocijo que la conmemoración de la independencia nacional produce en todos los corazones chilenos, que Alberto, el más bullicioso y alegre de la familia, se mostraba doliente y cariacontecido. Supúsose que estuviera enfermo, pero hubo que abandonarse tal idea, pues él declaró que su salud era inmejorable y que no aceptaba, por innecesario, el llamado de un médico.

Sin embargo, las huellas del mal se hacían más y más notorias.

Cada mañana su rostro parecía más demacrado y más pálido; sus ojos más hundidos y febriles; sus labios más secos y descoloridos.

Interrogólo don Antonio, pero él contestó finjiendo una sonrisa, dolorida como el llanto mismo:

—Si me encuentro bien, tío.

—Pero no lo estás. ¡Vaya un empecinamiento el tuyo!

Lía, lo miraba ansiosa, suplicándole con los ojos que no se encerrara en tan desesperante terquedad. El, desviaba los suyos de su aflijida prima.

Llamó don Antonio á Mario á solas y le indicó que provocara la confianza de Alberto y que si nada conseguían ni él ni Enrique, lo espiaran y averiguaran la causa de la extraña dolencia.

La cuestión era salvarlo.

Nada! Alberto afirmaba con voz trémula que se hallaba bien. Se sentaba á la mesa y hacía esfuerzos inauditos para comer, pero su garganta rechazaba los alimentos. El sueño huía de sus párpados, como huye la calma de la conciencia del delincuente.

Un día, pasados ya no menos de cinco ó seis desde la aparición del repentino mal, en hora que don Antonio, Mario y Enrique se hallaban fuera y doña Juana se entretenía con Raquelita en el jardín, acercóse Lía á la habitación del enfermo. Iba de puntillas para no hacer ruído; el corazón parecía arrancársele del pecho con la emoción y la pena.

Púsose á escuchar junto á la puerta y oyó suspiros y sollozos. Creyó desmayarse; pero venciendo su naturaleza y el dolor de su alma, siguió esforzando

su atención. Entonces percibió algunas frases entrecortadas, pronunciadas con balbucientes labios, entre estallidos y contorsiones de desesperación.

—Ah! Dios mio ¿qué será de mí? Madre, padre, salven á su hijo!

Pasado un instante las frases dejaban lugar á los sonidos inarticulados, á las atropelladas elucubraciones de aquel cerebro destrozado por atroz martirio.

—¡Nó, nunca, antes morir! No, no! Que lo ignore Lía, que nunca lo sepa! Ah! maldito! mil veces maldito!

La pobre niña se sintió morir; sus piernas dejaron de sostenerla, sus ojos dejaron de ver, buscaron instintivamente sus manos un punto de apoyo y no lo hallaron.... El cuerpo de Lía se dobló y cayó por tierra.

Cuando Alberto fué á trasponer el umbral de la puerta, extremecido por el ruído de la caída, temeroso de haber sido traicionado en el horrible secreto, vió á sus piés á la seductora doncella. Quiso levantarla, pero no tuvo fuerzas suficientes; entonces, llamó.

Aquel accidente, fué el término puesto á las fuerzas físicas y morales de Alberto; su resistencia se agotó. Inerte, con la razón extraviada por la fiebre, permaneció en cama durante muchos días. Cuando tornó en sí se hallaba á la cabecera un hombre vestido de negro, pálido, serio, de semblante triste.

Sin darse aún cuenta de su estado, miró largo rato en rededor, volviendo sus ojos azorados á clavarse en su melancólico y severo acompañante.

—¿Cómo se siente, hijo mío? díjole éste con insinuante voz.

Alberto lo miró con extrañeza.

—¿Quién es Vd.? contestó al cabo de un momento de meditación.

—Soy un amigo, un hermano, un padre, lo que Vd. quiera.

—¿Es Vd. sacerdote?—replicó el enfermo, fijándose en el rostro y en el traje de su interlocutor.

—Sí, mi joven amigo; soy el padre Luis.

—¿Luego he estado muy enfermo?

—Algo; no mucho. Vd. ha sufrido y ya no sufre; he ahí todo.

Guardó nuevamente silencio el joven, cerró los ojos, llamó en su auxilio la memoria y su rostro se cubrió de rubor.

—¿He tenido fiebre? preguntó.

—Un poco.

—¿He hablado?

El sacerdote vaciló.

—Respóndame, por favor!

—Sí

Aquel monosílabo hizo un efecto eléctrico. Quiso incorporarse, fué á hablar; pero el padre Luis lo contuvo.

—Para el confesor no hay reservas. Todo lo sé; pero aquí morirá, dijo,—señalándose el pecho. Y

ahora, para calmar su espíritu, sepa que su situación está ya arreglada.

—Ah! señor, gracias, exclamó el joven, tomándole una mano y llevándola á sus labios.

Después de una nueva pausa, articuló con trabajo esta pregunta:

—¿Y nadie más sabe mi. . . ?

—Dios, y su indigno Ministro, nadie más.

Después de aquel diálogo siguió un prolongado silencio.

El joven se recojía en sí mismo y se entregaba á sus pensamientos bajo la guarda bendita del santo varón. Este lo miraba de cuando en cuando á hurtadillas y se mostraba satisfecho de su obra.

Sería inoficioso continuar la reseña de la curación del joven. Nuestros lectores comprenderán la facilidad y rapidez de su mejoría, cuando penetren el enigma de su enfermedad.

Además ¿la emoción extraordinaria de Lía no fué para él una revelación encantadora?

Verse correspondido en su afecto, conocerse amado con toda la ternura, con todo el altruísmo, con toda la ilusión, de aquella alma intelijente y pura ¿no era bálsamo eficaz á curar todos los pesares y dolencias de la tierra?

Las brisas del jardín, que penetraban por las abiertas ventanas, los rayos del sol que iluminaban su pieza ¿no le llevaban los suspiros y miradas de Lía, que, intimidada con la presencia del sacerdote

seguía con el corazón los progresos de su restablecimiento?

Levantóse al cabo el convaleciente, y las sonrisas de sus tíos, las cariñosas salutaciones de sus primos, la vista del paisaje exterior, se llevaron los últimos resabios del incógnito mal.

El sacerdote, traído en la hora del peligro por la piadosa tía, abandonó también el campo. Otros desgraciados reclamaban su atención. Alberto se sintió más desahogado, más libre, lejos de él. Su presencia lo humillaba. En vano se recriminaba de desagradecido, en vano trataba de vencerse; el hombre del Señor le inspiraba respeto y gratitud, antes que confianza y amor.

Al fin, de aquella tempestad solo quedó un punto negro, que en ocasiones pasaba como lampo de inquietud y de tristeza por la tersa frente de Alberto.

El padre Luis lo visitaba de tarde en tarde, luego, á lo menos así lo creyó la familia, dejó de verlo.

Todo tendía á normalizarse. Un día, se notó algo intrigado al joven. El recuerdo de la recién pasada dolencia cruzó como una amenaza pavorosa por la imajinación de Lía.

Sin embargo, la perturbación que sufría revestía formas distintas. No se mostraba hosco y desesperado, no temía el contacto de la familia, no se encerraba en su cuarto entregado á siniestras meditaciones. Estaba triste, pero su tristeza era apacible. Clavaba á ratos sus cansados ojos en su linda prima y solo los tornaba á otro sitio cuan-

do se llenaban de lágrimas. Su boca risueña y juguetona abríase no más que para dar salida á contenidos suspiros.

Notábase en todos sus actos cierta indecisión dolorosa, una especie de duda íntima, que lo asemejaba, por lo vacilante y silencioso, á una sombra que se desliza.

La declinación de su ánimo y de su físico, fué al cabo notado por los demás miembros de la familia. Disimulóse, no obstante, en su presencia, temerosos de agravar el daño con imprudentes observaciones. Una frase de don Antonio dicha á su mujer, y cojida al vuelo por el oído finísimo de Lía, retrata gráficamente la situación del joven.

—Parece que Alberto vuelve á las andadas. Mira, un espectro no se movería de un modo más tenue. Pobre muchacho!

Cuadraba tan bien aquella idea con la impresión que causaba la vista de Alberto, que repercutió hondamente en el corazon de la doncella.

El pensamiento de su muerte hirió su pecho. La imajen de su amigo, pálido, deshecho, moribundo, se representó á su imajinación.

—Valor,—se dijo, —todo, antes que perderlo!

Temblorosa pero resuelta, resolvió aclarar las sombras que cubrían el malhadado secreto. Sentóse después de comer junto á uno de los balcones de la sala, como para mirar desde allí los pintorescos cuadros del jardín y aspirar sus olorosas exhalaciones. Alberto entró poco después y formó

círculo con el resto de la familia. Así, todas las noches departían amigablemente, ora solos, ora acompañados.

La tertulia era amena y sencilla. Contaba cada cual las notas salientes recojidas durante el día; y como las ocupaciones eran diversas, la conversación resultaba variada y agradable.

Don Antonio, aportaba los comentarios que escuchara en su oficina, más y más interesantes á medida que la situación política se iba complicando. Enrique, salpicaba sus relatos con dichos agudos y sonoras carcajadas; Mario, refería las novedades recojidas en los tribunales; Alberto, las turbulencias del gremio universitario.

Si entre los visitantes había jóvenes de ambos sexos, se tocaba el piano, se cantaba, se bailaba y á veces se ensayaban *juegos de salón*. En ocasiones se leían trozos literarios en prosa ó verso, y acerca de cuyos autores algunos de los primos, jeneralmente Lía, Mario y Alberto, sostenían animadas discusiones. Raquelita no desempeñaba siempre un rol pasivo. Ya, interrumpía alguna explicación para que la pusieran á su alcance; ya, desviaba el tema á un terreno menos árido y complejo. Sus hermanos y su primo preferían esas reuniones para obsequiar á la niña algún aparato que, bajo el disfraz de un juguete, encerrara una lección experimental y provechosa. En el seno de pocos hogares se comprendía mejor la misión civilizadora que todos tenemos que desempeñar.

La noche á que venimos aludiendo, explicaba don Antonio las maravillas de cultivo que había visto esa mañana en la Quinta Normal, y mostraba varios paquetes de semillas que había comprado para el jardín. Todos le oían con gusto, en especial doña Juana, cuya afición por las flores rayaba en delirio. Solo Lía, echada de brazos en la barandilla de uno de los balcones, espiaba un momento propicio para la realización del plan que se había propuesto. Este, no tardó en presentarse. Tomó Alberto de manos de su tío uno de los envoltorios con semilla y se encaminó al centro de la pieza, como para examinarlo bajo la luz inmediata de la lámpara. Lía se volvió con naturalidad y le preguntó:

—¿Qué estás observando?

—Semillas de tulipanes, de una curiosa variedad que mi tío compró en la Quinta.

Acercóse la joven y miró á su turno.

—Prefiero verlas en flor,—dijo.

—Ya lo creo; pero no lograrías ese placer sin que las semillas jerminasen.

—Bien, bien; me vas á demostrar que para ello hay necesidad de plantarlas y cuidarlas. Es claro que las cosas deben principiar por el principio. ¡Cuántas amarguras evitaríamos si tuviéramos siempre presente esa verdad!

—Hola! parece que te tienta el demonio de la filosofía.

—Si son impresiones que brotan espontáneamente en la soledad y á la vista de la naturaleza.

– Pues aquí no veo ni una ni otra cosa.

—¿Y qué quieres ver?

—La soledad y la naturaleza, puesto que son ellas quienes te inspiran tan juiciosas reflexiones.

—Es que tú las buscas dentro de la sala y cerca de la familia, cuando yo las gozaba desde el balcón.

—Es cierto. Olvidaba que solo tú no nos hacías compañía.

Esta frase hirió el corazón de Lía. Ingrato! ¿cómo podría ella decir lo mismo?

—De modo,—agregó de pronto Alberto,—que para adquirir juicio y reposo, es conveniente aislarse de cuando en cuando. Probaremos el específico, siquiera por lo peregrino, y en honor al facultativo—añadió, llevando á Lía de la mano al balcón.

Puestos de codos, empezaron á mirar en silencio el fondo casi invisible del hermoso patio. Sus ojos, habituados á la luz del interior, se hallaron deslumbrados en los primeros segundos. Poco á poco fueron apareciendo los objetos, confusos, de contornos indefinidos, de apariencias ilusorias.

La imaginación, empeñada en forjar quimeras, hacía ver fantasmas en los jarrones; figuras siniestras ó seductoras en las siluetas informes de rejas y plantíos. La memoria de aquellos sitios, harto conocidos para nuestros jóvenes, correjía esas fantasías y coordinaba con el recuerdo el paisaje

como era en realidad. Pero si no podían ver, escuchaban. El agua de la pila, cayendo en rumorosos cristales, semeja risa cadenciosa, que así halaga como estristece; el lijero soplo del viento, moviendo las hojas de los arbustos, forma diapasón casi imperceptible á los oídos... ..

Alberto, seguía el curso de sus pensamientos, sin apercibirse de su prima, dominado involuntariamente por la calma de la noche y el lenguaje infinito de la naturaleza.

Lía, aguardaba su despertar, pendiente de las emociones para ella indescifrables que minaban el alma de su amado.

Al fin, el joven sacudió su cabeza, como abrumada por el peso de dolorosas reflexiones, y dirigiéndose á Lía exclamó:

—Ah! si para incrementar el juicio ó disfrutar de la paz de la naturaleza, hay que concentrarse, y meditar, y estar sólo, es preferible perder el poco que uno tiene y aturdirse en el ruido y el movimiento.

Respiraban tanto dolor sus palabras, era tan melancólico el acento con que las pronunció, que Lía no pudo responder, poseída de un hielo que llegó hasta su corazón.

—Es curioso,—agregó Alberto, al cabo de un rato —el efecto diverso que producen en nuestro organismo las mismas impresiones; si hubiera bebido, me explicaría el fenómeno, diciendo como Becquer:

«Es que tengo, alegre la tristeza y triste el vino»

Volvió á callar,

La pobre joven se hallaba materialmente embargada por el dolor.

Las palabras se habrían trocado en sollozos al atravesar por su garganta. Gruesas lágrimas surcaban sus mejillas; su respiración apenas se oía, retenida por el temor de estallar en lamentos.

—Perdóname, prima, que te deje; temo parecerte ridículo si me abandono á extremos de romanticismo que no cuadran con mi sexo ni con mi carácter.

Asombrado el joven del persistente silencio de Lía, asustado, temeroso de haberla ofendido con sus palabras, se acercó más á ella y le tomó una mano.

—¿Qué tienes, Lía? le preguntó.

Buscó entonces su cara, vuelta á la oscuridad del jardín y la vió bañada por el llanto.

—Miserable de mí! exclamó con ronca voz. Tu sufres y yo soy causa de tus pesares. Perdóname, Lía! Si tu supieras!... Mañana abandonaré para siempre este hogar bendito; no tengo derecho de turbar su tranquilidad. Pero antes, óyeme. Estoy loco, llevo el contagio de la desgracia en mi camino. Y, sin embargo, yo te amo, como se ama la luz, el aire, la vida, la esperanza, la gloria!.

Alberto estaba magnífico en ese rapto de pasión y desesperación.

—Entonces—murmuró Lía—¿por qué me dejas? Si

eres infeliz ¿qué mayor satisfacción para mí que consolarte?

—¿Luego, tú me amas?

—¿Acaso lo ignorabas?

Desde ese punto Alberto volvió en sí. Una reacción de energía y actividad se apoderó de su alma. No extirpó del todo la sombra del pesar que lo devoraba, pero desplegó toda la firmeza y virilidad de que era capaz para luchar. El amor le dió confianza y fortaleza.

Una tarde llegó algo preocupado. Buscó á Lía y anticipándose á la interrogación que leía en sus ojos, le dijo:

—Tengo una buena noticia que darte. Sabes que he tomado la resolución de ser hombre y bastarme. Desde la noche en que supe tu cariño, pensé en obtener un empleo. El que me han conseguido supera mis esperanzas. Hoy he sido nombrado jefe de sección del Ministerio de.... Pero aún hay más. Cuando fuí á dar las gracias al Presidente, éste me recibió con amabilidad y me indicó que tenía el propósito de ayudarme.

—No se estagnará en este empleo,—me dijo. El trabajo debe estar al alcance de todos, conforme á las dotes de inteligencia y los conocimientos de cada cual. Usted, llega precedido de recomendaciones que lo honran: es joven, emprendedor y leal; no olvide que en mí tiene un amigo.

En seguida, para significarme la confianza que le

inspiraba, me dió varias cartas de importancia para que las contestara según sus indicaciones.

—Dios proteje á los buenos,—exclamó Lía,—por eso se ha acordado de tí.

—Dí más bien: de nosotros.

—Pero algo tienes aún que comunicarme. Y te anticiparé que ese algo no es agradable.

—Has adivinado. Prosigo: mi situación ha cambiado desde hoy, diré más bien nuestras relaciones han variado desde el día en que aceptaste mi fé y mi amor. No es leal, no sería honrado de mi parte, continuar reservando á tus padres, que también lo han sido para mí, los sentimientos que nos ligan, las ilusiones que acariciamos.

Las mejillas de Lía se tiñieron con el nacarado rubor de la inocencia.

—Oye mis proyectos. Ahora mismo veré á mis tios y los impondré de nuestro amor. Si ellos no me rechazan, les pediré tu mano, para asegurar así la felicidad de mi porvenir. Después, solicitaré su venia para cambiar transitoriamente de morada.

—Dios mío! piensas abandonarme!

—Vendré todos los días, comeré aquí, aquí pasaré las veladas, hasta el momento de nuestra eterna unión. Pero, entretanto, para tener el derecho de presentarte ante el mundo como mi prometida, debo sacrificar esta dulcísima intimidad. Yo debo velar por tu decoro y por el mío.

Lía estaba aflijida.

—Vamos, mi amor ¿no es preferible acortar el

término de nuestro enlace? Solo así puede conseguirse.

—Sí, te comprendo, Alberto; pero es tan natural que lamente nuestra separación!

La resolución de Alberto fué aprobada por sus tíos; Mario y Enrique lo estrecharon en sus brazos como al hermano futuro. ¿Quién podría imaginar que aquella pasión, santificada por las memorias de la infancia, no iba á ser lazo de imperecedera dicha para los jóvenes amantes?

Desde entonces, hasta la época inicial de este romance, las cosas habían seguido su curso rutinario. Alberto, comía diariamente en casa de sus tíos, retirándose cerca de la media noche. Reconocido como prometido de Lía, vinculado estrechamente por el parentezco y por la vida común, disfrutaba de esa ibertad tan apetecida por los amantes.

Se vislumbraban de tarde en tarde reapariciones fujitivas de la misteriosa enfermedad, pero la solicitud vijilante de Lía impedía que tomara cuerpo y desarrollo. Por lo demás, Alberto esquivó tenazmente toda confidencia sobre el particular, y como las interrogaciones de su amada lo entristecieran, ésta se cuidó de no reiterarlas. La única variación estable que, como resultado de la inexplicable dolencia, quedó en pié, fué cierto matiz de seriedad, esparcido por toda su persona, que antes lo favorecía que lo desmejoraba.

Habríase concluído por atribuir el cambio á la transformación que la edad opera en los jóvenes, y

se habría quizás olvidado el peligro desconocido. El ojo avizor de Lía fué, sin embargo, el primero en notar los síntomas de una nueva crisis.

Pero como Alberto no permanecía más que á ciertas horas con ella, no podía apreciar la intensidad y duración del mal. Por la misma causa tenía el joven espacio bastante para borrar las huellas de sus pesares ó relegarlos á las horas de aislamiento y meditación. El descubrimiento de Lía coincidió con las alarmas renacientes en el espíritu de doña Juana y con las preocupaciones que turbaban la serenidad habitual de don Antonio. Tenían también lugar coetáneamente las singulares peripecias en que hemos visto actuar á los hermanos Mario y Enrique y la nocturna expedición del atrevido Juan.

No es de extrañar con estos antecedentes que la tristeza del mancebo pasara desapercibida para los demás miembros de la familia. Cada cual se hallaba entregado á sus propias cavilaciones.

CAPÍTULO VIII

El secreto

Si hemos acertado á diseñar con exactitud las cualidades que distinguían á Alberto, se comprenderá la influencia que los hechos que vamos á narrar produjeron en él y las transformaciones sucesivas de que fué víctima.

Remontaba el orijen de su desventura al mes de Septiembre del año anterior. Como ya lo dijimos, estudiaba en esa época *práctica forense,* correspondiente al último curso de los conocimientos legales. Los alumnos más aventajados solían obtener la defensa de algunas causas, ya por recomendaciones del profesor, ya por insinuaciones de algunos de los jueces en cuyo despacho practicaban. Alberto fué del número de los agraciados. Entre otros, se le confió el patrocinio de un juicio ejecutivo. El cliente le otorgó al mismo tiempo poder amplio para percibir el dinero que se obtuviera. Un lisonjero resultado coronó sus esfuerzos, y el sábado 9 de Septiembre de 1890, fecha que no habría de borrarse jamás de su

memoria, recibió la cantidad de tres mil novecientos pesos *por capital, intereses y costas*, como en lenguaje jurídico se dice. Lleno de júbilo corrió á casa de su representado, pero éste se hallaba ausente en La Serena, de donde no volvería hasta mediados de Octubre. Encaminóse entonces á uno de los bancos á depositar aquella suma; pero, por razón de ser festivo el día siguiente, habíanse clausurado más temprano que de costumbre.

—Está bien, se dijo, lo depositaré el lunes.

El regocijo de la honrada familia fué sincero cuando supo el acertado estreno del letrado en ciernes, augurio feliz de futuros y brillantes triunfos.

Al siguiente día apenas tuvo lugar para cumplir los innumerables compromisos en que sus amigos lo tenían empeñado. De todos ellos había uno, sin embargo, que anhelaba satisfacer, con todo el entusiasmo de su temperamento vivo y nervioso. Luis Délano, su compañero en las aulas, y uno de los que más lo distinguía y agazajaba, muchacho rico y consentido, lo había arrastrado insensiblemente á sus aficiones de *sportman*.

Poseía un padrillo fina sangre, importado, hijo de uno de los campeones que más se habían hecho notar en el último *Derby* y á quien su dueño destinaba como competidor del célebre *Jenovés*. Era el domingo de nuestra referencia el señalado para el famoso cotejo.

Si alguna debilidad incurable aquejaba á Alberto, si algún espectáculo lo dominaba hasta el delirio, era

el de las carreras. Durante la temporada de Santiago, que solo duraba dos meses, no dejaba jamás de concurrir, y era de verlo y de oirlo al referir las peripecias de la lucha: ¡cómo con sus aspavientos daba animación y vida á los relatos! ¡cómo celebraba la habilidad de los jinetes ó la rapidez vertijinosa de los nobles brutos!

Había conseguido interesar á toda la familia en su pasión favorita, de modo que cuando desplegaba los labios para referir sus impresiones, todos lo escuchaban con avidez y curiosidad. El día 20 de Septiembre, y una que otra vez antes ó después de este día, que es el de la carrera de honor, la *Copa*, como decir el *Derby* chileno, asistían también don Antonio y los suyos. Tal concurrencia era de rigor en la culta sociedad santiaguina. Habíase sustituído con esta importación europea, las antiguas y sencillas escursiones campestres con que nuestros padres celebraban los días de la patria.

Digamos en honor de la verdad, que el entusiasmo de Alberto por las carreras, no había conseguido hasta entonces arrastrarlo al rango de los jugadores, que desdeñan la lid en sí misma por entregarse á las combinaciones de la suerte. Su afición estaba exenta de tacha.

Recordamos haber leído en una novela de Selgas, «La Manzana de Oro», un episodio que figura gráficamente las impresiones que dominaban á nuestro joven. Una banda de árabes, cae, lijera como el viento, en medio de las tinieblas de la

noche, sobre el campamento de una tribu enemiga. El caballo favorito, se encuentra rodeado de guardias, bajo la custodia recelosa y vijilante de su dueño. Uno de los asaltantes, adelantándose á sus compañeros, con los piés desnudos, suspendida la respiración, consigue apoderarse de la codiciada presa. Leve ruido despierta á los que duermen; pero antes de llegar hasta el ladrón, éste monta el animal y atropella, veloz como relámpago, á los que pretenden detenerlo. Los asaltantes huyen á través del desierto. La persecución empieza....

Ya la luz del alba asoma en el horizonte y solo se ven en la arenosa llanura dos hombres: el ladrón y el dueño del caballo; los demás han caído vencidos por el cansancio y la fatiga. Aquel desafío va á terminar pronto. El caballo del perseguido minora su carrera, el del perseguidor mantiene con aliento indomable la suya. Ya tiende el árabe su mano para recobrarlo, cuando un pensamiento extraño cruza por su mente.

—¡Vencido!—dice,—el hijo del rayo, el rey del desierto, jamás; antes perderlo!

Y esforzando el acento grita á su adversario.

—¡Muérdele una oreja!

El fugitivo, en posesión del precioso secreto, se echa sobre el cuello del animal y ejecuta la acción indicada. Un salto formidable alarga el espacio que media entre ambos; la carrera del fugitivo se redobla mientras que su rival decae visiblemente.

Al fin, el caballo del perseguidor rueda por tierra

y el invencible campeón se pierde en los confines del horizonte......

El árabe, cruzado de brazos, mira alejarse para siempre la prenda más cara de su corazón. Sus ojos se llenan de lágrimas, que sacude con rudeza. ¡Siente aún el orgullo de un triunfo que le cuesta tanto como su propia vida! Luego se serena con la resignación del musulmán.

—¡Estaba escrito! dice.

Si Alberto se hubiera encontrado en la situación del árabe del cuento, de seguro que habría procedido lo mismo.

Llegó al cabo la hora en que se halló libre. Se dirijió rápidamente á buscar á Delano que lo aguardaba con impaciencia, y juntos emprendieron la marcha en dirección al *Club Hípico.* La dilatada cancha está solitaria aún. Solo los dueños de los caballos que deben correr ese día, y uno que otro socio se divisan, diseminados de trecho en trecho, conversando con los jinetes, que sujetan de las bridas ó cabalgan con lentitud los encapotados animales.

Detiénese el carruaje antes de llegar al edificio llamado de las Tribunas. Descienden los jóvenes y se aproximan á uno de los grupos.

—¿Cómo estás Miguel? pregunta Luis al jinete con amistosa sonrisa.

—Bien, señor.

—¿Y Porvenir?

—Ya Vd., lo ve: contento y ligero. Acabo de darle un trote por toda la cancha.

—¿Y qué te anuncia el corazón?

—Me parece que la ganamos, señor.

—Agrega cien pesos más á la cuenta de lo ofrecido, si triunfas. Es para mí cuestión de plata y de honra.

—Descuide Vd. señor. Voy á darle la última vuelta antes de llevarlo á la caballeriza.

Vuelve bridas, y dando saltos y gambetas sale Porvenir. Era en realidad un caballo magnífico. Alto, fino, nervioso. Sus músculos parecían de acero por lo flexibles y firmes. Su pelo, más cuidado que la cabellera de muchos hombres tenía visos de oro mirado á los rayos del sol; era de los que se clasifican con el nombre de alazán oscuro.

A las tres de la tarde, hora reglamentaria de la primera carrera, las tribunas están llenas.

Las alineadas filas de bancos que en orden ascendente ocupan el cuerpo principal del edificio, presentan el más animado y deslumbrador aspecto.

Los bustos de centenares de muchachas se destacan, matizados con el traje de etiqueta de sus acompañantes. Sus cabezas movibles y graciosas, coronadas de flores artificiales de brillantes colores. parecen cuajados jardines mecidos por el viento. Sus trajes ajustados dejan al descubierto sus talles esculturales y delicados. Telas riquísimas y joyas artísticas y valiosas, completan aquel cuadro vistoso y deslumbrador.

El andén rejado, que limita el radio de la construcción, está poblado de apostadores. Cada cual, con el programa del espectáculo en una mano y el lápiz en la otra, se mueve en medio de las oleadas del jentío. Todos están alegres aún con la esperanza de la próxima ganancia. Por las escalas de piedra que dan acceso al sótano que sirve de restaurant, suben y bajan en no interrumpida proccsión los bebedores de cerveza y comedores de sanwich, debilitados por la espera ó acosados por el calor. En el segundo piso, echados de brazos sobre la baranda del vestíbulo, dejan vagar sus miradas por la verde pradera ó caer indiferentes sobre el terrado de los apostadores, los principales accionistas de la hípica institución.

A pocos metros de distancia se levanta un segundo edificio, de tanta capacidad como el primero, aunque menos elegante y confortable. Allí concurre el soberano pueblo.

Para el que busca las satisfacciones del juego y las distracciones sociales, las tribunas y el andén, que ya hemos descripto á la ligera, bastan y sobran. Pero el verdadero sportman no se satisface con las exterioridades de la lucha. Quiere verlo todo, examinar por sí mismo detras de bastidores las probabilidades que tiene cada campeón. Allí, no pueden concurrir más que los socios y los dueños de caballos. Llámase ese sitio el *patio del peso*.

En ese lugar, despójase el caballo de sus modestas capas y se le cubre con livianos y elegantes ata-

víos. Los ginetes cambian también sus burdos trajes por otros de seda de vivos colores. Chaquetilla amplia y ligera, que el aire removido con la vertijinosa carrera infla en la espalda y en las mangas; pantalón blanco de ante, ajustado á la pierna; botas de media caña con vueltas amarillas; gorra de seda de pintados cascos.

Vestidos caballero y caballo, se establece el peso que según acuerdo debe llevar cada rival, para lo cual hay que pesar al jinete y los arreos de su cabalgadura. Una vez equipados, desembocan por el portón que separa las tribunas de primera de las de segunda, los que han de tomar parte en la carrera.

Solo entonces aparecen á la vista del público. Pero antes ¡cuántos rumores han circulado, haciendo oscilar las apuestas y subir ó bajar las probabilidades que se fundan en los competidores!

—Coralia está enferma, dice uno; acaba de verla Juan en el «patio del peso» y ha notado lo apagado de su mirada y la delgadez de sus ijares.

—No lo creas; lo que hay de positivo es que Moltke cojea. No lo divulgues, pero aprovecha.

En otro pelotón de jugadores se hacen apuestas.

—Doy cancha con Swell, en la primera. Mil pesos!

—Acepto, con la condición de que corra Miraflores.

—¡Qué gracia! Con la seguridad de que corran todos, yo también tomo Cancha.

—Oye, Julio; ¿quieres entrar en una suerte de diez pesos por cabeza, solo falta uno.

—Convenido.

Échanse en un sombrero cinco cédulas con los nombres de los cinco competidores del primer torneo, se revuelven y cada apostador saca una.

—Miraflores, exclama éste.

—Molke, dice aquel.

—Coralia.

—Swell.

—*Qui dura vince,*

El acento varía según las probabilidades de éxito que se cifran en cada uno de los competidores.

—¿Quién guarda la *polla*?

—Tenla tú, Manuel.

Y el aludido recoje los cuarenta pesos que depositan los otros.

La animación no es menor en la galería ocupada por las familias. Señoritas y caballeros traban apuestas menos venales y prosaicas, pero no menos interesantes. Los enamorados aprovechan la ocasión para lanzar indirectas á las señoras de sus pensamientos.

—Elija Vd., Manuelita,—dice un galán á una linda morena de ojos pardos.

—Tomo dos, contesta la niña, contra los otros tres.

Por supuesto que la apostadora ha recojido las noticias que en voz alta propalan los entendidos y aprovecha de la galantería del desafiador.

—Acepto.

-Elijo Molke y Swell. Ya ve que le dejo á Miraflores y Coralia, que son famosas. Tampoco es de desdeñar Qui dura vince.

—Y menos por mí, que cifro en el mote que le sirve de nombre, la más dulce esperanza de mi vida.

La morena, no comprende bien, pero adivina con su natural perspicacia que el mozo le ha lanzado un dardo, y dobla la frente.

-Pero aún no sé qué apostamos,—dice después, repuesta de su pudorosa afección.

—Lo que Vd. quiera.

—No, diga Vd.

Inocente táctica, mediante la cual obliga al galán á desembozarse un poco más.

—Si pierdo, pagaré un abanico; si gano....

Momento de pausa. Ella, baja de nuevo la vista y deshoja unas flores; él, la mira con tanta insistencia y tanto ardor que la Pureza, á estar presente, tendería entre ellos su cendal.

—Si gano, me marcará un pañuelo.

—No hay paridad en el valor de ambas prendas.

—Es cierto, porque una obra de sus manos no tiene precio.

—Está Vd. insoportable esta tarde,—contesta ella con una sonrisita que da á entender precisamente lo contrario.

—¿Consiente Vd?

—Consiento.

Por fin, á las tres y veinte minutos, salen á la cancha los rivales.

Viene en primer término Molke, expléndido animal, colorado oscuro, perteneciente al *stud* de Edwards. Lo monta Zavala, el más acreditado de los jinetes que corren en el Club. Viste chaquetilla morada, mangas del mismo color y gorra negra.

Aparece después Coralia, yegua baya, sin rival en años anteriores, tres veces ganadora de la copa, pero á quien la edad y el recargo de peso alejan de la victoria.

En pos sale Qui dura, linda mulata, que disputó á veces con éxito la palma á Coralia, pero á quien aquejan también años y peso como á su antigua competidora.

Viste el jinete de la primera chaqueta azul con mangas rojas y gorra blanca. El de la segunda chaquetilla listada negra y oro y mangas y gorra de los mismos colores.

Después de largo rato aparece Swell, fogoso, altivo, casi indomable. Hijo de Pisco, ha heredado la sangre turbulenta de su padre. El jockey apenas logra contenerlo. Atraviesa como un celaje frente á las tribunas, ostentando los matices lila y blanco del traje del jinete. Una rosa de cinta de los mismos colores sujeta al brazo derecho, ondea al viento como penacho de ligeras plumas.

Los empleados del club atraviesan la cancha llevando las pizarras en que están anotados los nombres de los corredores, en el orden en que han de

colocarse,—sacado á la suerte,—y los que se retiran del palenque por motivo extraordinario y justificado. En otras pizarras está el peso que á cada luchador le coreesponde; son colocadas dos frente á cada tribuna. Los espectadores leen con ansiedad. Unos se frotan las manos de satisfacción, otros manifiestan su descontento.

—¿No te lo advertí? Ya ves, Miraflores no corre.

—Ladrones!

—Si está enferma!

—Pero entonces han debido publicarlo ayer. Aquí me tienes clavado con mil quinientos pesos en favor de la Cancha contra Swell.

—En todo caso, te queda Molke.

—Si está con una pata hinchada! De seguro se queda á medio camino.

—¿Y Coralia?

—Es una valetudinaria.

—Que te ha hecho ganar buenos pesos.

—No lo niego, pero ahora...... creo que sale después de *Qui dura.*

—Tampoco es de desdeñar.

—Hombre, déjate de consuelos; si quieres te cedo la apuesta.

—Gracias.

Conversaciones parecidas á la que hemos transcripto se oyen por todas partes.

La jentil Manuelita sonríese con malicia al escuchar á su adorador que le dice:

—Bajan mis bonos. Sin duda Vd. sabía el fracaso de Miraflores.

—Yo! Vaya á suponer ahora que estoy interiorizada en las noticias del *Sport*!

—Pues entonces es un lance de su buena fortuna.

—Consuélese Vd., ya sabe el refrán: Desgraciado en el juego....

—Siga Vd.

—Tengo una memoria fatal.

—Dígame á lo menos si Vd. cree en las predicciones de ese adajio?

—¡Pero si apenas lo sé trunco!

—Es Vd. cruel.

—Y Vd. muy galante.

—Me desespera, Manuelita.

Un tumulto de voces interrumpe la conversación. Después de varias salidas infructuosas, se acaba de bajar la segunda banderola de señales y los corredores, formando un solo montón, llegan frente á las tribunas.

Pocos momentos antes las escalinatas de piedra que sirven de subida á las tribunas se llenan de apostadores. El andén casi se despeja: todos buscan altura desde donde observar las peripecias de la hípica contienda. En cada peldaño se alínean ocho ó diez espectadores, sosteniéndose mútuamente para no caerse.

En la primera gradería de la entrada toman colocación Luis Delano y Alberto.

Aunque no es el desafío de mayor interés el que se define en esos momentos, despierta, sin embargo, suprema ansiedad entre los sportsman. Crúzanse las apuestas con redoblado ahinco á medida que los lidiadores adelantan. Los diestros creen descubrir en los movimientos de los caballos, en la postura de sus miembros, en la amplitud de sus narices, en la mayor ó menor flexibilidad de la cola, indicios precursores de derrota ó de victoria.

Critícase ó apláudese la actitud de los jinetes, variando los juicios según las contingencias de la carrera y aplicándoseles enérgicos calificativos de aprobación ó vituperio. La ansiedad crece por segundos. Los más impacientes se levantan de sus asientos, obligando á los que están colocados detrás á imitarlos hasta que la concurrencia entera sigue de pié los pormenores del desafío.

Los nerviosos amoldan maquinalmente las jesticulaciones del rostro, los destellos de las miradas y las intensidades de la respiración, á las particularidades de la lucha. Se habla brevemente y sin mirarse; se comunican las impresiones por voces inarticuladas, que el oyente comprende porque á su vez las experimenta; se hacen esfuerzos involuntarios para impulsar al favorito en cuyo éxito se fundan esperanzas de lucro ó por quien se sienten mayores simpatías.

Jamás jugadores se han hallado más profundamente ajitados, jamás á lo menos, han sido más vi-

sibles si no más concentradas, las emociones engendradas por el azar.

La tensión producida por el fascinador espectáculo es tan violenta, que tiene forzosamente que estallar en forma ruidosa y expansiva.

Por eso al concluir la carrera, atruena el aire una ovación frenética en homenaje al vencedor; ovación unánime de gritos y palmadas, en la cual se confunden perdidosos y gananciosos, indiferentes y entusiastas, hombres, mujeres, viejos y niños.

La carrera era de dos millas, ó sea de dos vueltas á la cancha, de manera que los competidores debían pasar tres veces frente á las tribunas: á la salida, al cabo de la primera vuelta y á la llegada.

Hasta la mitad de la primera vuelta no se vé más que un solo pelotón, conservando Coralia su sitio, *al lado de los palos,* que le ha tocado en suerte. A esa altura quedan un poco atrás Molke y *Qui dura vince,* sosteniendo los otros su puesto hasta poco antes de enfrentar á las tribunas, en cuyo punto avanza de nuevo Molke y ocupa el primer término junto con Coralia, dejando á Swell un poco atrás.

Así se mantienen hasta poco más de los dos tercios de la segunda vuelta, asombrando al público la resistencia extraordinaria de Coralia, á quien por las razones que antes apuntamos, se asignaba el penúltimo, si no el último lugar. Adviértese además que ha corrido con suma desventaja, te-

niendo que sujetar á Molke y Swell, que siendo del mismo *Stud,* emplean la táctica de cansar por turno á la yegua.

Concretarse á uno solo de sus rivales era exponerse á ser distanciada por el otro, de manera que desde el principio se ve obligada á conservar la delantera.

Cuando llegan al codo en donde empieza lo que se llama *cancha derecha,* por ser el único trecho que se separa de la forma elíptica, Molke pierde terreno, siguiendo el impulso de la curva y dejando á Coralia sóla en primer lugar.

El jinete de Swell empieza á sacudir furiosos latigazos, llegando á colocarse á un cuerpo de su rival.

En aquel instante oye Alberto una voz á su lado que grita:

—Dos mil pesos á Swell contra cancha.

El corazón del joven palpita con violencia. No es el incentivo de lucro lo que domina su espíritu. Querría anonadar al bárbaro que se atreve á rebajar la pujanza de la sin par lidiadora. Comprendía que Coralia podía perder; pero ¿no era una torpe profanación especular con la superioridad posible de un antagonista que, aún triunfando, adquiría menos gloria que su competidora siendo derrotada?

Una llamarada de odio pasa por su rostro.

Encuéntranse sus ojos con los ojos chispeantes del jugador.

—Dos mil pesos á Swell contra cancha! repite éste con estridente voz.

En aquel punto llegaban Coralia y Swell á las tribunas de segunda, poco más de cien metros de la meta. La yegua adelante, Swell, tocando con la cabeza sus ijares.

Un segundo más y la apuesta no puede efectuarse.

Desgraciadamente Alberto, sin saber lo que hace, lleva su mano á la cartera y sacando dos billetes de mil pesos, que á estar en sencillo no habría ni tiempo de contar, los pone en manos del jugador, diciendo:

—¡Tomo!

La apuesta queda cerrada.

Coralia y Swell pasan como un relámpago frente á los apostadores.

Los jóvenes no pueden saber en el acto el resultado.

La ansiedad dura un segundo. Centenares de voces atruenan el espacio, centenares de manos estallan en aplausos. De aquel tumulto sale distintamente, mil veces proferida, una palabra: Coralia.

—Coralia! Coralia! Hip, hip, hurra!

—Guarde usted caballero,- dice el apostador, pasando los cuatro mil pesos á un conocido de ambos jóvenes. Y se lanza al terrado en busca de noticias.

Los gritos y aplausos continuan ¡Coralia! Coralia!

Jamás se ha visto en el club un entusiasmo semejante.

La escalinata de piedra se desocupa con rapidez. Muchos de los asistentes á la tribuna abandonan sus localidades arrastrados por la embriaguez que el desenlace inesperado produce. Y las voces ¡Coralia! Coralia! continuan sin tregua.

Sobre la primera escala de piedra, en actitud sombría, ajeno al bullicio que le rodea, en un estado de atonía próximo á la imbecilidad, se halla Alberto. De cuando en cuando llegan hasta él como incomprensibles rujidos, las palabras: Coralia! ¡Coralia!

Al cabo se da cuenta de lo ocurrido. Vivo rubor enciende sus mejillas y mirando por todos lados empieza á buscar á su apostador.

—No, no sería honrado recibir ese dinero! Jamás lo admitiré. ¡Gracias, Dios mío! ¡Qué sería de mi si hubiera perdido!

Aferrado á la idea de devolver el dinero que ha ganado, abandona por fin su sitio y se confunde con los apostadores. Busca por todas partes y no encuentra á su desconocido provocador. Puede ser que el depositario, con quien parece tener relaciones, sepa quién es.

De repente principia á esparcirse una noticia aterradora. Murmullos de reprobación y de cólera circulan entre el gentío.

—Es imposible! Colmaría la taza de nuestra paciencia si fuera cierto.

—Chit! no lo divulgues, porque aún el jurado no ha resuelto el caso.

—Pero ¿en qué se fundaría la exclusión?

—Dicen que el ginete de Coralia azotó la cabeza de Swell.

—Es falso! Yo me encontraba junto á la meta y he podido ver la última parte de la carrera, desde que Swell se puso á su costado.

—No te exaltes. Yo te refiero lo que acabo de oir en el *patio del peso.*

Aquel diálogo llegó á oídos de Alberto y lo dejó plantado en medio del andén. Una palidez mortuoria invadió sus facciones. Dió unos cuantos pasos y se tomó de la reja para no desplomarse. El corazón le late con violencia; una ola de fuego le sube hasta el cerebro y siente un peso en los ojos, como si se le inyectaran de sangre.

Dos hombres, vestidos con largas levitas de paño verde con ribetes de cintas blancas en las costuras y gorras del mismo género, atraviesan con los tableros avisadores en peso.

El rumor de la exclusión de Coralia ha cundido entre tanto, levantando protestas de indignación y de rabia. Asegúrase que la decisión de los jueces es interesada y que la historia del latigazo es una invención burda.

Los empleados colgaron los tableros y se retiraron entre las rechiflas, injurias y vociferaciones de los chasqueados.

¡Pagan los infelices los desahogos de despecho

de los perdedores ó la falta de rectitud de los jueces!

En los tableros se lee:

«Orden de llegada:

1.° Swell,

2.° Moltke,

3.° Qui dura vince.

Coralia excluída.»

Según las reglas del *sport* aquella exclusión equivale para las apuestas á la pérdida de la carrera.

Pasan algunos minutos y el anuncio de la segunda carrera, viene á disipar las impresiones de la anterior. Además, los que por causa del incidente han salido ganando, sostienen el fallo de los jueces, y no faltan tampoco quienes aseguren haber visto el latigazo que dió margen al reclamo.

Entre las más alegres con el fracaso de Coralia se cuenta Manuelita.

—¡Qué susto he pasado! dice.

—¿Tanto sentía concederme una prenda hecha por sus manos? arguye el galán.

—Si no es eso. Es el entusiasmo de la apuesta.

—¿Entonces no rehusa darme desquite?

—Temo ganar por segunda vez.

—¿Luego cree Vd., muy mala mi suerte?

—¡Qué empeño en suponerme segundas intenciones!

—Vd. me autoriza á hacerlo con sus reticencias.

—¡Ay, señor! cómo especula Vd. con mi ignorancia!

—¡Vd. ignorante! qué gracioso!

—Pues entonces, ¡cómo se complace en la exhibición de mis defectos!

—Yo!

—Vd. Principió por creerme interesada, después sin franqueza, luego....

—¡Qué horror!

Sucede un momento de pausa.

—Es singular.

—¿Qué cosa?

—¿Se ha fijado Vd., en la cara de Alberto Díaz?

—No.

—Pues mire Vd. Parece que estuviera enfermo.

—No lo noto.

—Es un joven muy simpático.

El galán se muerde los labios con despecho. La morena finje observar con preocupación á Alberto; en realidad lo mira sin verlo.

Suena la campana que anuncia la salida de los inscriptos para la segunda carrera.

—¿Qué resuelve Manuelita?

—¿Sobre qué?

– ¡Vaya que está ensimismada con la supuesta palidez de Alberto!

—Yo! si no he dicho que esté pálido.

—Pues entonces con su seriedad.

—No he pronunciado tal palabra.

—Soy demasiado torpe cuando no atino á recordar sus expresiones.

Un murmullo de aprobación circula entre los concurrentes. *Porvenir* acaba de pasar al galope.

—¡Qué hermoso animal!

—Mire el traje del *jockey!*

—Ah! sí, viste de bandera chilena.

Nutridos aplausos resuenan por todas partes; explosión de vivas y palmoteos estalla en el pabellón de segunda. Es el tributo que el pueblo más patriota de la tierra ofrenda á su idolatrado tricolor.

—Aplauda, Ricardo,—advierte Manuelita á su adorador..

Vuelve éste en sí de su amorosa distracción y une sus gritos á los millares que, sombrero en mano, profieren todos.

—Ahora, acepto el desafío! exclama triunfante la morena.

El entusiasmo patrio hace chispear sus ojos y colorea sus pálidas mejillas. Ricardo la contempla extasiado.

—¿Cuál es su campeón?

—Porvenir.

—¿Qué prenda elije? Por mi parte insisto en el pañuelo marcado por Vd.

—Un ramo.

La aparición de Jenovés provoca murmullos de admiración y simpatía.

El animal, sacude las sueltas crines y ajita la intelijente cabeza, como en señal de corresponden-

cia á los aplausos que se le tributan. Hijo de *By the sea*, el primer campeón del Club y de Lady Washington, cuyas crías no han tenido rivales, lleva en sus rasgos patente clara de su linaje y celeridad. Su gińete viste de verde, color de la esperanza.

Los actores principales de las escenas que hemos relatado á nuestros lectores vuelven á posesionarse de sus mismos sitios. Sobre el más elevado peldaño de la primera gradería, se destacan Alberto, Luis Délano y el afortunado partidario de Swell.

El estupor que dominaba á Alberto se ha disipado. La conciencia de su situación, sacudiendo rudamente su organismo, lo ha hecho sobreponerse á la atonía que lo abruma. En el naufragio de su juicio, por que le falta serenidad para conservarlo, sobrenada una idea, desesperada, loca, pero absorbente y fija. Solo queda una senda de salvación: recuperar lo perdido. El juego le arrebató aquel dinero que no era suyo, el juego podía restituírselo.

—¡Probemos el desquite! pensó.

Si alguien le hubiera hecho la más lijera reflexión; si hubiera advertido que ese procedimiento no era honrado, y que, si el primer desliz se podía disculpar en mérito de su inconsciencia, su reiteración era un delito premeditado; si por un prodijio hubiera sonado en sus oídos el nombre de Lía, ó reflejádose en sus retinas su candoroso semblante, ó evocádose en su imajinación su recuerdo querido; el pobre joven

habría huído de aquel sitio de deshonor y de vergüenza.

Pero estaba sólo y desamparado; más aún, se sentía arrastrado por las solicitaciones de los jugadores, que le brindaban sonrisas, esperanzas de desquite, tentadora ocasión de recojer su paz, su honra y su dicha, arrojados al torbellino de torpes disipaciones en un rapto de ofuscamiento y de demencia.

Tomada su determinación, buscó en el aturdimiento de sus facultades, la aparente serenidad, que la meditación y el silencio le habrían negado. Habla en alta voz, aparenta transportes de alegría, ríese y acciona. Pocas veces se le ha visto tan expansivo. Délano lo secunda. El jugador está encantado con el encuentro de aquel apostador, que pierde el dinero con la mayor filosofía del mundo. Debe ser inmensamente rico, ó tal vez ajente de un tercero. De otro modo no se comprende tanto desenfado y jenerosidad.

Cuando Porvenir y Jenovés pasaron segunda vez por delante de las tribunas para ir á ocupar el puesto de partida, creyó el jugador llegado el momento sicolójico.

—¡Espléndidos animales!, exclamó, aparentando concentrar toda su atención en la hermosa yunta, pero observando con disimulo á Alberto.

Este, que estaba pendiente de un solo pensamiento, se volvió hacia él.

—¿Cuál prefiere? le dijo.

—La elección es dudosa. Me gusta Porvenir, pero solo jugaría con alguna ventaja.

—Yo lo tomo plata á plata;—se apresuró á contestar Alberto, descubriendo así sin disimulo su preferencia.

—Se conoce que es Vd. entendido,—replicó, sonriendo con agrado el tentador.

Aquella lisonja estaba demás. Nada podía hacer variar la resolución del joven.

—¿Qué me dice Vd.? Acepta?

—Pues bien, tomo Porvenir sin ventaja alguna.

—No cabe entonces apuesta.

—¿Por qué?

—Porque ambos somos del mismo parecer.

—Es verdad. Y sin embargo, yo habría querido darle desquite. Otra vez será.

Aquella filosofía desesperó á Alberto. ¡Otra vez! Para un jugador esa tardanza estaba muy puesta en orden, pero para él ¡qué horror! Permanecer una semana bajo el peso abrumador de su desventura! Nó. ¡Luego, ó nunca!

El jugador seguía observándolo con disimulo. Luego, como anticipándose á los deseos de Alberto, exclamó:

—Hay un medio de arreglar nuestras diferencias.

—¿Cuál?

—Acabo de oir apostar á Porvenir, obligándose á *cortar* á Jenovés. Lo tomo en esas condiciones, si me dá doble á sencillo: dos mil pesos contra cuatro, ó más si Vd. quiere.

Aquella proposición era sin duda ventajosa para el joven; pero ¿de qué le servía cuando no alcanzaba así á recuperar el dinero perdido? Además ¿no sentía preferencia irresistible hacia el caballo de su amigo?

Recapacitó un punto antes de responder. Luego dijo:

—Invirtamos el orden: yo me obligo á *cortar* con Porvenir; ponga Vd. dos mil pesos contra mil.

El joven movió negativamente la cabeza, sonriéndose con cierta malicia. Aparentemente quería decir:

—¡Qué ladino es mi contendor!

En realidad:

—¡Ya pica el cebo!

—No hago más que cambiar por pasiva su proposición.

—Cierto. Pero Vd. comprenderá que cada cual busca su conveniencia.

– Es justo.

Notóse en estas dos palabras cierta invencible amargura.

El apostador se puso á conversar tranquilamente con su vecino, como quien da por terminado un asunto.

Para Alberto aquella era la última esperanza que se desvanecía. Ni siquiera encontraría con quien jugar tan gruesa suma, pues la jeneralidad de los apostadores del andén se limitaban á paradas más pequeñas. Además ¿no era ese hombre quien tenía su

dinero, el dinero confiado á su honradez? ¿Acaso era lo mismo buscar su reposición á espensas de otro cualquiera? No! Por eso tuvo él la idea de devolverlo á su dueño cuando se creyó ganancioso.

Aquel cúmulo de dudas y de cavilaciones lo distrajeron durante breve rato.

El ruido de un tumulto ensordecedor de pisadas y de exclamaciones lo hizo tornar en su acuerdo.

Porvenir y Jenovés atraversaron como un celaje por delante de sus ojos. Por ensimismado que estuviera, no pudo menos de notar que el jinete de verde cubría con su cuerpo al de bandera chilena. Aquello significaba que Porvenir conservaba el lado interior de la cancha, ventaja que Jenovés con su rapidez extraordinaria jamás se había dejado arrebatar.

Una doble exaltación, producida por el afán que lo devoraba y su no vencida afición de *sportman*, se apoderó de él.

Tuvo ante sí la adivinación del triunfo. Buscó con la vista á su adversario, precisamente cuando éste, que lo acechaba, cambiaba la dirección de la suya.

—Caballero, le dijo. Una última proposición.

—Veamos.

—Dos mil pesos á Porvenir y me obligo á *cortar*.

—Por darle desquite, acepto.

Unió Alberto á los mil novecientos pesos de su cliente los únicos cien que le pertenecían y los pu-

so en manos del depositario. Su rival entregó los mismos dos billetes de á mil pesos que había ganado.

—Buena fortuna! se dijeron mútuamente.

El jugador estaba sonriente; Alberto agitado.

La carrera era de una vuelta.

A mitad de la cancha se vió que ambos jinetes azotaban. Era menester confiar mucho en el aguante de los animales para apurarlos á tanta distancia de la meta.

No se notaba en ellos una línea de ventaja: juntos salieron, juntos atravesaron la curva que enfrenta á las tribunas, juntos llegaron á la cancha derecha. A esa altura volvieron á azotar dura y repetidamente. Como visión informe de brillantes matices, cruzaron el pabellón de segunda, sin que mediara entre ambos la más leve diferencia..

Todos estaban en suspenso, absortos con el interés indecible de aquella magnífica prueba, la más reñida que jamás se hubiese presenciado.

Los que estaban de pié junto al palco de los jueces alcanzaron á divisar el hocico de Porvenir, desmesuradamente alargado con el empuje de la carrera alcanzar la meta un poco antes que Jenovés. Propalóse la noticia rápidamente, y las manifestaciones se repitieron con mayor ardor y frenesí. Bien es verdad que ellas envolvieron en un solo justiciero aplauso al vencedor y al vencido.

Tornaron al cabo, Porvenir y Jenovés, á quienes los ginetes lograron sujetar cerca de tres cuadras

más allá del término prefijado: Porvenir delante, Jenovés detras; el de bandera chilena, presumido y gozoso, agitando al aire su gorra tricolor, y el de verde, ceñudo y cariacontecido; vivo contraste del desengaño presente y su fugaz esperanza!

De este modo Alberto fué uno de los pocos que perdió, habiendo jugado al vencedor, á causa de la forma en que hizo su apuesta.

Quedóse durante largo rato, aguardando que los jueces excluyesen á Jenovés ó anularan la carrera.

Quimérica ilusión! La confirmación oficial de su desgracia no tardó en aparecer en gruesos caracteres en la pizarra de anuncios.

Lo demás es fácil presumir.

Conocen nuestros lectores las consecuencias de tan terribles emociones. Comprenderán al mismo tiempo las misteriosas alteraciones que trabajaban su ánimo. Solo nos resta explicar la intervención que el padre Luis tomó en los asuntos privados del joven.

Alarmada doña Juana por la enfermedad de su sobrino, viendo que los médicos,—visitantes de un momento,—no atinaban á descubrir ó á extirpar el mal, suponiendo que la *incredulidad del siglo*, para ella la más odiada de las plagas, fuese quizás la causa de ese desorden de tan complejos caracteres y que tanto afectaban el espíritu del enfermo, llamó al padre y le confió sus temores.

Él sacerdote acudió. Sentado á la cabecera de

Alberto, día y noche, sorprendió sus delirantes revelaciones. Después, aprovechándose del estado de sonambulismo en que lo dejaba su sensibilidad extremada, lo interrogó y supo de su boca toda la verdad de lo ocurrido. Inquirió con destreza la comprobación de aquel lance íntimo y dió con ella. Vió el expediente en que constaba la entrega del dinero, pudo convencerse de que no lo había depositado en ninguno de los bancos y que tampoco lo guardaba.

Con tales antecedentes combinó su plan.

Hemos visto que cuando el desdichado volvió en sí, recibió de boca del sacerdote la tranquilizadora nüeva de que su falta había sido caritativamente reparada.

Más adelante, cuando repuesto en parte de su malestar, y dominando el justo rubor que teñía su frente, pidió al clérigo explicaciones concretas, éste le dijo:

—Guarde Vd. esta cancelación. El señor Ruiz, su cliente, se dá por recibido de su dinero y aguarda que cese su convalecencia para entregarle su honorario y dará Vd. las gracias.

El infeliz oía con la cabeza doblada, los ojos cerrados de vergüenza y los brazos caídos.

—Vamos, joven, aliente Vd. Está en presencia de su confesor.

—Sí, contestó Alberto, cayendo de rodillas; de mi confesor y de mi bienhechor.

El padre lo levantó y trató de consolarlo. Luego exclamó con dulzura:

—¿Cree Vd. que la Providencia ha tenido el designio de salvarlo?

—Sí, señor.

¿Qué desgraciado no atribuye á intervención de lo sobrenatural el auxilio oportuno de sus semejantes ó las ocultas combinaciones del destino?

—Pues entonces ¿por qué no corresponde á la infinita misericordia de Dios, purificando su conciencia con el santo sacramento de la penitencia?

Alberto guardó silencio.

—Lejos de mí;—continuó el padre,—la idea de violentar á Vd.; pero si el escepticismo no ha cerrado para siempre su alma á los estímulos de la fé ¿qué mejor momento para reanudar sus prácticas de devoción y de piedad?

Resistir era mostrarse ingrato al beneficio inmenso que acababa de recibir. Además ¿había en el cerebro de Alberto juicio bastante para comprender la decisión que debía tomar?

—No vacilo, padre,—respondió—Oiga Vd. las culpas del más ruín de los pecadores. ....

Desde entonces las relaciones entre el sacerdote y el joven se hicieron más estrechas. Convirtióse el primero en mentor obligado de las resoluciones graves que tomaba el segundo.

El efecto inmediato y más serio que la escena de las carreras produjo en el ánimo de Alberto, fué la renuncia mental que hizo para siempre de sus

ilusiones acerca de Lía. De aquí provino que, recobrada en parte la calma de su espíritu, siguiera esquivándose á las intimidades de su prima. Pero semejante paso no podía quedar oculto al sacerdote. Sabedor de la vida entera de Alberto, tenía conocimiento de sus amores; y la determinación que éste tomara no podía serle indiferente.

Trató de disuadirlo por todos medios, y alegando todas las razones que estuvieron á su alcance; pero el joven se mantuvo firme en su propósito.

—No sería digno, le contestó, que uniera mi suerte á la de ese angel de pureza.

Sin embargo, el sacerdote no se dió por vencido. Por si fuera menester, preparó el camino de un remedio heróico. Mediante él, esperaba vencer la obstinación de su rebelde neófito.

En repetidas ocasiones había Alberto suplicado al sacerdote le permitiera suscribir una obligación por los tres mil novecientos pesos entregados al señor Ruiz, pero siempre había diferido el momento, indicándole además que ese dinero lo había obtenido en préstamo de una tercera persona. Por fin, se allanó á complacerlo, y á su reiterada petición, contestó:

—Si Vd. quiere, puede ir á firmar á la notaría de Ortiz. La escritura está extendida.

Apersonóse Alberto á cumplir aquel deber de delicadeza. Llegó ante el escribano, pidió la escritura, rehusó leerla, diciendo cortesmente que estaba conforme y allanándose, solo á instancias del

funcionario, á pasar la vista por ella. ¡Le quemaba el alma aquel testimonio de su delito! En seguida firmó. De todo el instrumento no sacó en limpio más que el nombre de su acreedor: Hilario Casanueva. Era el de un usurero conocido, especie de curial, vestido de lego.

Cumplido ese trámite se sintió más desahogado.

Salió de allí á ver al padre Luis, á comunicarle que había suscripto la escritura y á renovarle sus agradecimientos.

—¿La leyó Vd.? le preguntó el sacerdote.

—No, señor.

—Mal hecho. ¡Quién sabe qué condiciones ha puesto ese usurero de don Hilario! Solo la necesidad pudo obligarme á recurrir á él.

Alberto esquivó continuar tratando ese tema, que le recordaba su desdicha y su afrenta.

—¿Y qué ha decidido, hijo mío?

—¿Sobre qué, padre?

—Sobre su compromiso con Lía.

—Pero si no existe compromiso.

—De palabra, convengo, pero ¿de sentimientos? ¿La ama Vd.?

—Con toda mi alma.

—¿Y élla?

—No lo sé,—suspiró el joven, bajando los ojos.

—Pero ¿qué crée Vd?

—Que también me quiere.

Al pronunciar esta frase estaba tan sin color como un sentenciado á muerte.

—Óigame con calma. Ahora, se halla Vd. en la misma condición de cualquier deudor.

Alberto movió con pena la cabeza.

—Ay! no señor. ¿Y el origen de esa deuda?

—¿Quién lo conoce?

—Mi conciencia. Le diré como Vd. á mí para convencerme del compromiso que me une á Lía: ¿quién lo contrajo? nuestros corazones. Son sentimientos, padre, que existen aunque no se publiquen; vergüenzas que deshonran aunque no se conozcan.

La resistencia de Alberto era la más revelante prueba de que, al caer, no había perdido su dignidad.

—Vamos poco á poco. Imajine Vd. que obtiene una ocupación, ocupación que le permite ahorrar lo suficiente para chancelar esa deuda. ¿Tendría aún escrúpulos para acercarse á Lía?

Alberto vaciló.

—Fíjese Vd. que su sacrificio puede tener todo el mérito que Vd. quiera; pero que, siendo la más dura expiación de un momento de estravío, á la vez que castiga con excesivo rigor al culpable, hiere también de muerte al inocente.

El joven se extremeció.

—¿Y es posible encontrar el empleo á que Vd. alude?

—Yo se lo prometo.

Esta conversación explica suficientemente la actitud de Alberto, sus vacilaciones y los demás sucesos

que se desarrollaron hasta que el joven dejó la casa de sus tíos.

Nos queda solo una última aclaración. Al cabo de un año había el joven ahorrado próximamente la mitad de la suma que debía, aunque él ignoraba á cuánto ascendía con intereses, que de seguro serían usurarios.

La amistad que lo ligaba al padre Luis continuaba sin interrupción. El ascendiente de éste crecía más y más.

¿Se habría llegado á extinguir el recuerdo del único desliz de su juventud?

El destino se encargó pronto de oscurecer esa esperanza.

Los fines políticos que perseguía el padre Luis, y que le hemos visto desarrollar en la secreta reunión celebrada en el Círculo Católico, iban á servir de obstáculo insuperable á sus miras de reparación y de felicidad. Ya en varias ocasiones había sido exhortado Alberto á no dejarse seducir por las peligrosas doctrinas liberales que servían de norte á los conductores del gobierno; pero, resuelto como estaba á prescindir de cuestiones públicas, creía satisfacer á su bienhechor y director, observando una conducta indiferente y pasiva. No obstante, lamentaba no poder corresponder á las señaladas distinciones con que el Presidente empeñara su gratitud, viéndose obligado á sentar plaza, por lo menos, de egoista ó desagradecido. Por otra parte, no podía desentenderse de los consejos y reflexiones

del padre Luis, á quien debía su posición de hombre honrado y el conservar aún la estimación y el amor de Lía. Nunca, como en la situación de Alberto, podía aplicarse con más propiedad la conocida expresión: conflicto entre dos deberes.

Entretanto, los acontecimientos políticos iban siendo cada día más solemnes, y al mismo tiempo más y más aflictiva la posición de Alberto. El padre Luis lo apremiaba á servir la causa de *la libertad y de la relijión,* como llamaba á la sustentada por la oposición parlamentaria, y en cambio no cesaba de recibir testimonios de aprecio y de confianza del Presidente y sus Ministros.

La lucha que tuvo que sostener, fué advertida por Lía en sus primeras manifestaciones. Veremos más adelante su desarrollo y consecuencias.

CAPÍTULO VIII

La clausura

Tiempo es ya de que relatemos los importantes sucesos que se desarrollaron á partir del 2 de Junio, fecha inicial de la revolución parlamentaria. En efecto, si aún no se había producido el levantamiento armado, el reto de la Cámara de Senadores implicaba la negación de nuestros más fundamentales preceptos institucionales, de los que sirven de contrapeso á la anarquía y á la revuelta.

La prensa independiente, comentando el voto de censura inferido al ministerio, observaba, entre otras particularidades, que la Constitución del Estado no autorizaba tal procedimiento, siendo cuerdo en épocas de conflictos, ceñirse extrictamente á sus mandatos.

Se añadía también que, aún en el caso de aceptarse un recurso tan extremo y de tan dudosa legalidad, su aplicación no debía ejercitarse en el Senado sino en la Cámara de Diputados, puesto que correspondía al primero de estos cuerpos conocer

como jurado de las acusaciones formuladas contra los Ministros. Anticipar su juicio era inhabilitarse moral y legalmente para desempeñar el alto rol de juez.

A las observaciones de las gentes imparciales contestó la mayoría parlamentaria con un nuevo voto de censura, emitido, en condiciones denigrantes para el honor del Congreso chileno, por la Cámara joven, al día siguiente del dictado por el Senado.

Una especie de vértigo arrastraba á los representantes del pueblo á la consumación del más injustificado y odioso de los crímenes.

Los funcionarios censurados se apresuraron á poner en manos del Presidente de la República sus carteras, desligándolo así de toda traba personal en la resolución de un asunto de tanta entidad.

El Presidente no vaciló en confirmarlos en sus puestos, convencido de que no se trataba de agravios privados, cuyo mejor castigo es el perdón, sino de mantener incólumes los derechos inherentes á su elevada investidura.

Hasta ese momento la coalición parlamentaria se había limitado á resistir el ejercicio de las atribuciones constitucionales del Jefe del Poder Ejecutivo. El escándalo era, pues, de carácter político; pero el resultado ineficaz de estas violencias empujó á los coaligados á mayores extremos. El Senado y la Cámara de Diputados aprobaron simultáneamente dos proyectos de acuerdo, no ya tendentes á herir la persona del Jefe de la Nación en sus

fueros constitucionales, sino dirigidos á trastornar la sociedad, echando por tierra sus bases de sustentación. La Cámara de Diputados declaró, á proposición de Julio Zegers, paladín siniestro del movimiento subversivo, que no autorizaría el cobro de las contribuciones mientras no se compusiera un Ministerio de su agrado. El Senado aprobó idéntico acuerdo, refiriéndolo á los presupuestos de gastos públicos.

En vano se hicieron representaciones para hacer cesar un estado de cosas tan fuera de tino y antipatriótico. La mayoría de un poder del Estado, arrogándose facultades inalienables de la soberanía populár, se presentaba en guerra abierta contra la misma sociedad de la cual emanaba su autoridad delegada y taxativa. La soberbia y maldad de los impulsadores del trastorno, se encastillaba en una pretendida soberanía nacional, encarnada en el Congreso, como si no fuera errónea ante la ciencia social y la razón, la existencia de una autoridad capaz de volverse contra su propia fuente generativa.

Si antes de avanzar propósitos tan abiertamente revolucionarios, cuando solo se trataba de defender sus fueros, resistió el Presidente la acción avasalladora del Congreso, con doble razón y entereza asumió la defensa de la Constitución y las leyes, atropelladas por la mayoría parlamentaria.

Al llegar á este punto puede decirse que las armas del Cuerpo Legislativo estaban agotadas y su prestigio también.

No solo había acudido á toda clase de artificios y recursos parlamentarios para crear tropiezos á la administración, sino que había atacado de frente á la sociedad, acariciando el pensamiento de que ésta se volviera contra su defensor constitucional, extraviada con la activa propaganda de sus desquiciadoras teorías.

Burlada la coalición en sus espectativas, echó mano de otros medios para alcanzar sus fines.

Convínose la celebración de un gran *meeting de notables,* designación que ellos mismos se dieron, en cuyas conclusiones se haría saber al Presidente los deseos de los gobernados.

Advirtióse desde el primer momento que aquella reunión de los círculos oligárquicos no tenía eco ni raíces en el corazón del pueblo, y tan fué así comprendido, que las clases trabajadoras se abstuvieron de concurrir.

En cambio la representación de los banqueros, del partido clerical—conservador y sus respectivas ramificaciones, fué amplia y selecta.

El primero de los acuerdos tomados, demuestra suficientemente la parcialidad inexcusable de los manifestantes: expresar al Presidente de la República y al Congreso *que ha llegado la hora de acusar al Ministerio.* La Constitución de Chile en su artículo 83, dice: «que los ministros del despacho pueden ser acusados por los delitos de traición, concusión, malversación de los fondos públicos, soborno, infracción de la constitución, por atrope-

llamiento de las leyes, por haber dejado éstas sin ejecución y por haber comprometido gravemente la seguridad y el honor de la nación.»

¿Cuáles de estos delitos habían cometido los miembros de un Gabinete organizado la víspera misma de la apertura del Congreso?—Ninguno.

El *meeting* se verificó el 16 de Julio y como, además de tener capital importancia entre los acontecimientos precursores de la catástrofe, dió margen al Presidente Balmaceda para que expusiera sus propósitos, haremos una breve reseña de las ocurrencias del día citado,

Como se sabía con anticipación que al día siguiente de celebrado el *meeting*, una *comisión de notables*, debía encaminarse á la Moneda á poner en manos del Presidente el memorial que contenía las conclusiones, los amigos y admiradores del eminente hombre público,se apresuraron á presentarle el homenage de sus simpatías y á rodearlo en tan solemnes momentos de su vida de ciudadano y de magistrado.

En los vastos salones de su tertulia privada, se congregaron sus Ministros, Consejeros de Estado Senadores y Diputados fieles á sus doctrinas liberales, gefes de alta graduación del Ejército, y muchos empleados y particulares distinguidos y respetables.

La luz, que á raudales entraba por las ventanas que dan á la plazuela, reflejándose en las paredes tapizadas de rojo y en dos grandes espejos colo-

cados á cada extremo del salón, daba animación y brillo singular al recinto.

En el extremo del sofá situado en la mitad de la pieza, á espaldas de la muralla que linda con la calle, está sentado Balmaceda. En torno, formando círculo, se sientan sus amigos. Distribúyense indistintamente, sin la presión molesta de la etiqueta. A la izquierda del Magistrado los miembros del gabinete censurado; á continuación los que han llegado antes, ó á quienes se le ha cedido por deferencia el sitio. La sala vecina está poblada de correligionarios. Desde la abierta puerta de comunicación se divisan los grupos compactos y movibles. Todos comentan la actitud de la mayoría parlamentaria. Las voces, ligeramente contenidas, en señal de respeto y cariño al Jefe del Estado, adáptanse á un diapasón, que no es el coreado que denota servilismo, ni el arrogante que implica desprecio.

Desde su sitio saluda Balmaceda á cada uno que entra. Sonrisa paternal y benévola se posa en sus labios. Su frente blanca y despejada, en cuya preñez parece sentirse el hervor de las ideas, está serena como el puro símbolo de sus virtudes de hombre y de ciudadano.

Para cada uno tiene una palabra, una sonrisa, un ademán. Tiende su mano con la llaneza seductora del hombre sin doblez; vibra su voz con la simpática entonación de la sinceridad.

Para los viejos, es el jefe cuya superioridad no in-

funde agravios; para los jóvenes, el apóstol cuyo martirio se adivina.

Mario, no ha resistido al deseo de actuar siquiera como espectador en aquel día histórico. Llega hasta el primer salón y se reune á los grupos allí formados; pero sus miradas buscan en la vecina pieza los rasgos fascinadores del Jefe.

De repente sus mejillas se cubren de rubor y, medio turbado, saluda. Parece que lo llaman; sí, Balmaceda le hace con la cabeza señal de que avance. Mario obedece.

Con el sombrero en la mano, tropezando con cada uno de los que encuentra, enredándose en las sillas, encendido como una amapola, llega hasta el centro del círculo en que se halla el Presidente. Este, que comprende el encogimiento del novicio, lo alienta con sus dulces miradas, lo acaricia con sus benévolas palabras.

—Veo con placer, le dice, que la juventud inteligente y patriota, envía su mejor representante. ¿Y el papá?

—En la otra sala.

—Salúdelo, Mario; y Vd. no se separe mucho. Ahí tiene una silla. Conviene que esté cerca para que no olvide nunca este episodio. Es joven y debe recojer las lecciones de la experiencia.

Retiróse Mario menos confuso; le parecía que una influencia bienhechora velaba por él. Y así era en efecto. ¡Cuán pocos comprenden como el ilustre Balmaceda los estímulos y el aliento que necesita

la juventud para surjir! ¡Cuán pocos se inclinan ante el que empieza, deslumbrado por la altura inaccesible, receloso de los demás, desconfiado de sí mismo! Es propio de los entes superiores ese respeto por el débil, como es propio de la fatuidad el menosprecio.

Poco después de las tres de la tarde, circuló el aviso de que la delegación oligárquica, seguida de menguado cortejo, aparecía por la esquina de la calle de Teatinos.

Las puertas de palacio, abiertas de par en par como de costumbre, daban acceso á todos los ciudadanos hasta la mansión del Jefe del Estado. ¡Ni un soldado más en la guardia! ¡ni la menor precaución aconsejada por la prudencia ó el temor!

Atravesaron los *notables* los dinteles de la casa de gobierno y subieron las anchas escalas de piedra. Cuando se hallaron á la entrada del primer salón, el ruído de las conversaciones cesó y el edecán de servicio los llevó á presencia del más alto dignatario del Estado.

Levantóse Balmaceda y dió unos cuantos pasos al encuentro de sus adversarios. Tendióles su mano con la cortés desenvoltura del caballero *sin miedo y sin reproche.* Recibió después las conclusiones del *meeting.*

Todos estaban de pié. Silencio absoluto reinaba en ambas habitaciones.

Leyó Valdés Carrera el memorial con voz serena y reposada.

El Presidente contestó en estos términos:

« Conocía, señores, el objeto del *meeting* de ayer y en este momento conozco las conclusiones á que en él se ha arribado.

« Reconozco la gravedad de la situación en que nos encontramos.

« Necesito caracterizarla en lo que á mi concierne, y daros brevemente la razón de mi conducta.

« Elejido Presidente, llamé á todos los círculos liberales al ejercicio del Poder, y me propuse observar una conducta de constante y respetuosa deferencia al partido conservador.

« Solo quería quietud, mucho trabajo y el bienestar de todos mis conciudadanos.

« Después de tres años de gobierno con los círculos políticos parlamentarios, se produjo en enero último la ruptura de la Alianza Liberal, por actos públicos y extraños á mi voluntad.

« Formé entonces el convencimiento de que la unidad y estabilidad del Gobierno es imposible con los numerosos círculos en que está dividida una gran parte del Congreso.

« Organicé un Ministerio de liberales en enero y á fines de mayo se reorganizó sobre la base de la eliminación irrevocable y absoluta de la que se creía candidatura oficial.

« El Ministerio así organizado fué recibido en el Congreso con una censura previa, y fué condenado antes de ser oído.

« Poco después, la Cámara de Diputados acordó

el aplazamiento del cobro de las contribuciones, mientras el Presidente de la República no nombrase un Ministerio de la confianza del Congreso. El Senado acordó también y en los mismos términos, diferir el estudio de los Presupuestos.

« Me encuentro, señores, bajo la influencia de una amenaza y de una presión efectiva por el aplazamiento del cobro de las contribuciones.

« Pensad, señores, en que soy chileno y que derivo mi mandato, no del Congreso, sino del pueblo, que soy el Jefe del Gobierno en el interior, y el representante de la dignidad y del prestigio de Chile en el exterior. En este puesto soy más que un individuo, porque soy el representante de uno de los poderes fundamentales del Estado. No puedo abatir mi autoridad ni doblegar el ejercicio de mis atribuciones constitucionales y exclusivamente propias ante el Poder Lejislativo, tratándose de la elección de mis secretarios de confianza y asumiendo la responsabilidad de mis propios actos.

« ¿Cuál sería la situación del Presidente de Chile si en estas condiciones cediera en el ejercicio de sus prerogativas constitucionales?»

El acento insinuante y dulce de Balmaceda se apoderaba tan intensamente de los ánimos, era tal su elocuencia al dirijir esa interrogación á los circunstantes, había tanta verdad y nitidez en su exposición, que, en fuerza del despecho, uno de los miembros de la *delegación*, Francisco Puelma, lo interrumpió, diciendo:

—« Sería el hombre más grande de Chile. »

Volvióse airado el Presidente y contestó:

—« Yo no puedo abrir discusiones. Doy sencillamente razón de mi conducta.

«Después de mis perseverantes esfuerzos para hacer fructuosa la labor de Gobierno, por el concurso de todos los liberales, no puedo someter mis prerrogativas á las exijencias invasoras del Poder Lejislativo.

« Solo he querido el bien y solo he trabajado para el bien. Pero se me ha creado por la mayoría del Congreso una situación política delante de la cual no puedo retroceder. Estoy obligado por los acontecimientos á marchar resueltamente hasta el fin.»

La precisión de estas declaraciones no admitía réplica; sin embargo, el mismo comisionado Puelma tuvo la insolencia de insinuar embozadamente al Presidente la necesidad de que renunciara su puesto. Un movimiento de indignación circuló en el auditorio. La bondad del hombre que recibía con hospitalaria hidalguía á sus más encarnizados enemigos y la rectitud incomparable del Magistrado que jamás usara de su autoridad siquiera para reprimir los desbordes de sus gratuitos denigradores, no merecía otra correspondencia que una alusión irrespetuosa y pérfida. Tolerar aquel desmán era rebajar la dignidad de su alto puesto. Alzó Balmaceda su cabeza de apóstol, y revistiendo su semblante de una expresión severa, después de pasar en lijera revista las argumentaciones de Puelma, agregó:

—« Sois, sin duda, personas tranquilas y muy respetables; pero dispensadme, son más respetables para mí los miembros de la mayoría del Congreso. Y si ante ellos he creído que debía mantener la plenitud de mis atribuciones, no habré de inclinarme delante de vosotros.»

« Mi deber público y el patriotismo á que siempre debo ajustar mis actos, me trazan el camino y en él habré de permanecer.»

« Se ha evocado en mi presencia el recuerdo de la abdicación de O'Higgins. Era aquella una época de revolución y anarquía. Nosotros nos encontramos en presencia de una situación regular, en la cual ejercito mis atribuciones constitucionales.

« Nadie tiene el derecho de exigirme el sacrificio de mis prerogativas como Jefe de Estado en Chile.

« Os lo declaro con toda convicción: no abatiré mis atribuciones, no haré en caso alguno el papel de víctima, porque el Jefe de Estado que á esto se prestare, victimaría á la nación que manda y representa.

« Hemos concluído.»

Y señaló con la diestra en dirección á la puerta.

No bien los comisionados hubieron traspuesto los umbrales de los vastos salones, cuando se vió Balmaceda rodeado y abrazado efusivamente por sus amigos. Era imposible separar los sentimientos de partidismo de los afectos personales, en presencia de aquel hombre extraordinario.

Muchos semblantes estaban alterados por patriò-

ticas emociones; en muchos ojos se veían lágrimas de admiración y de entusiasmo.

Mario, se hallaba como perdido en un mar de reflexiones. De pié, cerca del quicio de uno de los balcones, seguía el vaivén de los concurrentes que en orden sucesivo iban llegando hasta donde se encontraba el gefe querido. Vuelto al cabo en sí, pensó en escabullirse sin ser notado, pero la mirada de Balmaceda se fijó en él, apenas hubo avanzado dos pasos en dirección á la puerta. Sorprendido en la retirada, cambió de rumbo y siguio la corriente. Cuando le toco su turno, levantó su mano y balbuceó unas cuantas palabras de felicitación y despedida.

Balmaceda abrió sus brazos.

—No olvide, Mario,— le dijo, estrechándolo cariño samente—que necesito más que nunca del concurso de los hombres de bien. Los jóvenes son patriotas y honrados y Vd. es de los mejores.

—No tengo más que la vida que perder,—respondió Mario—y ella le pertenece á mi Patria.

Aquellos seres nobilísimos habían nacido para entenderse y estimarse.

La firmeza de Balmaceda produjo momentáneo desconcierto en las filas de la coalición. Los tímidos y logreros, que buscan la línea fronteriza para inclinarse al más poderoso, cuidaron de hacerse presentes en la Moneda.

Vióse entonces á muchos hombres, reputados sinceros y de carácter, desempeñar papel indeciso y

doble, signo precursor de las desnudeces morales que habrían de aparecer después de la contienda.

El pueblo, que, como ya lo dijimos, se abstuvo de concurrir al *meeting* de los magnates, elevó sus bien intencionadas representaciones á los poderes en desacuerdo; y en vez de pronunciarse en favor de alguno de ellos, se mantuvo imparcial, limitándose á exponer sus deseos de que tuviera pronto y patriótico desenlace el conflicto.

Balmaceda se mostró aquiescente y bondadoso. Dió razones de su conducta, como el primero de los ciudadanos, y declaró que jamás había tenido el pensamiento de abatir la autoridad ó independencia del Congreso, pero que jamás tampoco desmedraría sus facultades constitucionales, de cuya integridad respondía al pueblo que lo había elejido.

El Congreso, miró con desdeñosa altivez las justas quejas de las clases desheredadas, oyendo en silencio su respetuosa solicitud.

La situación, sin embargo, no podía prolongarse indefinidamente.

Una solución violenta se imponía: O el Presidente de Chile clausuraba el Congreso; ó el Congreso empuñaba las armas para decidir á sangre y fuego la cuestión.

El entredicho en que se hallaban los dos poderes más directamente encargados del gobierno de la

sociedad, redundaba en mengua del prestigio y la seriedad de las instituciones nacionales.

Ofrecíase á Balmaceda la dictadura de Cromwell, apoyada en la Ley Fundamental, que le prescribía «administrar y gobernar el Estado, extendiendo su autoridad á cuanto tiene por objeto la conservación del orden público en el interior y la seguridad exterior de la República.» En el ocaso de su período administrativo, aunque en el zenít de sus talentos y de su gloria, nadie podría atribuir á personales ambiciones un golpe de Estado impuesto por la más justificada necesidad. La vida y conducta misma de sus jurados enemigos, le daban derecho para decirles, como el dictador inglés á los miembros de un Parlamento venal y corrompido:

—Salid de este recinto, que habeis mancillado con vuestros impuros procedimientos! No sois dignos de ocupar los augustos sitiales en que se sentaron los Egaña, los Infante, los García Reyes y los Benavente!

Por desgracia, el hombre que tuviera más tarde valor para destrozar su pensadora cabeza por su propia mano, se detuvo, en acatamiento á las instituciones de su país, ante los atentados de un Congreso revolucionario.

La mayoría parlamentaria, á pesar del cúmulo de odios y ambiciones de que se sentía poseída, no tenía aún los medios necesarios para envolver á Chile en los horrores de una guerra civil. Incapaz de retroceder por vanidad y por anhelos de venganza,

buscó en una tregua el tiempo necesario para la combinación de sus ardides y prosecución de sus planes.

De aquí nació, en hora maldita para Chile, el ministerio Prats.

El conflicto constitucional quedaba subsistente y las pasiones que dominaban á los partidos y á los hombres, en activa ebullición.

La prensa continuó haciendo propaganda en contra del Presidente y sus fieles partidarios; exhibiendo al primero como engendro de amor propio y petulancia, y á los otros, como advenedizos sin ley ni Dios, ansiosos de saquear las repletas arcas del erario nacional. El ridículo y la calumnia, armas escarnecedoras del individuo y la familia, cayeron inexorables sobre ellos. La santa madre de Balmaceda, matrona venerable por sus virtudes, fué soezmente injuriada, como supuesta inspiradora de la actitud de su hijo.

Celebrábanse en las imprentas bacanales inmundas, á cuyos postres, mercenarios escribidores compajinaban sus negras diatribas y pasquines.

Las iglesias fueron convertidas en choclones políticos. Después de cada distribución religiosa, celebrada de prisa, eran asaltados los púlpitos por fogosos oradores que predicaban el exterminio de los sostenedores del gobierno impío. Bandadas de beatas, se exparcían de aquellos nidos de difamación, por todos los ámbitos de la sociedad, á perturbar la

paz de las familias y á profanar los santos dogmas del cristianismo.

Cuando los jefes de la maquinación revolucionaria, algunos de los cuales formaban parte del Ministerio, anudaron los hilos de la oculta trama, el disimulo y las contemplaciones desaparecieron y las exigencias más absurdas se presentaron en forma impolítica y perentoria.

Midió Balmaceda con ánimo resuelto el abismo que se abría á sus plantas. Se le exigía el sacrificio de los leales amigos que lo habían secundado y acompañado en las horas de prueba. Si hubiera procedido impulsado por la vanidad; si el cargo de inconsecuente, que se ha querido arrojar como una sombra sobre su gloriosa memoria, tuviera asidero en su noble conducta,—no habría vacilado en echarse en brazos de sus Ministros. Pero su honor de caballero, su hidalguía de político y su deber de magistrado, pesaron más para él que un acomodo fácil y cobarde.

Belisario Prats y sus colegas abandonaron la casa de gobierno. Verdad es que uno de ellos, cuya reputación de honradez estuvo siempre por encima de las miserias y ruindades humanas, José de Tocornal, dió públicas muestras del alto concepto que del ilustre jefe concibiera durante su efímero paso por el Gobierno.

Llamó entonces el Presidente á otros hombres á compartir la responsabilidad de sus tareas de gobernante. El ministerio Vicuña subió las esca-

las de la Moneda. Componíase éste, si no de las más brillantes personalidades políticas, seguramente de las más puras. Daba garantías amplias de probidad y abnegación patriótica.

La víspera de su composición, presintiéndose ya la decisión última del Presidente;—circuló la noticia de que la mayoría parlamentaria rompería lanzas en pro de sus interesadas miras.

Se acusaría al Ministerio Sanfuentes y á todo otro Ministerio organizado sin su beneplácito; se arrebataría al Presidente la mayoría del Consejo de Estado, despojando de su puesto,—sin autoridad para hacerlo y por razones de carácter privado,—á uno de los consejeros gubernistas; y en el caso improbable de que el Presidente resistiera todavía se le llevaría también al banco de los acusados y se le destituiría del mando.

Aunque estas medidas no estuvieran comprendidas en la órbita de las atribuciones constitucionales del Congreso, su adopción produciría escándalo inmenso en el país.

Balmaceda habríase visto obligado á disolver por la fuerza á la sediciosa corporación y quizás á reducir á prisión algunos de sus miembros. Contemplar inerme semejante desenfreno, con la impasibilidad de la roca azotada por los huracanes, habría sido no tener sentido común ni patrotismo.

Para desviar el golpe y resguardar en lo posible el decoro del Congreso de Chile, firmó el Presidente,

con el acuerdo de su nuevo Ministro del Interior, el decreto de clausura.

La contienda desmoralizadora de las instituciones quedaba cerrada. El Congreso que debía elegirse tres meses después, sería el árbitro imparcial que pronunciaría su veredicto. A él le correspondería castigar al Presidente, enjuiciable durante todo el año inmediato á la fecha de la cesación de su cargo, si había incurrido en alguno de los delitos previstos por la Constitución.

¿Esperaría la coalición de partidos, representada oficialmente por la mayoría parlamentaria, el desenlace constitucional y pacífico del conflicto?

Tal era el enigma que se ofrecía á la preocupación constante de los hombres de Gobierno y á las angustiosas espectativas de los ciudadanos honrados y patriotas.

CAPÍTULO IX

El juego del grande hombre

Las grandes ajitaciones producidas por los acontecimientos que hemos narrado, debían resonar también hondamente en las relaciones privadas y en la vida social. La prostitución de la prensa por el *oro de la usura*, como se designó al estipendio otorgado por los banqueros y especuladores en salitre à sus plumarios, y la prostitución del dogma religioso, trocado en instrumento de proselitismo político, trajeron, como consecuencia obligada, rencillas y enconos personales que llegaron hasta el seno mismo de las familias. Herida la mujer en sus más vivos sentimientos; contrariada en sus afecciones de madre ó de esposa, ó en sus deberes de creyente; luchando entre las imposiciones de la naturaleza y las del fanatismo,—vióse arrastrada fuera de su centro y forzada á actuar en la política con la obsecación de la inexperiencia y la superstición.

El mundo civilizado ha visto con sorpresa las crueldades sin ejemplo que se han cometido en una gue-

rra entre hermanos, sin atinarse á dar una explicación acertada de tal anacronismo.

El origen de esos horrores, perdidos para siempre en los anales de la inquisición ó en las historias de las contiendas religiosas, no se halla en la índole salvaje de los chilenos, como por algunos se ha creído, sino en la participación de la mujer y el sacerdote en los azares de la lucha. Los instintos no han tenido freno ni contrapeso. Las ambiciones contrariadas, las diferencias de doctrinas, la exacerbación de las pasiones, empujaban al individuo á aniquilar al adversario. El Ministro del Señor—semejante á esos frailes carlistas que colgaban la sotana y con el puñal en una mano y el Cristo en la otra se ponían al frente de una horda de foragidos para saquear y matar,—empujaban al desenfreno y á la matanza. (*)

La caridad y el perdón habían sido sustituídos por la crueldad y la venganza!

Las mujeres, en vez de hacer hilas para los heridos y prodigar consuelos á los infelices, cohechaban soldados en los cuarteles y preguntaban sus opiniones al menesteroso antes de tenderles sus pródigas manos!

¡Gala se ha hecho por encumbradas damas de la participación que tuvieron en aquellos luctuosos acontecimientos!

(*) Uno de los más fieros adalides de la revolución, que llegó hasta las bodegas de los buques á gozarse en el martirio de los prisioneros, fué el cura Lisboa, capellán en jefe del ejército constitucional.

De este modo, sin atenuaciones que mitigaran el rigor del choque, una parte de la sociedad pugnaba por exterminar á la otra....

Incertidumbre y congoja reinaba en los hogares de los partidarios del gobierno. Las mujeres estaban tristes y sobresaltadas. Aún las más exentas de preocupaciones, se aflijían al escuchar en el templo predicaciones feroces en contra de sus deudos más queridos.

No se daban cuenta en su sencillez de aquel espantoso desenfreno. Las más tímidas se veían obligadas á suspender sus devociones por temor de incurrir en los anatemas de sus directores espirituales.

Más dóciles otras á las prescripciones de los *unjidos del Señor*, iban á buscar fuerzas y esperanza en sus pérfidos consejos, como el viajero que acosado por la sed bebe con ansia en fuente cenagosa y pestilente.

Achacábanse á flaquezas de incredulidad por las madres y las esposas, las ideas políticas de sus hijos y maridos; y con tales premisas se deducían erróneas consecuencias. Parecerán increíbles á quienes desconozcan los desastrosos efectos de la superstición y el fanatismo, las necias patrañas que, jentes no desprovistas de sentido práctico, acataban como artículos de fé. Decíase que Balmaceda y sus secuaces pretendían arrasar los monasterios y conventos, usurpando los bienes del clero y las comunidades religiosas y expulsando del territorio del país á los sacerdotes católicos. Mejor informados otros modi-

ficaban este último rasgo, asegurando que no serían expulsados sino pasados á cuchillo ó entregados á las fieras como los antiguos mártires cristianos.

Si tan groseras fábulas hallaban asidero en la sociedad culta, imagínense las fantásticas narraciones que correrían entre el vulgo ignorante y crédulo.

En Chile mismo se desconocen generalmente esas leyendas absurdas. Nadie, que sepamos, las ha recojido y publicado. Aún sin referirnos á lo que hemos oído, vamos á limitarnos á nuestras propias noticias y conocimientos.

Preguntado un minero por las razones que lo impulsaban á odiar á Balmaceda y sus amigos, nos contestó,—confirmando varios de sus compañeros sus extrañas creencias:—« que el Presidente se había robado cien millones de pesos que guardaba en la Moneda, y que era menester impedir que sacara del pais tan cuantiosa suma. » Como no pudiéramos convencerlo de la falsedad ridícula de esa imputación, encastillado en el irrefutable argumento: « lo dijo el cura »—le observamos que aún así no nos dábamos cuenta de su profunda animadversión y deseos de venganza. « Es que además, nos respondió, quiere Balmaceda matar á los *padrecitos*. Y en fin,—agregó,—¿acaso no sabemos nosotros que se come los niños y tiene un sótano lleno de esqueletos de los que ya han perecido? »

Se replicará que « una golondrina no hace verano » y que el ingenuo minero es tal vez el único ejemplar

que pudiéramos citar en apoyo de nuestras aseveraciones. Desgraciadamente no es así. Idénticas relaciones hemos recogido de boca de infelices fanáticos en Vallenar, Rengo y Santiago.

En el curso de nuestra historia tendremos oportunidad de palpar los desastrosos efectos de esas monstruosas predicaciones. Por ahora, nos concretaremos á patentizar la impresión que ellas y los demás sucesos públicos habían causado en el ánimo de nuestros principales personajes.

El día que Balmaceda recibió á la delegación de magnates encargada de poner en sus manos las conclusiones del meeting de 16 de julio, coincidió con el señalado por la familia Vedia para sus reuniones semanales. Concurrían á estas tertulias de confianza algunas familias del barrio y varios amigos de los jóvenes. Como ya en otra parte lo hemos dicho, en pocos hogares se aunaban tan agradablemente las distracciones honestas con los pasatiempos instructivos.

Se alternaban con la música, el canto y el baile, narraciones sencillas, hechas por algunos de los jóvenes,—sin pretensiones de conferencias,—é ilustradas con vistas fotográficas, oleografías ó imágenes reproducidas por la *linterna mágica.* En vez de esas conversaciones baladíes, que fundan su único interés en la crítica acerada y convierten los salones en focos de difamación, se ensayaban juegos recreativos ó se resolvían problemas de ingenio.

El más celebrado de esos entretenimientos había

sido presentado por Mario, quien lo había leído en una revista ó periódico francés. Llamábase el *juego del grande hombre*, y se decía ideado por Victor Hugo. Consistía en pensar el nombre de un personaje célebre, el cual se escribía en una cédula.

Podían tomar conocimiento de él todos, menos la persona encargada de descifrarlo.

El adivinador hacía hasta veinte preguntas, las cuales no podían ser contestadas más que afirmativa ó negativamente. Al enterarse ese guarismo, ó antes si había dado con el enigma, lo manifestaba á los circunstantes. Mediante este ejercicio se obligaba á los jóvenes á estudiar y á refrescar sus medio olvidadas lecciones. Naturalmente se procedía con más ó menos estrictez, según la persona que sufría la prueba.

A las jóvenes se les designaba jeneralmente prohombres de la historia nacional y aún á veces personajes vivos, lo que daba tema á reclamaciones y juicios encontrados. Los mozos eran sometidos á pruebas más rigurosas.

A primera vista puede estimarse un tanto difícil el ejercicio, pero su reiteración aguza las facultades del individuo, á la vez que lo aguijonea con creciente interés.

Se formaban dos círculos: en uno se reunían los caballeros y señoras de edad madura; en otro la juventud bulliciosa y decidora.

Sin embargo, el juego del *grande hombre* despertaba igual curiosidad en ambos. Su ensayo para-

lizaba las conversaciones jenerales y concentraba la atención de todos los circunstantes.

La noche á que aludimos, hubo algunas escaramuzas políticas sostenidas por don Antonio y Mario en contra de Ricardo Solar, á consecuencia de apreciaciones y comentarios de los sucesos del día· Criticaba Solar la actitud del Ejecutivo con lijereza y fatuidad, impropias de la gravedad de los hechos y de la representación de las autoridades que actuaban en ellos. Refiriéndose á Balmaceda, dijo:

—La desmesurada ambición que lo domina, le ha hecho desdeñar las justas representaciones de los hombres más prominentes en la política y en la sociedad.

—¡Ambición! ¿de qué?—le preguntó Mario.—¿De poder? Ha llegado al más encumbrado puesto en un país republicano. ¿De gloria? Ella no se funda en el presente ni para el presente; nace cuando el individuo muere, y vive con el recuerdo de las grandes virtudes y de los grandes sacrificios. ¿De qué, entonces?

—De vanidad. Apagar á sus émulos, humillar ante sí al Congreso de Chile: esa es la ambición que lo extravía.

—¡Aberración incomprensible y absurda! Fíjate en que solo le queda un año de gobierno; y no es en la agonía de un período administrativo cuando se pueden tener tan osadas pretensiones. Haber luchado cuatro años consecutivos para fundar un

gobierno de libertad, desprendiéndose por espontánea iniciativa de una parte de sus facultades constitucionales; haber engrandecido á su Patria y merecido de sus adversarios de hoy ser llamado el Washington chileno; ¿para qué? ¿Para romper tan honrosas tradiciones y precipitarse como un insensato sobre un fantasma? Sí, sobre un fantasma! Porque los hombres que lo calumnian no alcanzan á emularlo. Si tú lo hubieras visto esta tarde, en presencia de los emisarios de la oligarquía, expresar los fundamentos de su actitud, con la sencillez incomparable de la grandeza, con la lójica de hierro de la justicia, con el esmalte limpio de la verdad, habrías sentido caer la venda que te ciega y te extravía.

—Cualquiera al oirte diría que haces la apolojía de un apóstol ó de un mártir.

—Sin duda: apóstol de la democracia, como lo fué Bilbao; mártir ¡quién sabe! como lo fueron Sócrates y Cristo.

—¡Esto es ya demasiado!—interrumpió doña Juana, sin poder contenerse.—¡Llamar apóstol á un renegado que ha perseguido á la Iglesia y proyecta la muerte de sus sacerdotes y la destrucción de sus dogmas! ¡Compararlo con Dios!.... Ese es,—agregó, volviéndose con desesperación á su marido,—el fruto de la educación que ha recibido mi hijo.

—Pero, mujer, tú no has comprendido el sentido de las palabras de Mario.

—Tú también! Antes que ver á los míos defender

al Tirano, al que estableció en Chile el concubinato, anulando el santo sacramento del matrimonio, prefiero mil veces morir!

Mario estaba yerto de pena y rojo de vergüenza.

Consiguióse al fin calmar á la fanática señora. La llegada de la familia Alvarado dió jiro diverso á la conversación. Doña Micaela y su marido don Ramón, se acomodaron junto á los dueños de casa, mientras sus hijas, Laura y Manuela,—la morenita que hemos visto rechazar con gracia, en las carreras del año anterior, el asedio puesto á la plaza por Ricardo Solar,—arrastrando á los jóvenes de ambos sexos que rodeaban á doña Juana, fueron á formar en el otro extremo del salón su animada tertulia.

Las intransigencias de la pobre señora, contenidas durante una larga época mediante los consejos del padre Luis, surjían de nuevo, ahuyentando á los jóvenes de su lado, como la tempestad pone en fuga las bandadas de tímidas golondrinas.

Las recién llegadas, no alcanzaron á oir la discusión que terminó de una manera tan imprevista como violenta. Dieron, pues, rienda suelta á sus amistosos sentimientos. Cada una de ellas, por otra parte, tenía motivos particulares de satisfacción: Manuelita, encontraba á su inseparable y apasionado Ricardo, que sin haber alcanzado aún el dictado oficial de prometido, parecía entenderse maravillosamente con ella; Laura, no se mostraba tam-

poco esquiva á las militares solicitaciones del capitán Vedia.

Se agrupaban además en el florido cercado de la belleza y la juventud, Luisa Samper y su hermano Arturo, médico y poeta, aunque parezcan reñidas la prosa de nuestra material humanidad con los ensueños dorados de la imajinación; Luis Valdés y Genaro Reyes, rentistas y nobles, al estilo de la moderna burguesía, que funda en títulos de renta y acciones de crédito sus blasones, como en otra época se fundaban en viejos pergaminos; y nuestro conocido, Alberto, que buscaba cerca de su amada compensación á sus solitarias inquietudes y congojas.

La charla, ora general, ora particular, tenía el grato sabor de la confianza culta y llana.

—No esperaba tener el gusto de encontrarlo, decíale con malicia, Manuelita á Ricardo.

—¿Sí?—no deja de ser extraño,—interrumpió Luisa, que se divertía en embromar á su amiga.

—¿Por qué? interrogaba la aludida.

—Porque ni tú ni Ricardo dejan nunca de concurrir los lunes á estas reuniones.

—Pues, es verdad! Te aseguro, hijita, que no había parado mientes en ello.

Y las donosas interlocutoras concluían el diálogo sin dejar tiempo á Ricardo de tomar parte en él.

Genaro, que no se divertía gran cosa, tal vez por no tener mucho ingenio que lucir, gustaba más de que se tocara el piano, anuncio precursor del acom-

pasado vals, en cuyo ejercicio no tenía rival. Levantóse de su asiento y se dirigió á Lía.

—¿Nos hará Vd. el favor de tocar algo?—le dijo, presentándole el brazo.

—Siento que no se haya dirijido antes á Luisa, Manuelita ó Laura,—contestó Lía.

Genaro reiteró sus instancias y la joven se levantó, dirigiéndose al piano levemente apoyada en su brazo.

Tomó el álbum de música y se puso á hojearlo; pero en vez de preguntar á su acompañante que pieza prefería, lo colocó, al cabo de un rato, en el atril.

Hizo un ligero preludio, como para dar soltura á los dedos, se acomodó en el asiento y dió principio á una extraña y tristísima melodía. Sea por afición, sea por cortesía, los rumores de la conversación cesaron. Delicados arpejios brotaron de sus manos, ora tiernos y quejumbrosos como lamentos, ora rápidos y vibrantes como aspiraciones de amor y de consuelo.

A los primeros sonidos del piano, Mario, que desde la escena ocurrida con su madre, había permanecido mudo y pensativo, levantó la cabeza y principió á seguir sin perder una nota la sentida composición. Era aquella su pieza favorita: *La última esperanza*, de Gottschalk.

Cuando concluyó dirigió Lía una mirada á su hermano. Un mismo pensamiento de dolor y de duda los asaltó al ver reaparecer el fatídico mal que

había perturbado tan ásperamente la existencia de su madre. No pudiendo comunicarse sus impresiones, encontró Lía aquel medio simpático de trasmitir las suyas con la elocuencia armónica y encantada de la música.

Vuelta á su sitio, se acercó á ella Mario, agradecido y sonriente, como si el aliento de un ángel hubiese oreado su rostro; y mientras los demás aplaudían la destreza con que había ejecutado la difícil composición, él deslizó á su oído estas palabras:

—¡Cuánto te amo, hermana!

—He oído decir,—exclamó Laura,—que *La última esperanza* no es una composición puramente ideal.

—¿Cómo así?

—Cuentan que fué escrita con motivo de un episodio de la vida de Gottschalk.

—Desearía saberlo ¿Lo conoces tú?

—No; pero Arturo, que es poeta y gran admirador del Maestro, no tendrá inconveniente en referirlo. ¿No es así?

—Si ustedes lo desean,—respondió el médico.

—Vaya que sí! Mucho silencio: el orador tiene la palabra,—concluyó Manuelita con su habitual despejo.

—No recuerdo el año, ni hace al caso,—principió Arturo; ello es que el célebre pianista y compositor decidió hacer un viaje á la Habana, y como la fama de su genio lo precedía por todas partes, los hijos de la *Perla de las Antillas* le prepararon espléndido recibimiento.

El entusiasmo que con sus conciertos produjo fué asombroso.

Calcúlese no más por las aclamaciones de que entre nosotros fué objeto, á despecho de nuestra flema británica, que no alcanzara á conmover la incomparable Sarah Bernard.

En una de esas veladas musicales, mitad públicas, mitad privadas, que solía dar el maestro, recibió la solicitación de una dama, que llevaba el duelo de su hijo, para que le permitiese oirlo desde un sitio poco visible. Fué hecha la petición en forma tan irreprochable y cortesana, que Gottschalk accedió.

El creador de *las arpas eólicas* electrizó á sus invitados.

La enlutada señora, cubierta con un largo crespón que le caía de la cabeza al ruedo del vestido, esperó la salida de todos para retirarse. Cuando llegó el momento, al saludar al maestro, expresándole sus agradecimientos por su complacencia, divisó los rasgos de su cara, que hasta entonces no había visto.

Algo indecible pasó por ella; mezcla de terror y de cariño, de alegría y de espanto: tenía ante sí la inolvidable figura de su hijo.

El Maestro notó la actitud temblorosa y dolorida de la dama; creyó que iba á caer y le ofreció su brazo, diciéndole:

—Apóyese usted, señora—Pero ¿qué tiene usted? exclamó, viendo á la enlutada echarse atrás con espantado ademán.

¡La voz que acababa de oir, era la propia voz de su hijo!

Recobrada un tanto, alzóse la enlutada el velo y dejó ver una fisonomía noble y hermosa. El llanto anegaba sus ojos y los suspiros ahogaban su pecho. Su cabeza, blanca como la nieve, imponía veneración y simpatía.

Explicó la señora su sorpresa y contó sus cuitas.

La presencia de Gottschalk parecía serenarla, como si su hijo mismo hubiera vuelto á la vida.

Una idea generosa prendió en el alma del artista.

—Y bien, señora,—le dijo con dulce acento,—yo seré su hijo.

Desde aquel día amor de madre y de hijo unió á aquellos dos seres. Gottschalk, suspendió sus giras y se estableció definitivamente en la Habana. La madre se forjó la tierna ilusión de que su hijo había regresado de la mansión de las sombras.

Por desgracia el remedio fué tardío. Llevaba la señora en su seno la herida incurable de su eterno pesar. Su corazón iba extinguiendo sus latidos al amparo bendito del genio, con el tenue decaimiento con que se extinguen las luces del día entre los opacos velos de la nòche.

Cuando conoció que su instante postrero llegaba, llamó á su hijo adoptivo, que lloraba de rodillas, junto al lecho, y lo besó en la frente.

—Oye, noble hijo mío, abnegado compañero de

mi solitaria vejez; recoje mis últimas voluntades con la caritativa obediencia con que has amparado la orfandad de mi alma.

Gottschalk movió su cabeza en señal afirmativa. Sus ojos melancólicos, cargados con el afán de geniales inspiraciones, se posaban en el rostro de la moribunda como para recojer sus sagrados mandatos.

—Cuando ya no exista, vuelve al mundo que te reclama y te admira. Perdona si mi egoismo de madre encadenó tu genio!

Y ahora,—terminó haciendo un esfuerzo—quiero pasar de este mundo al otro, escuchando tus celestiales creaciones.

Levantóse Gottschalk y se puso al piano con la sombría inspiración que iluminó la mente de Tintoreto cuando trazó con el pincel la silueta cadavérica de su hijo.

A cada instante volvía su mirada hacia el lecho de la moribunda. Cuando vió extinguirse su aliento y cerrarse para siempre sus pupilas, tocó una sola nota, aislada, fúnebre......

En seguida se acercó de puntillas á su madre adoptiva como para no despertarla de su sueño...

Aquella composición extraña y sublime es «*La última esperanza*».

Él cumplió también el otro mandato de su madre: volvió al mundo.

Pasado un instante de silencio, causado por la impresión que la romántica historia produjo en el

ánimo de los oyentes, corrió un murmullo de aprobación rendido al narrador.

—¡Magnífico!, doctor,—profirió Enrique.

—Debe escribirla,—insinuó Laura.

—Sí, que la escriba,—repitieron los demás.

—Me inclino ante los mandatos de la belleza,—respondió con galantería Arturo. Mañana la publicaré en *La Nación*.

—Eso sí que no!—protesto Manuelita, que tenía sus ribetes de opositora. Ha de publicarla en *La Libertad Electoral*.

—Estoy en entredicho con los redactores de ese diario.

—¡Qué lástima!

—Por nuestra parte,—dijo Laura, después de consultar con una mirada á sus amigos,—preferimos el órgano liberal gubernista.

—No hagamos cuestión de superficialidades,—concluyó Lía, queriendo evitar que se enhebrara de nuevo el tema de la política.

Lo importante es que Arturo no deje inèdito un episodio tan interesante.

—Pues entonces, cerrado el debate,—dijo con finjida seriedad la morena.

Pasaremos á otro asunto, si Luis lo consiente.

—Soy materia dispuesta.

—Háganos el favor de tocar un vals.

—Con mucho gusto,—respondiò el joven dirijiéndose al piano.

Formáronse las parejas y empezaron á dar vuel-

tas en torno del espacioso salón, al rítmico compás de la música. Genaro servía de compañero á Luisa, Enrique á Laura, Ricardo á Manuelita y Alberto á Lía.

Mario seguía la danza con distraídos ojos.

Por largo rato se mantuvo igual ardor y entusiasmo entre los jóvenes, hasta que el cansancio los fué rindiendo. Por último, solo una pareja arrogante y vencedora, siguió los vaivenes del vals, mientras las demás tomadas del brazo se paseaban al rededor. Genaro se desquitaba, mostrando sus dotes coreográficas, del rol poco lucido que hacía en las conversaciones de los jóvenes. Cuando Luisa se apercibió de que los demás habían dejado de danzar lo hizo presente á Genaro, pero éste insistió para recalcar más su triunfo.

—Es bastante,—díjole la niña. Me siento rendida.

—Si es así, cedo. Por mi parte habría podido dar cien vueltas más á cada lado.

—Es demasiado notoria su habilidad y resistencia para que yo las ponga en duda,- respondió Luisa con sorna.

El figurín se inclinó complacido.

Sentáronse todos y la charla se reanudó.

—¿No jugamos un rato al *grande hombre*? preguntó Luisa.

—Sí, sí, exclamaron las muchachas.

—¿Quién principia?

—Genaro, insinuó Laura.

—Tengo tan poca práctica,—replicó éste excusándose.

—Ensaye esta vez; yo creo que adivinará.

—Como á Vds. les parezca.

Levantóse Genaro y se separó del círculo, en tanto que se ponían de acuerdo respecto del nombre que debía descifrar.

Hubo una pausa. Los presentes se concentraron para traer á la memoria sus recuerdos históricos.

—No muy difícil,—arguyó desde su retirado sitio el paciente.

—Descuide Vd., le pondremos un personaje grande, muy grande.

—Propongo á Mazarino.

—Ó á Napoleón.

—Mejor es María Antonieta.

—¿Qué dicen Vds. de Mirabeau?

Todas las cabezas se inclinaban, formando un grupo animado, mientras que con reprimidas voces se proponían los nombres de los candidatos. Decidiéronse, por último, en favor de Colón.

—Ya está, dijo Arturo, que fué el encargado de dirijir el juego.

Acercóse entre confuso y desconfiado el eximio valsador.

—¿Es muy difícil?

—No, hombre, al contrario?

—Qué empiece pronto!

—Sí, que empiece.

—Ya voy—suspiró el infeliz haciendo un esfuerzo, como quien se arroja á un pozo de agua helada.

—¿Americano?

—No.

—¿Europeo?

—Sí.

—¿Francés?

—No.

—¿Inglés?

—No.

—¿Español?

—No.

—¿Italiano?

—Sí.

—Ah! Ah! murmuró Genaro como quien principia á penetrar el enigma.

—Y van cinco, exclamó Manuelita.

—No, cuatro.

—Cinco, replicó Lía que llevaba el apunte de las preguntas.

—¿Escritor?

—No.

—¿Político?

—No.

—¿Guerrero?

—No.

—¿Y, sin embargo, es célebre?

—Sí.

—Esa no es pregunta. No la apunte Lía.

—Pierda cuidado, no la anotaré.

—Ah! ya! ¿Pintor?

—No.

—¿Escultor?

—No.

—¡Qué extraño! exclamó desorientado. Ni escritor, ni político, ni guerrero, ni escultor, ni pintor.... ¿Dignidad eclesiástica, entonces?

—No.

—¿Descubridor?

—Sí.

—Al fin!

—Muy bien, muy bien,—exclamaron las jóvenes.

—¿Sufrió persecusiones de la Inquisición?

—No.

—Caramba! Creí que era Galileo. ¿Sus descubri mientos se refieren á la electricidad?

—No.

—Tampoco es Galvani, profirió Genaro, dándose importancia y repitiendo el nombre que acababa de oir á Enrique, como había repetido la pregunta.

—No lo turbes,—dijo Lía á Enrique, compadecido del tormento de Genaro.

—¿Cuántas preguntas van?

—Dieziseis.

—¿Mujer?

—No.

—Pues, no doy.

—Pero es imposible. Si tienes la clave del enigma.

—Piensa un poco,—le apuntaba Luis.

—Es italiano y descubridor, decía Genaro, recapacitando.

Después de mucho preguntó éste:

- ¿Vivo?

—No.

Todos se rieron de la interrogación.

- Sí, ríanse no más. Para Vds. que saben quién es, es muy fácil. Ya les llegará su turno y veremos.

Convencido al cabo de la inutilidad de sus esfuerzos se declaró incapaz de adivinar.

—Veamos quién es; de seguro un individuo oscuro. Han rebuscado la historia para desorientarme.

--Cállate, hombre; si es Colón!

—¿Colón?

—Sí, Colón.

—Pensé en él, pero no acerté porque me equivocaron.

—¿Cómo así?

—Pregunté si era español y me dijeron que no.

—Sin duda.

—Pero si nació en Medellin, en Estremadura.

—Todos reprimieron la risa.

—Hombre! dijo Arturo. Te voy á convencer. Dime, Raquelita,– prosiguió dirijiéndose á la niña: ¿Quién descubrió la América?

—Un marino genovés llamado Cristóbal Colón,— respondió la interpelada con viveza.

—Ya ves que no fué de Medellin sino de Génova: tú lo confundiste con Hernán Cortés.

—Es verdad, contestó avergonzado Genaro.

Después se designó á Lía, quien dió fácilmente con el personaje: Juana de Arco. Siguio Enrique, que también salió bien de la prueba, atinando con el incógnito: el mariscal Nei. Manuelita, descifró el suyo: San Martín. Luis, dió con Pedro el Grande; Laura, con O' Higgins; Luis, con Bolívar; Alberto, con Chateaubriand.

Solo quedaban ya Arturo y Mario. Este se escusó y el doctor se separó del grupo. Conocido como invencible en el juego del *grande hombre*, buscaban y rebuscaban antes de someterlo á prueba.

Manuelita declaró que ella le tenía preparada una sorpresa, pero que ponía por condición que el secreto de la cédula no fuera violado hasta el momento de acertar con el nombre ó desistir de adivinarlo. Así se convino, dejando al injenio de la morena el cuidado de intrigar al doctor.

Escribió Manuelita la cédula y la colocó debajo de un álbum de fotografías.

Puede empezar ahora, dijo,—dirijiéndose á Arturo.

—¿Moderno?

—No.

—¿Contemporáneo?

—Sí.

—¿Americano?

—Sí.

—¿Chileno?

—Sí.

—¿Vivo?

—Sí.

—Admirable! exclamaron todos. Es menester ser adivino para atinar con tanta facilidad.

En realidad las preguntas eran mejor ordenadas; y con un poco de sagacidad y conocimiento de la persona encargada de preguntar, se daba con el secreto de la pretendida adivinación.

Sabida la época, era presumible el continente y hasta el país.

Lo demás dependía de la viveza de imajinación y conocimientos históricos del que ensayaba la prueba.

—Político? continuó Arturo.

—Sí.

—¿Residente en Santiago?

—Sí.

—¿Miembro actual del poder lejislativo?

—No.

—¿Del ejecutivo?

—Sí.

—¿Orador parlamentario?

—Sí.

—¿Diplomático?

—Sí.

—¿Reformador?

Guardó silencio Manuelita y al cabo de un rato dijo:

—¿Presumo que en ese calificativo pueden comprenderse así los buenos como los malos reformadores?

—Sin duda.

—Pues entonces, sí.

Como se comprende, los rodeos empleados por el doctor no tenían otro objeto que hacer resaltar las relevantes dotes del incógnito, obligando á la vivaracha doncella á reconocerlas.

Pretendía también dar una lección indirecta á Luis y Genaro, partidarios decididos de la oligarquía, ricos, mimados de las aspirantes á realizar un *buen partido*, en cuyo número se contaba la voluble Manuelita, y que, á falta de otro teatro más adecuado y más vasto, propagaban en los salones y entre el bello sexo sus ideas políticas.

—¿Iniciador y defensor de las leyes sobre el estado civil? continuó Arturo.

—Sí.

—¿Presidente de la República?

—Sí.

—No necesito nombrarlo. Aún sin la carecterización del puesto que desempeña, solo hay en Chile un hombre que reuna tales condiciones: político, orador, diplomático, reformador, y ésto pasando en silencio, por respeto á opiniones ajenas, sus prendas personales y la variedad de sus talentos.

—Bravísimo! Yo sostengo, sin entrar á pronunciarme respecto al juicio que Arturo acaba de emitir, que despuès de este brillante ensayo se lleva la palma en el *juego del grande hombre*. Confieso que yo jamás habría atinado á dar con el enigma.

—¿Y por qué, Luis?

—Porque es cuestión de malicia y no de imajinación y memoria fijarse en un nombre oscuro cuando hay tantos luminosos.

—Soy de la misma opinión,—afirmó Genaro, que miraba con envidia el triunfo del doctor y quería vengarse de la lección que éste le había propinado por boca de Raquelita.-

—La argumentación de Vds. contradice el propósito que aparentan tener de no juzgar á Balmaceda. En los elojios que me tributan lo expresan bien claramente. Creo que no proceden con imparcialidad, y lo voy á probar.

Dígame Vd, Genaro, ¿cabe en el entretenimiento de que se trata, sin incurrir en nombres rebuscados, poner los de aquellos que figuran en primera línea en nuestra historia nacional?

—Indudablemente.

—¿Puede optarse por los que están aún vivos?

—Sí.

—Hasta aquí como Vds. ven, no hay por qué admirarse de mi acierto.

—Falta lo principal, interrumpió Genaro. La importancia del sujeto.

—A eso voy. Será Vd. mismo juez.

Conocida la circunstancia de ser chileno y actuar en política, no era difícil suponer que residiera en Santiago. Lo pregunté, y se me respondió afirmativamente. En dos interrogaciones más descubrí que formaba parte del ejecutivo. Lo demás está al alcance del más miope. Pero, vamos á las con-

diciones personales del individuo: políticos, hay muchos; por esta sola indicación no se descubre el secreto; político, orador y diplomático, hay algunos, aunque pocos. Ahora bien, cíteme Vd. uno solo que añada á estas particularidades la de ser jefe de un movimiento de reforma, como el referido anteriormente, por más que dé lugar,—agregó Arturo sonriéndose y mirando á Manuelita,—á distinciones entre reformadores buenos y malos.

—Hay varios.

—¿Designe Vd. uno?

—Como Vds. ven,—terminó el doctor—después de una pausa, no queriendo abusar del embarazo de sus adversarios,—cualquiera en mi lugar habría acertado.

—Menos yo, protestó el testarudo Genaro.

—Vd. lo dice,—respondió filosóficamente Arturo.

El trasunto fiel que hemos hecho de las escenas ocurridas esa noche, pone de relieve las discordias y ajitaciones que germinaban en el seno de la sociedad, contenidas aún en el período de incubación, pero que, al producirse el desastre, debían desbordarse, determinando más crueles y salvajes los caracteres de la lucha.

Otro factor importante vemos actuar, aunque todavía en forma indecisa en el acontecimiento: la moda. La oligarquía, representante de la nobleza, al estilo burgués, acusaba de *pijes* y *siúticos* á los partidarios del gobierno y les colgaba el sambenito del ridículo.

En una sociedad atrazada como la nuestra, oreada todavía con el ambiente del coloniaje, las preocupaciones y el *¿qué dirán?* tienen capital importancia. Aún los espíritus más libres de prejuicios, pagan mediano acatamiento á semejantes antiguallas.

Imajínese la positiva influencia que tendría sobre los ánimos apocados el menosprecio de los señores, manifestado de todas maneras y con irritante altanería. No era solo el desdén olímpico de los hombres, que al fin podía pagarse en idéntica moneda, sino la burla fina de las mujeres, su sarcasmo y su ironía, que marcaban con el dictado de *cursi* como con caracteres de fuego, á los que combatían las pretensiones invasoras de la oligarquía. Y como la generalidad de las mujeres, dominadas por el clero, y rindiendo pleito homenaje al demonio del orgullo, aplaudían á los congresistas y se pretendían nobles, la juventud se veía muchas veces forzada á optar entre sus convicciones y sus sentimientos.

Ya en Manuelita hemos visto trasparentarse la influencia de la moda, aunque reprimida por la finura y el tacto del doctor, tanto como por la incapacidad de los jóvenes oligarcas.

Cuentan los historiadores de la república Dominicana, que los peores enemigos que tuvieron los negros, así en sus pretensiones de libertad de casta como de independencia nacional, fueron los mulatos, sus inmediatos descendientes. Fenómeno es éste que se ha repetido en todas partes en donde la

sangre africana se ha confundido con la sangre blanca y que se explica por el anhelo de no participar de la inferioridad que se atribuye á sus progenitores.

El mulato odia al negro, y aparenta despreciarlo más que el blanco mismo, creyendo desvincularse así de sus antecedentes de raza.

Algo parecido sucedió en Chile con individuos de la clase media, que siguieron á los oligarcas y sostuvieron sus propósitos, con tal de sentar plaza de señores. Por supuesto que mientras más dudosa era la prosapía, más profundo era el odio que se sentía por los de su orijen. Y como al fin y al cabo, toda la pureza del linaje se reducía á la cuantía de los doblones, muchos consiguieron con la victoria aquilatar sus títulos á costa de los vencidos ó del erario nacional.

Ibanse así formando los elementos sociales que debían apoyar la revolución, al par que los sucesos públicos se precipitaban al desenlace final. Es esta doble corriente: visible una, subterránea otra, pero simultáneas ambas, la que hemos tratado de bosquejar en las pájinas anteriores.

CAPÍTULO X

La traición

El momento fatal se aproximaba. La clausura del Congreso, decretada en amparo del honor de los cuerpos fundamentales del Estado, dejaba á la coalición sin teatro en que continuar su tarea de desorganización política y social.

Acudióse entonces al *meeting*, como ya lo habían practicado los notables con ocasión de las censuras de que en ambas Cámaras fuera objeto el Gabinete Sanfuentes.

El domingo 19 de Octubre tuvo lugar la reunión, y en ella se aprobó el siguiente acuerdo revolucionario: «Todos los ciudadanos honrados de la República, sin distinción de colores políticos, deben unir sus esfuerzos para preparar la resistencia, por los medios legales mientras el Gobierno se mantenga dentro de la Constitución, y por todos los medios posibles cuando salga de ella».

La prensa dejó de llamar al Presidente de la Re-

pública por su título constitucional, sustituyéndolo con los apodos de Dictador y Tirano.

De este modo la revuelta se hacía de palabra entre tanto llegaba el instante de realizarla de obra, á vista y paciencia de las autoridades, con su garantía y bajo su resguardo, sin que se pusiera jamás óbice á las libertades de prensa ó reunión, por más que hubiesen dejenerado en escandalosa licencia.

No es posible hallar en la historia del mundo entero un ejemplo de continencia más severa, que la demostrada por Balmaceda en aquellos momentos. Asediado por sus amigos y fieles partidarios, que le pedían hiciera respetar su autoridad y su persona—escarnecidas y manchadas por sus adversarios,—se mantuvo inflexible. perdonando como hombre las calumnias que se le inferían, sin desplegar jamás sus labios para repelerlas ó vengarlas, y desdeñando como mandatario descender de la altura en que el pueblo lo había colocado. Si su magnanimidad era digna de su alma de cristiano, la rectitud inquebrantable de su conducta aquilataba la firmeza de sus virtudes republicanas.

Pero la estoica impasibilidad de Balmaceda, lejos de moderar á los coaligados, encendía más el odio y la envidia de que se hallaban poseídos, que es prenda de espíritus mezquinos cebarse con ahinco en cuánto lleva el sello de indiscutible grandeza.

Buscóse un nuevo expediente para alimentar la pública exitación, que se apagaba con la clausura del Congreso, como se apagan las conmo-

ciones artificiales cuando faltan los ajentes que les dán pábulo y alimento. La mayoría de la Comisión Conservadora provocó la citación de este cuerpo, con el fin de solicitar del Presidente de la República la reapertura del Congreso.

Describir las escenas carnavalescas que prostituyeron tan encumbrada corporación, sería demasiado prolijo. Basta á nuestro propósito manifestar que se dió voz y voto á individuos extraños á su composición constitucional, y que en la sala de sesiones del Senado, convertido en claustro pleno de senadores y diputados, se discutieron y aprobaron indicaciones absurdas y atrabiliarias.

El Ejecutivo se mantuvo inflexible en su negativa, limitándose á responder sin comentarios, que, subsistiendo las razones que habían motivado la clausura, se escusaba de ejercitar su derecho de convocatoria.

Nunca, en país alguno civilizado, se han producido tan fundamentales trastornos, ni cometídose impunemente desacatos tan graves contra el Gobierno y la sociedad. Y, sin embargo, las inmunidades parlamentarias fueron respetadas, como antes lo fueran los derechos de reunión y de prensa.

En realidad, el país se hallaba en estado de revolución, lo que habría justificado las medidas de represalias en los individuos y de represión en el Gobierno. Sólo la voluntad inquebrantable del Jefe de la Nación podía sofocar los justos resentimientos de sus parciales. Individuos asalariados de la chus-

ma y tipos despreciables de la juventud dorada, cometían toda clase de exesos y desórdenes. Los representantes del pueblo que combatían á la coalición eran ultrajados brutalmente y agredidos con infame descaro. Se arrojaban piedras á las habitaciones privadas del Presidente y su familia, en una de cuyas veces hubo riesgo inminente de que ocurriera una desgracia.

¿A qué continuar? Bástenos recordar un solo y último atentado, del cual dió cuenta la prensa, sin que se expresara la menor reprobación en los órganos opositores.

Las hijas del Presidente, niñas inocentes, la mayor de las cuales cumplía apenas quince años, fueron injuriadas y perseguidas por jóvenes conocidos de la oligarquía.

Llegaban á los hogares anónimos amenazadores y anuncios calumniosos, destinados á debilitar la entereza de los defensores del orden y á provocar disensiones en las familias.

De palabra y por escrito, desde el recinto de la Comisión Conservadora ó desde la sagrada cátedra de las iglesias, se movía á la desobediencia y á la revuelta á los custodios de la paz.

La prolongación de tal estado de cosas era ya imposible.

Llegó el 1° de Enero. A partir de ese día cesaba el imperio de la ley de presupuestos. Hallábase Balmaceda, como lo expuso en un manifiesto dirigido al pueblo, en la misma situación en que,

por más ó menos tiempo, sus predecesores en el gobierno y él mismo en años anteriores se habían encontrado. Jamás por tal causa se paralizaron los servicios públicos, ni se pretendió que el jefe de la nación se había convertido en dictador. Los jefes de la coalición parlamentaria, de filiación liberal, radical ó monttvarista, habían sancionado tal conducta, continuando en el ejercicio de sus funciones ministeriales cuando esos puestos desempeñaban, y autorizando sin ley del Congreso todos los gastos del Estado.

Con asombro de los que creían la efectividad del levantamiento armado, pasó tranquilamente la noche del 1o. La autoridad dejó libertad al pueblo para la celebración del año nuevo, con las mismas garantías y facilidades habituales. Muchos pensaron que un último resto de patriotismo, ó el convencimiento de la impotencia, iban á mover á la oligarquía á detenerse al borde del precipicio. Era aquel el instante sicológico. ¿Declararían diferida la partida á su natural solución? Solo dos meses faltaban para que el sufragio popular pronunciara su veredicto. Tanto más lógico era suponer que los coaligados aceptarían la apelación constitucional, cuanto que,--sosteniendo la existencia del régimen parlamentario en nuestras instituciones, y faltando entre otras peculiaridades para su efectividad el derecho en el Ejecutivo de disolver el Parlamento,—se presentaba la oportunidad casual de una elección inmediata.

¿No era el pueblo el soberano?

En un conflicto de poderes ¿no era la sola autoridad llamada á fallarlo?

Proceder de otro modo era arrogarse la representación dual de juez y parte.

Solo así se llegaría á un desenlace inapelable y justiciero. ¿Quién más que el pueblo tenía el derecho de compeler á todos á obedecer sus mandatos? La victoria alcanzada por las armas no probaría nada, como los *juicios de Dios*, á cuyo resultado se confiaba el honor y la vida de los acusados en épocas remotas, no probaban,—á despecho de la superstición y la ignorancia,—más que la destreza, el arrojo ó la suerte de los paladines.

Si no se quería dejar en pié la causa real ó supuesta del mal, como una amenaza para la estabilidad de las instituciones; si no se deseaba que sangre hermana corriera á torrentes en el suelo de la patria, olvidándose un pasado de trabajo, de honradez y de paz, y envolviéndonos en una red de odios y discordias inextinguibles; si no se pretendía resucitar la éra de motines de cuartel y de anarquía, en la que el Gobierno de la República quedaba á merced del más audaz ó del más fuerte y no del más justo y más patriota; si no se buscaba, en fin, la ruina del crédito y del prestigio de Chile, tan solidamente establecidos en ambos mundos,—menester era que la oligarquía aceptara como único bueno, final y soberano el veredicto popular.

Pesaba más que estas razones en el criterio de los que conocían de cerca á los hombres de la coalición, la circunstancia de suponérseles desprovistos de elementos bastantes para afrontar las eventualidades de una guerra civil. Nadie, por lo demás, y los acontecimientos confirmaron después esta creencia, imaginaba que se atrevieran á dar un golpe de mano. Cierto es que así se evitaban la efusión de sangre, y dispendios de oro, y sacrificios de todo linaje, que lleva consigo un levantamiento general; pero también lo es que para realizarlo se necesita no tan solo un puñado de hombres audaces y resueltos, sino también de opinión suficiente en el país, sobre qué cimentar el nuevo orden de cosas. La oligarquía no contaba con elementos populares, ni adhesiones suficientes para el caso.

Lo probó el hecho de no realizarse un solo levantamiento en territorio no ocupado por sus armas, aun en puntos alejados del centro de los recursos del Gobierno y desguarnecidos por completo teniendo que ir conquistando palmo á palmo campos y ciudades, como en invasión extranjera, hasta la patriótica dimisión del Presidente Balmaceda.

La idea de que el Ejército ó siquiera una fracción de él fuera cohechado ó trastornado por los oligarcas, no arraigó en ningún cerebro. Su fidelidad al gobierno constituido era lejendaria. Basada en ella se había cimentado la paz pública y concluido el caudillaje y las administraciones mi-

litares, aunque algunas de ellas hubieran hecho honor á nuestra historia nacional. Por defender á sus superiores constitucionales cayeron, deshechas y ensangrentadas, en Lircai las huestes que nos dieron patria y libertad, sufriendo las amarguras de la derrota y la miseria, antes que desertar de sus filas ó quebrantar su pasiva obediencia. Defensor de nuestros derechos en la paz; adalid de nuestras glorias en la guerra; sumiso, resignado, valeroso, constituía el Ejército nuestro baluarte y nuestro orgullo. Desconfiar de él era un crimen.

¿No se hallaba en la misma situación nuestra Marina?

¿No brillaba en el zenit de nuestras glorias el heroísmo de Prat y sus compañeros, como el más alto ejemplo de amor patrio y espartano denuedo?

Lejos del escenario de nuestras contiendas políticas, circunscritas por obra de centralismo administrativo y oligárquica dominación á la capital de la República, crecía y se perfeccionaba nuestra más brillante Institución.

Tácito acuerdo entre el pueblo, el Gobierno y los afiliados en ella, parecía alejarla de las contiendas apasionadas de la política, conservándole así todo su prestijio y las simpatías de sus conciudadanos. Si jefes de elevada graduación del Ejército habían obtenido puestos en la Representación Nacional y en el Gobierno, los de la Armada jamás los solicitaron ó pretendieron. Por eso, en épocas de disturbios y tormenta, la acti-

tud de los primeros fué á veces discutida y criticada, en tanto que nunca se empañó el respeto y consideración que los marinos alcanzaran.

Año por año se consultaban en los presupuestos de gastos nacionales gruesas partidas para el incremento y conservación de nuestro material flotante, sin omitirse esfuerzos por levantarlo á un nivel superior. Los marinos correspondían á esos sacrificios, haciendo estudios y progresos que empeñaban el reconocimiento nacional.

Pero, de cuantos gobernantes rijieron los destinos de Chile ninguno se había esmerado tanto como Balmaceda por engrandecerla.

Durante su administración se adquirieron el blindado «Arturo Prat», los cruceros «Presidente Errázuriz» y «Presidente Pinto», los torpederos «Almirante Condell» y «Almirante Lynch» y otras embarcaciones de menor importancia. Se construyó también en ese período, fecundo en progresos, el dique de Talcahuano. Si alguien tenía derecho á esperar gratitud y respeto de los marinos, era Balmaceda.

La confianza que le inspiraba su fidelidad no tenía reservas. Por el tiempo de nuestra narración tuvo lugar la inauguración del dique de Talcahuano. El Presidente anunció que asistiría á ella, haciendo el viaje desde Valparaíso por mar. Recibió, antes de embarcarse, aviso de que una vez separado de la costa sería retenido en calidad de prisionero. El grande hombre desdeñó esos rumores, aún cuando venían de fuente autorizada y respetable.

Hizo el viaje casi solo, entregándose á la lealtad y al honor de los que tenían la honra de hospedarlo, como tenían el deber de obedecerle.

Si todas las suspicacias y recelos debían estrellarse en los limpios antecedentes de nuestra Escuadra, había todavía una consideración suprema que la ataba con cadenas de hierro al cumplimiento de su deber. El Ejército, al levantarse, podía ser reprimido: á un cuerpo armado oponérsele otro cuerpo armado. Corría al pronunciarse el albur de la suerte y los riesgos de lo desconocido. Afrontaba un peligro al romper sus vínculos constitucionales. Pero la Escuadra, desligada de toda coerción material, libre en la extensión de los mares, árbitra única de sus actos, procedía á traición y sobre seguro, con alevosía, con perfidia, con cobardía, con abuso de confianza. ¿Cuál sería la suerte de Chile si la fé del honor era violada, cuando en ella descansaba su seguridad y su paz, cuando era ella la única prenda de sujeción y de represión? ¡Qué dolorosas inquietudes, qué patrióticas angustias, no prenderían en el alma si los conflictos de los poderes del Estado, ó las ambiciones de los partidos ó los caudillos, hubiesen de hallar sanción y desenlace en el veredicto de la Armada!

Nó, no necesitaban de carceleros los hombres de honor; y para borrar hasta la suposición de semejante afrenta, Balmaceda ha retirado las guarniciones del ejército de los buques de guerra. Los mari-

nos de Chile llevan en la conciencia la noción de su deber.

Así pensaban y así discurrían los hombres de gobierno reflexionando sobre las emerjencias del porvenir.

La maquinación, entre tanto, ganaba terreno.

Sin abandonar los conspiradores la idea de realizar un movimiento en las guarniciones de Santiago y Valparaíso, dirijieron sus visuales á la Escuadra. Las consideraciones que sobre el particular hemos hecho valer, no pesaron en aquellos espíritus obsecados. La moralidad de sus manejos era, según ellos, indiscutible. Es verdad que el cohecho y la traición son delitos ante la ley y ante la conciencia, ¿pero no se cometían con buen fin? ¿No estaban á la cabeza de la conjuración católicos fervientes y sacerdotes distinguidos? Salvador Donoso, vicario eclesiástico de la Metrópoli marítima del Pacífico, figuraba entre los más entusiastas. ¿No eran además conocidas y públicas las opiniones sustentadas por la casi unanimidad del partido católico y del clero? ¿Acaso en los designios de la Divinidad no entró muchas veces, según la bíblica historia lo manifiesta, la mano del delincuente y la mancha del crimen como ajente y como medio para consumar sus inescrutables fines? Además ¿no se trataba de derribar al tirano? Sobre las ruinas del partido maldito y sobre el cadáver del caudillo odiado, íbase á fundar un pueblo nuevo, creyente, sumiso á las prescripciones de la curia romana y dócil á la voz de sus pastores.

Con estos razonamientos los modernos prosélitos del jesuitismo, santificaban los más abyectos procedimientos y desligaban de sus votos de lealtad y obediencia á los dependientes del Ejecutivo.

Como fundamento legal de la sedición, se dió la falta de las leyes de presupuesto y de subsistencia de las fuerzas de mar y tierra, sin las cuales no debían mantenerse los servicios del Estado ni prestarse acatamiento por los individuos del Ejército y Armada al Presidente de la República. Vuelta la sociedad al estado de naturaleza por la disolución de los poderes que componían el gobierno, los derechos provenientes de la soberanía delegada cesaban *ipso facto*, no quedando en pié otros que los atribuídos al individuo por su condición de tal. Las leyes positivas debían permanecer en suspenso hasta el restablecimiento del réjimen subvertido, las relaciones jurídicas de los belijerantes sujetas á los preceptos del derecho internacional.

Estas reglas elementales de derecho, fueron desconocidas por los maquinadores, embaucando á sus adeptos y pretendiendo en vano paliar con torpes supercherías el inescusable crimen.

Suscribieron en secreto una acta de deposición del Presidente, y delegaron en el Vice-Presidente del Senado, Waldo Silva, y en el Presidente de la Cámara de Diputados, Ramón Barros Luco, la representación del Congreso.

Pretendían de este modo, dar autoridad constitucional á sus actos y obligar á la fuerza pública

á obedecer sus mandatos, siendo que, al negar la existencia legal de esa misma fuerza y ocurrir á las armas como sanción única de sus teorías, renunciaban á sus fueros de representantes del pueblo y obraban en el carácter de simples ciudadanos.

Preparada la escusa del atentado se reiteraron los esfuerzos para producir el alzamiento. De los pasos preliminares se llegó á comprender que era imposible cohechar á toda la guarnición de Santiago ó una parte considerable de ella, y que, aún siéndolo, su ayuda sería menos eficaz y segura que la de la Armada y mucho más ocasionada á fracasos y peligros.

Los directores de la conjuración en Valparaíso sondearon las opiniones de los jefes de buques y se convencieron de que algunos entrarían mediante ciertas condiciones, en un complot revolucionario.

El anonadamiento y sorpresa causados por la actitud de la Escuadra, vencerían, á lo menos así se esperaba, las resistencias y escrúpulos de los cuerpos de línea.

Faltaba, sin embargo, que aquel plan tomase consistencia.

¿Quién sería el jefe del levantamiento? ¿Quién se atrevería á echar sobre sus hombros tan enorme responsabilidad y sobre su honor tan indeleble afrenta?

Un joven atolondrado, que había agotado el vocabulario de injurias desde las columnas de un dia-

rio porteño, en contra de Balmaceda y su partido, —Enrique Valdés Vergara,—dió con él.

Como hay presidarios en las cárceles, los hay también en las más nobles instituciones. La vida de aquel hombre estaba compendiada en tres rasgos. Comandante de buque en la guerra del Pacífico, fué el único alejado por el destino, que le reservaba otro rol, de las glorias que inmortalizaron á Prat y Condell é ilustraron los nombres de Latorre, Riveros, Uribe y Thompson. Obscuro, consumido por la envidia y el despecho, se reveló contra su jefe superior, por cuyo delito fué separado de su puesto y remitido con grillos á disposición del Gobierno.

Un día, Balmaceda firmó su rehabilitación, designándolo miembro de una comisión encargada, bajo las órdenes del Almirante Latorre, de contratar la construcción del blindado *Arturo Prat*. No alcanzó á terminar su cometido: su jefe lo despidió.

¿Qué debía aguardar después de aquel nuevo fracaso?

La magnanimidad de Balmaceda lo cobijó otra vez con su manto.

Sin fortuna en la guerra, desmedrado en su reputación de marino por el descalabro recientemente sufrido, humillado en sus conocimientos, parecía destinado á hundirse para siempre en la oscuridad.

Lo nombró entonces Capitán de Puerto en Valparaíso. Pocos empleos eran más codiciados entre los hombres de la profesión. Independencia, renta, honores, cuanto podía apetecer lo encontraba allí.

Vinieron los días aciagos. Fomentáronse huelgas artificiales en Valparaíso y se descubrió algo inconcebible: el más comprometido en esas ajitaciones era el Capitán del Puerto. Su destitución se impuso.

Díscolo, envidioso, turbulento, ingrato, sin antecedentes, sin posición social, sin porvenir; no tenía nada que perder. Cuentan las consejas que espíritus irreverentes y descreídos, abrumados por inexorable fatalidad, antes de rendirse al peso del destino, han clamado á los séres infernales, ofreciendo sus almas por toda la eternidad en cambio de un período limitado de efímeros goces y poder.

Aquel marino, arrojado de su centro por obra de sus propias miserias y pasiones, henchido de rencores, sediento de venganzas, debió cerrar sus ojos á la luz y su alma á los gritos de la conciencia para suscribir el pacto de ignominia, como los precitos de la leyenda, blasfemando de Dios, se echan en brazos de los ajentes del Averno. ¡Un punto de dominio en el espacio y una página de maldición en la historia!

Convenido con los superiores de los buques, menos con Policarpo Toro, dignísimo comandante de la «Esmeralda», cuya acrisolada pureza era de todos conocida, el Comandante Traidor se embarcó en el «Blanco Encalada» en las primeras horas de la noche del día 6 de Enero. Allí debía aguardar el arribo de sus cómplices, Waldo Silva y Ramón Barros Luco.

El barco á cuyo tope se izara la bandera almi-

rante de la marina de Chile durante toda la campaña contra el Perú y Bolivia, iba á ser en breve presa de una gavilla de piratas.

La hora siniestra se aproximaba. Un grupo de cuatro personas, atravesando con furtivo paso las solitarias calles que conducen al Matadero, llegó á eso de la una de la mañana al muelle que para el embarque de animales existe allí.

Al pié de la escala debía esperarlos una embarcación que los conduciría á bordo del blindado revolucionario. Aquellos hombres eran: Waldo Silva, Ramón Barros Luco, Isidoro Errázuriz y Enrique Valdés Vergara.

Suspendamos un instante nuestra narración para darlos á conocer á nuestros lectores.

Tenía Waldo Silva un pié en la sepultura cuando se lanzaba en tan criminal empresa. Afiliado en el monttvarismo desde su juventud, medró á su amparo y envejeció á su servicio. Intelijencia vulgar, carácter inclinado á la bufonería, jamás fué tomado en serio por propios ni extraños. Podía afrontar el ridículo, si el descalabro ocurría, sin rebajar los puntos que calzaba en la pública opinión.

Habría pasado desapercibido en un partido de ideas; pero no en un bando personal. En la corte del rey todos tienen un papel que representar, desde el favorito hasta el histrión.

Era conocido con el apodo de *don Waldo, el de la Capa*. Esta prenda de su vestuario, de que jamás se deshizo, tuvo para su dueño el doble mérito de darle

la poca celebridad de que disfrutó y de acompañarlo con más constancia que *la levita* de Beranger.

¡..... ....!

Suele sorprendernos encontrar en el escenario público pobres hombres vestidos de grandes hombres. Nadie los ha visto subir, porque se han ido deslizando poco á poco, como para impedir que alguien les pregunte antes de tiempo: Y Vd. ¿qué hace aquí? Muévense entre las comparsas al principio, sirven de *comprimarios* más adelante, y, á falta de mejor actor y en calidad de suplente para conciliarse la benevolencia del auditorio, juegan, por último, los primeros papeles. El público se acostumbra á verlos y oirlos, sin acordarse de la procedencia ni juzgar de los méritos hasta que un buen día nota que la celebridad lo mira de alto á bajo y con desdén. Entonces, hace memoria y pregunta al majadero: Y Vd. ¿quién es?

Si el público chileno hubiera sido menos tolerante, ó, en términos más claros, si el pueblo chileno hubiera conocido mejor sus derechos, con tiempo se habría encarado á Barros Luco y le habría dicho:

—«Mi señor don Ramón: ¿qué quiere Vd? qué vale Vd? de dónde viene Vd? á dónde va Vd?

Pero el hombre subió, y subió tanto, que en más de una ocasión invirtiéronse los roles, y el pueblo fué interpelado en vez de interpelante, y salió pifiado en lugar de pifiar.

Figuró Barros Luco desde.... pero no queremos ofender su memoria señalando la época, por-

que tan fué de verde y pretencioso en vida, que su ánima, al verse aludida en los años que peregrinó por el mundo, renegaría de la fecha de su bautismo.

Hizo.... pero nos veríamos en apuros si pretendiéramos escribir lo que hizo. Más fácil y llano es decir lo que fué. Así también satisfaremos la vanidad póstuma del grande hombre, que algo habrá conservado en *ultra tumba* de la exuberante de que fué poseedor en estos andurriales.

Barros Luco fué Ministro. ¡Lástima que no podamos, por respeto á su unidad personal, decir que fué *Ministros,* porque lo fué varias veces y de todos los Presidentes desde.... hemos prometido ser discretos.

Tuvo talento, y aún *talentos*, en plural, ¡Vaya si lo tuvo! Variaban los gobiernos, se alternaban los partidos en el poder, caían unos hombres y surjían otros; todo y todos mostraban su mutabilidad y continjencia. Solo Barros Luco pudo decir en cualquier momento de su vida: Soy gobierno! Y al hablar así, como el alcalde de zarzuela que, vara en mano, exclamaba: aquí delante tiene Vd. la ley! habría echado fuera tanta altivez como la que inspiró á Luis XIV su conocido aforismo: «El Estado soy Yo.»

Barros Luco, no fué escritor; lo cual no quiere decir que no escribiera, pues con solo las firmas que puso en los decretos que redactó ó no redactó, hay para rato.

Barros Luco, no fué orador; lo que no ha de tomarse en el sentido de que no hablara, porque sí habló,.... y mucho.

Pero, Barros Luco, fué un gran nadador, lo que vale más que todo en el mundo, porque impide ahogarse, uno de los varios modos como concluyen muchos *inmortales*, aunque por desgracia no sea el único. Mereció por esto ser llamado el *hombre-corcho*. Siempre se mantuvo á flote.

....

Habrán de perdonarnos nuestros lectores si tomamos los personajes históricos como fueron, y no como la solemnidad de los acontecimientos, nos impondría.

En lo que ya hemos escrito se hallará nuestro juicio sobre los individuos que completaban la partida de conspiradores.

Avanzaban en la oscuridad con cauteloso andar, tomando precauciones, inquiriendo en la sombra imaginarios peligros, mentidas acechanzas del Dictador, que así dormía de descuidado en la Moneda, como andaban de espías y traidores en repugnante connivencia, tramando su caída y su muerte.

Pero las mismas dudas y temores que creaba visiones á las atormentadas conciencias de los que esperaban en el muelle, debían sin duda asaltar el espíritu de los que velaban á bordo. Las horas pasaban y el bote no venía.

Temblaba el viejo de la capa, castañeteaban los dientes de su colega de delegación, viva inquietud

brotaba en el alma del versátil orador y el mozo sacudía con impaciencia brazos y piernas, entumecidos por el relente frío de la noche.

Un ruído cualquiera los habría puesto en fuga. Pero la calma era profunda.

Solos, en presencia de los elementos,—el espacio del cielo sobre sus cabezas, la plenitud del mar ante sus plantas,—podían meditar y hacer en el ara infinita de la naturaleza el sacrificio de sus pasiones, de sus extravíos, de sus odios, de sus vanidades, de sus ambiciones.

Todavía era tiempo....

Un bulto pequeño avanza en dirección al muelle. Es el bote del *Blanco.* Caen los remos sobre el agua en acompasado y triste son; ni una palabra; ni una aspiración violenta turba el silencio.

Atraca la embarcación. Los conjurados bajan la resbaladiza escala, apoyándose mútuamente, y ocupan los sitios de popa. Uno de los marineros empuja con el bichero el bote y lo separa de la orilla. Vuelven los marineros á su faena y todo se pierde entre las brumas del mar....

En la cámara de honor del *Blanco Encalada*; allí, donde se convino el plan de captura del *Huáscar,* en presencia del retrato de Arturo Prat, se hallan reunidos los titulados delegados del Congreso, sus secretarios, Errázuris y Valdés Vergara, y los comandantes de los buques sublevados. La historia debe conservar sus nombres como lección y como castigo. Eran:

Luis Goñi, del *Blanco Encalada;*
Florencio Valenzuela, del *Cochrane;*
Pedro Martínez, de la *Esmeralda;*
Joaquín Muñoz Hurtado, de la *Magallanes;*
Lindor Pérez Gacitúa, de la *O'Higgins.*

Presidía la reunión el JEFE TRAIDOR.

Impusiéronse *pro fórmula* de los antecedentes que sirvieron de pretexto al alzamiento, y se acordaron la manera de imponer á los oficiales y tripulaciones del plan adoptado y las maniobras que se debían ejecutar.

Cada buque fué después teatro de una escena parecida. El mismo precepto de fidelidad violado por los superiores, les sirvió eficazmente para arrastrar á sus subordinados: estos se creyeron por ley y por honor obligados á obedecer sin deliberar.

Hechas las señales de estar *todos conformes* con el paso que se había dado, se izaron en el «Blanco Escalada» las insignias del Presidente de la República y del Jefe de la Escuadra.

Antes del amanecer, y luego que los pasajeros del muelle del Matadero llegaron á bordo, los buques se habían hecho mar afuera, estacionándose en Quinteros, en cuya caleta tuvieron lugar los sucesos que hemos referido.

Así fué que los madrugadores del puerto vieron con asombro que la Escuadra había desaparecido. Cundió la nueva como reguero de pólvora,

Las autoridades sospecharon la verdad.

El telégrafo trasmitió á la Moneda la fatal noticia.

A las diez de la mañana los humos que aparecieron en lontananza acusaron el regreso de los buques. Entraron estos á la bahía en formación, como en días de público regocijo, haciendo gala ante las miradas atónitas de los millares de espectadores que se estacionaban en el muelle y malecones contiguos, de su insolente impunidad.

Las insignias de Jefe del Estado que ondeaban en el Blanco, disiparon las últimas dudas.

La revolución empezaba.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

En las redes de la araña

En medio de las intrigas y acontecimientos públicos y privados que comprenden la primera parte de esta obra, hemos visto una fuerza superior á las demás, impulsando, como el destino, hombres y sucesos hacia un fin preconcebido.

La hemos encarnado en el padre Luis, que representa y significa en nuestro romance lo que el clero en nuestra revolución político-social de 1891.

Moviéndose en la oscuridad, estimula y dirige á los prohombres de la agrupación política, á la vez que se adueña de los hogares por el imperio que ejerce en las conciencias como sacerdote y por los secretos que su propio ministerio le da á conocer. Fanático él mismo, en cierto sentido, mira en los séres humanos simples instrumentos de sus designios y los utiliza en pro de ellos sin vacilaciones ni remordimientos. Per-

sigue un ideal, más acariciado cuanto más difícil de alcanzar. Sueña con el predominio de la Iglesia sobre el Estado. Para él, la sociedad, arrancada de su quicio, debe volver á su centro. A los gobiernos laicos, debe suceder las oligarquías relijiosas. La anulación del poder temporal es la más grande de las herejías y á la vez el mayor de los absurdos. Sus esfuerzos reaccionarios son sinceros. Como se arraigan al espíritu prejuicios y creencias, formadas en las primeras mañanas de nuestra vida, así se ha creado en él una naturaleza artificial, dominadora y ardiente.

Vaso es nuestro sér en que se confunden errores y verdades, miserias y grandezas, hasta que de esa amalgama brota nuestra personalidad.

El padre Luis había sido educado por los jesuitas. Ellos cultivaron su inteligencia y dirijieron sus sentimientos. Bajo sus auspicios el niño se hizo hombre, el sér libre se convirtió en sectario intransijente.

De un temperamento frío y una voluntad de acero, tuvo en su abono para consagrarse á su obra, su independencia de todo lazo de familia y de toda pasión material. Era huérfano y austero.

Su pureza provenía de los vicios mismos de su educación, antes que de virtud. Ahogados sus instintos, corregidas sus espontaneidades por la autoridad inflexible del maestro, llegó á ser un ente sustraído á los impulsos naturales. Ni un rayo de amor iluminó jamás el sombrío rincón de su alma. Su hogar, fué el claustro severo de los jesuitas. Más

aún; como si hubiese estado destinado á jugar un rol aparte en el mundo, se le mantuvo lejos de sus compañeros.

Sin embargo, bajo aquella apariencia estoica se alimentaba una pasión avasalladora y volcánica. Terminados apenas sus estudios sacerdotales, consiguió ser enviado á Roma. Parecía que la Orden tenía particular interés por el porvenir del joven. El efecto que la Ciudad Eterna produjo en su alma fué extraordinario. La pompa oriental del culto; la magnificencia de los grandes dignatarios de la Iglesia; el áureo explendor del Rei-Pontífice, divisado entre nubes de incienso, rodeado como de una corte explendorosa de cardenales, obispos y prelados; la majestad de los templos; la belleza incomparable de las obras clásicas del *renacimiento*; todo ese lujo, que ha convertido la Silla del pobre pescador de Galilea en el solio del más rico de los soberanos de la tierra, llenó su imaginación de sueños de ambición y de grandeza.

Devoró la biblioteca de la Casa en que había sido hospedado, y como por las recomendaciones de que venía precedido y por su claro talento, se vió el provecho que la Orden podía sacar de él, se le permitió instruirse en los archivos secretos. La historia portentosa de aquella asociación, bajo cuya férula estuvieron un tiempo reyes y pontífices, gobiernos y naciones, alentó más aún sus delirios y fantasías.

Pero no ansiaba el poder por sus externas mani-

festaciones, aunque fueran éstas las que primero sacudieron su sèr. A través de los tiempos, se le representaba la influencia casi anónima de los adoradores de San Ignacio, como una lección preciosa para los prosélitos contemporáneos. Trabajar por y para la Orden, confundiendo en una sola ambición y un solo poder la ambición de todos y el poder de todos; tales eran su ideal y su pensamiento. Desdeñaba el aplauso y el renombre para los demás como para sí; pero por la dominación y la gloria de la Institución, habría combatido con abnegación, con fé, con entusiasmo, hasta el sacrificio, el martirio y el crimen.

Comprendía que esa solidaridad y ese desinterés personal existían, como regla, así en Europa como en América, pero atribuía á desvío de esa norma de procedimiento, á falta de actividad y de enerjía, la decadencia en que la Orden se hallaba. Veía que, tal como había concluído el poder temporal del Papa, suceso ocurrido á su vuelta de Roma, concluíase también el predominio que antes ejerciera la religión sobre los gobiernos.

Sus miras eran vastas, por lo mismo que eran impersonales. Consideraba doblemente perdida la Europa: para el espíritu relijioso, por las evoluciones que las ideas habían operado allí desde fines del siglo pasado: para el porvenir, por la marcha de la civilización al occidente del mundo. Era, pues, América el objetivo que la Orden debía abordar. Sociedades vírjenes, incipientes aún, dominadas

por las costumbres del coloniaje, subyugadas por la superstición y la ignorancia, estaban llamadas á ser presa de los predicadores de la fé. Roma se apagaba entre las convulsiones del anarquismo, el nihilismo y tantas otras sectas extraviadas del socialismo, que amenazan cavar la tumba de Europa ó transformarla radicalmente.

¿No era prudente apoderarse de un mundo nuevo cuando se presentían los estertores de agonía del antiguo?

Una circunstancia le había valido, sobre todo, consideración especial en la Orden y algunas concesiones reservadas que le llegaron de Roma. Sus teorías y doctrinas, aunque esplayadas con intelijencia y convicción, no fueron eficaces en el ánimo de sus superiores. Reconociéndosele todo su talento, haciendo honor á su ilustración, se le consideró un tanto visionario, y como no estaba á su alcance la demostración matemática de sus previsiones, se alejó de Roma sin ser casi notado ni sentido. Pero antes de emprender viaje, había tenido una conferencia con un íntimo consejero del General de la Orden, y en ella le predijo la próxima pérdida del poder temporal de los soberanos de Roma. El Consejero se rió en su interior del anuncio, aunque no dejò de sorprenderle la firmeza de convicciones del jesuita americano y la lucidez con que desenvolvía sus planes.

Al separarse, no pudo menos de decirle, entre cariñoso y burlesco:

—Si, por desgracia, su profecía se cumple, habrá

probado la justicia de sus razonamientos. Si no, modifíquelos, siguiendo las indicaciones de la experiencia.

—Me inclino ante mis superiores,—respondió el sacerdote con finjida humildad.

Diéronse las manos y todavía, antes de separarse, preguntó el jesuita:

—Olvidábamos algo. ¿Qué plazo señala Vd. al cumplimiento de su profecía?

—Podría argüir,—contestó el mozo,—que para los que luchan por la eternidad y en ella creen, el tiempo es nada. Pero le franquearé por completo mi opinión. Creo que no pasará un lustro todavía y el Pontífice habrá dejado de ser Rey de Roma.

Corría entonces el año 1867. Tres después, la pre dicción se realizo.

Se acordó el consejero, del jesuita americano, se pidieron informaciones respecto de su suerte, y se supo que vivía en la capital chilena; pero aferrado á sus viejos ideales. Un día, cuando menos lo esperaba, el padre Luis recibió unos papeles de Roma. En ellos se reconocía su sagacidad, se le daban instrucciones reservadas, y autoridad independiente dentro de la Orden. Era la consagración oficial de su misión.

Hemos juzgado necesario consignar estos antecedentes respecto á uno de los protagonistas de nuestra novela. Así se comprenderán mejor su papel y su acción.

El alzamiento de la Escuadra produjo intensa

aunque diferente impresión en el espíritu de nuestros personajes.

Para don Antonio y sus hijos, significaba el temido momento de grandes adversidades públicas y privadas; para doña Juana la advertencia del castigo providencial que debía anonadar á los instrumentos del Demonio.

El padre Luis sentía las gratas fruiciones de una satisfacción íntima: veía en aquel suceso el paso decisivo dado en la consecución de sus fines.

Alberto, abstraído por sus dolores, miró con relativa indiferencia el acontecimiento. Jamás habría supuesto que existiera enlace estrecho é indisoluble entre los quebrantos que aquejaban á su Patria y sus angustias personales. Fué él, sin embargo, la primera víctima arrastrada por el vértigo de ajenas ambiciones.

La expiación de su falta iba á principiar.

A medida que los disturbios políticos crecían, veíase más y más asediado por las solicitaciones de su bienhechor, empeñado en convertirlo en cooperador activo de la *causa de Dios y la Libertad:* En los días que precedieron inmediatamente al levantamiento, sus exijencias crecieron de punto. Alberto se dispuso á tomar una resolución definitiva. Parecíale notar en el fondo de los ruegos incesantes del sacerdote, y hasta en su misma tenacidad, algo de imperioso, disimulado por la suavidad inalterable de sus palabras. Su resistencia lo entristecía, echándose en cara su desvío

é ingratitud para con el hombre que le evitara el deshonor y la vergüenza. Pero ¿cómo ceder? ¿Conspirando en sijilo contra el Gobierno, burlando la confianza que el Presidente y sus Ministros depositaban en él? Núnca! Jamás! Eso era descender al nivel de Judas. ¡Antes, mil veces, renunciar su empleo!—Quedaba ese último camino. Pero así mantenía en suspenso indefinidamente su deuda maldita, cerrándose la única esperanza de rehabilitación. ¡Y, entonces, adiós amores, adiós ilusiones, adiós porvenir!

La sublevación de la Escuadra vino á sorprenderlo entregado á un mar de desesperantes reflexiones. Pasó ese día casi más tranquilo que de ordinario: era una tregua que el dolor le acordaba antes de cebarse con fiereza en su corazón. No recibió ni la visita ni mensajes del padre Luis.

—¡Quién sabe, pensaba el desdichado, si este suceso vá á modificar los juicios de mi Director!

En la noche estuvo como de costumbre en casa de don Antonio. Oyó las exclamaciones de asombro y los comentarios que se hacían, tratando de mantener su abstención absoluta en materias políticas.

No dejó, sin embargo, de aflijirlo una sencilla observación de Lía, dirijida á él, sin oculta intención.

—Es posible que ahora recibas el ascenso que el Presidente te prometió.

—¿Por qué?

—Porque según he oído algunos de los Subse-

cretarios no son muy adictos al Gobierno y me parece que ahora renunciarán sus empleos.

—Aún así,—respondió—Alberto, disimulando el rubor que cubría sus mejillas,—no seré yo quien ascienda. Hay otros más antiguos y competentes.

La inocente observación de su amada ¿no era el más duro reproche que podía recibir? Si su adhesión al gobierno era vacilante ¿no debía abandonar su empleo?......

Esa noche pensó dolorosamente en el rigor espantoso de su suerte.

Daban las ocho de la mañana en el reloj de su escritorio cuando sintió Alberto llamar quedo á la puerta. Sobre la mesa tenía algunas cartas que Balmaceda le había entregado junto con una minuta para contestarlas. En aquel instante preparábase á hacerlo.

—Adelante,—exclamó sin levantarse de su sitio.

El padre Luis se dibujó en el marco de la puerta.

La misma pálida tristeza, la misma severidad se notaban en su persona.

El joven avanzó á su encuentro.

—Parece que el trabajo empieza temprano,—dijo, echando una mirada curiosa sobre los papeles.

—Como de ordinario. señor,—contestó Alberto.

—¿Recargo tal vez de quehaceres en la oficina?

—Un poco,—balbuceó el joven.

—Muy bien; sea Vd. reservado. Es una cualidad que debe observarse aún en el trato de amigos íntimos.

—Pero ¡si yo no tengo nada que reservar!

—Nada! ¿Ni siquiera ese *memorandum*, escrito con una letra que se parece como una gota de agua á otra gota de agua á la de cierto Dictador......?

—Por Dios, señor! No prosiga Vd.—exclamó Alberto asustado y sin atreverse á recojer los papeles de temor de ofender al jesuita.

—¿Qué teme Vd.? ¿Supone acaso que yo revele nuestras confidencias?

—No, señor; pero las ajenas no me pertenecen.

—Distinción que no comprendo. Las cartas que Vd. recibe ¿no le pertenecen á Vd? Su contenido ¿no es para Vd?

—Sin duda; pero á condición de no comunicar á nadie lo que por ellas sepa. Y luego, estos apuntes, no son para mí.

—Error, joven. Estamos de acuerdo en que Vd. no debe ocultarme sus acciones, ni siquiera sus pensamientos. ¿No es así?

—Sí, señor.

—Pues bien; yo, su Director Espiritual, tengo á cargo la salvación de su alma, mostrándole el camino que debe seguir en esta vida. Para el acierto de mis consejos debo saber cuanto con Vd. se relacione. ¿Cómo podría rejir el fuero interno de su sér, si llegan hasta él ideas, impresiones, conocimientos, que yo ignoro? Imajínese Vd. la esterilidad de una dirección semejante: Vd., recojiendo influencias extrañas, enseñanzas tal vez opuestas á las mías, inspiraciones contradictorias; yo, ajitando

á ciegas la antorcha de la verdad y de la fé, sin atinar á herir con ella la retina inmortal de su conciencia!

Me dice Vd. que esas apuntaciones no le están destinadas, pero Vd. las lee como puede leer un libro cualquiera y como él, influyen sobre su espíritu. Apropiándose su conocimiento y ocultándomelo, se escapa necesariamente á mi dirección.

—Pero si no se trata de ideas relijiosas.

—¿Acaso la política no se enlaza en sus faces principales con la relijión? ¿No son cuestiones relijiosas las que se refieren á las relaciones de la Iglesia con el Estado, á los cementerios, al estado civil, á la instrucción? ¿No exhibe en sus principios el partido conservador, el estandarte de la fé, sometiendo sus credo á los mandatos soberanos de la Iglesia? ¿No se emancipa y contraría sus dogmas el liberalismo, que proclama la libertad de creencias y la emancipación del pensamiento?

El joven no sabía qué contestar. Atado por el destino al padre Luis no se atrevía á romper de frente los vínculos que á él lo ligaban. Solo halló una salida franqueable. Debía sacrificarse, antes que vender la confianza que en él se había depositado.

Recojió el *memorándum*, y dirijiéndose al fraile, exclamó:

—Mi conciencia me dicta que si obro mal reservándome de mi Director Espiritual, también falto á mis deberes revelando secretos ajenos. Hoy mismo

me desligaré de compromisos incompatibles con mi credo relijioso.

—¿Qué piensa Vd?

—Renunciar mi puesto.

Meditó el padre durante algunos momentos y luego contestó:

—Apruebo su determinación. Mi exijencia es absolutamente desinteresada, pero invariable. Si Vd. continuara en su empleo, yo insistiría en conocer, bajo la fé jurada de mi reserva inquebrantable, los menores detalles de cuanto se le confiara. ¿Le repugna á Vd.? Bien está. Cumpla Vd. con lo que juzga su deber, que yo cumplo así con el mío.

Despidióse el sacerdote, dejando al joven presa de angustiosos pensamientos.

Estaba decidido á cavar por su propia mano a tumba de sus más dulces ilusiones, antes que convertirse en miserable delator de sus superiores.

Cojió una hoja de papel sellado y empezó á escribir. De una sola plumada, sin levantar la vista del papel ni vacilar en la elección de las frases, redactó y firmó su renuncia.

Para limpiar su desliz aceptó ese empleo, tabla de salvación á que se prendió en el naufragio de su felicidad y de su reputación; para cumplir con sus deberes de lealtad y gratitud, debía arrojar esa tabla y entregarse á los embates de la fortuna.

Sea! Era menester sufrir resignado la expiación de la culpa. El alma cristiana de Alberto, combatida por el dolor, depurada por el arrepentimiento,

aceptaba sus congojas como imposiciones de una justicia providencial.

Una idea nueva vino á incrementar su confusión y sus penas. Se recordará que su primer impulso, cuando volvió en sí de la enfermedad producida por sus luchas íntimas, fué huir de Lía y abandonar para siempre el ideal de su corazón. Las reflexiones y promesas del padre Luis y las crueles torturas de su amada, más que sus propios sentimientos y pesares, le determinaron á buscar en el trabajo su rehabilitación.

¿Qué diría ahora á la infeliz doncella? ¿Cómo explicarle el horrible conflicto que oprimía sus actos? Ella conocía sus convicciones políticas, manifestadas sin ambajes; participaba de sus ideas; y aunque retraído de las discusiones y choques de los partidos, habíale expresado repetidas veces su admiración por Balmaceda y su adhesión al programa que sostenía. ¿Podía fingirle, sin amenguar su decoro, un cambio de opiniones inusitado y radical?

Agravábase más aún su situación por el hecho de estar allí Mario, intachable, severo, incapaz de cometer ó disimular á los suyos una falta de dignidad ó de consecuencia.

Y, don Antonio, personificación de la seriedad y el buen sentido ¿qué argüiría de su conducta? Los parabienes mismos de su tía ¿no aumentarían su perplejidad y turbación?

Todavía otra circunstancia hacía inexplicable aquel paso.

Alberto, era pobre; el destino que tenía era tan ventajoso y honorífico como necesario para él. Sus economías, por extraordinarias que hubieran sido, no llegaban hasta proporcionarle una renta con que vivir.

¿Era cuerdo, en tal emergencia, abandonarlo, sin actuar razones poderosas, cuya existencia no debía omitir á sus únicos parientes y á su prometida? ¿Tornaría de nuevo á vivir al lado de ellos, subsistiendo los móviles de decoro y conveniencias sociales que lo instaron á separarse? Nó! Alberto no podía volver sin menoscabo de su delicadeza.

Resuelto á los mayores extremos antes de mancharse con un nuevo desliz, venció sus temores, prometiéndose encerrarse en la única explicación medianamente aceptable y plausible.

Diría y sostendría que sus sentimientos lo obligaban á permanecer neutral en una guerra entre hermanos, que carecía de energía para sacrificar su posición hasta entonces prescindente, mezclándose en los odios y discordias que dividían á la familia chilena. Confirmaría su irrevocable determinación, recordando que jamás había querido afiliarse en ninguno de los círculos políticos y que, siendo así, no estimaba honorable permanecer en el empleo con que el Presidente lo había favorecido.

La misma explicación daría á sus jefes y compañeros de oficina.

De este modo afrontaba la responsabilidad de

sus actos con noble entereza, atribuyendo á justa expiación las dificultades en que se encontraba.

Más sereno desde que se prescribió la actitud que debía asumir, se entregó á sus últimas ocupaciones oficiales, regocijándose interiormente de no haber cejado ante las pretensiones de su Director, por más que se fundaran en razonamientos que él no acertaba á desbaratar y aunque estuvieran prestigiados por su deferencia y gratitud.

Llegó la hora de asistencia á la Moneda y se dirigió á su departamento más desahogado. Le tocó presentar el despacho á la firma y aprovechó la oportunidad para devolver al Presidente su *memorandum* y las cartas que había contestado. Recorriólas Balmaceda rápidamente con la vista y expresó su complacencia, diciendo al joven.

—Ha vertido Vd. mis ideas con fidelidad y corrección. Gracias, Alberto.

Era ese el momento en que el aludido debía manifestar las causas de la renuncia y sus expresiones de reconocimiento. El edecán Lopetegui lo interrumpió.

El despacho había terminado, su cortedad le impidió hablar en presencia de un extraño.

—Lo haré mañana, pensó.

Tuvo sí el propósito de ponerla ese día en manos del subsecretario. De vuelta de la sala presidencial fué á ver á éste y le insinuó el paso que iba á dar.

—¡Vd. también! Si yo creía que iba á ser Vd. mi sucesor.

—¡Cómo!—replicó Alberto sosprendido.

—Ayer presenté mi renuncia indeclinable. Es imposible continuar en el puesto. La revolución triunfa de seguro y la situación de los que acompañen al *Dictador* va á ser crítica.

—¡Al *Dictador*!

—Ponga Vd., Presidente. Lo mismo dá. No debía extrañarle á Vd., que lo abandona como yo.

—Pero por diversas razones.

—Sí, sí, ya comprendo. Hace bien, compañero, en desconfiar. Estamos rodeados de espías.

Tal lenguaje hirió vivamente á Alberto. ¡Revelaba tanta ingratitud para con el mandatario á quien ese empleado debía su puesto y de quien recibiera solo muestras de estimación y de afecto! Le repugnó darle explicaciones de su proceder, recojió su renuncia para entregarla directamente al Ministro, y se despidió.

Causóle penosa impresión ver al ilustre Presidente, por tantos títulos acreedor al aprecio de sus conciudadanos, rodeado de servidores infieles y desagradecidos....¡Y él, debía también dejarlo! ¡Pero llevaría en su alma la memoria imperecedera de sus bondades, de sus virtudes cívicas, de su genio!

A las cinco de la tarde se retiró, dejando en uno de los cajones de su escritorio el documento que tanto le preocupaba. En vez de seguir directamente á casa de su tío, se dirijió primero á la suya, Había recién entrado á su pieza cuando se le avisó que un señor deseaba hablarlo.

—Que pase,—contestó extrañado. Jamás se le buscaba á esa hora. El sujeto era uno de los receptores más conocidos de los Tribunales.

Saludáronse y el Ministro de fé, sacó de entre un cartapacio una hoja escrita.

—Tengo encargo de hacer á Vd. esta notificación.

—Permítame Vd.

Tomó el joven la solicitud y buscó la firma. Con carácteres temblones y desiguales, apoyados en una rúbrica intrincada y trabajosa, había al pié este nombre: Hilario Casanueva.

—Siéntese Vd.—exclamó el joven, volviéndose al receptor y mostrándole una silla.

—Gracias,—respondió el funcionario, aceptando el ofrecimiento.

Y mientras con curiosa mirada recorría el receptor los objetos de la habitación—devoraba Alberto el escrito que tenía en sus manos. No alcanzaban á estar cubiertas las dos caras. Pero debía contener algo incomprensible. Al cabo de dos leídas, dijo al receptor:

—¿Tendría Vd. la amabilidad de permitirme la escritura á que se refiere esta presentación?

—Vd. sabe caballero que la notificación no comprende el examen, la exhibición de los documentos que la acompañan; pero voy á complacer á Vd. porque la parte contraria me ha pedido que así lo haga.

Y, diciendo, sacó un nuevo pliego del cartapacio y lo presentó á Alberto. Recorriólo éste con an-

siedad una y otra vez, sin apercibirse de que su demora tenía impaciente al funcionario. Al fin, éste se levantó, preguntando:

—¿Ha terminado Vd. caballero? ¿Quiere Vd. que extienda la notificación?

Alberto oía sin comprender; miraba sin darse cuenta de lo que le pasaba.

—¿Me permite Vd? continuó el receptor, tomando los papeles de manos del joven sin que éste opusiera resistencia ni respondiera una sílaba.

—Voy á poner la notificación. Con permiso de Vd., continuó,—y sentándose frente al escritorio y tomando la pluma, escribió breves momentos y luego alargó la pluma al joven, dejándole el sitio para sentarse y diciendo:

—Firme Vd.

Alberto continuaba inmóvil, insensible, mudo.

—¿Prefiere Vd. no firmar? Como Vd. guste.

Escribió de nuevo, repitiendo entre dientes:

—Y no firmó.

En seguida puso su nombre al pié, rubricó, dejó la pluma, pasó lo escrito sobre el secante, lo dobló y se lo echó al bolsillo. Luego tomó su sombrero, lo sacudió con el revés de la manga derecha, se inclinó delante del mozo y desapareció.

Alberto permaneció todavía un rato en el mismo estado. Fatigado tal vez de estar en pié, se sentó en el sillón que el receptor acababa de desocupar.

Pasóse después la mano por la frente y cerró los ojos. Empezaba á tener conciencia de lo sucedido.

¿Qué contenía esa solicitud que tan inmenso anonadamiento había causado en él?

La firma abajo suscripta, le reveló que se trataba de la deuda que lo abrumaba. Principió á leer para imponerse de la cuantía y condiciones del préstamo. Recordarán nuestros lectores que cuando ocurrió á la escribanía á firmar esa obligación, rehusó leerla, limitándose, á instancias del notario, á mirar el nombre del prestamista. ¡Cuál no sería su estupor al ver que no se trataba de una obligación de mútuo sino de un depósito, depósito confiado, según decía hipócritamente el usurero, á la honradez intachable y reconocida de don Alberto Díaz! La suma era de ocho mil pesos en vez de cuatro, cambio que el ruin viejo achacaba sin duda á la partida de los intereses, por no tener éstos cabida en ese contrato. Cada una de las cláusulas estaba hábilmente calculada para hacer exijible la devolución del pretendido depósito en cualquier tiempo, sin más trámites, obligándose, el llamado depositario, á mantener el depósito en un banco para mayor seguridad y á responder criminalmente en caso de pérdida injustificada. El avaro había llegado á prevenir que, si tal pérdida ocurriese, debía hacérsele saber judicialmente en el término de veinticuatro horas, con designación del banco en que estuvo antes del siniestro y siempre con apercibimiento de prisión.

Alberto se veía perdido, irremisiblemente perdido.

Hallábase más que nunca al borde del deshonor. La transición era para volverlo loco.

Cuando creía haber conjurado para siempre la terrible amenaza de la cárcel, se encontraba á sus puertas.

Había vivido un año confiado en una seguridad ficticia, á merced de un avaro interesable y canalla, que no escucharía sus ruegos si no iban aparejados de positiva conveniencia.

¡Viajero á quien la fatiga rinde y postra en su camino, para despertar sintiendo los extremecimientos interiores del volcán próximo á estallar!

Las ideas jiran en su cerebro en desordenado tropel. Imájenes que se fijan con el peso abrumador de una espantosa realidad, imposibilitan todo raciocinio y toda meditación.

Cuando triunfaba al fin de la avasalladora influencia de su Director y de sí mismo, poniendo término con abnegada resolución á los encontrados sentimientos que lo combatían, recibe por la espalda la herida mortífera y aleve.

—¡Qué hacer, Dios mío! exclama con acento alterado por la desesperación.

Pensad en un náufrago que abandona el despojo á que se halla asido para tomarse de otro que juzga más firme y luego siente que éste se sumerje, mientras que el que dejó avanza empujado por el oleaje hacia la playa hospitalaria.

Tal era la situación de Alberto.

De su cliente podría esperar compasión y silencio; del vil usurero y estafador, el dogal del apremio y la propalación de su ignominia.

—¡Qué hacer, Dios mío! repetía enronquecido por el esfuerzo prolongado de sus lamentos.

Oprímese las sienes con frenesí, como si temiera que se le escapara la razón; golpéase el pecho implorando la misericordia divina; estrújase las manos, impelido por la excitación incontenible de sus nervios; jime en silencio con desgarradoras inflexiones ó lanza gritos inarticulados y extraños, como rujidos de fiera acorralada,—hasta que su naturaleza, mústia y dolorida, deja escapar, como explosión del alma, la plegaria en vano reiterada:

—¡Qué hacer, Dios mío!

Como visión de esperanza se presentó á su mente el padre Luis. El, era el único poseedor de su secreto; á él le debió su aparente salvación. ¿Qué culpa tenía el santo sacerdote de aquella estafa realizada por el villano usurero? ¿No sería aún posible por su intermedio, ya que él sabía toda entera la verdad horrible y desnuda, remediar el abuso de don Hilario? Sí, Dios se acordaba de él en sus congojas; El, sólo El, le sujería aquel pensamiento, cuando se perdía en el abismo sin fondo de su desventura.

Repuso su descompuesto traje, zabulló en agua fría su ardiente cabeza, respiró profundamente para ensanchar su oprimido pecho, y cuando se halló más dueño de sí, salió en demanda de su querido Director.

Si no se hubiera hallado tan trastornado, habría advertido en la solicitud del usurero una frase que

acusaba la connivencia del padre Luis en su confección, ó que lo hacía sospechar así. Decía don Hilario que, habiendo sabido que Alberto Díaz iba á renunciar su puesto en la Moneda y temiendo por tal causa la suerte que pudiera correr en época de tantos azares y disturbios, determinaba rescatar el depósito. ¿Cómo había llegado á conocimiento del viejo la presentación de su renuncia, si el padre Luis, única persona que en esa mañana lo sabía, no se lo había referido?

Bien es verdad que la dominación que ejercía el jesuita sobre él era tan grande que no le faltarían argucias de que valerse para acallar sus dudas.

Cuando llegó á casa del Padre, éste se hallaba entregado á sus oraciones, de modo que tuvo que esperar larguísimo rato. La vejancona que le servía de ama de llaves tenía orden de no interrumpirlo durante esos intervalos.

Abrió, en fin, la puerta de su habitación y sin aguardar ser anunciado, penetró en ella el aflijido Alberto. Era tal la alteración de su rostro que el fraile no se atrevió á disimular sus impresiones.

—¿Qué tiene, hijo mío?—le preguntó acercándose con solicitud á su encuentro.

—Ay! Padre; me ocurre una desgracia terrible.

—¿Ha muerto alguien de su familia?

—No, señor. Se trata solo de mí.

—¿Lo persiguen acaso los esbirros del Dictador? Me lo temí, al saber que iba á renunciar su em-

pleo. El que se hace sospechoso al Tirano debe aguardarlo todo de su encono.

—Oígame Vd., señor,—interrumpió Alberto, para quien esas calumniosas suposiciones eran causa de viva mortificación.

—Acabo de ser notificado de una demanda de don Hilario Casanueva.

—¡Qué me dice Vd! ¿El acreedor lo estrecha? Era de esperarlo de su avaricia. Pero no veo motivo para tanta desesperación. Dios proveerá, hijo. Y ahora que me acuerdo,—continuó como haciendo memoria,—cuando me retiré de casa de Vd. lo encontré en mi camino. Me preguntó por su situación y yo, queriendo evitar lo que ha sucedido, le contesté que por el momento no era muy buena, pero que confiaba en su porvenir y respondía del cumplimiento de su compromiso. Más aún, para desarmarlo por completo, y sabiendo que es un decidido partidario de la santa causa, le insinué que Vd. era de los nuestros y que por eso abandonaba su empleo.

—Ah! señor ¿qué ha hecho Vd? Recuerdo que leí en la presentación algo que alude á mi retiro. Sí, y en ello se funda para demandarme. Teme, dice, por mi suerte en estos tiempos de disturbios.

—¡Viejo avaro!

—Pero hay algo peor todavía.

—No comprendo.

—No habrá olvidado Vd., que cuando fuí á suscribir la escritura rehusé leerla.

—Así me lo dijo Vd. y yo le reproché su excesiva confianza. Calculo lo que pasa: el prestamista ha puesto intereses usurarios.

—¡Es mil veces más terrible aún!

—¡Hable, por Dios! ¿Qué es ello?

—Que en vez de firmar una escritura de mutuo, suscribí un contrato de depósito; que en lugar de responder civilmente por la deuda, estoy obligado bajo sanción penal; que con lujo de explicaciones y de apremio, don Hilario se reservó el derecho de abrir para mí las puertas de la cárcel!

—¡Qué infamia!– exclamó el fraile, finjiendo santa indignación.

—Y todavía, — prosiguió Alberto, —como si ese inicuo procedimiento no bastara, en vez de la suma verdadera y un exceso moderado por intereses, ha puesto ocho mil pesos.

—Jesús! Esto pasa de raya. Hay que perseguir á ese hombre como estafador. Yo puedo servir á Vd. de testigo.

—Es imposible. Además de que no habría más que Vd. que depusiera en mi abono, la prueba testimonial vale menos que el instrumento público. ¿Cómo desvirtuar mi propia firma, puesta al pié de la escritura en señal de conformidad?

—Pero, ningún hombre honrado vacilaría entre la afirmación del viejo avaro y la mía.

—La ley no hace distinciones. Y aunque las hiciera ¿aguardaría yo mi justificación en la afrentosa celda de una cárcel? Ah! nó; antes morir!

—Discurramos más despacio. La idea de la muerte que la desesperación lo impulsa á indicar, es criminal y absurda. Vd. cree en Dios, en la vida futura, en la inmortalidad del alma, en la recompensa infinita y en el castigo infinito. ¿Cómo puede entonces equiparar la vergüenza de un día ante los hombres, con el anatema eterno de Dios?

—Perdóneme, señor. Si Vd. pudiera medir las angustias que me abruman.

—Las comprendo, hijo mío; más todavía, participo de ellas. Pero nada autoriza al católico á cortar el hilo de su existencia. ¿Sabe Vd. la misión que los arcanos providenciales le reservan? Por otra parte ¿no son preferibles las amarguras terrenas que lo oprimen á las penas de la eternidad?

Como el justo que nos presenta la Sagrada Biblia, agobiado de males y recibiéndolos como un don de la gracia divina, así debe Vd. sufrir resignado y bendecir al Todopoderoso. Los pesares que nos martirizan en la tierra, son el galardón de nuestra ventura en el cielo.

Su misma desesperación es una ofensa á Dios. Ayudémonos, que El nos ayudará. Confío en que nunca volverá á pensar ó decir que prefiere la muerte á los sufrimientos que el Señor le envía. ¿No es así, hijo mío?

—Sí, Padre.

—Veamos cómo se puede remediar el mal. Por lo pronto, yo iré á ver á don Hilario. Aunque ya es noche trataré de hablar con él.

Vaya Vd. como de costumbre á casa de sus tíos. Disimule lo mejor que pueda la ajitación que lo domina. A las diez y media yo lo espero aquí.

—¿Cómo tendré valor de afrontar las miradas de mis parientes?

—Siga usted mis indicaciones y tenga fé.

—Así lo haré, señor;—replicó el mozo, suspirando.

Apenas Alberto traspuso el umbral de la puerta, se adelantó el padre Luis á la que comunicaba con la pieza contigua y la abrió. Allí, de pié, sin perder un ápice de la conversación que hemos transcripto, se hallaba el apergaminado y amarillento don Hilario Casanueva.

—Parece que esto marcha,—profirió frotándose las manos.—Ahora, yo haré el desinteresado, retirando la demanda, con tal que ese joven continúe en su puesto. ¿No es así?

—Nó,—respondió el jesuita con severidad. Usted se allanará á esperar con tal que yo suscriba una obligación como fiador.

—Pero según la ley usted no puede....

—Así ha de ser;—interrumpió el padre con acritud.

—Como á usted le plazca;—contestó humildemente el avaro.

—Mañana recibirá nuevas instrucciones. Cuente además con mil pesos que puede exigir á Alberto.

Hizo el sacerdote una seña casi imperiosa y el viejo se retiró.

El espacio que medió entre aquella hora y las diez y media, fué de un siglo para el desdichado joven.—Minutos antes golpeaba á la casa del padre Luis. Este, en persona, salió á abrirle.

—No he querido que el ama de llaves se imponga de su venida.

—¿Qué hay de nuevo, señor?—preguntó Alberto con ansia.

—Don Hilario se aviene á tener una conferencia con usted, prometiéndome paralizar las jestiones judiciales y no reanudarlas sin darme aviso.

—¿Cuándo podré verlo?

—Mañana temprano. Se viene aquí después y juntos trataremos de hacer frente á sus exigencias. Mucho le encargo prudencia. Acuérdese que ese hombre es capaz de todo, si se ofende.

—Solo esa consideración me decide á respetarlo.

—Calma y fé. Dios ampara á los buenos.

Todo sucedió como se convino entre el jesuita y el usurero. El joven hizo en vano presente que no podía el fraile servir de fiador. Don Hilario insistió, declarando que si el padre Luis se excusaba, no veía razón para que él tuviese más confianza en su palabra.

En cuanto á la forma de depósito dada al préstamo, la explicó diciendo, que cada cual debía velar por sus intereses y, á falta de otra caución, él había ocurrido á esa. ¿Cómo iba de otro modo á facilitarle una cantidad tan subida de dinero? ¿No

lo había además esperado más de un año? En cuanto á los intereses, expuso que él exigía el diez por ciento, así es que había sido benévolo con Alberto reduciendo considerablemente la tasa ordinaria.

—Y bien, hijo mío, ¿ha podido desconfiar de mi voluntad en servirlo? Sabe Dios que si estuviese en mi poder sacarlo de su azarosa situación lo haría sin vacilar. Juntos lucharemos por que se rescate de ese viejo miserable.

Alberto estaba enternecido con la generosidad de su bondadoso Director.

—Ah! señor,—respondió con amargo desconsuelo,—de nada sirven para mí sus generosos ofrecimientos. La fatalidad ha tendido sus redes ante mis plantas y me hallo condenado al desprecio de la sociedad.

—¿Duda Vd. de mí?

—Jamás. La ley prohibe terminantemente que los clérigos caucionen obligaciones que no sean de sus colegas de ministerio.

—¿Qué me dice Vd? ¿Existe semejante disposición?

—Sí, señor.

Quedóse el fraile pensativo y luego exclamó.

—Volveré mañana á ver á D. Hilario. Dios ablandará su corazón. No olvide Alberto, que la misericordia divina es ilimitada.

Al siguiente día se verificó la última escena de esa infame comedia. El avaro se allanó á esperar año y medio el cumplimiento de la obligación,

bajo dos condiciones: que Alberto continuara en su empleo, garantía indispensable de su seguridad personal y medio eficaz para que pudiera ahorrar con que satisfacer su compromiso, y que el padre Luis lo afianzara con su promesa de sacerdote ya que no le era dable hacerlo en un documento público. Así se convino. Entregó además el joven mil pesos á cuenta, de cuya suma D. Hilario dió el correspondiente recibo.

Este arreglo fué combatido con firmeza por el sacerdote, llegando hasta insinuar la idea de entregar él sus pequeñas economías y convertir en dinero su biblioteca y mobiliario, con tal de que D. Hilario desistiese de su exigencia respecto á la permanencia de Alberto en su colocación.—El usurero se mantuvo inflexible.

Comprendió el mancebo la causa de la oposición de su Director, bien claramente insinuada en los antecedentes que lo impulsaron á renunciar, y en las vacilaciones y reticencias con que aparentaba velar su pensamiento.

La generosidad de su conducta lo desarmó.

Presentábase la cuestión bajo un aspecto inexperado y nuevo. En primer término, era él y no su Director el beneficiado con aquel arreglo. Estaban de por medio, su honor, su porvenir, su felicidad y la de Lía. En el conflicto de sus conciencias ¿quién debía ceder?

Si su decoro y lealtad le prescribían reserva absoluta acerca de los secretos de Estado ó confi-

dencias que recibiera de sus jefes, también el clérigo obraba estrechado por sus deberes religiosos al exigir el conocimiento de sus más íntimas acciones. Que el padre Luis respetaba sus creencias, lo probaban de sobra sus consejos para que Alberto abandonase su destino, y la largueza con que procuraba contentar al usurero aún á costa de cuanto tenía, antes que abandonar sus pretensiones de Director Espiritual. Aún calificando de escrupulosa su conducta, debía respetarse, puesto que, por seguirla invariablemente, permitía el sacrificio ageno y afrontaba el propio.

¿No era razonable que fuera el joven el que cediera?

Agréguese que éste era creyente, ó más bien crédulo, y las vinculaciones que lo ataban al padre Luis le habían arrebatado en gran parte su independencia de criterio y de acción. No veía en las exijencias de su Director, inmoralidades, desnudas de razón y de fundamento relijioso. Confiaba ciegamente en su virtud, en su experiencia, y sus resoluciones tenían el prestijio que de esas virtudes fluye.

Si podía atribuir á severidad ó rijidez, provinientes de un celo excesivo, esas pretensiones, nunca las achacaría á perversidad ó mala fé.

El dilema era terrible: ó apuraba su cáliz de amargura, confesándose ante la sociedad reo de un delito vergonzoso; ó abdicaba en silencio su integridad, echándose en brazos de su Director de conciencia.

Para un sér libre, la cuestión se reducía á dos términos: ó traidor, ó presidiario; ó Judas, ó Juan Valjean. Para Alberto, fanatizado por su mentor y subyugado por sus beneficios, no cabía la más leve duda.

Además ¿no estaba seguro de la discreción de su Director? No se trataba de especular con las confidencias de que fuera depositario, sinó de advertir los riesgos que ellas pudieran ejercer en sus inclinaciones.

¿Eran quimeras nacidas de un fervor apasionado? No era Alberto quien podía ó debía rechazarlas como tales; pues, ni su espíritu, ofuscado por la superstición y los pesares, tenía el vuelo suficiente para discurrir sin trabas, ni,—admitiendo lo contrario,—se hallaba en situación de obrar con independencia, sin incurrir en las tachas de inconsiderado é ingrato.

Impulsado por sus sentimientos, más que por las reflexiones que hemos insinuado, y que acudían confusas y bullentes á su cerebro; ansioso de respirar con relativo desahogo, exento del apremio del implacable viejo; conmovido por el noble desinterés de su Director; comprendiendo que la única satisfacción que podía darle después de su persistente negativa para franquearle íntegramente el santuario de su conciencia, era mostrarse espontáneo en su determinación; rodeó su cuello con sus brazos y deslizó en su oído estas palabras:

—Perdón, señor, si he podido dudar un momento

de la rectitud de sus consejos. Pero si mi criterio se ha revelado por error, jamás en mi alma ha dejado de ser Vd. el más bueno de los hombres, el más piadoso, el más benéfico de los sacerdotes.

Con aquel abrazo quedó sellado para siempre el pacto tan resistido por el joven. Su naturaleza pura y delicada cayó vencida por el destino. Los artificios con que la superstición desfigura la verdad, se habrían embotado en las sanas inspiraciones de su espíritu, si el dolor no lo hubiera oprimido y la credulidad cubierto con su cendal.

Y mientras escondía su rostro en el pecho del jesuita, éste alzaba con imperio la cabeza.

El genio del mal triunfaba.

CAPÍTULO II

La separación

El siete de febrero, al mes cabal del alzamiento de la Escuadra, el que estas pájinas escribe, penetraba al despacho del Presidente de la República. El grande hombre, inclinado sobre su mesa de trabajo, examinaba un mapa de las rejiones salitreras de Tarapacá.

Al ruido de nuestra aproximación alzó la vista y nos dió la bienvenida con su habitual agrado y benevolencia.

—Examinaba, nos dijo,—el teatro en que se desarrollan las operaciones bélicas. Vd. que hizo la campaña contra el Perú y Bolivia debe conocerlo.

—Solamente la costa,—contestamos.—El interior, por referencias: pero creemos tener idea exacta de él.

—Vea Vd.;—prosiguió—esta es la línea del ferro carril, cuyos puntos extremos son, Iquique al sur

y Pisagua al norte. Aquí está la Central, nudo de toda la vía, porque en ella concurren las líneas que salen á los puertos y la que conduce por la Noria hacia al oriente. Este es el centro extratéjico.

—Así es -respondimos.

—¿Qué plan adoptaría Vd. si tuviera á su cargo la defensa del territorio?

—Es muy sencillo. Cortar las líneas férreas en sus extremidades; destruir todo el material rodante que no pudiera arrastrarse, concentrándolo en la Central; fortificar un campamento allí, ó en Sebastopol, estación inmediata, y abrir operaciones, apoyándose siempre en ese punto y abandonando al enemigo los pueblos de Iquique y Pisagua, verdaderos *elefantes blancos*, como los denomina Julio Bañados Espinosa, puesto que no pudiendo exportar salitre y habiendo ya los revolucionarios saqueado sus aduanas, tendrían el gravamen de alimentarlos sin provecho.

—¡Magnífico!—exclamó con entusiasmo. Robles, es un gefe bravo y de honor, pero temo que se empeñe en recuperar los pueblos en vez de atrincherarse en la pampa. Vd. sabe que hoy se embarcan en el Imperial mil hombres bajo las órdenes del coronel Emilio Gana. Si logran unirse á las fuerzas de Robles, como tratarán de hacerlo, los quinientos hombres que conduce el coronel Arrate, se formará una division respetable.

Todo depende de que Robles esté en pié cuando reciba tan nutrido contingente.

—Lo estaré, señor.

Desgraciadamente los temores de Balmaceda se realizaban en aquellos momentos. El heroico viejo Robles, cediendo al impetuoso ardimiento de su gefe de Estado Mayor, coronel Soto, permitió el fraccionamiento de su diminuta columna, uno de cuyos cuerpos fué á batirse hasta morir para retomar la plaza de Iquique, desocupada y vuelta á ocupar por los rebeldes después del desastre que sufrieron en Huara. Por esta causa, cuando más adelante lograron juntarse en Zapiga, Robles, Gana y Arrate, no tenía el primero más que trescientos hombres, que unidos á los mil cien á que, más ó menos, subían las otras dos divisiones, formaron el total del ejército leal de Tarapacá.

Pasado un espacio en silencio, levantó Balmaceda sus ojos del mapa á la altura de los nuestros, y fijándolos con intención, nos preguntó:

—¿Y Vd?

Comprendimos el alcance de aquella interrogación, medimos la trascendencia de nuestra respuesta, el honor que se nos deparaba y los azares que íbamos á afrontar, y contestamos;

—Iremos si estima útil nuestra presencia allá.

Media hora después éramos nombrados Delegado del Cuartel General de la División Tarapacá.

Junto con un abrazo del ilustre mandatario recibimos la expresión de su irrevocable decisión, consignada en esta frase y confirmada ocho meses después con su martirio:

—¡Hasta la eternidad ó hasta el triunfo!

A las ocho y media de la noche, un bulto informe se movía en silencio por entre la red de embarcaciones ancladas en la bahía de Valparaíso.

Era el Imperial.

La fortuna que acompañó siempre á los fieles y nobles marinos Fuentes y Garín, debía coronar el éxito de la riesgosa aventura.

Entre los oficiales que marchaban á sellar con su sangre la defensa de las instituciones y la tradición de obediencia prescripta por la ley militar, estaba Enrique Vedia, el simpático capitán de Cazadores á Caballo, que había reclamado desde el primer día de la revuelta el honor de recibir su bautismo de fuego. No era tal vez ajena á su envío, la influencia de algunos de los traidores que, como Fernando Lopetegui, rodeaban al Presidente y trataban de alejar de su lado á cuantos constituían una amenaza para sus corruptoras y pérfidas maquinaciones. Cuando la familia Vedia supo la separación de Enrique, los espedicionarios cruzaban ya los abrazadores calichales del desierto. Solo Mario dió á su hermano el beso de despedida, recibiendo la confidencia de su marcha poco antes de la salida del convoy de tropas de Santiago.

¡Qué amargas fueron para aquellos amantes corazones las zozobras que la ignorada suerte de Enrique les inspiraba! Y como deducción natural de esas impresiones, cada cual se aferraba más y más á sus ideas, acusando con enerjía á los autores del cri-

minal trastorno. Quien más empecinada se mostraba era doña Juana, cuya fanática obcecación se aumentaba con el pesar.

Para ella, Balmaceda y sus secuaces, engendros del Averno, eran los únicos responsables del incierto destino de su hijo y de los peligros que amenazaban concluir con Dios y con la Patria. Su exaltación se desbordaba, sin que nada pudieran razones ni advertencias para calmarla. Su cerebro enfermo, debilitado por prejuicios y supersticiones, sujestionado por el dominio que sobre ella ejercía su Director, carecía de despejo y fortaleza para discurrir. La victoria de las armas gubernistas representaba para ella el entronizamiento de la impiedad en el poder, la destrucción de los templos, el escarnio del culto, la proscripción de los sacerdotes.

El triunfo de la revolución era por el contrario el advenimiento del antiguo réjimen, conventual y santo; con el exclusivismo del dogma católico, abatido por la tolerancia relijiosa, sin los escandalosos ensayos de las democracias americanas. ¡Con qué arrobadora unción habría clamado al cielo por que las huestes revolucionarias llegaran vencedoras á la Moneda! ¡Cómo en su místico afán habría elevado sus plegarias por que los nuevos cruzados volvieran con el estandarte de la fé en sus manos!—si la visión de su hijo, pálido y ensangrentado, no hubiera conmovido sus entrañas de madre. Lucha cruel entre su naturaleza y su educación, entre sus instintos y su fanatismo. Su dolor estallaba en vio-

lentas recriminaciones contra su marido y su primogénito, á quienes enrostraba la perdición eterna de su hijo, si sucumbía en las filas del Tirano, ó su atentado contra Dios y los hombres, si el espíritu de perdición triunfaba.

Era tal su vehemencia, que sus mismas hijas, á pesar de la dulzura de Lía y la inocencia de Raquel, recibían acerbos reproches, porque, sumerjidas en doloroso silencio ó anegadas en llanto, trataban de disipar sus impresiones. ¡Ellas también la abandonaban en sus luchas y en su fé!

La moderación y prudencia con que don Antonio toleraba los estravíos de su muger, tuvieron al fin por límite sus sentimientos paternales. Con la filosofía ingénita de su carácter y su experiencia, contemplando en doña Juana á una enferma querida, había soportado con resignación sus intolerancias y asperezas. Pero el sufrimiento de sus hijos, la piedad filial con que recibían sin revelarse las extravagantes inculpaciones de la fanática; las angustias que la separación de Enrique causaban en su alma y las extrañas teorías de su mujer sobre este incidente,—colmaron la tasa de su evangélica mansedumbre. Escenas nunca vistas en aquel hogar hasta entonces modelo, se sucedían cuotidianamente. En las horas de las comidas, antes tan llenas de encanto y de confianza, tenían lugar altercados violentos, en que las súplicas de los hijos y sus lágrimas, no lograban tranquilizar los ánimos ajitados y frenéticos. Prometíase don Antonio disimular las ironías

y sátiras con que su consorte aludía á los actos y personas de los partidarios de la Administración, pero el silencio irritaba más á la revolucionaria, que achacaba á desprecio la tolerancia de su marido y á hipocresía la humildad de sus hijos.

No había medio de purificar la atmósfera, envenenada por el sectarismo político y religioso. Abandonaba el padre su sitio sin probar los alimentos, huyendo del lugar en que había creído colmar con su trabajo y su amor la discreta medida de sus aspiraciones. Seguía la señora sus interminables quejas, abrumando á Mario y á Lía con sus reconvenciones y vertiendo palabras de odio contra los pretendidos enemigos de la Iglesia.

Como consecuencia lógica de este afán íntimo que devoraba su espíritu, habíanse modificado profundamente sus dotes de carácter y sus modales. Era batalladora, ruidosa y dura, cuanto en otra época fuera apacible, melancólica y dulce. La fanática había dominado por completo á la esposa y á la madre.

Las crisis nerviosas que antes combatieran su cuerpo y su alma, terminaban en llanto, derramándose así todo el acíbar; mientras que ahora, terca y rencorosa, mostraba en su arrugado ceño la señal visible y constante del vendaval que rujía en su interior.

Los fenómenos de esta transformación, correspondían á la naturaleza del proceso que se desarrollaba en su espíritu.

La dicha se vislumbra en la sonrisa de los labios

ó en la límpida serenidad de los ojos, como el dolor en la contracción de los músculos faciales ó en el llanto. Del propio modo, trasmite el fanatismo al individuo apariencias peculiares—concentración, intransijencia, fijeza,—como hace radiar el patriotismo en el semblante, entusiasmo, vivacidad, audacia.

Desgarrada la venda que ofuscaba su mente, habría reaparecido, la mujer sencilla y pura, resignada con su suerte y amante de los suyos. Pero ¡ay! las causas que habían operado el cambio, actuarían con implacable persistencia mientras los acontecimientos lo requiriesen.

Entre tanto, no se divisaba el límite de aquella situación insostenible. El escándalo amenazaba romper las fronteras del hogar y esparcirse por los ámbitos de la Sociedad, entregando á los comentarios y maledicencias de los mordaces la honra de una familia virtuosa y respetable.

Los sirvientes, testigos importunos, referían con indiscreta lengua las rencillas domésticas que presenciaban, y empezaba ya á susurrarse entre chismosos y *comadres* las enigmáticas desavenencias.

En más de una ocasión, miradas inquisitoriales ó preguntas insidiosas, hechas al parecer con llaneza, habían revelado á los actores del drama íntimo que el público buscaba la trama sobre qué tejer el escándalo. Solo doña Juana, ensimismada en sus preocupaciones, dejaba crecer indiferente la bola de nieve, que descendiendo como impetuoso

alud, pregonaría sus flaquezas y el dolor de los suyos.

Circunstancia imprevista y lamentable vino á solucionar el conflicto.

Había transcurrido poco más de un mes de la partida de Enrique cuando se hizo pública la noticia de la derrota de las tropas fieles al Gobierno.

¿Cómo había ocurrido el desastre? Vamos á referirlo con la certidumbre de nuestro testimonio personal.

Reunidas en Zapiga, estación de la línea ferrea, las tres pequeñas divisiones de Robles, Gana y Arrate, provocó el primero de estos jefes un Consejo de Guerra que determinase el plan de operaciones que se debía adoptar.

Concurrieron á dicha reunión los mencionados coroneles, que respectivamente desempeñaban los puestos de Comandante en Jefe, Jefe de Estado Mayor y Comandante de Infantería; Coronel Rivera, Jefe de la Artillería, Coronel Méndez Jefe del 5º de línea, Teniente Coronel Ruminot, del batallón movilizado Angol y el Delegado del Cuartel General.

Ofrecida la palabra por el Coronel Robles á este último, expuso las ideas cambiadas con el Presidente de la República, agregando que, dada la circunstancia del triunfo obtenido en Huara—aunque minorado en sus consecuencias por la capitulación de Iquique,—debía procederse à atacar inmediatamente,

á fin de evitar que el enemigo organizara nuevos elementos y de aprovechar el buen espíritu de las tropas leales, animadas por la anterior victoria y su reciente incremento y reunión.

Este parecer fué aprobado unánimemente, acordándose, en consecuencia, un reconocimiento que se verificaría de madrugada en dirección á Pisagua, en donde se suponía concentrado al enemigo después de su desordenada fuga de la pampa.

Parecerá extraña la falta de noticias fidedignas en que se hallaban nuestros jefes, acerca de las posiciones, número y demás circunstancias dèl enemigo, á quien ignore el espíritu que dominaba en las salitreras. Aunque los jefes y empleados de las oficinas eran en su casi totalidad extranjeros, razón por la cual debían abstenerse de tomar parte en nuestras disensiones intestinas, se mostraban decididos en favor de los revolucionarios, sirviéndoles de espías de nuestros movimientos, prestándoles concurso de víveres y suministrándoles todo linaje de recursos. Pudimos comprobar la exactitud de estos hechos, no solo por el rol que desempeñamos en esa campaña, sinó después, durante nuestro cautiverio, escuchando las revelaciones de muchos de los empleados ingleses de las salitreras. La razón que los movía á proceder así, es bien conocida. Si para los promotores nacionales de la revuelta, se jugaba una doble partida de predominio político y de interés material, para Mr. North, del cual eran seides muchos figurones de la época, y dependientes casi todos los

administradores de oficinas,—el éxito significaba el afianzamiento de los privilejios de que gozaba y la concesión de otros que no había podido obtener de las autoridades constitucionales.

Los coroneles Robles y Gana y el Delegado del Cuartel General verificaron el proyectado reconocimiento, avanzando á pié hasta los últimos terraplenes de la vía férrea, desde cuya altura se domina á la vez la altiplanicie de Hospicio, el pueblo y la bahía.

Uno de los blindados, «Blanco» ó «Cochranne», se hallaba anclado. La más profunda quietud se notaba en la población.

El enemigo había decampado.

En armonía con este dato, se imponía como objetivo de las operaciones, Iquique; no el pueblo, sino las alturas que le dan acceso al interior, en donde debía haberse establecido el campamento revolucionario.

La ocupación de la Central era más que nunca necesaria.

Celebróse un nuevo Consejo y hubo acuerdo perfecto en buscar sin demora al enemigo, hostilizándolo sin tregua, impidiendo así su reorganización é incremento, y batiéndolo en el acto de presentarse en la pampa. Como cumplimiento de las resoluciones anteriores se ordenó que un piquete de caballería procediera á destruir la línea del ferrocarril en su proximidad á Pisagua, disponiéndose el alista-

miento de los cuerpos para emprender la marcha al amanecer.

Aún no bien cerrada la noche, llegó al campamento un chasque, trayendo una comunicación del Intendente de Tacna en la que transcribía un cablegrama del Presidente de la República, anunciando el arribo á Antofagasta de una División de las tres armas que debía unirse por el interior á la nuestra. Aquella noticia despertó el mayor entusiasmo; y como podía influir en el plan que se había acordado, provocó el coronel Robles un tercer Consejo.

Expuso el heroico soldado que, en su concepto, debía aguardarse tan importante refuerzo antes de comprometerse acción decisiva. La dura experiencia recogida en la sangrienta batalla de San Francisco, en que menos de cuatrocientos hombres nuestros fueron á estrellarse contra un muro de cerca de mil quinientos enemigos,—dejando después de cinco horas de fuego, cubierto de cadáveres el campo, si bien más limpio el honor que el del Rey francés en Pavia,—lo decidían en el sentido de la espera. Los demás jefes aceptaron su opinión. Discrepó solo el Delegado, fundándose, en que la concurrencia de la División que se aguardaba, era emergente, y cada hora que transcurría venía en auxilio de la organización de los rebeldes, de cuya descompaginación debía aprovecharse. Agregó además que *el espíritu que reinaba en la pampa* era hostil y que se corría el riesgo de que los soldados se malearan con tal ambiente, siendo

en sumo grado necesario no dejar enfriarse la patriótica expansión de los primeros momentos. Terminó, recordando á los viejos militares, que el empuje del soldado chileno, irresistible en el ataque, era menos enérgico en la defensa, circunstancia muy digna de tomarse en consideración sobre todo cuando las tropas revolucionarias constituían una horda tan indisciplinada como valerosa.

En todo caso, quedaba en pié el primitivo co...enio de acampar en «La Central». Embarc... ndose temprano nuestras tropas, y á la caída de la tarde llegaron á Pozo Almonte, villorrio en el cual determinó el Gefe pernoctar. Para continuar camino debían tomarse serias precauciones.

La relativa comodidad de que los Cuerpos espedicionarios disfrutaban allí y la ansiedad creciente de la próxima llegada de la División que venía del sur, decidieron al Gefe á no avanzar más adelante. Obró en su ánimo todavía la circunstancia de no tener cada soldado más de ochenta tiros, guarismo bien deficiente para el caso de una acción empeñada y larga. Despachó, para remediar el mal, un teniente con quince hombres de caballería á buscar pertrechos á Tacna, avisando por telégrafo al Intendente para que este funcionario anticipara el envío al encuentro de los comisionados, y avanzó diversas exploraciones en dirección de la línea.

La actitud diligente y serena del Coronel Robles, digna del mayor encomio y respeto, no cuadraba sin embargo, con las ideas emitidas y aceptadas en

los Consejos referidos. Comunicáronse los Gefes superiores sus impresiones, dispuestos á obedecer en todo caso, pero creyendo justo hacer presente sus opiniones en forma templada y respetuosa.

El Delegado del Cuartel Jeneral, por su parte, expresó al coronel que,—si bien la responsabilidad como la gloria de la jornada recaerían sobre él, en su carácter de comandante militar de las fuerzas,—se sentía á su vez moralmente responsable, asintiendo en silencio á sus órdenes y sin recordarle los acuerdos tomados en Zapiga. Si su determinación de no ocupar «La Central» era irrevocable, veríase el Delegado en el caso de retirarse á Tacna, dudando de la conveniencia de los planes del Coronel, pero nunca de su lealtad y probado valor.

Conmovióse el viejo militar con nuestras palabras y nombrándonos juez de sus dudas é inquietudes nos respondió:

—En hora buena. Avance Vd. hasta «La Central» con el 5º de línea, una batería de artillería y un piquete de caballería; y si las posiciones son convenientes seguirá el resto de la División.

Así se hizo.

Una máquina blindada, que se encontró con nuestra exploradora, á mil metros más ó menos del convoy, huyó veloz, perseguida hasta la estación Santa Rosa, ocupada por el enemigo. Cambiáronse entre ambas varios tiros de cañón, pero sin lograr ofenderse.

Unos cuantos soldados enemigos, destacados en

la Noria, huyeron á la desbandada por los cerros que se alzan á la espalda de la salitrera Sebastopol.

Descubrióse en la oficina telegráfica de la Noria las pruebas de que el empleado, en connivencia con el enemigo, avisaba nuestros movimientos. A cada paso se recojían las demostraciones palmarias de que la pampa entera estaba complotada en nuestra contra.

Examinada la topografía del terreno, se comunicó á Robles la impresión favorable que á los coroneles Arrate, Rivera y Méndez y al Delegado, les causaba el nuevo campamento.

Al día siguiente la División ocupaba posiciones adecuadas. Las últimas determinaciones que se tomaron, fueron: destruir la línea férrea más allá del límite occidental que ocupa la hoya en que está la Estación, y enviar al capitán Leclerc al encuentro de la división Camus.

Las penurias de las marchas, comprendiendo la travesía del desierto desde Arica á Zapiga, bajo un sol tropical, cruzando las ásperas quebradas de Chacas. Camarones, Chiza, Tiliviche y Tacna, afrontando rigores y privaciones de tal naturaleza que hicieron retroceder al ejército boliviano en la guerra del Pacífico,—quebrantaron la salud del Delegado del Cuartel General. La última expedición á la Noria hecha en la máquina del ferrocarril, con el hálito quemante de la caldera en el rostro y los rayos

solares en la espalda, le causaron fiebre violenta y consumidora.

Cuando la División descansaba tranquila en «La Central», cumplida la misión que se impusiera de convencer al Coronel Robles de la oportunidad de las resoluciones de los Consejos de Guerra celebrados, cayó sin conocimiento y delirante. Las asiduas atenciones de los cirujanos Ramírez Salcedo y Middleton lo libraron de una muerte casi segura.

El enemigo, mientras tanto, reunía sus elementos en Santa Rosa, estación inmediata á «La Central» hacia el poniente. Sabedor del arribo de nuestras tropas á Antofagasta, comprendió que el secreto de la victoria estaba en la rapidez de sus operaciones. No ignoraba tampoco la escasez alarmante de municiones en que se hallaba el Ejército Leal, ni la seguridad de abastecerse próximamente. En cada habitante de las salitreras tenía un espía diligente y hábil. Ignorantes nuestros Gefes de aquella criminal complicidad, descansaban en la confianza de una neutralidad impuesta por honor y por deber. Extranjeros en un suelo hospitalario y rico, garantidos en sus personas y bienes, libres en su trabajo, estaban moralmente obligados á prescindir en las contiendas de los nacionales.

Tal fué la causa primordial de la pérdida de Tarapacá.

Temerosos los revolucionarios de tomar la ofensiva, decidieron hostigar al enemigo más que hostilizarlo, disparando sus cañones con la regularidad

de una campana durante horas y horas. Ninguno de los proyectiles cayó sobre nuestra línea, situada en la cresta de los cerros y laderas que se extienden á ambos lados de la vía férrea.

El ataque de frente debía hacerse á pecho descubierto en una extensión considerable. Nuestros flancos estaban limitados por alturas accidentadas y de acceso fatigoso y duro.

La victoria misma habría sido estéril para los asaltantes. Interrumpida la comunicación con el interior por la destrucción del camino de hierro, nos habríamos retirado después de agotar los medios ofensivos, arrastrando el material rodante hasta el término de la línea y dando así tiempo á que llegara la división Camus á cuyo encuentro marcharíamos.

Así lo comprendían los coroneles Gana, Arrate Rivera y demás jefes de elevada graduación, con quienes cambiamos ideas en aquellos días.

El coronel Robles quiso eludir la acción, esperando por momentos la llegada de la División del sur. Era menester ganar tiempo. Camus no podía tardar ya mucho. Aferrado á este pensamiento dió orden de levantar el campo y emprender el regreso á Pozo Almonte.

Cuando dos días más tarde tornó en sí el Delegado, halló á su cabecera al noble y fiel amigo, coronel Robles, que, lo mismo que Gana y demás inolvidables compañeros, no habían cesado de prodigarle atenciones y cuidados

Dióse cuenta el enfermo del movimiento realizado, y dirijiendo sus miradas al Gefe, le dijo:

—Ha venido Vd. á buscar su tumba en Pozo Almonte.

—No, *compadrito,*—contestó con cariño,—mi tumba estaba en «La Central».

Cada cual expresaba sus convicciones.

Al amanecer del siguiente día, 7 de Marzo, las fuerzas enemigas, en número tres veces superior, emprendieron el ataque de nuestra línea.

No corresponde á los perfiles históricos que presentamos en este libro referir las peripecias de aquella porfiada lucha de cinco horas, ni trazar el cuadro de los horrores cometidos por la horda salvaje que quedó dueña del campo.

Basta, en demostración de los procedimientos traidores del vencedor, el hecho, comprobado por centenares de personas, de que apagaron los fuegos de dos compañías del 5º de línea, levantando pañuelos blancos y haciendo repetidas señales de estar rendidos, para asesinarlas en seguida á boca de jarro, cuando les tendían sus brazos de compatriotas y hermanos. Basta también, en comprobación del denuedo y bizarría con que se batieron los defensores del Gobierno constituído, la cifra de sus bajas, ascendente á más de un tercio de los combatientes, entre los cuales se contaron varios Gefes y oficiales. Y basta en fin, para establecer la bárbara crueldad de la hueste triunfante, recordar el sacrificio de Robles, asesinado, cuando indefenso, moribundo y rendido,

se asilaba al amparo de la Cruz Roja; las torturas infligidas á Ruminot, hecho prisionero después del desastre, ensartado vivo sobre bayonetas y paseado así en medio de los aplausos de la chusma, ébria de licor y de sangre y de la torpe indiferencia de sus conductores; las mutilaciones, por último, de los cadáveres de Méndez y demás Gefes y Oficiales, muertos ó asesinados, y el despojo de sus trajes á los cadáveres y á los que escaparon á la matanza.

Horrible espectáculo, aún no descripto, era el que presentaba la abigarrada muchedumbre que en esos momentos disponía de nuestras vidas.

Huían los vencidos en todas direcciones ó buscaban refujio en el interior de las oficinas ó en el Pabellón de la Ambulancia. Y los vencedores se entregaban á la caza de hombres, con más ahinco y ardor que si se tratase de embestir y matar bestias feroces.

Gefes y oficiales revolucionarios contemplan desde el corredor del establecimiento de Buen Retiro las peripecias de la horrible trajedia, comentando y riendo de la actitud desesperada de los fujitivos ó de las contorsiones angustiosas de los moribundos.

Los prisioneros, despojados de sus prendas de vestuario y de sus insignias jerárquicas, esperan en silencio la suerte que les está destinada, mientras los adalides *del constitucionalismo* se pavonean con los despojos. Descamisados de la pampa apa-

recen transformados en tenientes, capitanes y hasta Gefes y se felicitan mútuamente con infame descaro por tan brillante metamórfosis.

Cunde de repente araucano *chivateo*, enronquecido por el esfuerzo y descompuesto por la embriaguez. Háse descubierto en una de las habitaciones al coronel Robles. El heroico defensor de las pampas yace postrado en su lecho de dolor. Un balazo le ha despedazado un talón, y otro le atraviesa de costado á costado.

Detiénese la turba ante la puerta.

—¿Coronel Robles?—interroga un teniente.

—Aquí estoy, responde el guerrero.

—Levántese Vd.

—No puedo. Estoy gravemente herido.

El oficial está indeciso. La soldadesca observa con curiosidad.

El héroe infunde respeto à sus verdugos.

—Voy á consultarme,—dice el teniente, dirijiéndose á los que lo rodean.

En el corredor está el titulado Comandante Olegario Pairoa.

Oye la noticia que le trasmite su subalterno y exclama:

—¡Que salga!

—¡Qué muera! grita la chusma.

La orden de salir es la sentencia de muerte. Así lo comprenden los vencedores. Entranse todos á presenciar el lance sangriento.

Escribimos desde el destierro y no tenemos á

mano nuestros apuntes. Por eso no damos los nombres del sarjento mayor y los dos tenientes que presidieron el asesinato. Pero, consignados están en libro inédito que verá un día la luz pública.

—¡Levántate miserable! grita el sarjento mayor.

El Coronel se pone de pié.

Gotea la sangre de la herida y empapa su traje y el piso de la habitación.

—¡No puedo más!—exclama próximo á desfallecer.

—¡Muera! ¡muera!—profieren los verdugos.

Y el martirio principia.

Robles no exhala un lamento. Mira la muerte como soldado: de frente y sin pestañear.

Las bayonetas entran y salen en su cuerpo; las balas lo perforan.

El Gefe leal cae de bruces.

La sangre, pide sangre.

El ensañamiento se redobla.

La masa no parece ya cuerpo humano.

Concluída la tarea salen los rejeneradores de Chile, ostentando la insignia roja, símbolo de su victoria y nuestra derrota, teñida con la sangre generosa de los defensores de la Constitución y las tradiciones de paz, honradez y dignidad de la República.

Este episodio salvaje no fué talvez el más dramático ni el más sangriento. Veremos más adelante otros, ocurridos después del triunfo, á sangre fría, con premeditación.

Los crímenes cometidos por los revolucionarios tuvieron la lójica cruel de un sistema: la destrucción de un partido con sus hombres, sus propiedades y sus ideas. A Dios gracias no hay tumba donde sepultar éstas, como no hay abismos donde encerrar la luz, porque la luz disipa la lobreguez de los abismos.

La noticia del descalabro de las tropas leales circuló como reguero de pólvora por todo el país. Después de la duda que las primeras operaciones de la Escuadra hizo brotar en el espíritu de los rebeldes, nacía la esperanza de éxito. Tarapacá, la principal fuente de recursos, había caído en sus manos.

Hemos anticipado las impresiones que el acontecimiento produjo en el ánimo de algunos de nuestros personajes.

¿Vivía Enrique?

Tal fué la dolorosa preocupación que dominó á sus deudos.

En la Moneda, no se tenían más que noticias generales del desastre. Pasados algunos días principiaron á llegar detalles y á concretarse nombres. Por fin, súpose de un modo positivo que Enrique Vedia, había caído prisionero.

La noticia fué recibida de bien distinta manera en el seno de su familia. Para doña Juana aquel lance significaba la salvación; para los demás, martirios inauditos y quizás la muerte.

La fanática recibió de su Confesor la confidencia íntima de que su hijo, alejado del teatro de los

peligros, era atendido y considerado. Debía sí reservar la dichosa comunicación, á fin de no aparecer en connivencia con los ajentes secretos de los revolucionarios.

Pero su alegría la traicionaba á cada momento. Raptos de irresistible felicidad pasaban, como llamaradas, por su rostro y animaban sus ojos.

Extraño contraste! Mientras el padre y los hermanos seguían en silencio el hilo de sus terribles pensamientos, la madre se mostraba indiferente á sus congojas.

¿Qué aliento maldito había quemado sus entrañas?

Abstraída en reflexiones al parecer gratas, sin ver en torno de sí los extragos que el dolor hacía en las prendas tan caras un día para ella, no volvía en su acuerdo más que para recriminar á los suyos el desvío con que miraban la causa de la Relijión y de la Fé.

Si su esposo y sus hijos, hubieran penetrado el secreto que guardaba en su seno, habrían mirado como piadosa mentira la revelación del sacerdote: pero ignorantes de tal circunstancia, creían,—al verla apacible y risueña,—que sus sentimientos de muger y de madre se habían extinguido para siempre.

—¿Es posible?—se decía don Antonio, espantado del cambio operado en su esposa.

¿Tanto puede en su alma la superstición, que mire sin pena el sacrificio de su hijo, el pesar de los suyos, las negras inquietudes del porvenir?

¿Quiere el triunfo de nuestros enemigos, de los que talan el suelo de la Patria, de los que asesinan y roban, aún á costa de nuestra dicha y nuestra sangre? Ah! desventurado de mí! desgraciados hijos míos! La misericordia de Dios nos abandona!

Los semblantes de Mario, Lía y Raquel lo decían todo. ¡Qué elocuencia en aquellas miradas! ¡Qué extremecimientos del alma en aquellos suspiros! ¡Qué de insomnio y de llanto en sus frentes pálidas y sus pupilas apagadas!

El desenlace se imponía.

Jamás doña Juana tomaba en sus manos «La Nación», único diario que se publicaba en la capital. Habría sido una herejía leer las producciones de los secuaces del Tirano.

Un día, por azar, tropezaron sus ojos con él. Maquinalmente leyó una frase. El nombre de su hijo, de Enrique, aparecía escrito con grandes caracteres. Era un artículo en que se relataban las crueldades y vejámenes que se infirieran á los prisioneros. La narración era pálida, descarnada ante la realidad. Las víctimas no podían hablar aún. Pero, así y todo, había un abismo entre lo que ella creía, y lo que allí estaba escrito.

—Miserables!—exclamó con ira.—Creen vencer mi resistencia y atenuar mis creencias con ficciones y calumnias. A Dios gracias, el padre Luis, que no miente ni engaña, me ha hecho conocer la verdad.

Vínole luego á la mente la idea de que aquel diario no estaba en ese sitio por casualidad. Sí, sin duda

don Antonio ó sus hijos lo habían puesto á su vista como un cebo tentador, ¡Ellos acechaban sus pasos y espiaban sus acciones. ¡Ellos se confabulaban con los renegados de Dios y luchaban por arrastrarla al abismo de perdición!

Dominada por estas ideas se presentó al comedor con aire fiero y provocativo. Su temperamento nervioso y la exitación permanente en que se hallaba su espíritu, le impedían disimular.

—Ya Vds.,—dijo con tono burlesco—habrán leído las relaciones que hacen los sayones del Dictador de las crueldades de las huestes constitucionales?

Todos la miraron estupefactos, sin comprender el significado de aquella pregunta indirecta.

—Pues, lo de siempre: Tiran la piedra y esconden la mano.

—No sé á que te refieres,—contestó don Antonio.

—És curioso. Me refiero al artículo publicado ayer en «La Nación» y en que se pintan las crueldades de que son víctimas los prisioneros en el Norte. ¿Me entiendes ahora?

—Menos aún. No sé cómo los horrores en que nuestro propio hijo se ve envuelto, te den bríos para ensalsar á sus verdugos!

—Y yo me admiro de que Vds. pretendan arrastrarme con tan repugnantes supercherías. Espero que en adelante ni tú ni éstos, reiteren sus artimañas.

—Cómo ¿te imaginas que hemos puesto ante tu vista ese artículo para probar de restituirte á nues-

tro seno y á nuestro afecto? Nó, cuando no ha respondido tu corazón de madre á los silenciosos reclamos del hijo cautivo, es porque ha muerto en tu alma todo sentimiento natural, como ha muerto en la mía la esperanza de reconquistarte.

La voz de don Antonio era trémula y dolorida. Sus hijos lloraban.

—Esto es insoportable! profirió la fanática. Vivo entre engaños y mentiras. Preferiría el más espantoso de los martirios á la hipocresía con que aquí se disfraza la verdad.

—Y ¿quién miente aquí?

—Tú, tus hijos....

—¡Basta, mujer! Salga de mis labios, desnuda y franca, la idea que hierve en mi cerebro y en mi corazón desde hace mucho tiempo. En este hogar, puro y honrado, tienen culto la religión, la justicia y la verdad. No es aquí donde se miente; no son tus hijos, no es tu marido, los que te engañan y traicionan. Es allá, bajo la bóveda sagrada del templo donde se anidan los fariseos y judíos. Es tu Director Espiritual el que te extravía y te perturba.

Levantóse doña Juana de su asiento y apretando los puños, masculló estas palabras:

—¡No más! Hemos terminado! Lo que ahora ocurre debía suceder al fin. Mi razón, mi conciencia me lo gritan. Aquí pierdo mi alma....; y yo, yo la quiero salvar. Hoy mismo abandono para siempre esta casa, manchada por el pecado!

—¡Madre! gritó Lía, tendiendo sus brazos.

—¡Mamacita mía! exclamó zollozando Raquelita.

Mario, de pié, dejaba correr sus lágrimas.

El pobre marido, quiso hablar y no pudo.

La fanática, seca, helada, dura como el granito, abandonó sin volver la cabeza, sin conmoverse ante el cuadro de desolación que dejaba tras de sí, la pieza en que gemían sus hijos y se despedazaba el alma de su marido.

CAPÍTULO III

Mario, diputado

En épocas normales, el escándolo social causado por la separación de Doña Juana, habría podido paliarse con explicaciones convencionales. Conocidas ó sospechadas sus exageraciones de devota, su reclusión temporal en un *beaterio* ó casa de *retiro* habría caído en el orden de los sucesos ordinarios. Lo primordial en tales casos, es desviar las interpretaciones antojadizas, minorando la impresión de la realidad con atenuaciones sucesivas. Más adelante, poco á poco, cuando la verdad se trasluce, el acontecimiento aparece revestido de los caracteres de un hecho consumado.

Consíguese de este modo cubrir la tranquilidad del hogar de las arterías del Gran Galeoto, dispuesto siempre á devorar su presa.

Por desgracia, el estado de los ánimos era el menos á propósito para que aquel gran pesar mereciera el respeto de los extraños.

No bien la fanática hubo traspuesto los dinteles

de su casa, cuando su Director Espiritual se halló al corriente del drama íntimo. Disuadió á la señora de la idea de encerrarse en una pensión relijiosa. Aquel paso, reducía considerablémente la resonancia del escándalo. Era menester sacar de él todo el beneficio apetecible. No era bastante diseminar una familia, introduciendo en su seno el odio y la discordia. Si las intolerancias de Doña Juana no habían logrado amedrentar á sus deudos, arrastrándolos á servir la causa revolucionaria, debía afrontarse la lucha de frente, en vez de abandonar el instrumento en una mansión de paz.

Consecuente con estas ideas, el Jesuita colocó á su hija espiritual al lado de una familia conocida por sus opiniones exaltadas en pro de la revolución. Así no le faltaría el estímulo constante para precipitarla, ciega y obsecada, á los más absurdos y lamentables extremos.

A pesar del silencio que guardó la señora respecto de los móviles que la impulsaron al abandono de los suyos, la difamación más desenfrenada se desató en contra de su marido y de sus hijos. Los menos hipócritas fraguaban escenas tremendas, en que Doña Juana se presentaba injuriada, golpeada, arrojada á la calle por sus propios deudos. ¡Mónstruos, cuya crueldad repugnante no tenía paralelo en los procesos de la maldad y del crimen! ¡Atentar á la vida de la esposa y de la madre, porque la madre y la esposa no renegaba de la fé de sus mayores! ¿Por qué no se la dejaba libre en sus creen-

cias, cuando ella, tolerante, apacible y tierna, no pedía más que el espacio de su oratorio para rogar á Dios por sus mismos verdugos? Ah! miserables, mil veces miserables!

Finjían otros, en cuyo número se contaban el padre Luis y los *beatos* de ambos sexos, una compasión inmensa por la *Mártir*. Sin decir palabra, tan solo con mirar á hurtadillas su rostro, levantando luego los ojos al cielo con aire de piedad, parecían clamar contra aquella injusticia, pidiendo á Dios misericordia y amor.

Gremio más ruin que el de los calumniadores impudentes, el de los hipócritas, deslizaba sin ruido la historia infame de aquel mentido parricidio moral.

En tanto que así se especulaba con el honor y la desgracia de D. Antonio y sus hijos, éstos yacían postrados en la más negra desesperación.

Por natural impulso, reuniéronse más estrechamente, buscando en el calor de una afectuosa reciprocidad de sentimientos, el consuelo de sus amarguras.

Pasados los momentos de estupor, hubo tácito acuerdo en presentarse resignados ante las miradas del mundo. El dolor, no tizna la frente como el crimen. Dominarlo, es virtud.

Como el soldado que cumple con su consigna, sin ostentación pero sin timidez, llegó D. Antonio á su oficina á la hora reglamentaria. Su frente estaba pálida, sus mejillas marchitas, sus pupilas sombrías. Pero había en toda su persona tal au-

reola de dignidad y honradez; un tinte de resignación tan varonil, que infundía á la par compasión y respeto.

Los compañeros de labor se sintieron dominados y enternecidos por la sencilla grandeza de aquel hombre de bien. Ni el mismo opositor, que vimos deslizar á su oído consejos oportunistas, se atrevió á saciar su curiosidad, deteniendo sus miradas en él.

Jamás, ni dentro ni fuera del hogar, se pronunció el nombre de la ingrata. Y no porque se renunciara á la esperanza de atraerla algún día, sinó porque se abrigaba el temor de que su vuelta precipitada determinara un lance más violento y de más funestas consecuencias. En cambio, se atendían con esmero sus necesidades; se buscaban noticias sobre el estado de su ánimo y su salud; se le hacía saber indirectamente de su marido y de sus hijos.

Lía, fué más allá aún: quiso verla. La fanática se negó resueltamente.

Que viera entonces á Raquelita. ¿Qué culpa podía tener la inocente niña de sus quebrantos y sinsabores? La misma negativa.

¡Ay! era necesario esperar tiempos más benignos!

¡Qué vida tan triste la de aquel hogar!

Durante el día, Lía y Raquel, vagaban como som bras, pugnando inútilmente por contraerse al estudio ó á los menesteres domésticos. Por espontánea y

silenciosa convención se habían suprimido las reuniones semanales y renunciado á tocar el piano.

El dormitorio de doña Juana permanecía siempre cerrado. Solo de noche, cuando los moradores dormían, un bulto blanco y vaporoso abría en silencio la solitaria pieza y de rodillas junto al lecho vacío, escondida la frente entre las heladas ropas, lloraba y suspiraba. Pobre Lía! sus caricias no llegaban hasta el corazón de su madre!

A la hora de comer llegaba Alberto y, reunidos todos, se comunicaban las novedades del dia.

¿Qué sería de Enrique? ¡Si llegaría alguna vez al lado de los suyos!

Tal era el tema constante de sus anhelos.

La cuestión política apenas se debatía. Alberto, esquivaba hablar de ella.

Las inquietudes y pesares que minaban el alma de cada cual, tornaban áridas y frías esas reuniones.

Conocido el carácter de Mario, su intransijencia en cuanto al cumplimiento de sus deberes atañía, no se extrañará que, á pesar de los sucesos ocurridos, continuara actuando en la política.

Había contraído relaciones con casi todos los hombres públicos que apoyaban al gobierno y héchose estimar y conocer ventajosamente.

Su desgracia se miraba, en aquellas horas de desengaños y traiciones, como garantía segura de decisión y lealtad. ¡Triste, pero lójica consecuencia del estado de desconfianza en que se vivía!

Su primera impresión cuando su madre rompió los vínculos á que estaba ligada por la naturaleza y por la ley, fué encerrarse para siempre lejos de la sociedad y de los hombres. Viviría para los suyos y con los suyos. Retraimiento egoista, que el dolor hace brotar y la razón disipa.

El ejemplo de don Antonio lo avergonzó. ¡Cómo! Él, joven, entusiasta, creyente, abandonaría sus ideales, sus esperanzas, sus deberes de hombre y de ciudadano, cuando su padre, ya casi anciano, se levantaba altivo y sereno ante el infortunio!

Ah! Qué sublime se presentó ante sus ojos el modesto empleado, al concurrir al día siguiente de la catástrofe á cumplir su tarea cuotidiana! Ese, ese era el camino que debía seguir.

¿No había dicho él mismo á su hermano en solemne confidencia: ¿Sabes tú la perspectiva del que afronta la vida sin restricciones ni complacencias?

Pues: las calumnias, el ridículo, las ingratitudes y el martirio! ¿Y habría de retroceder al primer embate de la suerte?

¡Nunca, jamás.!

Pero si no bastara el ejemplo de su projenitor, si se disiparan como el humo sus teorías y convicciones, todavía surjiría del abismo de su dolor el recuerdo de su madre; de su madre, cautiva; de su madre, engañada; de su madre, convertida en instrumento de ajenas pasiones; de su madre, igno rante del mal y haciendo el mal; de su madre, buena,

pura y cariñosa y convertida en díscola, displicente y dura.

Nó, no era venganza de los golpes recibidos. Era algo más grande y humano. Era la redención del ignorante, llámese mujer, niño ó pueblo; la dignificación del sér por su libertad; el despertar de los oprimidos por el conocimiento de su derecho; la emancipación de la conciencia del férreo yugo de la superstición y el fanatismo!

Si antes de la agresión hallábase determinado á combatir contra los enemigos de Dios, de la Patria y la Libertad ¿huiría cobardemente ahora, dejando entre sus redes, víctima inerme, á su desventurada madre?

La cuestión abstracta tomaba cuerpo. Lo ideal se hacía tanjible.

Mario, tenía ante sí, en lugar de un problema que discutir, un hecho concreto que señalar; en vez de una aspiración generosa pero indefinida, un delito impune que clamaba por los fueros de la justicia.

De este modo, el apóstol de los puros ideales se hacía también campeón de los oprimidos. La causa de los débiles era su propia causa. La redención de los siervos su propia redención.

El llamamiento del Gobierno al pueblo soberano para la elección de un Congreso Constituyente, lo encontró decidido al cumplimiento de sus nobles deberes políticos y sociales.

Resuelto Balmaceda á defender hasta morir la

Carta Fundamental de la República, no quería dejar asidero á las falsas imputaciones de sus adversarios, usando, por ley de necesidad, del poder público en más vasta esfera que la señalada por las leyes.

La dictadura que le impusieran los conculcadores del derecho institucional de Chile, pesaba sobre su alma como el más grande de los sacrificios. Anhelaba entregar al pueblo el poder que, para defenderlo de una usurpación odiosa, había asumido transitoriamente.

De aquí el decreto convocatorio á que hemos aludido.

Como verdadero estadista, tenía que velar por el porvenir del país tanto como resguardar su presente. Su obra, de otro modo, estaría construída sobre base de arena. Solo así podía patentizar ante las generaciones venideras sus miras impersonales y la unidad de sus planes políticos. Dominar la revuelta y desarraigar el germen de futuras revueltas: he ahí el doble objetivo de sus patrióticos esfuerzos.

Fundado en este pensamiento, pidió al pueblo que designara representantes autorizados para reformar la Constitución.

Las agitaciones políticas se hicieron sentir de uno á otro extremo del territorio, con excepción de las provincias de Tacna, Tarapacá y Antofagasta, ocupadas por las armas revolucionarias. La prescindencia del clero, dedicado por entero á su obra de zapa,

quitó á las contiendas electorales las asperezas que tan hondamente perturban á la sociedad.

Cada pueblo celebró asambleas y controvirtió libremente sus opiniones por la prensa. El número extraordinario de electores que concurrió á las urnas, no obstante la abstención de los elementos subversivos, patentizó la impopularidad de la revuelta.

La Capital fué la primera en ponerse de pié. Centro de las influencias y el poder de la oligarquía, supo corresponder, sin embargo, al patriótico llamamiento. Solo una cuarta parte de los inscriptos en los registros electorales, se abstuvo.

El pueblo acudió á la designación y proclamación de los candidatos con la certidumbre de su participación efectiva en esos actos. Por primera vez las clases oligárquicas no habían hecho mistificación del más elemental y sagrado de los derechos cívicos.

Reunióse en la Capital la asamblea popular en el Teatro «Santiago».

El vasto anfiteatro estaba lleno de concurrentes: platea, palcos, graderías y paraíso.

En el escenario se hallaba la Mesa Directiva y á sus espaldas se agrupaban centenares de jóvenes distinguidos, que llenos de entusiasmo, hacían guardia de honor á los veteranos de las ideas liberales.

Desfilaron ante el auditorio algunos de los más inteligentes y conocidos de los hombres públicos de la época.

Se expusieron programas y se exhibieron cuadros palpitantes de actualidad política. A grandes ras-

gos se hizo la historia de la revolución y de sus hombres, y la síntesis de la labor realizada por el Gobierno y la que debía llevar á cabo con el concurso y las luces del futuro Congreso Constituyente.

Faltaba ya no más que la designación de los favorecidos.

Levantóse el Presidente de la Asamblea y ofreció por dos veces la palabra á los ciudadanos. Ibase ya á proponer los nombres de los candidatos cuando atravesó el escenario uno de los jóvenes y pidió la palabra.

Un movimiento de atención y curiosidad circuló por los ámbitos del extenso anfiteatro.

Vestía de negro, como en días de duelo.

Su rostro descolorido, parecía mostrar las huellas de recientes pesares, tanto como la emoción profunda de los grandes momentos.

Su frente limpia y serena, no estaba herida por la marca ceñuda del tiempo, pero azulados reflejos cruzaban sus sienes, poniéndole el sello de inquebrantable enerjía.

Avanzaba con firmeza, pero sin ostentación. Retrataba su persona la gallardía del adolescente, junto á la modesta severidad del apóstol.

El pueblo prorrumpió en aplausos. A la irresistible simpatía que inspiraba el novel orador, correspondía con generoso estímulo.

Habrán nuestros lectores adivinado en esta pintura á Mario.

Paseó sus miradas por la concurrencia y empezó su arenga.

Su voz armoniosa y pura vibró en los oídos como el eco de música encantada. Guardaban tal consonancia la idea con la forma, que parecían brotar las frases de sus labios después de reposada y artística elaboración del pensamiento.

Si trazaba el cuadro de las miserias del pueblo, de su eterno vasallaje, de su amarga peregrinación á través de los tiempos, tenía su voz las plañideras vibraciones de un lamento; si pintaba la historia de sus virtudes cívicas, de su tezón en el trabajo, de su heroismo en el combate, templaban su acento notas ardientes y varoniles; si levantaba la enseña de sus esplendorosos ideales, para mostrarla á sus oyentes como el fin de sus anhelos de hombre y de cristiano, su entusiasmo, su convicción, su fé, fluían llenos de irresistibles atracciones.

Y lo admirable de tanta perfección, era la espontaneidad y sencillez de que el orador aparecía revestido.

No había en su discurso, como no había en el alma de Mario, artificios ni finjimiento. Las galas de su oratoria, eran el natural ropaje con que las ideas encarnaban en su cerebro.

Habíase formado orador en orden inverso á la generalidad de los que tal título pretenden: en vez de educación física, tuvo educación mental, en lugar de hablar, pensó.

Por eso, era ante todo llano, claro, ingénuo.

No pretendemos que las cualidades de nuestro héroe armonicen con los preceptos de Cicerón ó con las reglas ordinarias. Antes bien, insistimos en creer que Mario era excepcional.

Si sus virtudes hacían de él un apóstol, su luminosa inteligencia tenía los destellos del genio.

¡Qué arrebato causó en el auditorio cuando insinuó con las reticencias del pudor los hogares anarquizados por la discordia, las pobres almas oscurecidas por el fanatismo! ¡Qué piedad infinita por las víctimas! ¡Qué anatema fulminante para los verdugos! La imagen de su madre inspiraba sus acentos de compasión; el fantasma del padre Luis sus angustiosos reproches.

—«Cada uno de nosotros—dijo—lleva en el corazón y en la mente, la huella sangrienta de una herida, el recuerdo abrazador de una ofensa».

Para los que conocían la historia reciente de su desventura, aquel rasgo era noble y humano. Como los oradores romanos, que exhibían al desnudo las llagas de la víctima para conmover, él también descendía del nivel superior en que se hallaba colocado, se mezclaba con sus hermanos del pueblo, y lloraba con ellos sus desventuras comunes.

Solo un espíritu grande rinde tributo semejante á la verdad.

El pueblo aclamó á su apóstol. La identificación de sus dolores, de sus miserias, de sus esperanzas, rompía la valla recelosa que separa al débil del fuerte, á los pequeños de los grandes. Jamás el

poder de la palabra había logrado éxito parecido.

Cuando terminó su discurso, los viejos adalides del partido se pusieron de pié y por impulso incontenible, lo abrazaron, presentándolo al pueblo, que continuaba frenético sus manifestaciones.

La consecuencia lógica de este suceso, fué el ofrecimiento que uno de los departamentos del sur de la República hizo á Mario de la candidatura de diputado al Congreso Constituyente. El joven aceptó. Resuelto á llegar hasta el sacrificio, si era necesario, para estirpar los males que corroían á *Chile*, perseveraría en su cristiana misión. El 20 de Abril los pueblos elijieron sus representantes. Mario, figuró en el número de ellos.

Desde entonces su acción irradió en más visible esfera, influyendo con su palabra y su consejo *en* las serias determinaciones de Gobierno.

Si algo podía mitigar la tristeza que oprimía su seno, era la tarea de reparación á que se había consagrado. En el estudio y el trabajo gastaba sus fuerzas y ocupaba su espíritu.

Y en el fondo de su alma surgía la esperanza, como en noches de borrasca la luz del faro que guía al navegante.

CAPÍTULO IV

La Orgía

A la exaltación patriótica de los partidarios del Gobierno, correspondió un movimiento subterráneo, pero constante y eficaz, de los auxiliares de la revolución.

Fácil es imajinarse la actitud de los primeros, descubierta y franca, tal como hemos visto proceder á Mario, proclamando sus doctrinas en pública asamblea, ó al digno Capitán de Cazadores solicitando un puesto en la vanguardia del Ejército leal.

No se presentaban del propio modo los segundos.

Cuando el levantamiento de la Escuadra se produjo, la obra de desorganización corruptora sostenida por la prensa, el clero y los ajiotistas, tuvo aparentemente que detenerse.

Los caudillos y sus secuaces más conocidos se ocultaron.

Las imprentas fueron clausuradas.

Pocos, muy pocos, se empeñaron en ingresar al campo de la lucha, dando tiempo á los acontecimien-

tos á pronunciarse en forma decisiva. El más poderoso contingente de hombres que recibiera la revolución, después de la *conquista* definitiva de Tarapacá, fué debido á la inspiración generosa—aunque desacertada—del mismo Gobierno. No siendo cuerdo dejar á los revolucionarios conspirar libremente en el centro de las operaciones, ni cuadrando á los sentimientos humanitarios de Balmaceda mantenerlos encerrados en las cárceles, los hizo trasportar gratuitamente á Iquique. ¡Noble conducta, que no habría por cierto de hallar correspondencia en los espíritus apocados de sus enemigos!

Los hombres de acción que quedaron en la Capital, se asilaron en las Legaciones ó en los conventos y aún en casas particulares, con el consentimiento expreso ó con la tolerancia de los individuos del Gobierno. Desde sus refujios ó escondites, seguían la marcha de 'los sucesos, injiriéndose secretamente en ellos, con manifiesta violación, á veces, del derecho internacional, como en el caso de los asilados en la Legación de España, que componían el «Comité Directivo de la Revolución.»

No hubo empresa alguna,—excepción hecha de las montoneras que aparecieron cuando tuvo lugar el desembarco del Ejército revolucionario; de las criminales maquinaciones fraguadas para asesinar al Presidente y sus Ministros ó destruir con dinamita las embarcaciones de la escuadrilla leal,—que revelara en los pueblos de Chile la presencia de los ajentes del llamado *partido constitucional.*

Después del descalabro, se han patentizado los recursos de que pudieron echar mano, sus connivencias con gefes y oficiales del Ejército fiel, las oportunidades que se les presentaron para derrocar al Presidente, y solo se comprende la conducta que observaron, suponiéndolos medrosos como criminales y cobardes como mugeres.

Estas ideas están corroboradas por el carácter mismo de las maquinaciones y las condiciones de sus agentes.

Ninguno de los actos egecutados lleva el sello de la virilidad ó la audacia; ninguna de sus tramas acusa injenio ó sagacidad.

La influencia del oro se revela impúdica y brutal, egerciendo su imperio desde la miserable bohardilla hasta la alcoba rejia, desde el soldado ignorante hasta el galoneado coronel.

¿Y quiénes fueron los agentes visibles de la revolución?

¡Mujeres y frailes!

¡Frailes, que tejían en el confesonario con mentida careta, con hipócrita faz, las redes tenebrosas de la discordia, la difamación y la calumnia, para maniatar á las familias y hacerlas servir á sus planes liberticidas!

¡Mujeres, fanatizadas ó livianas, que por amor á Dios ó por mundanas pasiones, propalaban con enredadoras lenguas las nauseabundas lecciones de sus Directores Espirituales!

¡Mujeres y frailes!

¡Resguardadas aquellas por razón de sexo, inmunes éstos por la representación de un mentido apostolado!

Tales fueron los propagandistas incansables de la revuelta.

Mientras en el inviolable amparo de las Legaciones ó en el escondido retiro de los conventos, escribían los cabecillas proclamas incendiarias, sus mujeres y sus hijos iban de cuartel en cuartel, de calle en calle, repartiéndolas sigilosamente á los soldados y guardianes del orden.

Por eso hemos dicho, en otra parte, que en la guerra civil chilena de 1891, no hubo elementos sanos, gremios imparciales, que atenuaran los desastrosos efectos de los odios desencadenados. En aquella contienda horrorosa solo hubo actores.

El rol de la mujer no se limitó al de instrumento activo y eficaz de corrupción y propaganda. La pendiente fatal la arrastró poco á poco hacia el abismo. Y cuanto más inesperto y débil es el agente, con más facilidad se obseca ó apasiona.

El episodio que vamos á narrar y que hemos encuadrado en nuestro romance, es rigurosamente exacto.

Unas cuantas palabras nos bastarán para dar á conocer á nuestros lectores á la familia que, por especiales recomendaciones del padre Luis, había hospedado á doña Juana.

Era su jefe, don Andrés Mendoza, millonario y senador de la República, con cuyos antecedentes

está demás agregar que pertenecía, por hábito y por intereses, á la oligarquía revolucionaria.

Oculto desde el 7 de Enero, dejó á su mujer las riendas de la familia, bien seguro de que habría de secundar sus miras y vigilar las acciones de sus hijos. De éstos, sólo figuran incidentalmente en nuestra historia las dos mujeres: Arsenia y Juana. Una y otra hacían honor á los sentimientos políticos de sus padres, exajerando sus opiniones hasta la intolerancia y el absurdo. Por esta causa hallábase Arsenia accidentalmente separada de su marido que, aunque opositor, reprobaba como indecorosa la actitud desenvuelta y libre de su mujer.

Hallábase, pues, exenta de incómodos reproches por el momento y en situación de dar rienda suelta, en unión de su hermana, á sus arrebatos de partidarismo.

La buena madre las dejaba manejarse por sí solas, complacida del fervor revolucionario de sus hijas.

Ya se comprenderá cuán benévola sería la acojida que hicieron á la señora Díaz, en quien veían una víctima de los odiados dictatoriales. Más de una vez, por otra parte, habíanse encontrado en la sociedad, y cultivado fugitivas pero cordiales relaciones.

Las recomendaciones del padre Luis cayeron, pues, en buen terreno. El ladino jesuita tenía vara alta en casa de Mendoza, aunque jamás abandonara su aparente humildad y recojimiento.

La frialdad de los primeros momentos,—tributo de tristeza pagado por la fanática á sus sentimientos no bien desarraigados de madre y de esposa, y reserva cortés de parte de sus hospedadores,—se disipó lentamente. La mancomunidad de creencias políticas y relijiosas estimulaba las expansiones íntimas. No cesaba tampoco el padre Luis de alimentar la hoguera, combatiendo paso á paso *las tentaciones del mundo, el demonio y la carne*, ó, en tèrminos propios, los instintos naturales. Consiguióse al fin el trastorno artificial de la sujestionada,—nueva faz del proceso á cuyo desenvolvimiento han asistido nuestros lectores,—convirtiéndola en agente enérjico y decidido. Las crisis nerviosas desaparecían, amortiguadas por el dominio que sobre la poseída ejercía su Confesor. Los arranques de sensibilidad, la injénita ternura de su alma, la delicadeza de sus sentimientos, todo se palió ante la irresistible seducción de una voluntad superior. Ni la más leve huella de los pesares que tanto combatieron su existencia, se transparentaba en la superficie.

La mujer se había convertido en autómata. Apenas si la corteza helada y seca mostraba los vestijios de su identidad.

Hemos presenciado curiosos experimentos hipnóticos, fenómenos incomprensibles, que se revelan á los investigadores como proyecciones de la ciencia del porvenir. Pues bien, doña Juana, se hallaba en ese estado particular de inconciencia. Ella, era el

sujeto; el padre Luis, el *ajente*; el fanatismo, el *medio*.

Todos los días iba al confesonario á tomar las órdenes del sacerdote. Recibía, á veces, rollos de pasquines que iba repartiendo con incansable actividad por calles, plazas y cuarteles. ¡Con qué disimulo burlaba la vijilancia de los empleados fieles al gobierno! Las instrucciones del padre Luis eran cumplidas relijiosamente. Introducíase á los conventillos, recorría los arrabales y no cesaba un punto de recitar las prédicas de su Director ó de repartir sus escritos.

Centenares de beatas desempeñaban á la vez la misma tarea.

Tenían otras, encargos de mayor empeño que realizar. En este número se contaban Arsenia, Juana y nuestra antigua conocida, Manuelita, cuya viveza y sagacidad eran de inapreciable valor en esas circunstancias.

En el dormitorio de Arsenia se hallan reunidas las tres. Las conspiradoras hablan en voz baja y con animación.

—No me atrevo,—dice Manuelita. Si se llegara á saber el paso que vamos á dar ¡á qué terribles comentarios se prestaría!

—¡No seas tonta! ¿Quién ha de hablar? Somos las únicas poseedoras del secreto; pues no debemos ni siquiera mentar al padre Luis, obligado por su carácter y su virtud á ser mudo como una tumba.

—¿Y si alguien nos espiara?

—Es imposible! De aquí saldremos en nuestro carruaje; iremos personalmente á un almacén á comprar los artículos y los llevaremos al sitio convenido. Es cuestión de bajar y subir.

—¿No temes Arsenia que haya alguno en esa casa?

—Inocente! Si fuera de noche, no digo que no: pero de día......Piensa además que no somos las únicas. Las Zorrilla, las Moreno y las Díaz, que yo sepa ó recuerde por el momento, han hecho lo mismo, y á ninguna le ha ocurrido el menor percance.

—Decídete, Manuelita,—exclamó Juana, saliendo en ayuda de su hermana—¡Que no se diga que solo nosotras hemos sido indiferentes á la causa de Dios y de la Patria!

—¡Qué satisfacción para tí la de figurar un día entre las heroinas de la revolución!

—¡Y que sepa Solar que mientras él expone su vida en las filas del Ejército Constitucional, tú contribuyes al triunfo desde aquí!

—Sí, sí, no lo pienses más. Contamos contigo.

—Vaya pués. Haré lo que me piden. ¡Quiera Dios que esta locura no nos cueste lágrimas amargas!

Apesar de su frivolidad la jentil morena tenía en el fondo de la conciencia la noción natural de sus deberes. Vicios de educación y el contajio pernicioso de sus amiguitas de la oligarquía, tanto como la influencia del clero, la arrastraban á eje-

cutar actos repugnantes al decoro de su linaje y de su sexo.

Resuelta la complicidad de Manuelita, entraron á ocuparse de los detalles de la empresa. Era Arsenia, como se ha visto, la más desenvuelta y atrevida. Su hermana, se dejaba guiar sin protestas.

—Capítulo primero: provisiones de boca. Yo escribiré y Vds. dictan.

Puso sobre su escritorio papel y tomó un lápiz.

—Salmón, langosta y sardinas,—principió Juana.

—Y sardinas—repitió Arsenia, junto con acabar de escribir esta última palabra.

—Té, azúcar y galletas.

—Aún no. Los artículos de comer primeramente.

—Es que te apunto antes lo que debemos comprar donde Weir Scott.

—Sigo entonces........Ya está.

—Jerez, oporto, burdeos, champagne.

—No tan lijero.

Y mientras Arsenia escribía, Juana y Manuela se consultaban sobre las demás provisiones.

—Adelante.

—Lo que sigue, hay que tomarlo donde Gage.

—¿Pero cómo entramos nosotras en un restaurant?

—No te apures por eso. Se bajará el cochero. Nosotras aguardaremos con las persianas del carruaje corridas.

—Así, sí.

—Un pavo, un jamón, ostras y otros mariscos.

—¡Caramba! Parece que trataran de eclipsar las bodas de Camacho.

—¡Son tan comilones los hombres!

—Y luego ¡qué privaciones pasarán andando á salto de mata por huir del Dictador!

– Eso, en cuanto á los nuestros. ¿Y los otros?

—¿Los otros? Hay que conquistarlos á fuerza de festejos ó hacerlos reventar en caso que se resistan!

—¡Bravísimo! A todo le encuentras acomodo. Tienes las condiciones de un gran jeneral en jefe.

—¡Aduladora!

—Basta de requiebros! ¿No hay más que anotar?

—Pues nó! quedan aún los dulces y golosinas.

—Eso lo tomaremos donde Torres.

— Entonces, hemos concluído.

—Aún nó: falta lo principal.

—No acierto.

—Las enseñas.

—Ah! sí, pero no entra en lo relativo á provi-ciones.

—Y además, están hechas.

Abrió Arsenia un cajón de su cómoda y sacó un paquete. Lo desenvolvió y puso ante los ojos de sus compañeras una cantidad de cintas rojas con broches de oro.

—¡Vaya con la sorpresa! Están muy lindas! ¿Y cuándo mandaste hacer los broches?

—El padre Luis me entregó el envoltorio tal como Vds. lo ven. Hoy mismo se reparten, en las otras

casas que Vds. saben, un sinnúmero, iguales á éstas.

—En adelante, nos servirá el distintivo para reconocernos. Aquí tienes, Manuelita, para tí. Juana, ponte esta otra tú; esta es la mía. ¿Qué tal?

Y repartió, como lo iba indicando, tres lindas pulseras de coral con cierre artístico y valioso.

—Ay! qué preciosa! Muchas gracias, Arsenia.

—Y los jóvenes ¿en qué forma llevarán el distintivo?

—En la corbata. Nuestros valientes defensores del norte lo usan en el brazo. Es emblema de la regeneración por la sangre, según me ha dicho el padre Luis.

—¿Estas son para....?

—Sí, para ellas.

—Me tranquilizo con la idea de que no llevamos de las mismas.

—Naturalmente. Lo indispensable es el color. Cada cual puede aplicarlo á la prenda de vestir que mejor le parezca. Ya verán cómo la moda nos secunda. Desde luego, les anuncio pañuelos, adornos de sombreros, y hasta vestidos rojos, en boga para dentro de poco.

—¡Qué desteñidas van á verse las siúticas dictatoriales!

—¡Y los pijes del mismo pelo!

—Vamos, hijitas, dejemos para otra ocasión nuestros justos desahogos. Son las cuatro y media y debemos ponernos en campaña.

—El coche está enganchado desde hace rato.

—En marcha, entonces.

Cubrieron sus rostros y sus talles con negros mantos y salieron del aposento.

Se aproximaba ya la noche cuando las entusiastas propagandistas de la *buena causa* terminaban sus compras.

—Calle de San Francisco, número.... dijo Arsenia al cochero.

Rodó el vehículo en la dirección indicada. Detúvose al cabo frente á una casa de mediana apariencia.

—La señorita se ha equivocado sin duda,—dijo el cochero,—abandonando su sitio y colocándose en actitud respetuosa al lado de la pisadera.

—No, Pedro. Es aquí donde hemos venido.

—Es imposible! Las señoritas ignoran qué clase de gente vive en esta casa.

—Oiga Vd, Pedro. Lo sabemos todo; pero es necesario que entremos. No juzgue Vd. mal, golpee la puerta y pregunte por Susana. Insista en que venga ella, y le dice que aquí están las señoras que espera.

Obedeció el cochero, escandalizado de lo que veía y pensando en que el diablo andaba suelto ó en que el *fin del mundo* se aproximada, cuando tales cosas sucedían.

Tocó el llamador de la puerta y aguardó.

—¿Quién es? preguntaron del interior.

—¿Está *la* Susana?

—¿Para qué la necesita?

—¿Si está? pregunto.

—¿Quién la busca?

—Solo con ella puedo hablar.

—Espere un momento.

Al fin de un rato se entreabrió la puerta y apareció una cara.

—¿Qué desea Vd.?

—¿Es Vd. *la* Susana?

—Cochero, y no me conoce! Hum! á policía huele el asunto.

—Yo soy cochero, pero de casa particular ¿oye Vd.?—respondió con mal humor Pedro.

—Sí oigo, hombre! ¿para qué me necesita?

—Traigo unas señoras que desean verla. Son las que Vd. espera.

—Ah! que entren! Bajen sin cuidado, señoritas.

Arrebujáronse más aún en sus mantos y con paso inseguro se apresuraron á entrar.

Nuestros lectores habrán comprendido la clase de lugar en que se hallan las aristocráticas santiaguinas: una *casa de tolerancia*.

Abrió *la Susana* una puerta situada á mano derecha, en el pasadizo, y les indicó que entraran.

La luz natural era tan escasa que apenas se distinguían los rostros.

Sentáronse en un sofá las tres emisarias, como protejiéndose recíprocamente de los peligros que pudieran correr. Sensaciones de miedo y curiosi-

dad, de arrepentimiento y de duda, combatían sus espíritus.

—¿Nadie puede oirnos? preguntó con timidez Arsenia.

—No tema Vd; estamos solas.

La vieja cortesana sentía la fruición de una sabrosa venganza, á la vez que una impresión de orgullo, al tener en su casa á las altivas patricias, cuyos desdenes y altanería la habían humillado en tantas ocasiones.

—Hemos venido,—prosiguió Arsenia,—estas amigas y yo, á pedir á Vd. un favor.

—Pueden Vds. mandar á su servidora.

Hubo un momento de silencio. ¿Cómo empezar?

Uno de esos jóvenes casquivanos, para quienes la existencia se reduce á la satisfacción de los goces materiales, había sido el agente de que se sirviera el padre Luis para obtener esa entrevista. Por supuesto que el nombre de las heroinas no le fué revelado, como tampoco el motivo de la cita. Se acudió á un expediente de beneficencia para conseguir su mediación.

La Susana, miraba con curiosidad á sus incógnitas visitadoras. ¿De qué se trataba?

—Creo que puedo ser franca con Vd. Muy pocas palabras le darán á conocer el objeto de nuestra venida.

Aquí se reunen de cuando en cuando algunos jóvenes y oficiales ¿no es cierto?

- Aquí vienen paisanos y militares. ¿Es eso lo que Vd. quiere decir?

—Precisamente.

La aclaración hecha por la cortesana demostraba la desconfianza que le inspiraban las señoritas desconocidas.

¿No serían comisionadas secretas de la autoridad?

—Pues bien,—continuó Arsenia,—entre esos jóvenes deben haber opositores y gubiernistas ¿no es así?

—En mi casa no se habla nunca de política.

—Perdone Vd.

—Vds. deben saber á qué vienen esos jóvenes....

El miedo de comprometerse le desataba la lengua.

—Oiga Vd. señora,—interrumpió Arsenia, temerosa de oir una verdad demasiado desnuda.—Se equivoca Vd. si cree que venimos á espiar. Para evitarle recelos inmotivados le diré que nosotras somos opositoras.

—Pues que les haga provecho,—respondió la patrona, creyendo que le tendían un lazo.—Lo que es nosotras, mis niñas y yó, no nos metemos en política.

—Veo que Vd. desconfía aún. ¿Qué prueba quiere que le demos para quitarle sus dudas?

Guardó *la* Susana un momento de silencio y contestó:

—Pues, muéstrenme Vds. la cara.

Un sentimiento de espanto se apoderó de las niñas.

—Vd. comprende que eso no es posible.

—¿Por qué? ¿Que las voy á manchar con verlas?

Entretando *la Susana* había tomado su decisión. Encendió un fósforo y lo acercó á los mecheros de una lámpara colgada en el centro de la pieza.

—Vamos, señoritas; ó Vds. son espías ó nó. Si lo primero ván á recibir una lección que mis niñas y yo, les vamos á dar; si son lo que dicen, me perdonarán las medidas que voy á tomar.

Y acercándose á la puerta, gritó:

—Ola, muchachas!

—Calle Vd., exclamó con imperio Arsenia. Cierre Vd. la puerta y mire.

Y mientras la cortesana juntaba la puerta, ella dejaba en descubierto su rostro, roja de vergüenza y de rabia.

—Ahora, las señoritas.

Las infelices se desembozaron.

La prostituta parecía devorarlas con los ojos.

—Ya no tengo inconveniente en ponerme á las órdenes de Vds.

Echáronse de nuevo sus mantos sobre la cabeza y se dejaron caer sobre los asientos.

—Seré breve,—dijo Arsenia,—¿Quiére Vd. servirnos? ¿Quiere cumplir ciegamente las indicaciones que le demos? Después de lo ocurrido, son inútiles las ficciones ó desconfianzas.

—Ahora no tengo inconveniente en declararle que soy *de las mismas.*

—¿Qué quiere Vd. decir?

—Que soy como Vds. partidaria de la revolución. Las damas encubiertas devoraron en silencio el sonrojo de esa nueva humillación. ¡Una ramera, equiparándose á ellas, ó más bien, ellas, descendiendo hasta el nivel de una ramera!

Era preciso terminar pronto la negra aventura.

—Pues bien, entonces; he aquí de lo que se trata. Algunos amigos nuestros deben venir con el fin de ponerse al habla con ciertos militares de la guarnición. Como su casa no está vigilada por la policía, las reuniones que aquí celebren no despertarán sospechas. Además, Vd obedecerá las instrucciones que reciba. ¿Qué contesta Vd.?

—Vds. ven, señoritas, el peligro que mis niñas y yo corremos si nos descubren.

—¿Acaso no recibe Vd. visitas?

—Es cierto. Pero entre amigos que vienen á.... en fin, Vds. entenderán, y conspiradores, hay gran diferencia.

—Todo servicio tiene recompensa.

—Bien sabe Dios que no lo hago por interés. Don Manuelito podría decirles que en el acto que me indicó que unas señoras querían venir á verme yo consentí. Y eso que si las pillaran aquí, mi casa se comprometía; porque es claro. .... Vds. no han podido venir más que por la política.

Arsenia y sus compañeras estaban nerviosas.

—Esperamos,—dijo aquella,—que nos manifieste sus exigencias.

—¡Mis exigencias! Pues,.... nada.

Lo que Vds. quieran. No porque sea una.... no tengo corazón.

¡Si supieran Vds. lo que mis niñas y yo odiamos al Dictador! Desde que se *sublevó contra el Congreso,* los caballeros más buenos con nosotras se han ido á la revolución. ¡Pobrecitos! Con decirles que algunas de mis niñas no se han conformado y han hecho viaje á Iquique tras ellos.

—¡Basta, señora! Por favor, exprese luego sus condiciones. La noche avanza y debemos regresar á nuestras casas.

—Es que yo no quiero abusar. Digan más bién Vds. como piensan favorecerme.

—Pues bien. En el coche tenemos viandas y licores. Aquí tiene Vd. doscientos pesos. Cada semana recibirá igual suma. Si ocurre algo extraordinario se dará más. ¿Queda Vd. conforme?

—Son Vds. muy generosas, señoritas. Dios les ha de pagar la caridad. Sin este auxilio no sé qué habría hecho. Tal vez habría tenido que cerrar la casa. Y si eso sucediese ¡qué sería de mis pobrecitas niñas!

La Susana creyó del caso enjugarse los ojos, que estaban secos y brillantes de alegría.

—Ya que Vd. acepta—exclamó Arsenia—sírvase decir al cochero que baje lo que traemos.

—Para otra vez no necesitan las señoritas molestarse.

—Olvidaba algo. Es condición precisa que Vd. no cobre nada á sus visitantes.

—¿Del consumo, por supuesto?

—Sí, del consumo,—respondió con voz apagada la infeliz.

—Está bien.

Cuando quedaron solas dieron libre escape á sus temores.

—¡Dios mío! cómo he sufrido y que arrepentida estoy de mi condescencia! profirió Manuela.

—Y yo, agregó Juana.

—Valor! Ya hemos concluído nuestro cometido.

—Aún no. Te has olvidado de las enseñas. Yo no respiro mientras esté dentro de este nido inmundo.

—¡Chit!

Un ruido de voces se hizo oir.

—Nó! aquí nó!—gritaba Susana con acento imperativo.

—¿Y por qué no? ¿Acaso has encerrado en el cuarto una doncella ó un fraile? Vamos! quita!

—Nunca! Antes prefiero que me maten!

—Es curioso! *La Susana* defendiendo la castidad, porque sin duda hay vírjenes en el encierro.

—Pues si las hay, que salgan.

—O mejor, que entremos.

—Sí, sí, que se abra la puerta,—gritaron varias voces.

—Oigan Vds. Si insisten, pido socorro hasta que

venga la policía. Vds. no tienen derecho de violentarme; estoy en mi casa.

—Pues, pide auxilio—exclamó el que se hallaba más próximo á la puerta, dando un violento punta pié que hizo vacilar la cerradura.

—Por Dios! una palabra!

—No! No!

—Que se descubra el misterio!

—Luis, Julio, Enrique, por favor, escuchen Vds. Les propongo una transacción.

—Veamos.

—Acaban de traerme licores y comestibles; adentro hay muchachas para todos. Prometo no recibir á nadie más hasta que Vds. lo permitan. Quedan Vds. de dueños de casa, con tal que no insistan en abrir esta pieza.

—La transacción es tentadora. ¡Qué dicen Vds.?

—Aceptamos, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que nos entregues las llaves de la puerta y de la reja. Los enamorados que aquí estén, quedan así libres y seguros.

—¡Libres, y los dejan encerrados!

—¿Qué mejor libertad para dos que se quieren bien?

La Susana vacilaba.

—En todo caso, si no aceptas, adelante!

Y un nuevo puntapié hizo crujir los tableros de la puerta.

—¡Basta! acepto.

La ramera tomó su determinación. Haría que sus niñas embriagaran á sus marchantes y así podría recuperar las llaves.

Los mozos, por su parte, adoptaron otra. Embriagarían á *la Susana* y desembarazados de ella podrían satisfacer su curiosidad.

¿Quién, vencería á quién?

Pueden imaginarse nuestros lectores la situación de las desdichadas prisioneras. Temblorosas; pegadas unas á otras; conteniendo el aliento para no ser descubiertas; oyendo las groseras conversaciones del zaguán, del que no estaban separadas más que por una debil puerta; temiendo á cada instante que ésta cayera desvencijada por los golpes que recibía.

Y entonces ¡adios honor, dignidad, reputación!

Pasada la inminencia del peligro cayeron de rodillas, pidiendo misericordia y amparo á la Providencia con frases entrecortadas, retorciéndose de dolor, ahogando los estallidos de desesperación.

—¡Maldito el momento en que fuí débil y complaciente con Vdes.!

—Ay! de nosotras, señor!

—¡No levanten la voz que nos van á oir

El llanto empezaba de nuevo y los gemidos se apagaban con los pañuelos, puestos en la boca y mordidos con los dientes. Los mantos se hacían girones entre las manos convulsas y febriles.

Conteníanse, por momentos, para escuchar.

Algazara indescriptible se oía en las habitaciones

interiores. Música ruidosa y enloquecedora, cantos obcenos, palabras indecibles, besos estruendosos como mordizcos de fieras, choques de cristales, sonidos de tapones al estallar!

Y las temerarias jóvenes se veían desde su encierro obligadas á oir aquel concierto impuro y nauseabundo.

Arsenia lloraba, como si el contagio de lujuria que infestaba esa atmósfera manchara para siempre su tálamo nupcial! Manuela y Juana sentían marchitarse en sus sienes las blancas flores de la pureza!

Y la música, el baile, los cantos continuaban.

Pasaron así más de tres cuartos de hora: un siglo de angustia y ansiedad.

De repente sienten pasos que se aproximan, voces que se acercan.

Sí; alguien ha entrado en la pieza vecina.

Arsenia estrecha á su hermana y á su amiga, y juntas las tres, forman un grupo compacto.

—Hay que apagar la luz.

—Sí, sí, apaga. Que no nos vean.

Arsenia se aproxima á la lámpara sin abandonar las manos que se unen á las suyas, y cierra los mecheros.

La pieza queda en tinieblas. Vése, entonces, iluminado el cuarto vecino. La puerta de comunicación tiene vidrios velados con ligeras cortinas de blancos encajes.

Las jóvenes apartan sus miradas de aquella luz opaca.

Ah! qué martirio comparable con ese martirio!

Cierran sus ojos, tapan sus oídos; pero las escenas impúdicas se desarrollan allí, á un paso de ellas.

El lecho lujurioso, entrevisto en el primer instante, se les representa sin tregua.

El disoluto mancebo y la torpe prostituta se entregan descuidados y lascivos en brazos del más desenfrenado sensualismo!...

¡Y ellas! Sudorosas, vencidas por la vergüenza y el terror,—desligando sus manos,—esconden sus cabezas en el suelo, como queriendo enterrar en el fondo de la tierra el recuerdo de tanta vergüenza!

Las dos de la mañana ha marcado el reloj de San Francisco.

El duelo entre bebedoras y bebedores ha concluído.

Unos en los revueltos lechos, otro en los sofáes: todos yacen ébrios y dormidos.

La Susana recupera las llaves. Avanza con cauteloso paso, abre la puerta del zaguan, llama á las jóvenes y las pone en libertad.

El coche las espera aún.

Pedro, con los ojos avispados, lleno de asombro, abre la portezuela y ellas entran en silencio.

Ah! Las ha visto de cerca! Si se pudiera dudar de la realidad, él habría dudado. Pero, sus rostros pálidos y desencajados, sus mantos hechos jirones;

todo, todo revela los remordimientos acallados, las resistencias vencidas, el cansancio de la orgía.

Y mientras ellas, acurrucadas en el carruaje, evitan mirarse y tocarse con repulsión, casi con odio, el cochero filosofa sobre los engaños de la vida y la fragilidad de las mujeres.

CAPÍTULO V

([1]) Prisionero y mártir

«Tacna, Abril 24.—¡He sido puesto en capilla! Al fin van á terminar las amarguras de una existencia efímera y miserable.

«¡Dame fuerzas, Señor, para consumar mi cáliz de agonía y morir como justo y como hombre de honor!

«Un soldado de mi cuerpo, obligado á servir en las filas enemigas después de la derrota de Pozo Almonte, ha burlado la vigilancia de mis carceleros y me ha proporcionado lápiz y papel.

«Voy á escribir cuanto me ha ocurrido desde que me entregué prisionero. Tendràn mis revelaciones el sello de verdad que le imprimen la solemnidad del momento y la fé de un hombre que jamás ha mentido.

«Si por azar caen estas confidencias en extrañas manos, suplico sean entregadas á mi familia, resi-

(*) Los episodios narrados en este capítulo son todos ciertos.

dente en Santiago, calle del Ejército Libertador, número.... Es el último voto de un moribundo.

«Nuestras fuerzas del ala derecha son flanqueadas y tomadas por retaguardia por la caballería enemiga. Hemos sido derrotados, merced á traidores artificios. Los que aún resisten, tendrán que retirarse por falta de municiones.

« Hay que apresurarse, antes que el enemigo comience el degüello de los inermes.

« Llego á la oficina Salitrera de « Buen Retiro.» ¡Qué cuadro!

«Unos corren hacia la pampa; otros buscan refujio en el interior del edificio. Quiénes, se disfrazan con los trajes que les proporcionan los empleados; quiénes, abandonan sus arreos y, medio desnudos, se mezclan con los trabajadores.

« No hay tiempo que perder.

« Los vencedores descienden de las alturas de los cerros en que se extendía nuestra línea, arrasando cuanto encuentran á su paso.

« No hay cuartel para los Gefes y Oficiales. Los soldados principian á fraternizar.

« Me emboco en el largo y estrecho pasadizo, y al término de él tuerzo á la izquierda. Tiene la forma de un martillo. Me preceden, un dependiente de la oficina y un oficial, disfrazado de paisano.

« Entran en una pieza que hay en el ángulo mismo del pasadizo. Sigo tras ellos.

—« Sálvenos Vd.,—dice mí compañero al empleado.

« Los balazos y vítores llegan hasta nosotros.

« Yo, miro el techo y las paredes, buscando un refujio.

—« Hay aquí donde esconderse—exclama el empleado, cerrando la puerta.

—« ¿Dónde?—preguntamos anhelantes.

—« Aquí—repite con vacilación.

« Al fin, se decide.

—« Conozco el *secreto* en que se guardan los libros de la Compañía,—dice.—Mi deber es no revelarlo; pero antes está la vida de Vds.

« Y tomando unas largas tenazas, desclava una de las tablas. Apenas hay espacio para pasar las manos; pero, con esfuerzo increíble, entramos los dos.

« La tabla vuelve á caer y quedamos en la oscuridad.

« La voz de nuestro salvador nos dice:

—« Yo volveré. No tengan cuidado.

« Cierra de golpe la puerta de la pieza y desaparece.

« Todo esto es rápido, muy rápido.

« Un instante después oímos tumultos de pasos. Abrese la puerta. ¿Quiénes serán?

« Detiénense sobre nuestras cabezas, y una voz bien conocida, la del heroico viejo Robles, exclama.

—« No, aquí, nó. ¡Me asesinan los soldados!

—« No tenga cuidado, mi coronel,—responde uno de sus acompañantes.

— « Nó,—insiste Robles con acento débil y lastimero,—llévenme al batallón en que están los demas heridos. ¡Tal vez respeten la Ambulancia!

« Siento que algo tibio cae sobre mi frente. Alguien al andar ha movido la tabla y la juntura se ha ensanchado. Quiero retirarme y no puedo. El sepulcro es estrecho. ¡Dios mío, es la sangre de Robles que me inunda! Sí, la sangre del mártir cae sobre mi cabeza y sobre mi frente!

« Poco después los hombres que conducen la camilla del coronel salen, llevándola en peso. La puerta de la pieza vuelve á cerrarse.

« Me enjugo la sangre con las manos y me paso éstas por la ropa.

« Abrese otra vez la puerta. Una mano levanta la tabla. Es nuestro salvador. Nos trae un pan grande y un jarro de agua.

—« ¡Valor!—dice,—esta noche los sacaré del escondite.

« Apenas se ha retirado, sentimos tiros y gritos. La soldadesca ha penetrado en el edificio.

« Robles, no alcanza á ser conducido al Pabellón. Lo colocan en una de las piezas que dan al pasadizo. Y allí, lo victiman!

« Después, hemos sabido que el asesinato ha sido consentido por algunos jefes y oficiales.

« El desorden ha cesado.

« Parece que los vencedores se ocupan de preparar el *rancho*.

« Se oyen pasos y alguien se detiene frente á nuestra puerta.

—« ¿Qué hay aquí?—pregunto.

—« Nada, señor.

« Abrese la puerta y vuelve á cerrarse.

« En la voz del que responde hemos conocido á nuestro jeneroso amparador.

« Todo queda en silencio.

—« ¿Qué hora és?—me pregunta mi compañero de tumba.

— « Las dos.

« Hace tres horas y media que estamos encerrados. El espacio es tan reducido que nuestros cuerpos están cruzados,—el de mi compañero á lo largo, el mío de través,—teniendo en el espinazo un montón de libros que nos mantiene de espaldas y arqueados. No hay un hueso, ni un tendón, ni un músculo, que no sintamos oprimido y martirizado. ¡Solo el ansia infinita de vivir, ó más bien, de escapar á los ultrajes y crueldades de los revolucionarios nos dan aliento para soportar!

« ¿Hay al fin esperanzas?

« Mi compañero dice: sí; yo, suspiro: nó.

« Un golpe formidable nos hace temblar en nuestro escondite.

« El saqueo de la oficina empieza.

« La presencia de los superiores ha contenido, tal vez, en el primer momento, á la soldadesca. Las

puertas caen hechas trizas, derribadas á disparos y culatazos.

« Los vándalos se aproximan.

« Un golpe, más fuerte que una detonación, hecha por tierra la puerta de nuestra pieza. Nos oprimimos más aún y cerramos los ojos.

« La devastación empieza.

« En una maleta, han encontrado objetos menudos que ruedan por el suelo. Parecen, por el sonido, cuentas, avalorios, chafalonía, todo mezclado. Los soldados se inclinan y revuelven una y otra vez aquellas menudencias. Se atascan algunas en los intersticios de la desclavada tabla y meten los soldados las puntas de los dedos para sacarlas. La tabla se mueve imperceptiblemente. Cada trepidación, es una congoja que despedaza nuestros corazones.

«Salen unos soldados y entran otros. A todos les llama la atención los dijecitos que están regados en el piso. Todos quieren examinarlos y llevarse lo que mejor les parece. ¡Y los movimientos de la tabla no cesan!

—« ¿Qué es esto?—dice uno.

—« Hombre! se nos había ido ésta! Es una caja cerrada; abrámosla.

—«Caramba! y que forzada está!

—«Espérate.

—«¿Qué vas á hacer?

—A descerrajarla de un tiro.

«¡La caja está sobre nuestras cabezas! ¿Escaparemos á este nuevo peligro?

—«Déjame á mí.

«Uno la golpea y consigue abrirla. ¡Respiramos!

—«¿Qué es ésto? ¿Parece que el entablado está hueco aquí?

«Y pegan con los piés en el pavimento, precisamente sobre nosotros. La tierra nos cubre los ojos. La tabla se ha movido mucho más perceptiblemente. ¡Estamos descubiertos! ¡Hay que morir!

«No, el riesgo se desvanece. Los saqueadores no piensan en levantar la tabla.

«¡La Providencia vela por nosotros!

«¡Dios mío! Mi compañero tiene tos. Hace horribles esfuerzos por comprimirla. Un ronquido, especie de hervidero, sale de su garganta.

—«Sientes?—dice un soldado.

—¿Ese ruido?

—«Sí.

—«¿Qué es?

—«Algun borracho que ronca por ahí.

—«Si parece que estuviera debajo de la tierra.

—Será el ánima de algún perro dictatorial, entonces.

«Y todos sueltan la carcajada.

«¡Y el ruido sigue y sigue y no cesa durante todo el día.

«Hace un momento ha salido el último soldado.

«¿Nos salvaremos?

«Tal vez ¡á no ser que pongan fuego á la casa,

que es de madera; en cuyo caso hay que resolverse á morir asesinado ó quemado!

«La oscuridad nos invade. Es ya de noche. ¡Qué horrible cansancio!

«¿Deberemos arriesgarnos á salir? Esperaremos á nuestro bienhechor? ¿Se atreverá á venir?

«A las diez y media de la noche, DOCE HORAS cabales después de entrar á nuestro escondite, se levanta la tabla que nos cubre. Creemos que ha llegado nuestra última hora. Hago un esfuerzo, me incorporo, poniendo la cabeza á los golpes de los verdugos, cierro los ojos y exclamo dirigiéndome á mi compañero.

—¡«Hasta la eternidad!

«Dos brazos cariñosos me levantan y una voz de ángel, exclama:

—«Arriba! pronto, antes que vuelvan los soldados.

«El oficial sale en pos y juntos abandonamos aquel agujero que ha sido durante doce horas nuestro refugio.

«Quede aquí consagrado con mi gratitud el nombre del sér generoso á quien le debo la vida: se llama Marcelo Castro. Es mulato y norteamericano. ¡Que Dios vele por él. (1)

«Salimos á un corral y, en la oscuridad, nos pusimos á discurrir acerca de la determinación que debíamos tomar.

---

(1) Este episodio nos ocurrió en la forma que está descrito. Marcelo Castro vive y continúa en la misma oficina.

«Propuse á mi compañero que atravesáramos la pampa en dirección á Tacna. Para ello era menester mulas y caballos y un guía que se prestara á acompañarnos. Marcelo nos puso al habla con un hombre de confianza. Convinimos en salir á la media noche, el tiempo suficiente para preparar los caballos y escabullirnos del campamento.

«Nada más siniestro que el espectáculo que nos rodeaba. Oficiales, clases y soldados, confundidos y borrachos, disparaban sus armas, ora sobre nuestra ambulancia, ora en las casas y calles de la población. Se asesinaban unos á otros, por arrebatarse las codiciadas preseas del botín; se injuriaban ó fraternizaban, entonando canciones de taberna. Era aquello un *pandemonium*, digno de figurar en cuentos de duendes y de brujas.

«Solo mediante la energía, actividad y valor del doctor Ramírez Salcedo pudo impedirse el incendio de «Buen Retiro» y del Pabellón de la Ambulancia.

«Cuando ya todo estaba pronto para que emprendiéramos la marcha, me dijo Marcelo que el doctor deseaba verme. No dudé un momento en confiarme á él. Cambiado el abrazo de felicitación por hallarnos vivos después de tantos peligros,—me contó que el coronel X, mi pariente y amigo, que ocupaba un alto puesto en las huestes revolucionarias, me había buscado con empeño durante el día, rogándole que, en caso de verme me dijera á su nombre: «que me presentara á él, que respondía de mi vida y de que sería puesto en libertad.»

«Ramírez, me instó á aceptar el ofrecimiento, si es que no prefería ocultarme entre los heridos y lograr así ser enviado al sur. Habría optado por esto último, pero temí ser descubierto y asesinado.

«No vacilé en presentarme al coronel X. Muchas veces, conversando con el coronel Gana, le había indicado que si X caía en nuestro poder yo interpondría mis influencias para enviarlo libre al extranjero, y, de no conseguirlo, conspiraría para hacerlo fugarse. Gana, me había prometido su concurso para uno ú otro evento. ¿Por qué no procedería lo mismo por su parte? ¿Era posible imaginar que me tendiera un lazo? ¿Buscaría un rehén, sabiendo el cariño con que Balmaceda distinguía á Mario? Ah! semejante suspicacia me habría avergonzado!

«Al otro día me entregué. El coronel me recibió con los brazos abiertos......

«Cumplió su palabra... ,remitiéndome á Iquique en calidad de prisionero. El 9 fuí embarcado á bordo del Itata.

«Y aquí se inicia la *vía crucis* que debe concluir tal vez mañana.

«El comandante Tejeda, Jervasio Alarcón y Cirilo Muñoz Fuentealba (Chaquetilla) eran los encargados de la vigilancia de los prisioneros. Despojado de mi reloj y del dinero que llevaba conmigo fui conducido á la bodega.

«¡Qué horror! Entre qué clase de gentes me encuentro! Tendido en el duro suelo se hallan hasta

una docena de séres humanos. La mayor parte están medio desnudos. Los cabellos les caen en desorden sobre la frente y el cuello; los semblantes demacrados y recelosos, reflejan el hambre y el miedo. La mugre y la miseria les da aspecto de mendigos.

«¿Quiénes son?

«¿Tal vez criminales condenados á morir en lento suplicio?

«Oigo pronunciar mi nombre. Un individuo se me aproxima, cojeando. Al acercárseme siento olor á gangrena.

«¿Quién es este hombre?

«¿Qué me quiere?

—«¿No me conoces?—me pregunta con voz apagada.

—«No.

—«Mírame bien, dice—y levanta con torpe mano los cabellos que caen hasta sus ojos.

«Yo he visto esa mano mutilada por las balas. ¿Dónde? ¿Cuándo? Ah!

—«¡EresAn tonio Cervantes!....exclamo,—estrechando al infeliz.

«El pobre está herido en una pierna y no tiene siquiera agua para lavarse.

«Luego me pone en relación con los demás.

—«¿Y qué tratamiento reciben?—pregunto.

—«¿Ves? Ya se cierra el portalón. Busca tu acomodo donde estás. El suelo es tan blando aquí como en otro sitio. Mañana, á las doce ó una, se

volverá á abrir, si es que lo abren, porque á veces pasamos un día entero en la oscuridad. A esa hora descuelgan un balde con lentejas sancochadas y otro con agua. Y hay que comer, si es que no se prefiere el suicidio por hambre. Después, aunque nos sequemos de sed ¡ni una gota más! Un solo balde; y ya contigo somos doce! ¿Comprendes la causa de nuestro desaseo?

—«Qué horror, Dios mío!

—«Aún no lo sabes todo. Ha sucedido que el portalón permanezca cerrado, y entonces, no hay más remedio que esperar el día siguiente. Tú no sabes aún lo que es eso. ¡Deseos me han dado de abrirme una vena y beber!

—«¿Es posible que esos hombres procedan así? ¿No son nuestros hermanos?

«Cervantes lanzó una carcajada estridente.

—«Hermanos! Y nos dejan dormir en el suelo! y nos roban nuestras ropas! y nos privan del pan y el agua! y nos encierran en este horno, sofocante como el infierno y oscuro como la desesperación! ¡Hermanos!»

«Y volvió á reir con rabia.

—«Pero, en fin, bien venido seas! tú nos dirás lo que hay de nuevo.

«Les referí la historia del desastre. Les causó la impresión horrible que á los condenados del Infierno la fatídica inscripción:

«*¡Lasciate ogni speranza!*

«Pasan muchas horas. ¡Qué largo es el tiempo

para los que sufren! Ni la más tenue lucecilla se filtra á través del cerrado portalón. Hanme dicho los compañeros que obstruyen los intersticios, colocando encima una tela embreada.

«Solo turban el silencio de la noche, más negra que las noches de los sepulcros, los ratones que se cruzan en todos sentidos. Como la bodega ha estado sin víveres, parecen furiosos y hambrientos.

«Más de un prisionero ha despertado mordido por los inmundos bichos.

«El mar debe estar ajitado. El buque se balancea de babor á estribor. Siento algo que corre y moja mi cuerpo. Me incorporo sobre los fatigados brazos. Mis compañeros, habituados ya al horrible encierro, duermen en paz. ¿Qué puede ser? Mañana lo sabré.

«Alguien se mueve. ¿Es de día? ¿Es de noche?

—«¿Quién es?

—«¿Ya, despierto?

—«No he podido dormir un solo instante.

—«¡Pobre Enrique! Ya te acostumbrarás,—me dice Cervantes.

—«Díme ¿qué es lo que me ha mojado durante la noche?

—«Orines.

—«¡Cómo!

—«Sí. ¿No ves que no salimos nunca de nuestra cueva?

«Debe ser ya tarde. Los prisioneros despiertan y conversan.

«Parece que abren. Sí, la luz hiere nuestra vista.

«Un marinero grita:

—«Que salga Salazar.

—«El aludido se incorpora y empieza á subir por la empinada escalera.

—«Hasta luego,—dice.

—«¿Para que lo querrán?

—«Quién sabe! Lo llaman quizás para divertirse con él.

—«¡Divertirse!

—«¿Te extraña? ¿Has visto alguna vez á chicos desalmados, cojer ratones, mojarlos con aguarrás y prenderles fuego? El animal corre desesperado, busca donde apagar las llamas que lo devoran, y los chicos aplauden y rien, viendo aquella bola de fuego rodar con vertijinosa rapidez. ¡Qué alegría! ¡Qué algazara!

«¡Cuánto más curioso es el espectáculo si la víctima es un hombre!

—«Tú exajeras!

—«Ya verás, cuando han llamado á alguno ha sucedido lo que te refiero. Una vez á Zamorano, y lo flajelan hasta arrancarle las carnes á pedazos; otra, á Risso Patrón, y lo tienen una noche entera en cepo de campaña; otra, á Fuller, y lo arrojan al pañol de cadenas, echándole agua hirviendo encima; otra, á mí y me tronchan un brazo y me apalean, y me escupen! Ah! tú no sabes cómo se divierten con nosotros nuestros carceleros!

¡Es horrible lo que me refieres!

«Cada cual se entrega á sus tristes pensamientos. Por fin, maniobra de nuevo la grúa y se alza la tapa de la bodega. Un individuo, desciende penosamente. La sangre gotea de su rostro; apenas se sujeta. La víctima pierde el apoyo y cae tres peldaños antes de llegar al fondo. Su cara, es una masa sangrienta; sus pobres vestiduras están arrancadas á girones. ¿Quién es?

«Lo rodeamos con triste solicitud. El, nos mira y nos habla. Es Salazar.

«¿Qué le ha ocurrido?

«De todos los prisioneros es éste el único cuyo buen humor y serenidad no se ha alterado nunca. En las mayores aflicciones, él charla y bromea.

«Pasados los primeros momentos nos refiere lo siguiente:

«Una vez fuera, lo embarcan en un bote y lo conducen á uno de los buques. Lo hacen entrar á la Cámara del Comandante, en donde se hallan,—sentados con aire de inquisidores,—un personaje civil y dos marinos.

«Uno de estos, lo interroga. Salazar no se despoja de su aire festivo.

—«¿Cómo te llamas?

—«Salazar.

—«¿Quién eres tú?

—«El hombre de las luces,—responde, sonriendo, el prisionero.

—«¿Qué quieres decir?

—«Que corría con el alumbrado público de Pisagua.

—«Ola! te burlas?

—«Yo!

—«¡Sal, inmediatamente!

«Aún no está fuera de la Cámara y ya siente descargarse sobre sus espaldas y su cabeza una lluvia de garrotazos. Rueda por tierra, y los golpes continúan. Jime y se lamenta y los verdugos, se ensañan en el cuerpo inerte.

—«Que vuelva el preso á declarar,—dicen los de la Cámara.

—«No puede moverse—contestan los de afuera.

«Y el infeliz es arrojado á un bote y reconducido á la bodega.

«Vivimos temblando. ¿A quién le tocará hoy? nos preguntamos.—¿Cuándo terminará este martirio?

«Pasan varios días. Ha habido tregua de parte de los vencedores; ningún cautivo ha sido llamado.

«¡Qué oigo!

—«Que suba Enrique Vedia,—grita un marinero.

«Todos me rodean y me miran con lástima.

—«Valor!—me dice Cervantes.

—«Hasta luego—contesto, tratando de sonreir.

«Soy llevado á un camarote y encerrado en él. El corazón se me sale por la boca. Los furiosos ademanes de mi conductor y su silencio, me anuncian algo terrible. ¿Qué se me espera?

«Abrese la puerta y entra el doctor Cepeda (Marat) y dos guardia-marinas.

—«Siéntate—me dice el primero al verme de pié.

«Obedezco.

—«Venimos á que nos expliques tu conducta.

—«¿Por qué has seguido al Dictador?

—«Pues, como todos, por robar!

—«¡Miserable, canalla, ladrón!

—«Salgamos; no nos manchemos con el contacto de este perro dictatorial.

«Y me dejan solo. No he contestado una palabra.

«¡Qué ansiedad!

«Vuelve á abrirse el camarote.

—«Ven,—me dice un marinero.

«Me rodea un piquete armado. ¿Acaso voy á ser asesinado? Un sudor frío me brota de la raíz del cabello. Hago un esfuerzo y reacciono. ¡Hay que morir como soldado!

«De repente, uno me dá un culatazo, otro un puntapié, otro una bofetada. Este me escupe, aquel me desnuda, el de más allá me pincha.

«Se reparten mi ropa, dejándome descalzo y con las piezas interiores.

«Y herido, ensangrentado, escupido, martirizado física y moralmente, soy echado al fondo de un pañol.

«Pasan veinticuatro horas, y yo estoy vivo. ¡Qué atroz resistencia! Después, torno al encierro.

«Tal fué nuestra vida ordinaria hasta mediados de abril.

«Rodando de buque en buque, de bodega en bo-

dega. Pasando de la férula de Tejeda á la de Moreno, de la de Valverde á la de Donoso!

«Durante este tiempo se ha constituído la Junta de Gobierno. Los cafres quieren alcanzar el reconocimiento de su *belijerancia.* Se dá orden que los prisioneros seamos conducidos á Tacna. Un incidente pinta á lo vivo las consideraciones que se nos guardan. Fondea el vapor en Arica y dos lanchones atracan á sus costados: uno de ellos está inmundo, con residuos de vejetales podridos, estiércol de animales, aguas estancadas; el otro, aseado.

«Hay que desembarcar á los prisioneros y la caballada de un piquete del Escuadrón Guías. ¡Pues! nosotros á chapalear en el fango infecto y corrompido, y los caballos al lanchón limpio.

«No podemos atracar al muelle; el mar está ajitado. Colócase una triple fila de botes y, saltando de uno en otro, llegamos á la escala. Pero la debilidad que nos consume nos hace dar traspiés y golpearnos. Los marineros se divierten grandemente, pegándonos con los remos, pinchándonos con los bicheros ó haciéndonos resbalar y caer. Varios, quedan lesionados ó contusos. La muchedumbre nos burla y zahiere, lanzándonos de cuando en cuando escupos ó puntapiés. La exhibición se prolonga durante toda la tarde. El sol nos abraza, la fatiga nos rinde. Pero los guardianes que nos vijilan tienen orden de impedir que nos sentemos ó conversemos; y así, mudos y en formación, permanecemos en el muelle hasta que se aburren nuestros carceleros.

«En Arica, se nos encierra junto con los reos de delitos comunes. Después de dos días nos traen á esta ciudad. Antes de llevarnos á la cárcel nos pasean por calles y plazas: el populacho se entretiene en injuriarnos y arrojarnos piedras.

«Parece que ya hubiéramos agotado el caudal de los sufrimientos; pero la inventiva de los verdugos es fecunda. Han variado los nombres, y nada más. Se llaman: Mariano Necochea, Alvaro Besa, Eduardo Hempel......

«En los días que van corridos hemos sido víctimas de terrores incesantes. ¡Ni un momento de tregua! Comprendiendo que el sueño repara nuestras fuerzas y nos hace olvidar nuestra situación, se esmeran en no dejarnos dormir. A cada rato, llaman á la reja; nos hacen levantar, nos sacan al patio formados, y finjen órdenes extrañas. Varios, han sido fusilados con pólvora; otros, aherrojados con grillos y esposas; otros, privados de la ración de hambre con que nos sostienen!

«Por fin, ayer, con más sombrío aparato que de ordinario, fuímos sacados de los calabozos y se nos comunicó que el « Blanco Encalada » había sido echado á pique por los torpederos del Gobierno.

«Tal hecho era infame. ¡Hundir un buque de la escuadra nacional! Privar á Chile del más poderoso de sus elementos de defensa! Solo los canallas dictatoriales eran capaces de crímenes semejantes!

«¿Y nosotros?

«Éramos también responsables por haber servido al Dictador, al Tirano, más aborrecible mil veces que Rosas y Francia, que Nerón y Calígula! Pero la hora del castigo había llegado.

«Dividiósenos en dos porciones: en una fueron colocados los sulbalternos: tenientes y sub-tenientes; en la otra, los demás. Los primeros, debían sufrir privaciones ¡cómo si no bastaran los cuotidianos tormentos! Los segundos, seríamos pasados por las armas!

«Y mañana, veremos por última vez la luz del sol. En esta ocasión, no harán farsa. Nuestra suerte está decretada.

« Un rasgo todavía, antes de concluir estas memorias, escritas á hurtadillas, afirmado el papel sobre las piernas. Los condenados á muerte, aún por los crímenes más atroces, son tratados con benignidad en sus postreras horas; con nosotros, se han aumentado la inhumanidad y el rigor. El calabozo en que estoy con varios de mis compañeros, ha sido llenado de catres de fierro desnudos, para quitarnos espacio é impedir que podamos echarnos en el suelo. Los centinelas nos vijilan, con orden de hacer fuego en caso de que hablemos. ¡Y no tendremos siquiera el consuelo de comunicarnos nuestros últimos pensamientos! ....

« La claridad del alba penetra indecisa y pálida por entre las rejas de la prisión.

« Reanudo estos apuntes interrumpidos durante la noche.

« Mis compañeros están despiertos. Parecen resignados con su destino.

« Rumor de armas se oye en la parte de afuera. El llavero llega hasta la reja.

—« Compañeros—digo—si alguno vuelve, aquí encontrará este manuscrito.

« ¡Patria, Familia, Porvenir, adiós!

—« ¡A formar!

«¡El instante supremo ha llegado!»

Hasta este punto llegaban las confidencias del infeliz prisionero.

Lo que sucedió después, fué trasmitido á don Antonio y Mario por el teniente Garín, que, mas afortunado que sus compañeros de cautiverio, logró evadirse.

Contra las esperanzas de Enrique, el fusilamiento no se verificó. Necesitaban los carceleros, para satisfacción de sus instintos, conservar la presa.

El capitán no volvió á reunirse con los otros jefes y oficiales. Principió, desde entonces, una nueva peregrinación que duró cerca de dos meses. Recorrió las bodegas de casi todos los trasportes y las cárceles de Arica, Iquique y Pisagua.

Sería pesado referir sus padecimientos. Baste decir que se le hostigó sin cesar durante todo ese tiempo.

Las emociones lo habían agotado. Sus cabellos, estaban blancos; su tez, arrugada y descolorida. Es-

taba tan andrajoso y mugriento, que antes inspiraba asco que compasión.

Una vez, oyó desde su camarote, desmantelado y oscuro, una voz conocida. Púsose á escuchar.

—Yo no sé—decía—como la Junta de Gobierno gasta en alimentar á estos ociosos. Por mi parte, creo que el camino mas expedito sería atarles un peso al cuello y ¡plum! al fondo del mar.

—¡No seas inhumano!

—¡Muy bien! ¿defiendes á estos perros?

—Nó, disiento de tu parecer. No hay para qué envenenar á los tiburones, dándoles carne corrompida.

—Pues, entonces, que se les azote hasta que mueran.

—Eso, sí.

—Y que firmen recibos como sayones del Dictador.

—No es mala la idea. Veremos de que sea tomada en cuenta.

Uno de los miserables que así discurría era, Alberto Edwars, auditor de Marina y diputado al Congreso.

Parece que algunas personas compasivas influyeron á fin de que Enrique fuera desembarcado.

Por desgracia, las furias populares constituían en tierra una amenaza permanente.

(*) Pisagua, se había hecho notar entre los pueblos del norte por el salvajismo de sus masas.

(*) Como en otras partes, hemos alterado el orden cronolójico en homenaje á la hilación de los sucesos. Este episodio ocurrió dos meses antes.

El destino, condujo á este puerto al desgraciado capitán. Fué encerrado en la cárcel, junto con unos pocos reos comunes; los demás habían ingresado á las filas de la revolución.

El trato que se le dió, fué, si cabe, más humillante y duro. La ausencia de sus compañeros contribuía á incrementar sus pesares. La muerte habría sido un beneficio inmenso para el infeliz.

Una mañana, apareció sobre la cumbre de los cerros del sur una bandera roja. El vijía anunciaba buque enemigo á la vista.

El pueblo se puso en conmoción. Huyen unos hacia la pampa; escóndense otros en los sótanos de los almacenes; apréstanse muchos á defender la plaza.

De repente, alguien recuerda que hay una víctima que sacrificar,—víctima indefensa y sagrada,—cuya sangre fortalecería las entrañas de los *heróicos regeneradores* de Chile.

Corre por las calles, gritando:

—¡Que se nos entregue el prisionero!

Las fieras acuden y aplauden.

Cuando la poblada llega á la cárcel, ha aumentado considerablemente. Hombres, mujeres y niños; nacionales y extranjeros, (*), se arremolinean en torno del centinela y no cesan de pedir la cabeza del prisionero.

(*) Bolivianos en su casi totalidad.

Por fin, uno, más atrevido, echa á un lado al guardián y se avalanza al interior. La turba lo sigue.

Las noticias de las turbulencias callejeras han precedido á los asesinos.

Enrique, vé próximo el término de su vida. La muerte no le arredra. Pero los ultrajes, los martirios, sí.

Quiere ocultarse, pero ¿dónde?

Cuando la turba invade el patio de la cárcel él abandona la rejilla de su calabozo. Aquella horda de descamisados lo horroriza; adivina en sus rostros el fin que se le espera.

—¿Dónde está el prisionero?

—Allí, allí—gritan los otros detenidos, temerosos de ser equivocados con él.

En un abrir y cerrar de ojos la puerta es desquiciada.

La turba quiere ahogarlo ahí mismo.

—Nó, nó—gritan los de más atrás.—¡En la calle! ¡En la calle!

Todos tienen igual derecho para gozar del tremendo espectáculo.

Sacan á Enrique, resguardándolo, para no malograr el entretenimiento por precipitación.

¡La presa está segura!

Las mujeres se empinan para contemplar al odiado dictatorial; los niños se encaraman á las ventanas para divisarlo; los hombres pugnan por acercársele.

Los presos aprovechan de la ocasión para escabullirse.

Llegan á la calle, y la matanza empieza.

Le arrancan á tirones el hediondo traje que cubre su cuerpo. Cien manos lo atenacean, cien corvos lo pinchan, cien bocas lo escupen.

Sus lamentos se pierden entre el infernal vocerío.

Le arrancan á puñados los cabellos y la barba.

Nadie quiere quedar sin parte en la función.

La víctima, cae.

Los chacales lo destrozan.

En un instante lo desarticulan y se reparten los despojos. Uno, levanta una pierna; otro, un brazo; aquel, el tronco; el de más allá, la cabeza.

¡Los energúmenos llegan hasta el muelle y ajitan los informes restos en ademán de desafío....!

Esta horrorosa trajedia cubrió de duelo el alma acongojada de la familia Vedia. Solo Doña Juana ignoró lo sucedido.

Don Antonio y Mario habrían querido evitar que Lía y Raquel se enteraran de los detalles espantosos del cruento martirio; pero no faltaron indiscretos ó mal intencionados que hicieran llegar á sus manos el periódico en que se publicó la relación.

Suele decirse: «Bien vengas mal, si vienes solo».

La fatalidad iba encadenando sucesos siniestros en torno de esos séres, dignos de mejor fortuna.

El asesinato de Enrique no debía ser el último.

Desde la separación de Doña Juana, la salud de Raquelita empezó á desmejorar. Las impresiones morales quebrantaron su naturaleza tierna y delicada. Al sacudimiento causado por el abandono de su madre, vino á agregarse la funesta nueva de la muerte horrible de su hermano.

La niña no pudo resistir. Como esos vasos frágiles que se rompen al contacto de groseras manos, su cuerpo angelical y hermoso se destrozó con tan violentos choques.

Durante algunos días permaneció como alelada, insensible al contacto del mundo exterior. Solo en sus postreros momentos pareció recobrar el uso de sus facultades.

Posó sus ojos melancólicos en su padre y sus hermanos, y exclamó:

—Yo, desde el cielo, rogaré á Dios por que Ella vuelva.

Hizo un leve movimiento, como si hubiera querido incorporarse, entreabrió sus labios y cerró los ojos.

El dolor de D. Antonio y sus hijos, congregados en torno del cadáver, rayó en locura.

Llegó la noche y ellos estaban allí. La servidumbre quedó relegada lejos de ese departamento. Solo Juan los acompañaba en el amargo trance. El llevó los cirios, que distribuyó alrededor del lecho de la virgen, cortó con profusión las más her-

mosas flores del jardín para adornar con ellas á la muerta querida....

Alberto, tomó á su cargo el cumplimiento de los demás imperiosos deberes.

Ay! qué horrible momento aquel en que los despojos, reclamados por la tierra, fueron arrebatados á sus deudos!

Cuando el ataud fué sacado del virginal dormitorio, D. Antonio, Mario y Lía, echados en el suelo, formaban nudo con los brazos, ocultando los ojos á la luz y pidiendo al cielo amparo y misericordia!

CAPÍTULO VI

Ad Majorem Dei Gloriam

Cuando los revolucionarios hubieron reunido los elementos indispensables para expedicionar sobre el centro del territorio, avisaron al Comité de Santiago que el momento decisivo había llegado.

Dueños del mar, podían verificar el desembarco, bajo la protección de sus buques, en cualquier punto de la costa. En eso consistía la superioridad del invasor.

Para contrarestarla, tenía el Gobierno la línea férrea mediterránea que se extiende desde Valparaíso á Talcahuano, en cuyos puntos extremos se habían hecho trabajos considerables de fortificación y defensa.

La única División aislada de las demás se hallaba destacada en Coquimbo, pero era bastante numerosa para afrontar por sí sola el ataque de las fuerzas revolucionarias.

La cuestión puede plantearse en estos términos:

La acción del Gobierno consistía en vigilar las costas y la línea férrea, para tener aviso oportuno

del arribo del Ejército del Norte y poder reunir en el punto amagado las divisiones destacadas en Concepción, Santiago y Valparaíso.

Lós revolucionarios, por su parte, debían operar el desembarco, si posible era, de improviso, engañando las previsiones del enemigo, y á la vez, destruir la línea férrea en puntos de difícil y morosa reparación. Lo primero, corría á cargo de los expedicionarios; lo segundo, del Comité de la Capital.

Ahora bien.

La presencia del convoy frente á Concón fué advertida por los vijías del Gobierno, y la maniobra del desembarco fué bastante lenta para dar tiempo á la concentración de dos de las divisiones.

Las montoneras lanzadas por el Comité no lograron tampoco su propósito, siendo destruída la principal de ellas en «Lo Cañas», y juzgados algunos de los prisioneros con arreglo á las rigurosas prescripciones del derecho de gentes.

La ventaja estaba, pues, de parte del Gobierno.

Descubiertos sus planes, el invasor tenía que medirse con fuerzas superiores en moralidad, disciplina y número.

Si no actuaba en los acontecimientos, razón poderosa y secreta que favoreciera sus miras, debía sucumbir en la lid.

La batalla de Concón vino á despejar la incógnita.

No obstante la precipitación con que se provocó la lucha, sin esperarse la llegada de los refuerzos enviados de Santiago, la victoria se habría decidido

en pró del Ejército fiel, sin la concurrencia de circunstancias inesperadas y extraordinarias.

El jefe de una de las brigadas, coronel Fernando Lopetegui, abandonó el Parque al enemigo; precipitó á una quebrada al Regimiento 10° para que sucumbiera, en fragosa ascención á pecho descubierto, ante el nutrido fuego de los adversarios; destacó el batallón San Fernando en un extremo aislado de la línea, donde fué envuelto y despedazado; y se retiró después del campo de batalla, dejando sus huestes abandonadas y dispersas.

La traición fué confirmada más tarde por el Comité de Santiago, al discernir á los jefes y oficiales que sirvieron en secreto á la revolución,—prestando en público acatamiento al Presidente y gozando de sueldos y gratificaciones,—el dictado de *militares de honor*, que ha recojido la historia como prueba de la abyección de los instrumentos y de la inmoralidad y cinismo de los corruptores.

Súpose también después que el jefe encargado del Parque y Maestranza, coronel Wenceslao Bulnes, estaba en connivencia con los revolucionarios y permitía á los directores de talleres que desvirtuaran la pólvora para aminorar el alcance de los proyectiles, ó trampearan el fulminante para que no hicieran explosión. ¡El mismo Bulnes tuvo la vileza de publicar sus ruines trapizondas para obtener su rehabilitación en el Ejército!

Derrotadas las fuerzas del Gobierno en Concón, se hizo un último esfuerzo.

Con los restos de las divisiones de Valparaíso y Santiago y la de Concepción, se organizó la resistencia, cortándose al vencedor el camino del puerto desde las alturas de la Placilla.

El desengaño fué esta vez decisivo. Cuerpos enteros levaron en alto las culatas de sus rifles, en complicidad con sus jefes ó á despecho de las órdenes de éstos.

La trajedia terminó con el degüello de los generales Barbosa y Alcérreca, ejecutado por el comandante Tulio Padilla y su regimiento de caballería, desertado de las filas gubernistas.

Tal fué, en resumen, la causa cierta y primordial de la derrota.

La propaganda del clero y el oro corruptor de los especuladores, produjo el desastre que no alcanzaron ni las combinaciones estratéjicas, ni los esfuerzos del valor, ni quizás los ciegos favores de la suerte.

Cuando Balmaceda tuvo conocimiento de la catástrofe, se dispuso á tomar sus últimas determinaciones.

Para resistir, contaba con seis mil hombres en la Capital, más ó menos la misma cifra en Coquimbo, y los restos dispersos de la Placilla que, reunidos con presteza, podrían alcanzar á tres ó más.

La lucha era aùn posible.

Si Balmaceda hubiera sido un ambicioso; si hubiera combatido por interés propio y no por defender

las instituciones nacionales, no habría trepidado en agotar las probabilidades de la suerte.

Quiso ser magnánimo y ahorrar sangre.

Resuelto el abandono de la defensa, pudo hacer lo que tantos caudillos en semejantes situaciones: buscar en la fuga la seguridad de su vida. No faltó quien le aconsejara seguir ese camino. Balmaceda lo rechazó con indignación: debía hacer honor hasta la muerte á sus antecedentes de hombre y á su investidura de Presidente de Chile.

Acordada la dimisión, llegó el caso de designar la persona en quien debía resignar el mando.

El jeneral Baquedano mereció el honor de tan señalada distinción.

¿A quién mejor que á él podía confiársele la autoridad civil y militar? Prescindente durante la revolución, no se hallaba violentado por las pasiones, ni parcializado en la contienda.

Por lo demás, su papel era sencillo: resguardar el orden en la capital; para lo cual contaba con seis mil hombres disciplinados y obedientes, que miraban en él al victorioso jeneral de la campaña contra el Perú y Bolivia.

Si escollaba en sus representaciones ante la Junta de Gobierno para poner al Ejército,—que le diera glorias, reputación y honores,—á cubierto de las injusticias del destino, quedaría su protesta para justificar su impotencia ante fuerza mayor. Si el amparo que debía prestar á los parciales del Gobierno caído,—y á que se comprometió bajo su fé de

militar y de chileno,—resultaba ineficaz, y los saqueos, prisiones y asesinatos se perpetraban, salvaba, á lo menos, su reputación de hombre honrado, ya que no sus prestigios de caudillo.

En todo caso, él era el árbitro de los destinos de la capital,—por el puesto que había aceptado y por las fuerzas de que disponía,—hasta la entrega que de ella hiciera al vencedor.

La responsabilidad histórica queda deslindada: Baquedano y sus secretarios de un día, son los autores ó cómplices de los crímenes cometidos hasta la instalación de la Junta de Gobierno en la Moneda: Esta, de los ocurridos después.

A las 2 de la mañana del 29 de Agosto se comunicó á las personas que aguardaban noticias en Palacio la derrota definitiva de las fuerzas del Gobierno y la dimisión del Presidente. Debían retirarse tranquilos, en la convicción de que Baquedano cumpliría su deber.

Muchos, casi todos, tuvieron la visiòn profética del porvenir. Debido á esto se evitaron los crímenes en las personas, ya que no era dable resguardar las propiedades.

Entre los concurrentes, se hallaban don Antonio y Mario, en su carácter de voluntario armado el primero, como diputado el segundo. Fueron de los últimos en retirarse. Abrazaron al Jefe, sin poder articular una sola palabra, paralizados por la emoción, como si presintieran el fin próximo del ilustre Majistrado.

Mostróse éste sereno ante el infortunio personal, triste ante las desventuras que adivinaba para Chile. Ni un momento se dejó abatir por la gravedad de su situación, dominando, con la grandeza incomparable de su espíritu, las flaquezas humanas y el rigor de los acontecimientos.

Conocedor ya de las miserias que determinaron su caída y de los nombres de los traidores, no dejó escapar ni una queja, ni la más leve reconvención.

Solo abandonó la Moneda cuando creyó asegurado el orden, el porvenir del Ejército, las vidas y bienes de sus parciales. Jamás hombre alguno dió mayores pruebas de valor en el peligro, de previsión en los conflictos, de grandeza en la caída, de abnegación en el sacrificio!

¡Con la antorcha de la verdad en la conciencia, que se levante alguno de sus émulos y observe la tacha que puede arrojarse sobre su vida de hombre y de ciudadano!

Dominados por estas ideas, don Antonio y su hijo caminaban en dirección á su casa.

Lía, se hallaba, desde la muerte de su hermanita, alojada en el hogar de una familia vecina. Debían reputarla segura, aún en el caso improbable de que Baquedano faltara á su palabra, pues el único hombre de esa familia se hallaba ausente en Europa cuando estalló la revolución.

Alberto, estaba desde hacía dos días ausente de la Capital.

Decidieron esperar resignados los acontecimientos.

Despidiéronse poco antes de la madrugada, sin que ninguno de ellos lograra conciliar el sueño.

A la hora de costumbre, abrió Juan la puerta de la casa; y cuando volvía al interior se admiró de encontrar en pié á Mario.

—¿Está enfermo?—le preguntó.

—No Juan; pero tengo novedades que comunicarte. El Ejército del Gobierno ha sido derrotado. El Presidente entregó el mando á Baquedano; y aunque éste ha prometido velar por la población, temo que lo arrastren á quebrantar su promesa.

—¿Qué se puede hacer?

—Cerrar la puerta y esperar.

—¿Quiere que salga hasta la Alameda?

—Tal vez sea peligroso.

—¿Por qué? En caso de apuro puedo pasar por opositor.

—Está bien. Pero vuelve pronto.

El fiel servidor se puso en campaña.

Era tanta la tranquilidad que había en la calle que principió á pensar que Mario había soñado ó que la noticia no se conocía aún.

Llegó hasta el centro de la dilatada avenida y se puso á mirar en todas direcciones. Nada! Decidió entonces caminar hacia el centro. Uno que otro transeunte madrugador que encontró en su camino, marchaba con aire perezoso á sus faenas.

Pasó frente á la Moneda.

El centinela le dió el ¿quién vive? Contestó con la fórmula sacramental y siguió su camino.

Juan, estaba desorientado.

En la calle de Huérfanos, entre Alameda y Estado, encontró dos jóvenes con cintas rojas en los brazos.

—Ola, amigo, ¿qué no sabe lo que pasa?—le dijeron.

—No, señores.

—El Tirano ha caído! Anoche se fugó de la Moneda, robándose varios millones; pero ya lo tomaremos, se le sigue la pista.

¡Viva la revolución!

—Viva!—respondieron, en coro, el otro de los interlocutores y Juan.

Como si esos primeros gritos fueran la voz de orden, comenzaron á oirse otros semejantes por distintos parajes.

De repente, las campanas de uno de los templos tocaron á rebato.

Las calles fueron poblándose.

La gran noticia cundía rapidamente.

Los gritos de ¡Viva la revolución! ¡Muera el Tirano! ¡Abajo los dictatoriales! ¡Viva la Religión! iban tomando cuerpo y vigor.

Las campanas de las demás iglesias hicieron oir sus voces de bronce.

La algazara y la confusión crecían por momentos.

Las casas de los opositores se engalanaban con

enseñas rojas. Como por encanto aparecieron hombres y mujeres, repartiendo cintas lacres.

El color de la sangre se ostentaba profusamente, como el emblema de la que había corrido á raudales en los campos de batalla, y de la sed inagotable de verterla á mares que ardía en las entrañas de los vencedores.

Juan, trató de deslizarse, amparado por la ancha faja que llevaba anudada al brazo. En ese momento desembocaba una procesión ordenada de saqueadores, presididos por un fraile, á caballo, con hábitos de la orden de Santo Domingo y que llevaba una gran bandera roja en la diestra.

—Con nosotros, hermanito! gritáronle.

Quiso desentenderse.

—¡Si parece opositor! exclamó un pillete.

—¡Viva la revolución! profirió Juan, tomando su partido è incorporándose á las filas.

Ser sospechado en esos momentos era la condenación á muerte.

Los cofrades, seguían por la calle del Estado hacia la Alameda. Era el camino que de regreso tenía Juan que hacer. Iría menos de prisa que si fuera solo. Había que resignarse.

En la Alameda se detuvieron un momento. Un individuo, que iba en pos del fraile, sacó un papel y leyó:

—«Casa de Eulogio Allendes, Alameda de las Delicias, entre Duarte y San Ignacio».

—Antes, pasemos á la de Adolfo Eastman.

—No nos corresponde á nosotros. Por lo demás, llegaríamos tarde. Miren!

Una poblada inmensa entraba y salía al palacio del Presidente del Senado. La calle estaba sembrada de objetos diversos. Mujeres y pilluelos revolvían como si fuera inmundo basural los destrozados despojos. Ladrones de blusa y levita corrían apresurados á depositar el rico botín para continuar la santa misión de saquear á los vencidos.

El palacio presentaba un aspecto extraño. Como las conmociones de la naturaleza destruyen los más altivos y grandiosos monumentos, así las malas pasiones y los odios se empeñan á veces en aniquilar las obras de los hombres. Pero, entre una y otra ruina, queda la marca que la ha producido.

El terremoto, derriba; el saqueo, horada; el terremoto, muestra el poder de los elementos; el saqueo, las miserias de los hombres; el terremoto, no deja en pié más que trozos, que revelan el esfuerzo de titanes y cíclopes escondidos en las entrañas de la tierra; el saqueo, devora las vestiduras del arte, dejando en pié la costra roída y polvorienta; el terremoto, tiene la espantosa grandeza de lo que aterra; el saqueo, la pequeñez de una demolición de ratones.

Puertas, rejas, ventanas, pisos, cielos, tapices; todo ha desaparecido. Solo quedan en pié murallas y techumbres.

Muebles, ropas, joyas, obras de arte, libros;

todo está ya en poder de los saqueadores ó destruído.

Papeles,—cartas, documentos,—han ido á parar al archivo de los organizadores del robo, única contribución puesta á la codicia de los fieles instrumentos. Y las imprentas de *todos los diarios de la época* publicarán sin escrúpulos ni rubor las intimidades de los hogares, los secretos de las familias.

He ahí el cuadro pálido de lo que fué el saqueo.

Figúrense ahora nuestros lectores que funcionaron cien cuadrillas al mismo tiempo, y que mil casas fueron asaltadas en el mismo día, tan solo en la Capital.

Nadie se escapó, nadie podía escaparse. La lista de los domicilios que fueron desvastados había sido confeccionada con reposo, desde asilo seguro, en las horas en que el odio partidista fermentaba con el soplo quemante de la contienda armada.

Y no fué solo en Santiago. El pulpo de mil brazos quiso ahogar en un momento y para siempre á los odiados defensores del pueblo.

Recorrieron los campos hordas de bandoleros, arrasando las propiedades de los infames dictatoriales. Casi no hubo pueblo libre de saqueos.

El pensamiento del padre Luis fué ejecutado á conciencia y con esmero.

El entusiasmo que el místico latrocinio produjo entre los Hermanos, fué inmenso.

Dió el fraile la señal, alzando en alto la bandera y ajitándola con belicoso ademán. El moderno cru-

zado se estasiaba, no ante la vista del Santo Sepulcro rescatado, sino ante los hogares, de sus enemigos, en ruinas.

La obediente grei profirió en coro:

—¡Viva Carlos Walker Martínez!

¡Viva Baquedano!

Y luego el estribillo obligado:

—¡Viva la Revolución! ¡Abajo los Dictatoriales!

Quiso Juan evadirse, temeroso de que sus amos hubieran sido sorprendidos; pero uno de los hermanos no lo dejaba un punto, como si vijilara sus pasos. No hubo otro medio que seguir con los saqueadores y aplaudir sus manifestaciones.

La vista del saqueo abrió el apetito del fraile y sus acompañantes. Puso el domínico al trote su caballo y lo siguieron los cofrades, llenos de ardimiento.

La casa de Allendes corrió la misma suerte que la de Eastman. El desgraciado Presidente de la Cámara de Diputados, tuvo que permanecer dentro de una acequia en el fondo del edificio, porque, cuando el entusiasmo arreciaba, los creyentes no se conformaban con destruir y robar.

¡Cómo amenizaría la fiesta, la vista de un dictatorial hecho cuartos!

De resultas de las impresiones y de haberse mojado, contrajo una pulmonía que lo llevó al sepulcro poco después.

En el saqueo tuvo Juan que desempeñar parte activa. Tomó su resolución, pensando en su inte-

rior que no porque se abstuviera iba á quedar algo en buen estado. Al verlo *trabajar* díjole un compañero:

—Se ha librado, mi amigo, porque me estaba pareciendo que era *ditatorial.*

—No me ofenda Vd.

—No, yo no *insurto* á nadie, pero lo ví tan apenado que creí que era de los perros.

¡En fin, hagamos las paces y lo que nos desocupemos vamos á tomar juntos un buen vaso de ponche!

Cuando la casa quedó limpia por dentro y fuera, como queso roído por las ratas, el fraile agitó su campanilla y la obediente turba suspendió su tarea.

El pastor gobernaba á sus ovejas con el cencerro en la mano.

—Tilín, tilín!

El saqueo empieza.

—Tilín, tilín!

Ha concluido la función.

Formados de nuevo los cofrades consultó el fraile la lista y, taloneando su caballo, siguió hacia la Estación. Al enfrentar á la calle del Ejército Libertador, volvió á mirar el apunte.

—Por aquí,—dijo.

—Padrecito, ¿dejamos la casa de *don Romero*? Está ahí mismo. De paso, *podíamos darle una manito.*

Consultó el papel el fraile con gravedad y respondió:

—No está en lista.

—Otra vez será, exclamó el cófrade suspirando.

Cuando vió Juan que la procesión seguía por la calle en que vivían sus patrones, se alarmó. Sin embargo, tuvo una esperanza: que no estuviera en lista!

Antes de llegar á la tercera bocacalle, volvió el domínico á detenerse:

—Calle del Ejército Libertador, número.... Sí, aquí es—dijo, consultando alternativamente el apunte y el número del edificio.

Este, se hallaba cerrado.

—Hermanos, adelante!

Juan, se acercó al fraile.

—Creo que hay equivocación, padrecito. Aquí viven las señoras Martínez, muy buenas y devotas.

—No—gritó uno detrás de él.—Aquí vive D. Antonio Vedia y su hijo Mario, que son dictatoriales.

—No es cierto!—protestó Juan, que creía posible evitar el saqueo con aquella ficción.

—Yo vivo en la misma calle y sé lo que digo.

—Yo también vivo acá.

—¿Dónde?

—En la primera cuadra.

—No es cierto. Este es dictatorial.

La curiosidad hizo que el grupo rodeara á los que discutían. De repente, uno de los devotos se quedó mirando á la cara al pobre Juan.

—Ah, ah, este es el sirviente de los Vedia. Yo lo conozco, se llama Juan.

—Falso!

—Cierto, cierto!

—¡Que muera, que muera!—vociferaron todos.

Entre uno que quería el saqueo y otro que trataba de impedirlo, la devota grei no podía vacilar. Aún sin ser Juan el aludido por el hermano que declaró conocerlo, habría cargado con el anatema de la comparsa de ladrones.

En un abrir y cerrar de ojos se empeñó la desigual lucha entre el noble y animoso Juan y los bandidos. Puesto de espaldas á la puerta de la casa, hacía prodijios de valor y destreza, pero al fin debió sucumbir. Un golpe aplicado en la sien con un mango de fierro lo derribó.

Empujaron con fuerza; la puerta resistió. Volvieron de nuevo una y otra vez.

Nadie pensaba en aquel cuerpo tendido en el dintel.

La avalancha retrocedía y avanzaba, y los choques se repetían. Y el cuerpo era pisado y taconeado por los saqueadores.

Por fin, una de las hojas se desprendió. En un momento, fué desquiciada por completo y abierta la otra.

La turba invadió piezas, patios y jardines.

Padre é hijo habían huido por el interior, sin saber que en esos momentos el abnegado Juan espiraba á pocos metros de distancia.

La obra de tantos desvelos y cuidados, fruto de tantos años de economía honrada y paciente, fué aniquilada en menos de dos horas.

Concluído el destrozo de las habitaciones, se derramó la chusma por el jardín. Ni un jarrón, ni un macetero quedó en pié. La pila fué despedazada; los arbustos desarraigados; las flores pisoteadas; los árboles cortados. En un momento, desapareció el patrimonio entero de una familia.

—Tilín, tilín!

La venganza está concluida.

—¡A otro paraje, Hermanos!

Las ruinas quedan solas. Nó! en el umbral de la puerta yace un cadáver! ¡Bien están los muertos en las tumbas!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

EPÍLOGO

Suicida

I

Dos días antes de los acontecimientos que acabamos de bosquejar, Alberto, cediendo á las instancias de sus deudos, había aceptado una invitación á un fundo de los alrededores de San Bernardo. El exceso de trabajo y los quebrantos morales habían extenuado su naturaleza.

De cuando en cuando despertábase su conciencia, adormecida por las incesantes prédicas de su Director, y tenía el desdichado que acallar sus gritos de rebelión y doblar la cerviz á la fatalidad.

Al verlo decaer y desmejorar, tanto sus deudos como el Presidente, lo instaban á dar tregua transitoria á sus tareas; pero, el Padre, lo retenía con ligaduras inquebrantables atado al puesto del deshonor y el sacrificio.

Solo en el último instante, cuando su presencia le servía de estorbo para actuar libremente en los sucesos, le aconsejó que aceptara la invitación que se le hacía. Debido á esta causa se encontró ausente de la capital el día 29.

Emboscada en agreste y solitario paraje la casa de la propiedad en que se hallaba, no llegaban hasta ella los rumores y bullicio de la vecina población.

Solo el día 30 supo por el administrador que una partida de tropas andaba á caza de dictatoriales por los alrededores; que el Gefe de ella le había referido que los *constitucionales* habían derrotado al ejército legal en la Placilla y que, como consecuencia, Balmaceda había resignado su puesto en el general Baquedano.

—¿Y ha habido desórdenes en la capital? preguntóle el joven.

—Así lo supongo, porque el oficial del piquete decía muy satisfecho: «ya los pícaros dictatoriales están purgando sus crímenes; hay muchos en las cárceles, otros en el infierno y unos pocos en la calle.» Y añadió riéndose: «en casa propia no vive ninguno, porque no ha quedado casa dictatorial sin ser saqueada.»

Estas noticias aterraron al joven.

Hizo ensillar un caballo y, á pesar de las advertencias del administrador, emprendió viaje á Santiago.

Tuvo la rara fortuna de llegar á la capital sin novedad.

Llamóle la atención ver que todos los habitantes, así hombres como mujeres, llevaban al brazo cintas rojas. El barrio del Matadero, parecía de fiesta. Los gritos de ¡Mueran los dictatoriales! ¡Viva la revolución! se oían á cada momento.

Lo más curioso era el aspecto de los manifestantes. Sobre los hombros de una prostituta de arrabal se veia un abrigo de pieles de cuantioso valor. Un descamisado, sucio y nauseabundo, mostraba con ostentación, prendida al cinto, una rica cadena de reloj.

Donde se tendía la vista se hallaban las demostraciones del inmenso saqueo.

Luego que Alberto fué notado lo rodearon, obligándolo á beber y gritar con ellos los *vivas* y *mueras* de rigor. Pusiéronle al brazo la enseña bendita, cuya ausencia podía costar, en barrios más centrales, sino la pérdida de la vida seguramente de la libertad.

Preguntó por una fonda dónde dejar su caballo mientras iba al centro. Un pillete se trepó en ancas antes que Alberto tuviera tiempo de impedirlo.

—Yo lo llevaré, patroncito,—le dijo.

La turba prorrumpió en carcajadas al contemplar el contraste que presentaban ginete y acompañante. Cubrían la desnudez del muchacho unos calzon cillos inmundos. No tenía camisa, pero llevaba levita y sombrero de pelo.

Tuvo Alberto que resignarse á cargar con él.

Como á dos cuadras de distancia vió Alberto un letrero que decía: «Restaurant del Cuadro.»

—Aquí puedo dejar el caballo.

—¿Qué no vé, patroncito, que lo han *saqueao?* Era de un *ditatorial.* Yo lo llevaré á un hotel *de ricos.*

Iba Alberto mirando los destrozos y meditando en la suerte que habrían corrido Lía y los suyos.

—¡Pobre tío!—pensaba, al suponer que su casa hubiera sido destruída.

Por fin, encontró lo que buscaba. Cerca de la *Acequia Grande* en la calle de San Diego, había un cafetín con pretensiones de hotel. Su dueño debía ser *muy constitucional* porque el color rojo se ostentaba con profusión.

Bajóse el pilluelo y Alberto le imitó. Mediante un peso se separaron amigablemente.

Instalado en una pieza, repuso lo descompuesto de su traje y se preparó á salir.

No estaba su espíritu bastante sereno para comprender la imprudencia que cometía. Una circunstancia feliz lo había salvado hasta entonces, como salvó á la población de mayores estragos. Desde la tarde del 29 principió á llover y no había cesado durante esos dos días. Por esta causa los vencedores se recojían en las casas y cuarteles. Solo gente de la calaña del barrio del Matadero se atrevía á afrontar la intemperie.

Lo primero era ir á casa de su tío.

—¡Quién sabe! Tal vez Dios ha hecho el milagro de salvarla!

Atravesó por la *Acequia Grande* hasta la calle del Ejército.

Ansiaba y temía llegar pronto.

Cuando llegó se quedó paralizado de terror. Miró á todos lados, dudando de si sería esa la casa que buscaba.

—¡Dios mío! ¿Qué es ésto? Un cuerpo humano!

Acércase á mirarlo; apenas se distinguen sus facciones con la sangre y el lodo.

—¡Es Juan! ¿Qué espantosa tragedia ha ocurrido aquí?

Abalánzase al interior y empieza á recorrer las habitaciones. Su mente se extravía con el aspecto de lo que ve.

En cada pieza llama en voz alta al que en ella vivió.

—Lía, Lía—dice sollozando—¿Dónde estás?

—¡Mario! hermano querido—¡Tío! padre noble y generoso!

Y palpa los restos despedazados, que siente fríos como despojos de tumba.

Cuando lo ha recorrido todo, cuando se ha convencido de que no están allí los seres á quienes ama, se acuerda del pobre Juan, insepulto á la puerta de la morada de sus amos.

Toma el cadáver y lo coloca en una de las habitaciones. Busca con que cavar la tierra y no encuentra.

—Volveré—dice, dirigiéndose al cuerpo inanimado—á cumplir contigo las obras de misericordia, fiel y abnegado servidor!

Sale á la calle y deja que la lluvia refresque su frente.

Sin duda Lía continua en casa de las señoras Martínez.

Lo separa corta distancia.

¿Qué nuevas desventuras le esperan? Golpea con timidez. Nada!

Reitera el llamado. Se oyen pasos. La puerta se abre. Una persona que no conoce lo interroga:

—¿Qué desea Vd?

—¿Está aquí Lía Vedia?

—¡Chit! No hable en alta voz, pueden oirlo. Creo ahora reconocerlo ¿es Vd. su primo?

—Si, señora.

—Pase Vd.

Se nota cierto misterio; el silencio de las casas recién visitadas por la muerte. ¿Acaso el ángel de la devastación no ha pasado por la ciudad?

Alberto aguarda de pié en el pasadizo. Su introductora vuelve al cabo de un momento.

—Puede usted entrar—le dice, franqueándole la puerta.

El joven penetra, tembloroso: teme hallar á Lía muerta ó moribunda ¿No es ese silencio anuncio fatal?

En el primer instante no descubre á nadie. Bus-

ca en rededor y divisa en un rincón á una joven vestida de negro. Es Lía.

—Lía —exclama, acercándosele—¡Cuánto he sufrido!

La joven no contesta.

—¿Qué tienes? ¿Rehusas tenderme la mano? ¡Qué es esto, Señor!

Lía extiende el brazo y señala un diario caído sobre la alfombra.

—¿Que lea?

Mueve Lía afirmativamente la cabeza y torna á ocultar su rostro entre sus manos.

Alberto busca. ¿Dónde?

—Muertos .... heridos .... ruinas—repite, recorriendo las novedades de esos días luctuosos.

—¡Mi nombre! ¿qué significa ésto?

Si un rayo hubiera caído, ó la tierra se hubiera abierto, no habría sentido el infeliz estupor y espanto iguales.

En gruesos caracteres acababa de leer:

Alberto Diaz—Entre los más inteligentes y audaces de nuestros colaboradores durante la época nefanda de la Dictadura, se cuenta el noble joven con cuyo nombre encabezamos estas líneas. Merced á sus oportunas denuncias el Comité de la Capital fué advertido en reiteradas ocasiones de las tramas y planes del Tirano. Por sus vinculaciones de familia, como por el puesto que desempeñaba, se hallaba al corriente de cuanto sucedía en la Moneda. Servía de intermediario entre Díaz y el Comité, un

virtuoso sacerdote, cuyo nombre omitimos á petición del aludido.

Se dice que es candidato al puesto de Sub-secretario en el Departamento de.... ascenso justísimo y merecido. La Junta de Gobierno debe recompensar á los buenos partidarios de la santa causa.»

A continuación aparecía otro suelto en estos términos:

«CONTRASTE—Causa pena anotar el reverso. Los dictatoriales Antonio y Mario Vedia han conseguido hasta ahora burlar la vigilancia de la policía. Se sabe que el 29, cuando el pueblo se entregaba á justas expansiones, después de tantos meses de oprobio y despotismo, los criminales que motivan este párrafo, saltaron por el fondo de su casa á la de D. Manuel Artigas, quien los arrojó con indignación á la calle. Hay esperanzas de atraparlos. Son pájaros de cuenta. No ha de valerles su parentesco con el Sr. Díaz, pues este caballero es demasiado altivo y honrado para no haber roto en definitiva todo lazo con ellos.»

Hincóse Alberto en sitio retirado de su prima,—después de haber arrojado lejos de sí el infame papel,—y con las manos juntas, con acento plañidero y humilde, como si implorara perdón en presencia de Dios,—exclamó:

—Oyeme Lía, y verás que soy más desgraciado que criminal.

La joven movió negativamente la cabeza.

—¡Por piedad! Escúchame un instante ¡por caridad! por el amor que me tuviste un día!

Lía se alzó indignada y sin dirigirle una palabra, sin arrojarle una mirada, salió de la habitación.

El pobre, ocultó su cara junto al suelo; sollozó en silencio, comprimiendo su aliento; y luego, sólo, como si los habitantes de aquella mansión temieran mancharse con su contacto, abrió y cerró tras de sí las puertas de la pieza y de la calle.

Pareció haber formado una resolución.

El muerto reclamaba del vivo el cumplimiento de su palabra.

Compró en un *despacho* un cuchillo, velas y fósforos, y volvió á las ruinas del hogar querido.

Buscó sitio aparente en el jardín y empezó á cavar. Quien lo hubiera visto desempeñar sus tareas de sepulturero, no se habría imaginado que el artífice estaba también condenado á muerte. Cuando el hoyo fué bastante amplio, tomó el cadáver y lo puso en él. Después lo cubrió y aplanó el suelo con sus manos.

Entró á una de las piezas, la que fué dormitorio de Lía,—y amontonó despojos al pié de la ventana. Sentóse sobre ellos, de modo que el marco pudiera servirle de apoyo; sacó su cartera y después de un momento de meditación, se puso á escribir. Eran sus *confesiones*.

Cuando la luz del día declinó, encendió una vela y la afirmó en un puñado de tierra.

Largas horas empleó en trazar la historia íntegra y verdadera de su vida, á partir del 9 de Septiembre de 1889. No quería morir sin instruir á Lía de la verdad.

Cuando terminó puso sobre la cubierta el nombre de su prima.

Vió la hora; eran las tres.

—Aún me queda tiempo;—dijo—Saltando por sobre los escombros llegó á la calle. Siguió con rapidez hasta la casa de la señora Martinez y echó por el buzón el cartapacio.

Después, tornó al hogar derruído y solitario.

Allí, pensó y lloró: su porvenir deshecho, su amor desvanecido, su fé burlada.

Todo lo perdía al mismo tiempo: honor, vida, ilusiones, creencias.

—¡Dios mío! dame fuerzas para perdonar. ¡Que no espire con la blasfemia en los labios! ¡Que no sucumba con el odio en el corazón!

¡Y yo que confiaba en tu virtud, miserable comediante! ¡Y yo que creía en tu sinceridad tartufo vil! ....

¡Aparta, Señor, este recuerdo de ignominia!

¡Y vosotros, tío, Mario, Lía, perdón! ¡Muero agradeciendo vuestros beneficios! ¡Muero reconociendo vuestras virtudes!

Lía, Lía mía, tu nombre será mi última palabra, tu recuerdo mi última memoria.

Sacó su revólver y lo preparó.

La aurora, pálida y brumosa, rompía con pereza



los velos de la noche. La naturaleza misma parecía llorar, sobre tanta ruina y destrucción.

—¡Lía, Lía mía! ¡Adiós! para siempre!

El tiro salió.

Alberto abrió los brazos; el revólver se desprendió de sus manos y el cuerpo cayó sobre los escombros amontonados al pié de la ventana.

La caza de hombres

II

Nada más singular que el aspecto que presenta el paisaje. Las altas cimas, como las profundas quebradas, se hallan cubiertas con blanca sábana de nieve. Tiende sobre la inhospitalaria rejión su azulado manto el firmamento. Los rayos del sol tornan en rumorosos hilos de agua, los helados cristales. Descompónese la luz en májicos colores y pinta de violado las planicies y de reflejos de fuego las aristas. Duermen en el seno de las vastas soledades huracanes y tormentas.

Solo águilas y cóndores se ciernen con majestuoso vuelo en las alturas.

Es el mes de septiembre.

El año ha sido riguroso. La tibia primavera y el ardiente estío apenas alcanzarán á fundir la nieve acumulada durante el invierno.

Aventurarse á través del helado desierto, es exponerse casi de seguro á sucumbir.

Tres hombres, sin embargo, han afrontado el peligro. Envueltos en gruesas mantas de Castilla, forradas las extremidades con burdos tejidos de lana, cubiertos los rostros con amplias bufandas, —caminan, al lento paso de forzudas mulas, en dirección á la empinada cumbre.

El frío y la tristeza entumecen sus cuerpos y sus almas. ¡Inclemencias de la naturaleza y rigores de la suerte!

Don Antonio y Mario, conducidos por atrevido y experto guía, buscan ultracordillera suelo hospitalario donde refugiarse.

La caza de hombres ha sido dura y pertinaz.

¡Vœ Victis!

Nada amengua el furor de los vencedores.

Presidios y cárceles están repletos.

La sangre ha corrido á torrentes.

Ay! del que en ellos fía! . El Ministro Manuel María Aldunate se entrega y pide ser juzgado: los verdugos lo asesinan.

Y Garín, Villota y León Lavín corren la misma suerte.

La Inquisición renace: flajelaciones, tormentos que horripilan, son aplicados á los prisioneros.

No hay guarida segura. Se allanan ciudades

enteras. Se recorren los campos se talan, bosques y escudriñan quebradas. Cada revolucionario es un espía que busca, indaga, husmea, hasta que da con la pista del aborrecido dictatorial....

Marchan los viajeros en silencio. ¡Qué cúmulo de fúnebres pensamientos cruzan por sus cerebros! ¡Qué dolorosa incertidumbre los agobia!

¿Llegarán al término?

De repente, el guía se detiene.

Mira con atención al cielo. Allá muy lejos, apenas perceptible, divisa un punto negro. ¿Será la tempestad que viene?

—Apresurémonos;—dice,—creo que antes de la noche va á nevar.

¡Cuán lenta es la marcha!

Hundidos los animales hasta las rodillas, fatigados con el peso, no pueden alijerarla. El aliento es penoso; el aire enrarecido desgarra el pecho de los jinetes.

El punto negro, se ha convertido en nube tormentosa que cubre el horizonte. El temporal se desata.

La marcha se hace más y más difícil. Por fin, es imposible.

La lijera y blanca plumilla envuelve en siniestra oscuridad á los viajeros.

Hay que detenerse ahí mismo, para no extraviarse en medio de los elementos desordenados. Desmóntanse de las mulas y buscan abrigo junto á ellas.

Solo así es dable resistir el viento huracanado que sopla con furia.

Quieren hablarse; pero la voz se pierde entre los rujidos aterradores de la tempestad.

Búscanse Mario y don Antonio y no se encuentran. Tendidos en la nieve, tratan de abrigarse; pero los cuerpos están yertos y desfallecidos.

Cruzan á veces ráfagas impetuosas que derriban cuanto encuentran al pasar.

¡Noche mil veces más horrible que la eterna noche que precedió á la creacion!

¡Confusión mil veces más sombría que la siniestra confusión del caos!

Todo el día y gran parte de la noche dura la nevada. Cuando el joven nota que renace la calma, hace poderosos esfuerzos y logra desprenderse del montón de nieve que lo cubre. Llama á su padre y no obtiene respuesta. Interroga al guía y no le contesta.

A la incierta luz de las estrellas se pone á escarbar; pero sus miembros están quemados por el frío.

Cuando la aurora derrama sus tintes, torna á buscar, pero no halla á nadie.

Ni su padre, ni el guía, ni las mulas. Todo ha desaparecido.

Imajínase que, creyéndolo extraviado durante aquellas largas horas de tinieblas impenetrables y ensordecedores rujidos, se habrán lanzado en su demanda. Esta esperanza le dá aliento.

Venciendo tropiezos, superando obstáculos, tratando de orientarse por la dirección del sol, se pone el joven en camino.

¿Cómo habría resistido él si hasta los animales han sucumbido en el vendaval?

¡Nó, su padre, libre de peligros, debe tender angustiado sus miradas desde la cumbre!

Y Mario, con aliento sobrehumano, continua su camino. Está ya á media falda. Un último esfuerzo y alcanzará la línea fronteriza.

¿Es ilusión? Cree oir rumor de voces. De la garita que sirve de amparo á los viajeros salen, uno en pos de otro, varios individuos.

Mario, vuelve los ojos hacia ellos.

¿Qué llevan en las manos?

Bastones, tal vez, para aliviarse en las subidas.

¿Pero esos trajes, esas cintas rojas en los brazos?

Ah! La caza de hombres continúa. ¡Son los rejeneradores de Chile que vijilan las fronteras para que ningún dictatorial escape!

Continúa Mario la ascensión. Los perseguidores ganan terreno. Guarecidos durante la tormenta, sus fuerzas no están extenuadas, ni entumecidos sus miembros.

El fugitivo no puede más. Tiéndese tras un montón de nieve y espera. El mareo de la *puna* lo rinde.

Los cazadores se aproximan. Cuando no distan más de veinte pasos, levántase Mario, arroja de si manta y abrigo y, de pié, con aire sereno, les grita:

—Si dan un paso más, me arrojo al abismo! Mi vida les pertenece, pero jamás permitiré que me ultrajen. ¡Escarnezcan si quieren mi cadáver!

Los soldados se detienen. Cámbianse unas cuantas palabras y uno de ellos contesta:

—Una pregunta. ¿Eres tú, Mario Vedia?

—Sí.

—Oye, entonces, una noticia que te interesa: tu padre te espera en el infierno!

—¡Basta, canallas! Disparen ó me precipito.

Y dobla su cuerpo hacia el abismo.

—Espera.

Tienden sus rifles en dirección al joven, fijan un momento las punterías y disparan.

Abre Mario los brazos y cae de bruces.

Una huella de sangre corre sobre la nieve, roja como la cinta que adorna los brazos de los regeneradores de Chile!

En olor de santidad

III

Han transcurrido dos meses desde los acontecimientos que hemos narrado á nuestros lectores.

La mano de los hombres ha tronchado la vida



de varios de los personajes que en ellos actuaron. La justicia de Dios llama á cuentas á otro de ellos. El padre Luis se halla á las puertas de la muerte.

Después de lucha tan asarosa, su naturaleza ha quedado resentida. Brisas de la costa quizás restauren su salud. ¡En vano! El instante solemne se acerca!

En una casa suntuosa de Valparaíso, rodeado de médicos y sacerdotes, atendido con solícito esmero, el Jesuíta aguarda el fin de su existencia.

Por primera vez se siente vacilante.

Las víctimas que ha ido dejando en su camino, claman justicia.

Piensa, en los hogares destruídos; en las familias diseminadas; en la sangre vertida.

Repasa en su memoria, uno á uno, los nombres de los infelices subyugados por el fanatismo. Recuerda las traiciones santificadas; las conciencias corrompidas; la credulidad explotada.

¡Mira á don Antonio, espirando entre la nieve; á Mario, asesinado por la soldadesca; á Enrique, mártir; á Alberto, suicida; á doña Juana, embrutecida por la superstición; á Raquelita, muerta por el pesar; á Lía, abandonada!

Y las apariciones llegan hasta su lecho de moribundo, y sacuden sus sienes con el martilleo punsador del remordimiento.

Los que velan á su lado tiemblan de hallarse

solos con él. ¡Tan horribles son los furores que le acometen, las imájenes que lo amedrentan!

Ora, salta del lecho, pretendiendo escapar á las garras de los condenados que lo sujetan con ligaduras de hierro; ora, esconde su rostro bajo la almohada, huyendo de los espectros que se inclinan sobre su cuerpo.

¡Su agonía es espantosa!

Los médicos han sido despedidos para que no presencien los remordimientos del réprobo. Su muerte es deseada con ansia por los jesuitas que lo rodean.

¡Cómo acallar sus gritos!

¡Cómo ocultar sus vergüenzas!

¡Y es necesario que aureola de santidad cubra su memoria!

Lanza al cabo su último suspiro.

La exhibición empieza.

El cuerpo es colocado en un cuarto limpio, pero casi desnudo. Debe resaltar la humildad del justo.

Compónese su rostro, plegando sus labios y cerrando sus ojos. El miedo ha impreso sello de espanto.

La romería de beatas dura un día entero. Todas quieren ir á contemplar los despojos sagrados.

La prensa tiene palabras de enternecedora condolencia; ¡cómo no tributar homenaje á la memoria del sacerdote ejemplar!

El padre Luis ha muerto *en olor de santidad.*

Enlaces y desenlace

IV

De los demás personajes de nuestro romance poco nos resta que decir.

Lía, no resistió la cadena de desgracias que aflijieron su existencia. Murió en casa de las señoras Martinez. Su madre, ignoró su muerte, ó fué indiferente á ella.

Por el manuscrito de Alberto supo el misterio que obligó á su amado á buscar en el suicidio, paz y olvido. Fué la verdad, un consuelo para su espíritu.

Cuando la muerte llegó á visitarla, las buenas señoras que la cuidaban le insinuaron que se confesara.

---Nó;—contestó la joven con dulzura. Dios sabe mis faltas y me perdonará.

Quisieron insistir; pero ella replicó:

—Se an en éste último instante tan caritativas conmigo como siempre lo han sido. Quiero morir alejada de las pasiones y miserias de la tierra, y el sacerdote está muy aferrado á ella para librarse de su contajio!

El honor de Alberto le imponía el silencio.

Manuelita, unió su destino al de Solar.

Juana ligó su suerte á la de un joven millonario de la oligarquía.

Arsenia, separó la suya de la de su marido.

Arturo, el médico y poeta, que vimos en casa de don Antonio, tomar parte en el *juego del grande hombre*, murió asesinado *por los rejeneradores* en una ambulancia, después de la batallade la Placilla.

La Susana, sacó buen partido del secreto de las señoras oligarcas, poniendo en varias ocasiones á contribución su jenerosidad.

¿Y doña Juana?

Vió derrumbarse indiferente cuanto constituye la felicidad sobre la tierra.

Jamás habló sobre el pasado. Retirada á un beaterío, pasó durante largos años, sin otro comercio con el mundo que sus comunicaciones con su confesor.

Enigma viviente, personificación del fanatismo, quedó en pié como un problema cuya solución se aguarda aún. ¡Sepulcro blanqueado, limpio por fuera, lleno de podre y ceniza por dentro!

FIN



